



# ALMANAQUE

DE LA



1893



# ALMANAQUE

DE

# LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

# 1893

ESCRITO POR LOS SEÑORES

AZA (D. Vital,) BARADO (D. Francisco), BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), BELMONTE MULLER (D. G.), BUSTILLO (D. Eduardo),  
CAMPILLO (D. Narciso), CASTELAR (D. Emilio), CATARINEU (D. Ricardo J.) CAVESTANY (D. Juan Antonio), DÍAZ DE ESCOVAR (D. Narciso),  
FABRA (D. Nilo María), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERRARI (D. Emilio), FRONTAURA (D. Carlos), GUTIÉRREZ (D. M.), JACKSON VEYAN (D. José)  
LANDERER (D. José J.), LASTRA Y JADO (D. V.), MARTÍNEZ DE VELASCO (D. Eusebio), NAVARRETE (D. Ramón de), PALACIO (D. Eduardo),  
PALACIO (D. Manuel del), PAZ (D. Abdón de), PÉREZ Y GONZÁLEZ (D. Felipe), PÉREZ NIEVA (D. Alfonso), PICÓN (D. Jacinto Octavio),  
RAMOS CARRIÓN (D. Miguel), REINA (D. Manuel), RIVA PALACIO (El General), RODRÍGUEZ MOURELO (D. José), SABANDO (D. Julián Manuel de),  
SÁNCHEZ PÉREZ (D. Antonio), SBARBI (D. José María), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), THEBUSSEM (El Doctor),  
VALMAR (El Marqués de), VELARDE (D. José), VIDART (D. Luis).

---

AÑO XX

---



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1892

MINISTERIO DE CULTURA

ADQUISICIÓN DE BIENES

---

ES PROPIEDAD.  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

---

# ÍNDICE GENERAL



## TEXTO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5	La visita de los marqueses, por el General Riva Pa-	
Año astronómico, por D. M. V.....	5	lacio.....	86
Santoral.....	6	Oriental, poesía, por D. Manuel del Palacio.....	89
El regreso de Colón á España tras sus primeros des-		El Parnasillo, por D. Ramón de Navarrete.....	91
cubrimientos, por D. Emilio Castelar.....	11	Sonetos, por el Marqués de Valmar.....	95
Media docena de casadas de la promoción de 1892,		Notas del acaso, por D. V. Lastra y Jado.....	97
por D. Carlos Frontaura.....	22	Palominemos, por el Dr. Thebussem.....	99
La justicia y la fortuna, poesía, por D. Felipe Pérez		Tierra, poesía, por D. Juan Antonio Cavestany.....	107
y González.....	25	La recompensa, por D. Jacinto Octavio Picón.....	110
El caballo, por D. Narciso Campillo.....	27	Independencia, soneto, por D. Nilo M. Fabra.....	118
Un edicto célebre, por D. Eusebio Martínez de Ve-		Calendario perpetuo, poesía, por D. José Jackson	
lasco.....	31	Veyán.....	119
La receta, por D. Alfonso Pérez Nieva.....	35	A pan y agua, por D. José Fernandez Bremón.....	122
En el album de vistas de Santa María de los Ánge-		Montfaucon, poesía, por D. Emilio Ferrari.....	126
les, poesía, por D. José Velarde.....	37	Una página de la historia de la Plata, por D. José	
La vida militar en el siglo XVI, por D. Francisco		Rodríguez Mourelo.....	129
Barado.....	39	Junta de médicos, poesía, por D. Vital Aza.....	134
A ver mundo, por D. Eduardo de Palacio.....	49	Fidela, por D. Eduardo Bustillo.....	136
Firme, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	53	Al abanico de la bellísima señorita A. F., poesía, por	
El corazón humano, poesía, por D. G. Belmonte		D. M. Gutiérrez.....	142
Muller.....	60	Rima, por D. Ricardo Sepúlveda... ..	142
El P. Fr. Bartolomé de las Casas, por D. Luis Vidart.	63	Cantar, por D. Ricardo J. Catarineu.....	142
Desahogos, poesía, por D. Abdón de Paz.....	76	Trinitaria, por D. Narciso Díaz de Escovar.....	142
Hojas de un libro inédito, poesías, por D. Manuel		Del dicho al hecho, por D. A. Sánchez Pérez.....	143
Reina.....	77	Frases hechas, epigrama y fábula, por D. Miguel	
Un tumulto estudiantil, por D. Julian Manuel de		Ramos Carrión.....	146
Sabando.....	80	Diccionario de andalucismos, por D. José María	
El cielo en 1893, por D. José J. Landerer.....	83	Sbarbi.....	148

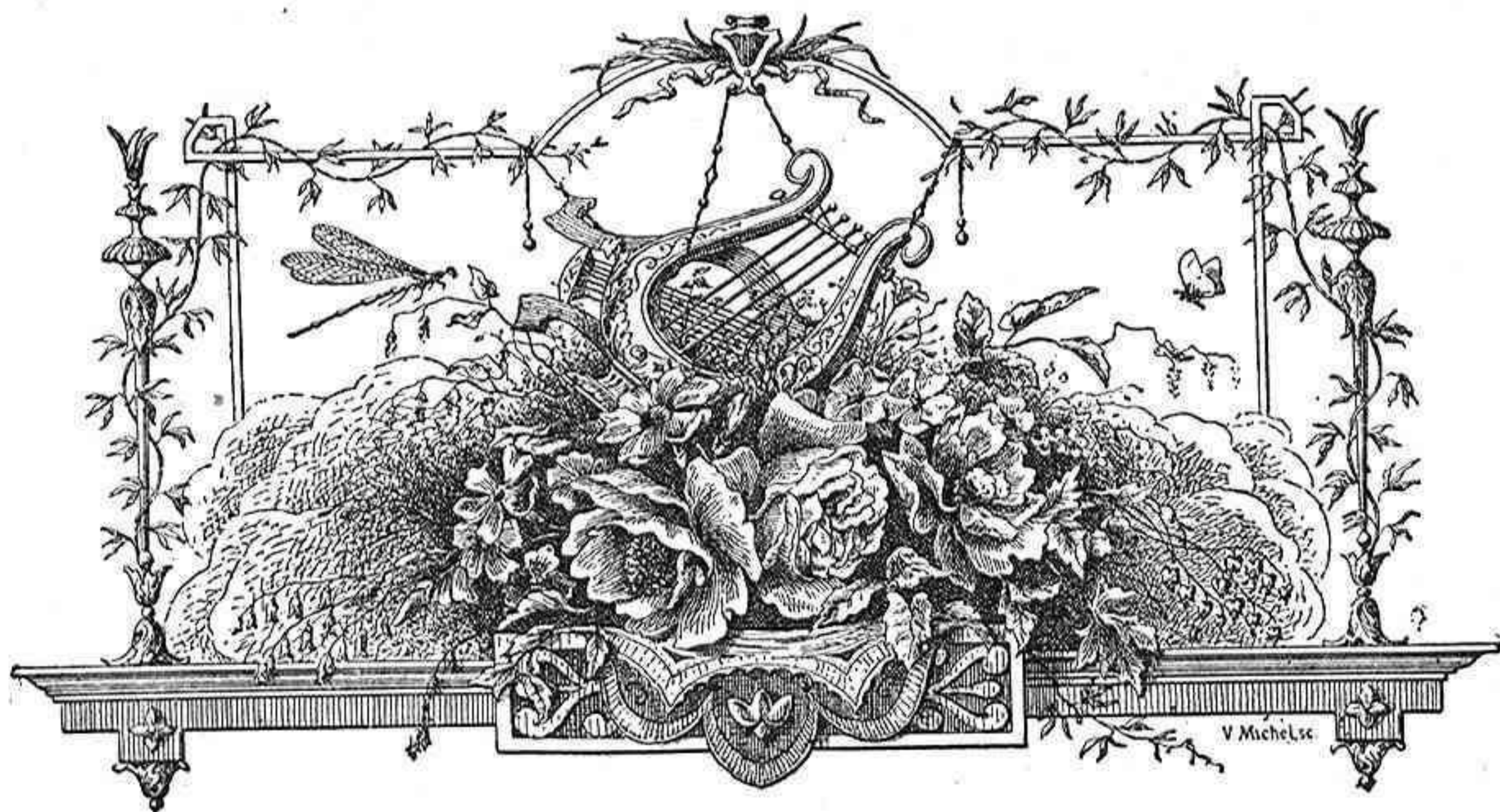
## GRABADOS

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Cristóbal Colón.....	10	Pórtico de la catedral de Bourges.....	28
Carrera de obstáculos, cuadro de A. Wierusy Ko-		Escuadra española, cuadro de W. L. Wyllie.....	32
walski.....	14	El encanto de la casa.....	34
Pescadora, cuadro de A. Frentin.....	18	Entrada del puerto de Nueva-York.....	36
La nueva adquisición, cuadro de Jorge Caín.....	21	Un campamento del ejército francés delante del pa-	
Trío, por W. Schereschewski.....	23	lacio ducal de Venecia, por Jorge Clairin.....	41

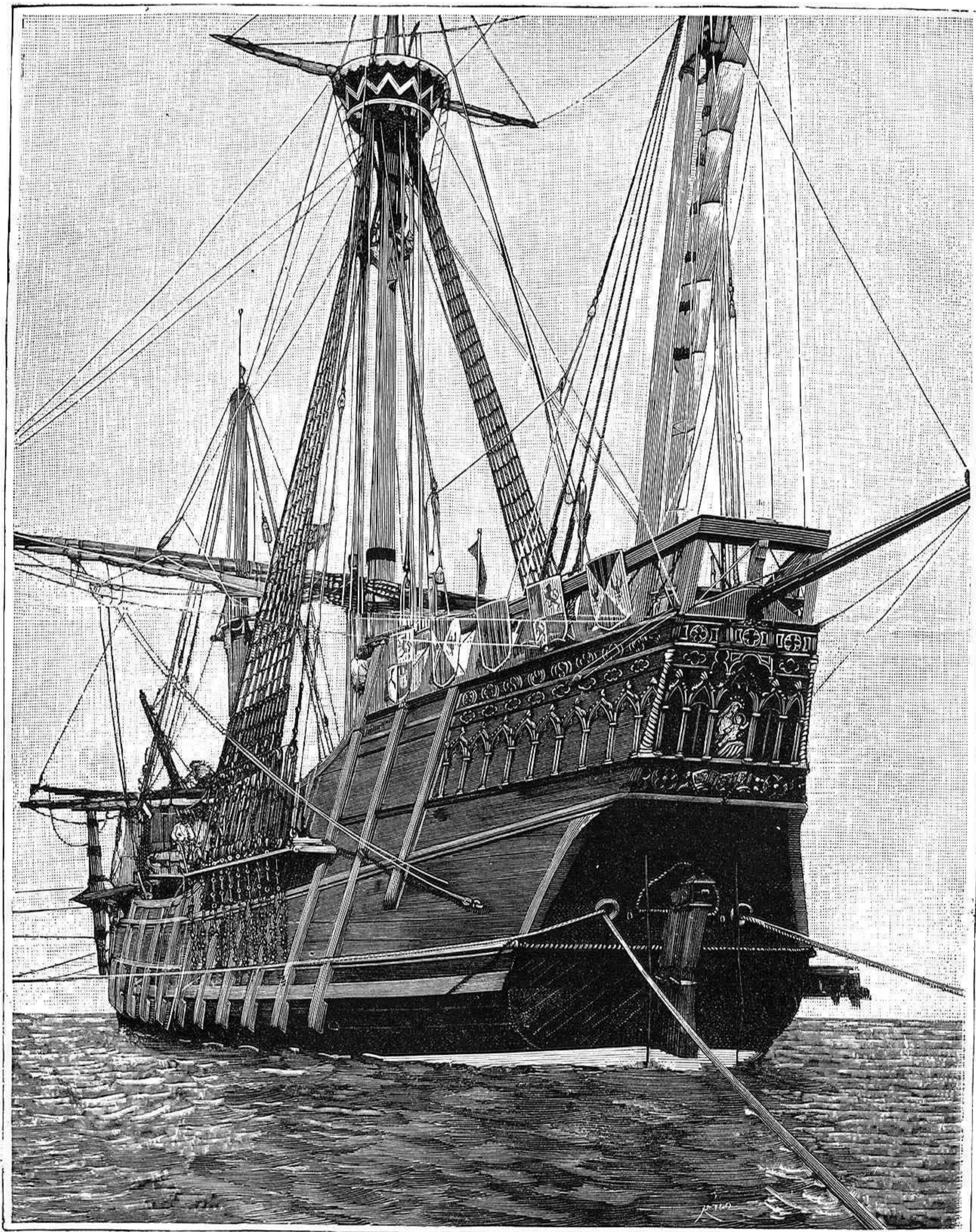
	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
La primera pulsera, por Von Bergen...	44	¡Buenos días, Pierrot!, por Mis Ethel Wright.....	96
La señal, por L. Glaize.....	46	Una escuela..... sistema antiguo, por J. Jiménez....	101
Fotografía de la palabra.....	50 y 51	Entre íntimos, cuadro de Reiné Reinicke.....	104
Retrato de Mme. B. C., por Benjamín Constant.....	54	Ilustraciones de la poesía «Tierra», dibujo de Pi- colo.....	107
Entre rosas, cuadro de C. Weisel.....	57	Alegría campestre, cuadro de F. Vinea.....	111
Ilustraciones de la poesía <i>El corazón humano</i> , dibujo de Picolo.....	60	La oración de la mesa, cuadro de Eppo.....	114
Fr. Bartolomé de las Casas.....	62	En familia, por Albert Fourie.....	116
La lección de canto.....	65	Ilustraciones de la poesía «Calendario perpetuo», di- bujo de Picolo.....	119
Festín improvisado, cuadro de Beggrow Karhman..	67	En el taller, por Alfred Stevens.....	121
La cima del Mont-Blanc.....	70	Dos amigas, cuadro de E. Montzaigle.....	125
Julieta, por Eugen Ritter von Blas.....	72	Al baile, por L. Zic Rendraht.....	128
Ilustraciones de la poesía «Hojas de un libro iné- dito», dibujo de Picolo.....	76 y 79	El violinista, cuadro de Rafael... ..	152
Vida de campo, cuadro de Therèse de Champ Re- siano.....	82	Techo para el museo monetario en el hotel de la Monnaie, de Paris, por Weerts.....	137
Ilustraciones del cuento «La visita de los marque- ses», dibujo de Martín.....	86 y 88	Las hermanas, por Thumam.....	144
Ilustraciones de la poesía «Oriental», dibujo de Pi- colo.....	89	La amiga de las flores, cuadro de Gitc Conti.....	147
A las carreras, cuadro de E. Debat Ponsan.....	93	Viñetas varias: 25, 26, 29, 30, 37, 38, 39, 42, 43, 48, 49, 56, 59, 61, 63, 76, 80, 83, 86, 88, 90, 91, 94, 95, 97, 99, 110, 118, 120, 123, 126, 127, 129, 133, 136, 143.	

## GRABADOS EN COLOR

LA NAO «SANTA MARÍA».—AL BAILE, por Pierre Carrier Belleuse.—LA NOCHE, cuadro de Hermann Kaulbach.  
—DE SOBREMESA, cuadro de H. Gervex.—LA MUJER EN ORIENTE Y LA MUJER EN OCCIDENTE, por M. Bar-  
bassan.—¡GENIO Y FIGURA...! por L. Schmutzler.—¡LA DEL JUICIO! cuadro de L. Vezzo.—LUISELLA, cuadro  
de L. Knauss.







LA NAO «SANTA MARÍA»





# PRELIMINARES.

## AÑO RELIGIOSO.



### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número. . . . .	13	Indicación romana. . . . .	6
Epacta. . . . .	XII	Letra dominical. . . . .	A
Ciclo solar. . . . .	26	Letra del martirologio romano.	m

### FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús. . . . .	15 de Enero.	
Septuagésima. . . . .	29 de Enero.	
Sexagésima. . . . .	5 de Febrero.	
Quincuagésima. . . . .	12 de Febrero.	
Miércoles de Ceniza. . . . .	15 de Febrero.	
Pascua de Resurrección. . . . .	2 de Abril.	
Patrocinio de San José. . . . .	23 de Abril.	
Letanias. . . . .	8, 9 y 10 de Mayo.	
Ascensión del Señor. . . . .	11 de Mayo.	
Pascua de Pentecostés. . . . .	21 de Mayo.	
La Santísima Trinidad. . . . .	28 de Mayo.	
Santísimo Corpus Christi. . . . .	1.º de Junio.	
Dominicas entre Pentecostés y Adviento. . . . .		27
Sacratísimo Corazón de Jesús. . . . .	9 de Junio.	
Purísimo Corazón de María. . . . .	11 de Junio.	
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo. . . . .	2 de Julio.	
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	20 de Agosto.	
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	1.º de Octubre.	
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	12 de Noviembre.	
Adviento. . . . .	3 de Diciembre.	

### TÉMPORAS.

I. — El 22, 24 y 25 de Febrero.	III. — El 20, 22 y 23 de Septiembre.
II. — El 24, 26 y 27 de Mayo.	IV. — El 20, 22 y 23 de Diciembre.

### DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.  
 La Vigilia de Pentecostés (con abstinencia de carne).  
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Témperas.  
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne).  
 Vigilia de Santiago Apóstol.  
 Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne).  
 Vigilia de Todos los Santos.  
 Vigilia de Navidad (con abstinencia de carne).  
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 29, 30 y 31 de Marzo, y 1.º de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y, durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 10 de Abril, y se cierran respectivamente el 14 de Febrero y el 2 de Diciembre.

### DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 29 de Enero; el 21 de Febrero; el 4, 5, 12, 24 y 25 de Marzo; el 5 de Abril y el 25 y 27 de Mayo.

## ANUNCIOS ASTRONÓMICOS QUE DEBEN INSERTARSE EN LOS CALENDARIOS DE CASTILLA LA NUEVA correspondientes al año 1893.

### POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . . 40° 24' 30" N.  
 Longitud. . . . . 0<sup>h</sup> 10<sup>m</sup> 4<sup>s</sup>,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

19 de Enero, en Acuario.	22 de Julio, en Leo.—Cántula.
18 de Febrero, en Piscis.	22 de Agosto, en Virgo.
20 de Marzo, en Aries.—Primavera.	22 de Septiembre, en Libra.—Otoño.
19 de Abril, en Tauro.	23 de Octubre, en Escorpio.
20 de Mayo, en Géminis.	21 de Noviembre, en Sagitario.
21 de Junio, en Cáncer.—Eso.	21 de Dic., en Capricornio.—Invierno.

### CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 8 h. y 53 m. de la mañana.  
 ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 4 h. y 55 m. de la mañana.  
 OTOÑO. — Entra el 22 de Septiembre á las 7 h. y 31 m. de la noche.  
 INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á la 1 h. y 52 m. de la tarde.

### ECLIPSES DE SOL.

ABRIL 15-16. Eclipse total de Sol, visible como parcial en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra el día 15 á 23 h. 32,7 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 76° 30' al O. de San Fernando, y latitud 32° 59' S.  
 El eclipse central principia en la Tierra el día 16 á 0 h. 29,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 89° 41' al O. de San Fernando, y latitud 36° 29' S.  
 El eclipse central á mediodía sucede el día 16 á 2 h. 2,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 30° 38' al O. de San Fernando, y latitud 1° 5' S.  
 El eclipse central termina en la Tierra el día 16 á 3 h. 53,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 34° 32' al E. de San Fernando, y latitud 16° 29' N.

El eclipse termina en la Tierra el día 16 á 4 h. 50,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 21° 8' al E. de San Fernando, y latitud 20° 1' N.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y Asia, en gran parte de Africa y de la América Meridional, en gran parte del Océano Atlántico y en una pequeña parte del Pacífico.

Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 3 y 2 m. de la tarde del día 16.  
 Medio á las 3 y 50 m. de idem.  
 Fin á las 4 y 34 m. de idem.  
 Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,283: tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresión de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 32° del vértice inferior del Sol hacia la izquierda (visión directa).

OCTUBRE 9. Eclipse anular de Sol, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 5 h. 10,7 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 165° 37' al O. de San Fernando, y latitud 38° 44' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 6 h. 16,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 179° 11' al E. de San Fernando, y latitud 44° 45' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 7 h. 48,1 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 120° 14' al O. de San Fernando, y latitud 12° 29' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 9 h. 54,7 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 60° 34' al O. de San Fernando, y latitud 11° 37' S.

El eclipse termina en la Tierra á 11 h. 0,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 76° 17' al O. de San Fernando, y latitud 17° 42' S.

Este eclipse será visible en gran parte de la América Meridional, en parte de la Septentrional, en una pequeña parte de Asia, en el estrecho de Behring, en parte del Océano Pacífico y en una pequeña parte del Atlántico.

## ALMANAQUE PARA EL AÑO 1893.

ORTOS DEL SOL.		ENENERO.		ORTOS DEL SOL.		FEBRERO.		ORTOS DEL SOL.	
H. M.	Ocasos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.
7.23		1 Dom. LA CIRCUNCION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45	7.10		1 Miérc. San Ignacio y san Cecilio patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19		
7.23		2 Lun. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45			☉ Luna llena, á la 1 y 56 m. de la tarde, en Leo.			
		☉ Luna llena, á la 1 y 26 m. de la tarde, en Cáncer.		7.09		2 Juev. Fiesta. LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA (vulgo La Candelaria) y san Cornelio Centurión, obispo.	5.20		
7.24		3 Mart. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46	7.08		3 Vier. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Longobardo.	5.21		
7.24		4 Miérc. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros, mártires.	4.47	7.07		4 Sáb. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22		
7.24		5 Juev. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeón Stilita.	4.48	7.06		5 Dom. de Sexagesima. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23		
7.24		6 Vier. Fiesta. LA EPIFANIA Ó LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49			6 Lun. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25		
7.24		7 Sáb. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.—Abrense las velaciones.	4.50	7.05		7 Mart. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26		
7.23		8 Dom. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	7.04		8 Miérc. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27		
7.23		9 Lun. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52			☾ Cuarto menguante, á las 7 y 57 de la noche, en Escorpio.			
		☾ Cuarto menguante, á las 10 y 14 m. de la noche, en Libra.		7.01		9 Juev. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28		
7.23		10 Mart. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53	7.00		10 Vier. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29		
7.23		11 Miérc. San Higinio, papa y mártir.	4.54			11 Sáb. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.	5.31		
7.22		12 Juev. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de León.	4.55	6.59		12 Dom. de Quincuagesima. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32		
7.22		13 Vier. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.58		13 Lun. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33		
7.22		14 Sáb. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	6.57		14 Mart. San Valentín, presbítero y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.—Ciérranse las velaciones.	5.34		
7.22		15 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, san Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.55		15 Miérc. de Ceniza. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.—Principia el ayuno de Cuaresma.	5.35		
7.21		16 Lun. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.54		16 Juev. San Julián y 5.000 compañeros, mártires.	5.37		
7.21		17 Mart. San Antón, abad.	5.01			☉ Luna nueva, á las 4 y 2 m. de la tarde, en Acuario.			
7.20		18 Miérc. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02	6.53		17 Vier. San Julián de Capadocia, mártir.	5.38		
		☉ Luna nueva, á la 1 y 13 m. de la madrugada, en Capricornio.		6.51		18 Sáb. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5.39		
7.20		19 Juev. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03	6.50		19 Dom. I de Cuaresma. San Gabino, presbítero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40		
7.19		20 Vier. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04	6.49		20 Lun. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41		
7.19		21 Sáb. San Fructuoso, obispo, san Angurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05	6.47		21 Mart. San Félix y san Maximiano, obispos.—Anima.	5.43		
7.18		22 Dom. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.46		22 Miérc. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.—Tempora.—Ayuno.	5.44		
7.17		23 Lun. Fiesta. SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emericiana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08	6.45		23 Juev. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45		
7.17		24 Mart. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09			☾ Cuarto creciente, á la 1 y 59 m. de la tarde, en Géminis.			
7.16		25 Miérc. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.43		24 Vier. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo.—Tempora.—Ayuno.	5.46		
		☾ Cuarto creciente, á las 6 y 12 m. de la mañana, en Tauro.		6.42		25 Sáb. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.—Tempora.—Ayuno.—Órdenes.	5.47		
7.15		26 Juev. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.	5.11	6.40		26 Dom. II de Cuaresma. San Alejandro, obispo.	5.48		
7.14		27 Vier. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julián y compañeros, mártires.	5.12	6.39		27 Lun. San Baldomero, confesor.	5.49		
7.13		28 Sáb. San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y san Valero.	5.14	6.37		28 Mart. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mártires.	5.50		
7.13		29 Dom. de Septuagesima. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.—Anima.	5.15	6.36					
7.12		30 Lun. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16						
7.11		31 Mart. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17						
<b>MARZO.</b>									
6.34		1 Miérc. El santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52	6.11		16 Juev. San Julián de Anazarbo, mártir.	6.08		
6.33		2 Juev. San Lucio, obispo.	5.53	6.09		17 Vier. San Patricio, obispo y confesor.	6.09		
		☉ Luna llena, á las 3 y 48 m. de la tarde, en Virgo.		6.07		18 Sáb. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.—Órdenes.	6.10		
6.31		3 Vier. Santos Emeterio y Celedonio, mártires.	5.54			☉ Luna nueva, á la 4 y 19 m. de la mañana, en Piscis.			
6.30		4 Sáb. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.—Anima.	5.55	6.06		19 Dom. de Pasión. SAN JOSÉ, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.	6.11		
6.28		5 Dom. III de Cuaresma. San Eusebio y compañeros, mártires.—Anima.	5.56	6.04		20 Lun. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.	6.12		
6.27		6 Lun. San Víctor y san Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.	5.57	6.02		21 Mart. San Benito, abad y fundador.	6.13		
6.25		7 Mart. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58	6.01		22 Miérc. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14		
6.23		8 Miérc. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	5.59	5.59		23 Juev. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15		
6.22		9 Juev. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00	5.57		24 Vier. Los Dolores de Ntra. Sra., san Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.—Anima.	6.16		
6.20		10 Vier. Santos Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01			☾ Cuarto creciente, á las 9 y 19 m. de la noche, en Cáncer.			
		☾ Cuarto menguante, á las 4 y 59 m. de la tarde, en Sagitario.		5.56		25 Sáb. Fiesta. LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas, el Buen Ladrón.—Anima.	6.17		
6.19		11 Sáb. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03	5.54		26 Dom. de Ramos San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18		
6.17		12 Dom. IV de Cuaresma. San Gregorio Magno, papa y doctor.—Anima.	6.04	5.52		27 Lun. Santo. San Ruperto, obispo.	6.19		
6.15		13 Lun. San Leandro, San Rodrigo y san Salomón.	6.05	5.51		28 Mart. Santo. San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires.	6.20		
6.14		14 Mart. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06	5.49		29 Miérc. Santo. (Abstinencia de carne.) San Eustasio, abad.	6.21		
6.12		15 Miérc. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, y santa Leocricia, virgen y mártir.	6.07	5.47		30 Juev. Santo. (Abstinencia de carne.) San Juan Climaco, abad.	6.22		
				5.46		31 Viern. Santo. (Abstinencia de carne.) Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23		

ORTOS del Sol.		ABRIL.		Ocasos del Sol.		ORTOS del Sol.		MAYO.		Ocasos del Sol.	
H. M.		H. M.		H. M.		H. M.		H. M.		H. M.	
5.44	1 Sáb. Santo. (Abstinencia de carne.) San Venancio, obispo y mártir.—Órdenes.	6.24		4.59		1 Lun. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orencio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.	6.55				
	☉ Luna llena, á las 7 y 3 m. de la mañana, en Libra.			4.58		2 Mart. San Atanasio, obispo y doctor, y la beata Mafalda, reina.	6.56				
5.43	2 Dom. DE RESURRECCIÓN. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.	6.26		4.57		3 Miérc. La Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mrs., y san Juvenal, ob.	6.57				
5.41	3 Lun. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.27		4.56		4 Juev. Santa Mónica, madre de san Agustín.	6.58				
5.39	4 Mart. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28		4.54		5 Vier. San Pio V, papa, san Sacerdote, obispo, y la Conversión de San Agustín.	6.59				
5.38	5 Miérc. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, santa Emilia y la beata Juliana, virgen.—Anima.	6.29		4.53		6 Sáb. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00				
5.36	6 Juev. San Celestino, papa y mártir.	6.30		4.52		7 Dom. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01				
5.34	7 Vier. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	6.31		4.51		8 Lun. La Aparición del arcángel san Miguel.—Letanias.	7.02				
5.33	8 Sáb. San Dionisio, obispo, y el beato Julián de san Agustín.	6.32		4.50		9 Mart. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.—Letanias.	7.03				
5.31	9 Dom. de Cuasimodo ó in albis. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.	6.33		4.49		☾ Cuarto menguante, á las 2 y 10 m. de la madrugada, en Acuario.					
	☾ Cuarto menguante, á las 11 y 21 m. de la mañana, en Capricornio.			4.48		10 Miérc. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.—Letanias.	7.04				
5.30	10 Lun. San Daniel y san Ezequiel, profetas.—Abrense las velaciones.	6.34		4.47		11 Juev. Fiesta. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patrón de Lérida.	7.05				
5.28	11 Mart. San León Magno, papa y doctor.	6.35		4.46		12 Vier. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.	7.06				
5.27	12 Miérc. San Víctor, mártir, y san Cenón, obispo.	6.36		4.45		13 Sáb. San Pedro Regalado, confesor, patrón de Valladolid.	7.07				
5.25	13 Juev. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.	6.37		4.44		14 Dom. Ntra. Sra. de los Desamparados, y San Bonifacio, mártir.	7.08				
5.23	14 Vier. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro González Telmo, patrón de Tuy.	6.38		4.43		15 Lun. Fiesta. SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato y seis compañeros, obispos, mártires.	7.09				
5.22	15 Sáb. Santa Basilia y santa Anastasia, mártires.	6.39				☾ Luna nueva, á las 10 y 32 m. de la noche, en Tauro.					
5.20	16 Dom. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio.	6.40		4.42		16 Mart. San Juan Nepomuceno, protomártir del sigilo de la confesión sacramental, san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stok, confesor.	7.10				
	☾ Luna nueva, á las 2 y 20 m. de la tarde, en Aries.			4.41		17 Miérc. San Pascual Bailón, confesor.	7.11				
5.19	17 Lun. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.	6.41		4.40		18 Juev. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio.	7.12				
5.18	18 Mart. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón.	6.42		4.39		19 Vier. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudentiana, virgen.	7.13				
5.16	19 Miérc. San Vicente de Colibre, y san Hermógenes, mártires.	6.43		4.38		20 Sáb. San Bernardino de Sena, conf.—Ayuno con abstin. de carne.	7.14				
5.15	20 Juev. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.	6.44		4.38		21 Dom. de Pentecostés. Santa Maria de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.	7.15				
5.13	21 Vier. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45		4.37		22 Lun. Santa Quiteria y santa Julia, virgenes y mártires, san Atón, obispo, el beato Pedro de la Asunción, mártir, y la beata Rita de Casia, viuda.	7.16				
5.12	22 Sáb. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46				☾ Cuarto creciente, á las 2 y 37 m. de la tarde, en Virgo.					
5.10	23 Dom. El Patrocinio de San José, y San Jorge, mártir.	6.47		4.36		23 Mart. La Aparición de Santiago, ap., san Basileo y san Epitacio, obispos y mártires.	7.17				
	☾ Cuarto creciente, á las 5 y 11 m. de la mañana, en Leo.			4.35		24 Miérc. San Robustiano y el bto. Juan de Prado, mrs., y la Traslación de Sto. Domingo de Guzmán.—Tempora.—Ayuno.	7.17				
5.09	24 Lun. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48		4.35		25 Juev. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.—Anima.	7.18				
5.07	25 Mart. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.—Letanias mayores.	6.49		4.35		26 Vier. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.—Tempora.—Ayuno.	7.19				
5.06	26 Miérc. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50		4.34		27 Sáb. San Juan, papa y mr.—Tempora.—Ayuno.—Órdenes.—Anima.	7.20				
5.05	27 Juev. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51		4.34		28 Dom. La Stma. Trinidad, san Justo, ob. de Urgel, y san Justo, cf.	7.21				
5.03	28 Vier. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52		4.33		29 Lun. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	7.21				
5.02	29 Sáb. San Pedro de Verona, mártir.	6.53		4.33		30 Mart. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	7.22				
5.01	30 Dom. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.	6.54		4.32		☉ Luna llena, á las 3 y 8 m. de la noche, en Sagitario.					
	☉ Luna llena, á las 11 y 9 m. de la noche, en Escorpio.					31 Miérc. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y las Stas. Petronila y Ángela de Mérici, vgs.	7.23				

## JUNIO.

4.32	1 Juev. Fiesta. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, san Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24		4.29		16 Vier. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32				
4.31	2 Vier. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25		4.29		17 Sáb. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.	7.33				
4.31	3 Sáb. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25		4.29		18 Dom. Stos. Marco y Marceliano, y san Ciriaco y Sta. Paula, mrs.	7.33				
4.30	4 Dom. San Francisco Caracciolo, fundador.	7.26		4.29		19 Lun. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33				
4.30	5 Lun. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27		4.29		20 Mart. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.33				
4.30	6 Mart. San Norberto, arz. y fund. del Orden premonstratense.	7.27		4.29		21 Miérc. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo.	7.34				
4.29	7 Miérc. San Pedro y compañeros, mártires, monjes de Córdoba.	7.28				☾ Cuarto creciente, á las 2 y 23 m. de la madrugada, en Virgo.					
	☾ Cuarto menguante, á la 1 y 28 m. de la tarde, en Piscis.			4.30		22 Juev. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34				
4.29	8 Juev. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28		4.30		23 Vier. San Juan, presbítero y mártir.	7.34				
4.29	9 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29		4.30		24 Sáb. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34				
4.29	10 Sáb. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.	7.29		4.30		25 Dom. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34				
4.29	11 Dom. El Purísimo Corazón de Maria, y San Bernabé, apóstol.	7.30		4.31		26 Lun. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34				
4.29	12 Lun. San Juan de Sahagún, san Onofre, anacoreta, y los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30		4.31		27 Mart. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría.	7.34				
4.29	13 Mart. San Antonio de Padua y san Fandila, presbítero y mártir.	7.31		4.31		28 Miérc. San León II, papa, y san Argimiro mártir.—Ayuno con abstinencia de carne.	7.34				
4.29	14 Miérc. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31		4.32		29 Juev. Fiesta. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34				
	☉ Luna nueva, á las 5 y 36 m. de la mañana, en Géminis.					☉ Luna llena, á las 6 y 11 m. de la mañana, en Capricornio.					
4.29	15 Juev. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires.	7.32		4.32		30 Vier. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial.	7.34				

JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.57	7.14
4.34	7.34	4.58	7.13
4.34	7.34	4.59	7.12
4.35	7.33	5.00	7.11
4.35	7.33	5.01	7.10
4.36	7.33	5.02	7.08
4.37	7.32	5.03	7.07
4.37	7.32	5.04	7.06
4.38	7.32	5.05	7.05
4.39	7.31	5.06	7.03
4.39	7.31	5.07	7.02
4.40	7.30	5.08	7.01
4.41	7.30	5.09	6.59
4.42	7.29	5.10	6.58
4.42	7.29	5.11	6.57
4.43	7.28	5.12	6.55
4.44	7.27	5.13	6.54
4.45	7.27	5.14	6.52
4.46	7.26	5.15	6.51
4.47	7.25	5.16	6.50
4.47	7.24	5.17	6.48
4.48	7.24	5.18	6.47
4.49	7.23	5.19	6.45
4.50	7.22	5.20	6.44
4.51	7.21	5.21	6.42
4.52	7.20	5.22	6.40
4.53	7.19	5.23	6.39
4.54	7.18	5.24	6.37
4.55	7.17	5.25	6.36
4.56	7.16	5.26	6.34
5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
5.32	6.23	5.47	5.58
5.33	6.21	5.48	5.56
5.34	6.20	5.49	5.55
5.35	6.18	5.50	5.53
5.36	6.16	5.51	5.51
5.37	6.15	5.52	5.50
5.38	6.13	5.53	5.48
5.39	6.11	5.54	5.46
5.40	6.10	5.55	5.45

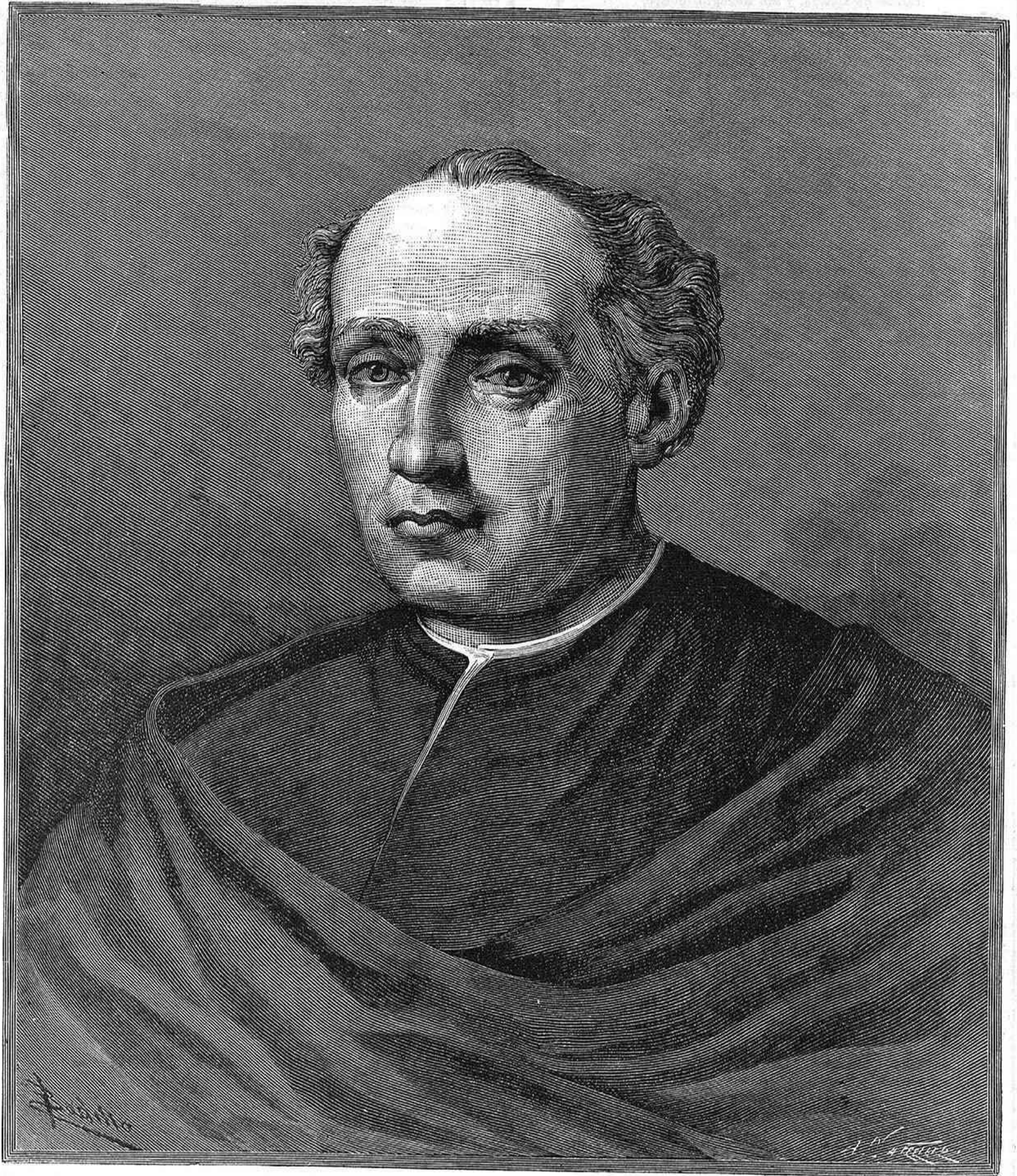
## SEPTIEMBRE.

5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
5.32	6.23	5.47	5.58
5.33	6.21	5.48	5.56
5.34	6.20	5.49	5.55
5.35	6.18	5.50	5.53
5.36	6.16	5.51	5.51
5.37	6.15	5.52	5.50
5.38	6.13	5.53	5.48
5.39	6.11	5.54	5.46
5.40	6.10	5.55	5.45

OCTUBRE.		NOVIEMBRE.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 5.56	1 Dom. Nuestra Señora del Rosario, el santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	H. M. 6.29	1 Miérc. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
5.57	2 Lun. Los santos Ángeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.	6.31	2 Juev. La Conmemoración de los Fieles Difuntos y santa Eustaquia, virgen y mártir.
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 3 y 4 m. de la tarde, en Cáncer.	6.32	3 Vier. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y San Ermengol, obispo.
5.58	3 Mart. San Cándido, mártir, y san Gerardo, abad.	6.33	4 Sáb. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.
5.59	4 Miérc. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	6.34	5 Dom. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
6.00	5 Juev. San Plácido y comps., mrs., san Froilán y san Atilano, obs.	6.35	6 Lun. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.
6.01	6 Vier. San Bruno, fundador de los Cartujos.	6.36	7 Mart. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
6.02	7 Sáb. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Cid, abad.	6.38	8 Miérc. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.
6.03	8 Dom. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.		☽ <i>Luna nueva</i> , á la 12 y 42 m. del día, en Escorpio.
6.04	9 Lun. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mártires.	6.39	9 Juev. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.
	☾ <i>Luna nueva</i> , á las 8 y 12 m. de la noche, en Libra.	6.40	10 Vier. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
6.05	10 Mart. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	6.41	11 Sáb. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.
6.06	11 Miérc. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	6.42	12 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá y san Millán, presbítero.
6.07	12 Juev. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrano, cf.	6.43	13 Lun. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.
6.08	13 Vier. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	6.45	14 Mart. San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.
6.09	14 Sáb. San Calixto, papa y mártir.	6.46	15 Miérc. San Leopoldo, confesor.
6.10	15 Dom. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de la Descalceza carmelitana, y compatrona de las Españas.	6.47	16 Juev. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.
6.12	16 Lun. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 y 30 m. de la noche, en Acuario.
6.13	17 Mart. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.	6.48	17 Vier. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 11 y 5 m. de la noche, en Capricornio.	6.49	18 Sáb. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Román.
6.14	18 Miérc. San Lucas, evangelista.	6.50	19 Dom. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.
6.15	19 Juev. San Pedro de Alcántara, confesor, patrón de Coria.	6.52	20 Lun. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
6.16	20 Vier. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	6.53	21 Mart. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.
6.17	21 Sáb. San Hilarión, abad, y santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	6.54	22 Miérc. Santa Cecilia, virgen y mártir.
6.18	22 Dom. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.	6.55	23 Juev. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.
6.19	23 Lun. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.		☽ <i>Luna llena</i> , á las 5 y 54 m. de la noche, en Géminis.
6.20	24 Mart. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	6.56	24 Vier. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa María, vírgenes y mártires de Córdoba.
6.21	25 Miérc. San Crisanto y santa Daría, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispín y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.	6.57	25 Sáb. Santa Catalina, virgen y mártir.
	☽ <i>Luna llena</i> , á las 7 y 13 m. de la mañana, en Tauro	6.58	26 Dom. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandro, obispo y mártir.
6.23	26 Juev. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentín y santa Engracia, mártires.	6.59	27 Lun. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.
6.24	27 Vier. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos, mártires, patronos de Ávila y de Talavera de la Reina.	7.01	28 Mart. San Gregorio III, papa.
6.25	28 Sáb. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	7.02	29 Miérc. San Saturnino, obispo y mártir.
6.26	29 Dom. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.	7.03	30 Juev. San Andrés, apóstol.
6.27	30 Lun. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mártires, y san Alonso Rodríguez.		☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 y 53 m. de la mañana, en Virgo.
6.28	31 Mart. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.— <i>Ayuno</i> .		
	☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 y 27 m. de la noche, en Leo.		

DICIEMBRE.

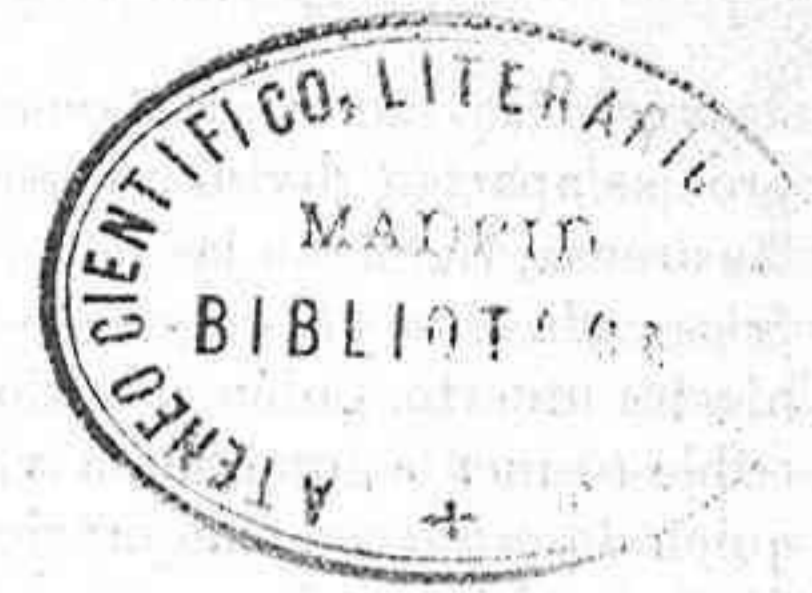
7.04	1 Vier. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.17	16 Sáb. San Valentín y compañeros, mártires.— <i>Ayuno</i> .	4.35
7.05	2 Sáb. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen.— <i>Ciérranse las velaciones</i> .	4.34		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 y 7 m. de la mañana, en Piscis.	
7.06	3 Dom. <i>I de Adviento</i> . San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4.34	7.17	17 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Lázaro, ob. y mr., san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ó Olimpiades, viuda constantinopolitana.	4.35
7.07	4 Lun. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.	4.34	7.18	18 Lun. La Expectación de Ntra. Sra. (vulgo La Virgen de la O).	4.36
7.08	5 Mart. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Mart. San Nemesio, mártir.	4.36
7.09	6 Miérc. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.19	20 Miérc. Santo Domingo de Silos, abad.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.37
7.09	7 Juev. San Ambrosio, obispo y doctor.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.20	21 Juev. Santo Tomás, apóstol.	4.37
7.10	8 Vier. <i>Fiesta</i> . LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Vier. San Demetrio y compañeros, mártires.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.38
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 7 y 25 m. de la mañana, en Sagitario.		7.21	23 Sáb. Santa Victoria, virgen y mártir.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .— <i>Ordenes</i> .	4.38
7.11	9 Sáb. Santa Leocadia, virgen, patrona de Toledo.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.21	24 Dom. <i>IV de Adviento</i> . San Gregorio, presbítero y mártir.	4.39
7.12	10 Dom. <i>II de Adviento</i> . La Traslación de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia (ó Olalla) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34	7.21	25 Lun. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.13	11 Lun. San Dámaso, papa.	4.34	7.22	26 Mart. San Esteban, protomártir.	4.40
7.14	12 Mart. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	7.22	27 Miérc. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.14	13 Miérc. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Mariñoni, confesor.	4.34	7.23	28 Juev. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
7.15	14 Juev. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridión y san Pompeyo, obispos.	4.35	7.23	29 Vier. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
7.16	15 Vier. San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir.— <i>Ayuno</i> .	4.35		☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 11 y 3 m. de la noche, en Libra.	
			7.23	30 Sáb. La Traslación del cuerpo de Santiago apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.43
			7.23	31 Dom. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



## CRISTÓBAL COLON

Nació en Génova á mediados del siglo xv.—Murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506.





# EL REGRESO DE COLÓN Á ESPAÑA

## TRAS SUS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

### I.

Por Enero de 1493 zarpó el Almirante con dirección á España en el regreso de sus primeros descubrimientos. Navegaron las dos carabelas con buen tiempo y fresco hasta el día 11 del siguiente mes, hasta el día 11 de Febrero. Creíanse tal día cerca de costas por haber visto muchas aves. No sabían á ciencia cierta dónde se hallaban. Figurábanse unos en las Azores; otros en la Madera; otros en la desembocadura del Tajo y á las inmediaciones marítimas del monte bellissimo que se llama Cintra. Pero donde realmente por su mala ventura se hallaban, era dentro de una tempestad horrorosa, que les cayó encima el siguiente día, el 12 de Febrero. Parecióles extraña, en verdad, y lo era por singularísima. Embarcados tanto tiempo los descubridores del Nuevo Mundo, desde la madrugada del día de su invención, del día 12 de Octubre, no habían tenido más contratiempo que la pérdida de su Capitana en los bajíos de Haití; y ese por descuido, por sueño, por confianza, en mar de leche, á suave brisa, y compensado por una tan grande compensación como el encuentro con la noble amistad del cacique Guacanagari, así como por la exploración del territorio más fecundo en oro entre cuantos habían visitado. Desde la madrugada del 2 de Agosto de 1492, á la madrugada del 12 de Febrero de 1493, parecía que todos los genios benéficos del mundo se congregaban á impeler la navegación por un mar idílico, iluminado de una luz dulce y movido al beso de auras amorosas, como en cualquiera égloga marina del poeta mediterráneo por excelencia que se llama Teócrito. La fábula de Galatea en su concha de nacar, bajo cielo de añil, sobre mar de cristalina ondulación donde se rompía inmaculada luz, por los tritones alegres circuida, de las ninfas y sirenas acompañada, entre aguas sembradas de perlas y vecinas del territorio helénico rico en corales, se reproducía por aquellas noches del Trópico henchidas del aroma de una flora increíble, así como iluminadas por un cielo tachonado de constelaciones brillan-

tísimas y surcado de aerolitos innumerables, cuyos resplandores asemejábanse, más que á cosas materiales, á un verdadero ideal. El soplo de las brisas aparecía tan por extremo constante, que lo imaginaban venido siempre de un mismo lado y opuesto por ende al regreso de los exploradores hacia España. ¡Cuántas veces, en la bienaventuranza de aquella navegación, á las altas horas de sus noches, cuando llovían del cielo gotas de luz con gotas de perfumes y subían de las olas himnos sin término, el Almirante comparaba la superficie del mar á la superficie del Guadalquivir, y el olor al azahar y el horizonte al aire y al cielo de Andalucía, faltando tan sólo para la reproducción y goce completo de las voluptuosidades sevillanas el cántico melodioso de un ruiseñor enamorado.

Más, la vuelta, cuando le aguijoneaban los deseos de contar lo encontrado, sólo comparables á sus deseos por los encuentros, una tempestad horrible le asalta, continuación de las diabólicas sugerencias ingeridas en los objetos inorgánicos y en los cuerpos organizados, según el sentir de Colón, por el mismo Satanás en persona, oponiéndose á que las nuevas tierras se descubrieran y tanto número de tribus se bautizaran. Una tempestad espantosa les sorprendió, pues, del 11 al 12 de Febrero, tanto más temible, cuanto que las carabelas hacían por todas partes agua y no llevaban lastre. La ciencia entonces desconocía el mundo infinitamente pequeño revelado á nuestra vista por el microscopio. Y como desconocía el mundo infinitamente pequeño, ignoraba que los microbios tropicales iban carcomiendo aquellos barcos, cada día más maltrechos. Con semejante ligereza producida por la carcoma, sumada con la ligereza producida por el deslastre, las carabelas corrían como dardos entre los huracanes del aire y las trombas del oleaje. Todos los poetas á porfía pintaron las tormentas oceánicas. En la virgiliana *Eneida* corren las ráfagas tempestuosas sobre la mar antes tranquila; los cielos desaparecen tras las tinieblas espesísimas; los nubarrones se amontonan en tropel; culebrean los relámpagos por todas partes; retumba el trueno; flamean los rayos como látigos que hacen vibrar los dioses; tiemblan las cuerdas; se rasgan las velas, se rompen los mástiles, se

desunen las tablas; los remos se tronchan, la popa y la proa se apartan divididas por los furores del agua; hierven las arenas, tiemblan las islas; y entre tantos horrores flotan fríos cadáveres en cuyos desencajados rostros verdea la siniestra muerte. Colón describe con mucha sobriedad la terrible tormenta, que había visto, bien al revés de Virgilio, quien describe con exageraciones otra tormenta jamás por él vista. Los historiadores de hoy no han podido ver la tormenta sufrida entonces por Colón; pero dedúzcola yo de la continua lectura del Diario suyo que pueden á la vista tener todos. Después de haber mucho relampagueado y venteado las noches anteriores, la del 11, la del 12 y la del 13, crecieron los vientos la noche del 14. Súbito cayó desde las alturas sobre aquellas frágiles carabelas espeso nubarrón, que parecía pesado como el plomo y obscuro como la ceniza; bajo la quilla etremeciéronse las olas y chocaron unas con otras como si en opuestas direcciones las impeliesen dos corrientes contrarias; por las velas y los cordajes corrió un diluvio tal, que se dudaba si las aguas del mar se habían transportado al cielo ya, ó si entre las tablas se abrían abismos cual si perdurable noche se hubiese bajado á las aguas; montañas altísimas, de base negra como las tinieblas infernales y de cumbres eléctricas como las nubes tempestuosas, encrespáronse amenazando tragárselo todo en sus torbellinos, azotados por vientos que parecían dobles y opuestos como las corrientes marinas; un trueno continuo lanzaban los abismos de arriba y otro semejante los abismos de abajo; y así en vano arriaron velas y recogieron cuerdas, arrojando la tempestad á palo seco: la muerte se presentó á los ojos del marino descarnada.

En poco tiempo se llevó el huracán de los ojos del descubridor la *Pinta*, por imposibilidad absoluta de resistir á la tormenta. Pusiéronle faroles desde la *Niña* toda la noche y al amanecer desapareció. Colón se creyó perdido. Aquel descubrimiento suyo volvía de nuevo á inmergirle con profunda y silenciosa inmersión en los abismos del mar, sobre los cuales quedaban flotando las supersticiones antiguas para mejor precaverlos contra una curiosidad tan demente como la suya y que sería como la suya castigada por el airado cielo. Aquella gloria con la cual soñaba, que había de poner su nombre inmortal entre los reveladores, hundiríase con el cadáver último que desapareciese á la vista, como una virgen ahogada la noche de sus nupcias antes de haberse desceñido el velo nupcial. Sus dos hijos, á quienes llevaba la dignidad hereditaria de almirantes y visorreyes, una monarquía sin ejemplos anteriores, arrancada en inverosímil milagro de genio á reyes y á pontífices por el pensamiento y esfuerzo del hijo de un cardador, quedaban huérfanos y convertidos en tristes pordioseros. Los bienhechores monarcas y los altos magnates, que lo protegieron antaño, no lo recibirían, como él soñara tantas veces, en sus brazos, y no le aclamarían vencedor en sus primeras gozosas entrevistas. Vítores de los pueblos, gracias de los monarcas, dones de la fortuna, riquezas jamás igualadas, poder y nombre como los suyos, todo lo devoraba el abismo. Un pensamiento debió también surgir en su alma consagrado á la mujer amante que le retuvo en Córdoba con su amor y contribuyó á darle horas de felicidad y olvido entre los horrores de sus combates morales.

Hecho este mental testamento en su fuero interior, vol-

vióse Colón primero á la providencia de Dios y después al tribunal de la Historia. En su fe de marino entraban mucho los votos; y no podían menos de entrar, puesto que correspondían ellos con sus creencias íntimas y con sus connaturales costumbres. Las olas del mar todo y los revuelos del aire marino llenos se hallan de votos, cual de verdaderos exvotos llenos están los santuarios de las costas. No hay más que verlos cubiertos de poéticas ofrendas, para comprender cuántas ideas religiosas el mar de sus hondos senos evapora y qué himno en sendos coros sin fin componen sus vientos y sus oleajes. El espíritu de Colón era por su naturaleza religioso, por su educación religioso, y religioso por su oficio. En medio de las tempestades volaba su pensamiento al cielo, cual esos pájaros marinos que suben allende las nubes tempestuosas y dominan con sus gritos el fragor de la tempestad. Su ingreso, más ó menos cierto, en la Orden tercera, sus misas en el monasterio franciscano, sus letanías acompañadas por los rumores oceánicos, las sendas oraciones en los dos crepúsculos del ocaso y del alba, el oficio leído todas sus siestas, la *Salve* cantada todas las tardes, el *Rosario* rezado todas las noches, dicen cuánta fe católica su pecho abrigaba y cómo los ejercicios connaturales á la vida santa de un monje se unían en él con los combates y las porfías connaturales á la vida tormentosa de un marino. Así, pensó durante aquella calamidad en la justicia divina, y creyó azotes á la soberbia suya por tan milagroso descubrimiento los culebros del relámpago, las ráfagas del huracán, los bramidos y levantamientos del oleaje, los diluvios del aire, los latigazos del rayo; y creyó desarmar la cólera divina ofreciendo una penitencia pública de humildad y una peregrinación en camisa y de hinojos desde sus naves salvadas al primer santuario en su carrera encontrado. Luego pasaron por su mente las imágenes y las iglesias de su mayor devoción; aquella Virgen de Guadalupe veneradísima en Extremadura y Andalucía, cuyo santuario, en abandono y en ruinas hoy, nos asombra; y aquella Virgen de Loreto, invocada por todos los italianos; y aquella iglesia de Santa Clara de Moguer, á donde concurrían tantos marineros redimidos de las asechanzas y de los horrores del voraz Océano. Toda la tripulación se asoció á estos recuerdos y á estas invocaciones. Todos los marineros quisieron participar de la voluntaria penitencia, ya que participaban todos del tremendo castigo. Así pusieron tantos garbanzos cuantos hombres había en el buque, y señalaron uno con cruz bien tallada por el cuchillo para que aquel, á quien tocara, fuese de romeraje á Guadalupe. Encerrados en un bonete y revueltos, metió la mano Colón y sacó el garbanzo de la cruz. Echóse la suerte para enviar un romero á Loreto, y le tocó á Pedro Villa, mareante del Puerto de Santa María. Echóse luego la suerte para ir á Santa Clara de Moguer, y también le tocó á Colón, el cual estuvo por la suerte y sus caprichos obligado á dos romerías y á dos penitencias, de lo que hubiera muchísimo contento, atribuyendo las preferencias en la elección del devoto á predilecciones manifiestas del cielo. Y hecho esto con Dios, acordóse de los hombres. Y para que no pudiese ignorarse lo descubierto, escribiólo en medio de la tormenta, y envolviendo el escrito en hule y cera, cerrólo dentro de un barril, el cual entregó á las olas, á fin de que flotara sobre las aguas el secreto y diera en manos de aquel quien plugiese al Eterno.



## II.

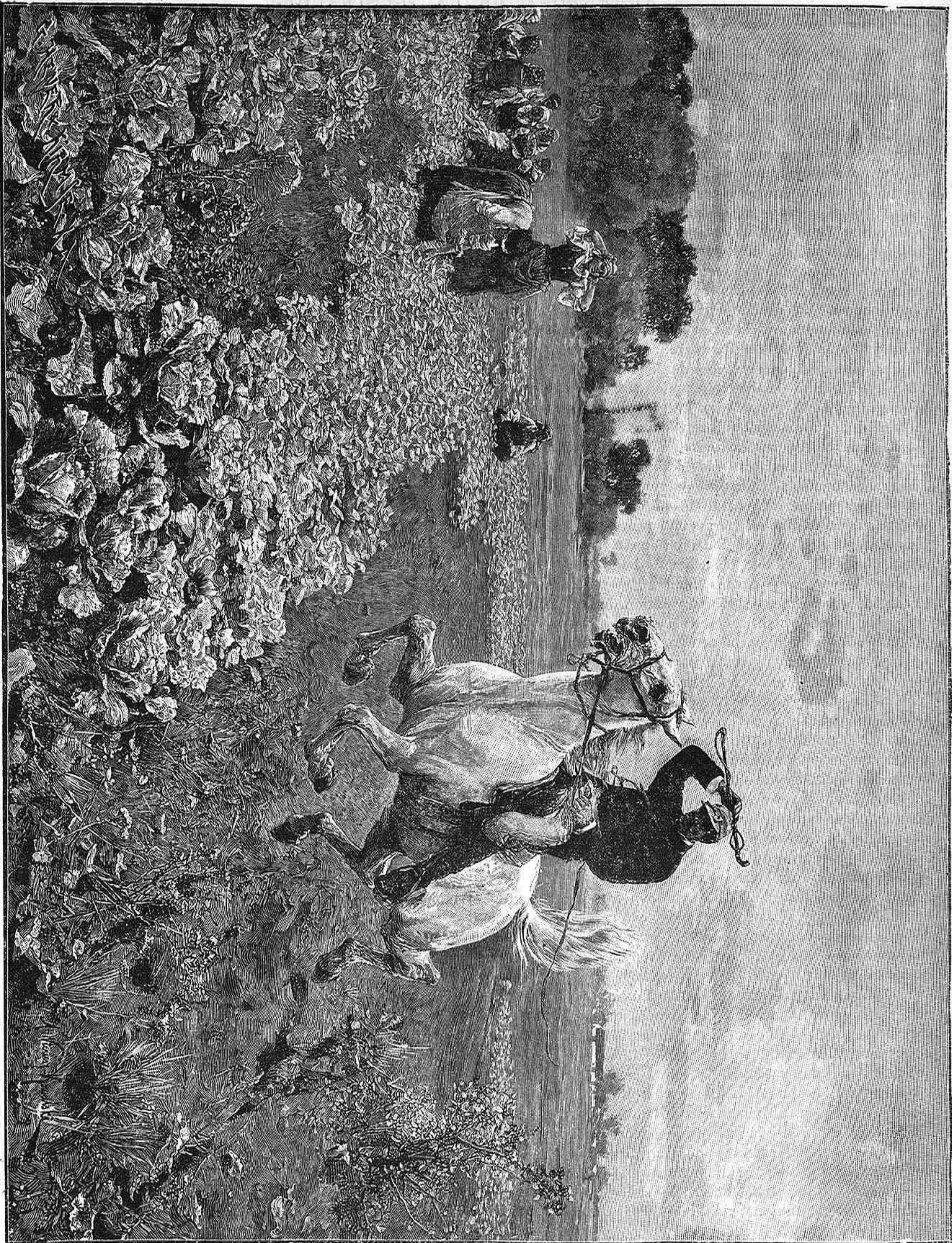
Era el 15 de Febrero cuando vieran tierra por delante, siquier ignorasen qué tierra fuese. Pero ver tierra en las circunstancias aquéllas no equivalía de ningún modo á poder abordarla. Estaba la mar siempre altísima, y los marinos y el Almirante dando bordos con sumas angustias, como dice Las Casas. Tras muchas investigaciones, entendieron hallarse próximos á una isla perteneciente al grupo de las Azores. Colón parecía en estas circunstancias una sombra, según lo demacrado y macilentísimo. Como no había comido, ni dormido, ni preservádose de las humedades, manteniendo su vida por la sobreexcitación de sus nervios y por la fiebre de su sangre, andaba medio tullido de las piernas por los estragos de la humedad y del frío. Del 15 al 18 de Febrero estuvieron barloventeando sin poder arribar. Y, con efecto, en este día último arribaron y supieron que la isla, frente á cuyas costas se hallaban, era la conocida con el nombre de Santa María. Esperaba Colón de aquel territorio y de aquellos pobladores un cordial acogimiento. Salvado por modo milagrosísimo al embate de las olas parecía tener algo de sobrenatural. Con los descubrimientos de nuevas tierras en su pro, tan útiles á todos los isleños de tal mar, debía prometerse triunfos en lugar de repulsas. Con efecto, las primeras demostraciones aparecieron alegres y regocijadas, holgándose todos mucho con lo invenido por aquel descubridor extraordinario. Pero bajo tales algazaras y aleluyas escondíase una traición taimadísima. No obstante haber asentado paces Castilla con Portugal, el Rey de este último Estado no podía resignarse á la idea de habersele ido entre las manos empresa tal como la colombina empresa. Ya en la partida de Colón le imputaban los susurros de la fama un propósito resuelto de impedir sus exploraciones y á la vuelta se vieron clarísimas las añoranzas ingeridas en su propio ánimo por la imprevisión y por el descuido suyos. Pero, en todos los procedimientos del Monarca lusitano respecto de tal negocio se nota una perplejidad, explicativa de sus malogros y de sus marros, pues las grandes empresas piden siempre grande y firme voluntad individual, así como la estrella norte de un ideal claro y el objetivo de un plan seguro. El Monarca portugués no tenía para qué dar tras de Colón al dolor de sus desengaños; pues muda debía ser su regia conciencia, si le callaba donde residía la efectiva responsabilidad, que le trajo aparejada de suyo ante la historia esa comisión de su error y de su falta irreparables.

Colón había mandado tres hombres á tierra y no volvían, retenidos por lo mucho que gustaban los isleños de sus maravillosos relatos. En cambio dos enviados del capitán de la isla fueron á la carabela y llevaron gallinas con otras provisiones y refrescos á la tripulación. Hizoles mucha honra el Almirante y les anunció cómo, en cumplimiento de un voto, irían la mañana próxima una mitad de sus marinos en penitencias solemnes á las primeras ermitas. En efecto, fueron; mas ¡cuál asombro no sentirían viendõ que les asaltaban los lusitanos, reunidos unos á pie y otros en cabalgaduras, y entrados todos dentro del santuario, al mediar la misa, con gestos muy amenazadores y palabras muy soeces,

concluyendo por prenderlos y cautivarlos como á enemigos, cuando eran sus aliados y sus huéspedes! Al asombro suyo uniõse bien pronto el asombro de Colón. Esperando estaba la vuelta de los peregrinos para emprender él su correspondiente peregrinación, cuando, en vez de los esperados, se le apareció en una barca el capitán portugués y le dijo como los había preso á todos. Indignóse Colón al increíble atentado, y después de proclamar sus títulos, los títulos de Almirante y Visorrey, así como las cartas que tenía de sus reyes, en las cuales á todos sus aliados y amigos les encargaban se prestasen al descubridor los auxilios cambiados entre las cordiales alianzas, acabó por amenazar á quien así faltaba con todo la cólera de Castilla, muy capaz, en los requerimientos del honor, muy capaz de no dejar allí piedra sobre piedra. Pero amarrado el buque á la tierra mandada por aquel capitán, que tan duras frases oyera de Colón, debió zafarse pronto este de allí en el natural temor á que cortasen las amarras. Y no tenía buen lastre, como constreñido á reponerlo con llenar los barriles de agua marina, y ni siquiera marinos, por habersele quedado los más duchos presos en tierra. La cerrazón del horizonte y las agitaciones del mar, así como la reducción de los marinos hábiles á tres, tantos casos adversos pusieron á Colón en tales aprietos, que volvía los ojos á las islas recién descubiertas y las consideraba como el paraíso terrenal. Dábale de costado el mar y comunicaba sacudidas tan violentas al barco, que á todas las calamidades externas sumábanse internas angustias, de los cuerpos verdaderamente asesinas. Y aun debían dar gracias á Dios Padre, pues, si en lugar de combatir las olas por un solo costado á la carabela, combatiéranla con dos corrientes contrarias por sendos y opuestísimos empujes, de seguro naufragara y se perdiera. Iba en demanda el Almirante de una isleta conocida bajo el nombre de San Miguel, y no pudo alcanzarla, teniendo que volverse á la Santa María, magüer los daños ya sufridos y los daños temibles. Allí volvió á ver algunos que capeaban desde los cercanos escollos y le requerían á presentarse sobre cubierta. Y tras este requerimiento se acercó un esquife con cinco marinos, dos capellanes y un escribano, quienes le rogaron presentase los por él referidos poderes y cacareadas epístolas reales. Resistiólo Colón, muy sobre aviso ya respecto de lo que intentaban; pero desprovisto de medios para ir á malas, avínose á buenas, y mostrando sus cartas, exigió la devolución de los prisioneros, como así lo alcanzara en seguida con grande satisfacción de todos y buena enseñanza y mejor escarmiento para él en lo sucesivo. Mandado detener, según le testificó el capitán, por el Monarca portugués, ¿cuándo á la detención escapara? Sumas gracias debió dar á Dios por haber salido á bonanza tras esta nueva tormenta moral, no menos peligrosa que las tormentas materiales. Cobró su gente y puso la proa ruta de Castilla el domingo 24 de Febrero.

Con vario tiempo anduvo unos cuatro días por aquellos mares, hasta los primeros de Marzo, en que violentísima turbonada le sorprendió de nuevo y lo puso á dos dedos de su perdición y acabamiento. Ofreció nuevas romerías con romeros nuevos á santuarios de la Virgen, y á Dios le ofreció el holocausto de la conformidad interior con los divinos decretos y de la más probada y más firme paciencia. Esas cordilleras de olas, atribuidas á imaginación de los poetas, que tanto al marino aterran, y de cuyo furor no puede nin-





CARRERA DE OBSTÁCULOS.—Cuadro de A. Wierusy Kowalski.

MADRID  
BIBLIOTECA

guna hipérbole dar idea, se arremolinaron en derredor del barquichuelo y lo subieron á las alturas, como, al rendirse con tanto estrépito y una tan enorme pesadumbre, bajáronlo también á los abismos. Vió Colón tierra entre los paños fúnebres de las tinieblas negrísimas iluminadas por el relámpago, y mandó dar al papahigo, como dicen los marinos en su lengua vulgar, un poco de vela, por ser cosa de mucho peligro la proximidad á tierra en tormentosa y obscura noche. Como por arte de magia increíble, al fin y al cabo la tempestad se descorrió, y aparecieron las blancas dunas á un lado que cercan el abra de Lisboa; las amplias bocas del Tajo en frente, ceñidas de áureos arenales y recamadas con hirvientes olas; muy cerca de allí el pintoresco puerto de Cascaes, donde se mezclan casas y naves, anzuelos y azadones; sobre todo la pintoresca montaña de Cintra, bordadísima de florestas alegres y cubierta de gayas praderas y aromada de balsámicas esencias: una parte de la querida península patria. Mucho gozo hubiera sentido Colón de tropezar con tierras donde viera el pabellón de Castilla, y poca confianza debía inspirarle un Estado, cuyos agentes lo habían recibido tan mal en los dominios ultramarinos suyos y cuyo rey se la tenía jurada por descargar sobre la voluntad ajena responsabilidades á él únicamente imputables por toda conciencia recta y clara. Pero no podía evadirse de anclar en el Tajo. La mar no se aquietaba y los temporales seguían tan deshechos como no los recordaba iguales nacido ninguno, hasta el extremo de haberse los mares en aquellos días tragado unas veinticinco naos flamencas con tripulaciones diestras y numerosas. Muy cerca de la desembocadura temía Colón verse asaltado por gentes de aquellas orillas y pidió que le permitiesen anclar frente á Lisboa misma. Encontrábase allí en el rastelo surta poderosísima nave real, de muchas toneladas y grande artillería, comandada por patrón en cosas de mar tan ducho como Bartolomé Díaz, el cual fué con su batel á la carabela, y requirió á Colón para que le siguiera, requerimiento al cual opuso el Almirante la resistencia propia de su alta dignidad y poder, contentándose tan sólo con mostrar aquellos papeles, por cuya virtud y autoridad podía entrar libremente al habla en los puertos de cuantos Estados tuvieran ó alianza ó paz con los Monarcas de Castilla.

En cuanto notificó su calidad, menudearon los obsequios. El capitán de la nao lusitana, con acompañamientos de atabales y trompetas y añafles, con grandísima pompa le visitó, haciéndole mucha fiesta y holgándose con su regocijo; las gentes de Lisboa corrieron á verle y aclamarle por haber tan grande misterio roto con su audacia y revelado al mundo tierra tan extraña y traído ejemplares de tribus tan primitivas; D. Martín de Noroña, hidalgo portugués, llevóle una carta de D. Juan II, en cuyas letras invitábale á pasarse por la corte, donde hallaría singular acogimiento; los naturales de Sacamben, villa en que pernoctó la primer noche de su viaje á la visita del Rey, festejaronle con toda clase de festejos; el prior de Crato, la principal persona entre todos cuantos residían allí, lo tuvo por huésped, obedeciendo las órdenes de D. Juan II; asentólo á su mesa éste con reverencia y oyó todas sus invenciones con interés; hasta la Reina, que vivía de temporada en el convento de San Antonio, no quiso dejarlo partirse de ningún modo sin escuchar aquel poema real de navegación, superior en milagros á cuanto los mayores

poetas idearan y escribieran en los arrebatos de sus respectivos estros; y quien había salido de Portugal tratado como un demente, á Portugal volvía reverenciadísimo como un Dios. Esta contraposición hería más que ningún otro pecho el pecho de D. Juan II. A cada noticia dada por el descubridor, un remordimiento le taladraría las sienes con su venenosa punzada, y á cada relación el vértigo engendrado por las grandezas frustradas le trastornaría el cerebro. Al pensar que todos aquellos mares cargados de perlas, y todos aquellos territorios henchidos de oro, y todas aquellas islas aromadas por especierías increíbles y parecidas en su hermosura sin mancha de ningún género al reencuentro del paraíso sin pecado, pudieron pertenecerle, y todo lo perdió por no haber oído con atención al mismo á quien escuchaba con envidia, mil ideas, á cual más rara y de más imposible realización, cruzaron por su obscurecida mente, y mil propósitos, á cual más desatinado y violento, lucharon en su incierta y perturbada voluntad. Sufrió su corazón agudísimo dolor á causa de no poder descargar el peso de su conciencia sobre ninguna otra responsabilidad más que la propia. En el curso de la conversación amistosa con el Almirante ya deslizó una especie tan temeraria como su creencia de que aquellas islas nuevas entraban en el radio de los dominios pertenecientes al dominador del Bojador y de Guinea, según antiguos convenios con Castilla y supremas decisiones del Pontífice. Pero Colón le deshizo tales argumentos sin esfuerzo ninguno, con aquella competencia y maestría propias de quien une á las adivinaciones del genio los estudios del sabio. Las tradiciones, amén de todo esto, refieren que, á hurtadillas, esquivándose de Colón cuanto pudo, llevó el rey de la carabela un indio natural de la primer isla descubierta, y le hizo contar con granos de aluvias secas el número y la posición de los territorios componentes del hermosísimo archipiélago. Y cuando vió el grupo de las Bahamas, formado por los islotes Lucayos, y luego la inmensa Cuba de fabulosa feracidad, y más lejos la Española tan grande como Portugal, y San Salvador con su corona de arrecifes, y la Fernandina con sus industriosos indios, y la Concepción y la Isabela tan poéticas, todas con sus raíces de corales en el mar y en el cielo con su corona de palmas, llegó á desesperarse por tal modo y en tales términos que volvió contra el descubridor toda la cólera merecida por su propia persona. Cuál dolor no sentiría, cuando los cortesanos, diligentes de suyo en cumplir todo aquello que creen deseado por los reyes, trataron de asesinar á Colón, y cogiendo sus carabelas y sus indios, volverse al mar, antes impenetrable, ya penetrado y descubierto, plantando allí el pabellón de Portugal. Mas un poco de conciencia en el Monarca y otro poco de miedo á Castilla entraron en la definitiva resolución, en la justísima y cuerda, de dejar ir á Colón donde le pluguiese, despidiéndole muy satisfecho y muy honrado, no sin felicitar á los Reyes castellanos por su reciente, por su increíble, por su Imperio de tanta novedad y maravilla.

## III.

La delicadeza en su complexión y la ternura en sus afectos muéstralas Colón, como en cien otras ocasiones, con volver antes al sitio de donde se había partido, y en el cual muchos



recuerdos tristes de su obscuridad y de su pobreza debía encontrar, que á la corte, de donde sacara los primordiales elementos para su obra, y en donde aguardaban cuantiosísimos premios al perfecto logro de su empresa. Cosa bien cierta que las penas por cualquier empeño sufridas aumentan mucho el valor material y moral de su consecución, muchísimo. El piloto modesto recién llegado de lejos, el genovés nómada, el huésped obscuro de un lugar costero humildísimo, el pariente vulgar de una familia desconocida casi, el padre infeliz para quien su hijo mayor era como pesadísimo gravamen, por no poder mantenerlo á su gusto, siquier lo amase con todo su corazón, el mago reído por todos y comprensible sólo á la ciencia de Garci-Fernández, el médico, y á la intuición de Fr. Juan Pérez, el penitente, debía encontrar en la remembranza de tamaños vejámenes, con los que le persiguiera la suerte adversísima, motivos de mayor satisfacción por la gloria conseguida y de mayor aprecio á los altos cargos de Almirante y Visorrey ganados al heroico esfuerzo de su voluntad y de su idea. ¡Cuántas vigiliadas en su celda! ¡Qué número de burlas amarguissimas llevadas al seno del claustro! ¡Qué impaciencia, viendo como se le concluía la vida y con la vida la esperanza! ¿Y los días aquellos en que Juan Pérez fué á Granada? ¿Y la deficiencia de medios aun después de granjeadas unas capitulaciones tan favorables á su persona como el solemne acuerdo de Santa Fe? ¿Y la fuga de todos los tripulantes? ¿Y la despedida de su hijo? ¿Y la mirada última puesta en el monasterio altísimo cuando se abría el mar tenebroso para tragarse las carabelas del descubridor atrevido? La liturgia de nuestra Semana mayor católica tiene representaciones vivas de tal estado de ánimo en su Sábado Santo. Ábrense temprano la iglesia y continúan las tristezas del Viernes, como si los aires aquellos estuvieran cargados con las lamentaciones de Jeremías aún y envueltos en las luctuosas tinieblas que acompañan al *Miserere*. El tenebrario está sin las velas á un lado, el ara sin los linos á otro, el velo violáceo cae desde las tristes bóvedas sobre los solitarios altares desnudos. Suena la siniestra carraca en la torre muda y parecen los rezos cual sollozos de muertos. Pero, en cuanto llega el gloria, los velos se rasgan, las lámparas se iluminan, las trompetas angélicas del órgano resuenan, el altar desnudo recobra sus blancas vestiduras y el santuario desierto se llena con la presencia de su Dios resucitado, entre guirnalda de luces y regocijantes himnos de verdadero triunfo. Comparad aquella peregrinación de penitentes á la salida con estas procesiones de triunfadores al regreso; aquella Misa, como si fuera de Requiem, á los oídos de Colón rezada por el P. Juan entonces con el Te Deum en que tomaban parte las muchedumbres ahora; el adiós horrible á la partida, cuando por todos los giros del aire se oían sollozos y se tocaban desesperaciones con el acogimiento regocijadísimo al triunfo; los denuestos al descubrir en el piloto demencia de un intento imposible con las bendiciones cuando traía un logro cierto; el universal omnímodo lamento de tal fecha tristísima con este regocijo; y decidme si creéis acertado que llamemos al primer día un elegiaco Viernes Santo y al segundo día la Resurrección y su Pascua.

El mundo es horrible por la mezcla de lo bueno con lo malo en su seno. Junto á la epopeya viva y regocijada una tragedia viva también y siniestra. La serie de tristezas y las evaporaciones de lágrimas, que se han personificado en

Job, en Prometeo, en Edipo, renacen aquí á esta hora solemne. El hombre más comprometido en el deseado logro de la idea colombina, llega triste al puerto, entra solo, desembarca como un criminal perseguido, corre á su casa, donde se oculta como en una prisión, y muere. ¡Oh! Era Martín Alonso Pinzón, víctima de no haber apreciado toda la grandeza propia de parte por él tomada en la obra y de haber querido acapararla entera y total. ¡Qué bello ángel fuera Luzbel, de no haber querido ser Dios! ¡Qué grande hombre Martín Alonso de no haber querido ser Cristóbal Colón! Había concluido de sus dineros los apercebimientos y preparaciones á la obra; juntado por su autoridad las tres carabelas y las respectivas mainerías; puesto empeño, seguido de feliz logro, en la organización del viaje frustrado por los continos del Rey; sometido los moralmente rebelados; conseguido con sus consejos orden allí donde toda sumisión se perdía completamente á la desesperada en los minutos más críticos de la colosal empresa; disipado tempestades morales más terribles que las tempestades oceánicas; vuelto en su regreso á una rada española, cuando el descubridor volviera con menos acierto y cálculo á una rada portuguesa; mostrado en el arte difícil de la realización del plan calidades excepcionales, dignas de ser colocadas por la diversidad misma de sus méritos junto á las mágicas y sobrehumanas de su competidor, el misterioso adivino. Pero el cálculo certerísimo, la voluntad firme, la paciencia santa, el valor heroico, las dotes de administración y de mando se mezclaron á celos tan rabiosos, á envidias tan punzantes, á competencias tan batalladoras que le trajeron esta violentísima muerte y le macularon la gloriosa vida. No se debió apartar nunca de Colón. Aquel apartamiento en busca de las riquezas que decían los indios del Salvador entrañadas en los senos de Haití fué un acto de indisciplina, en todas partes imperdonable, y más allí en el mar, donde todo corre peligro de ruina cuando no se sujetan y someten los marinos á la mas pasiva obediencia de quien los dirige y comanda. No debió tampoco á la vuelta codiciar el envidiable lauro debido al primer iniciador, pues en el segundo puesto aun le quedaba una gloria y un provecho sin ejemplo. El castigo correspondió con la culpa. Cuando llegó á Bayona de Galicia, cerca de la desembocadura del Miño, estaba Colón ya en la desembocadura del Tajo; cuando llegó él á la desembocadura de Saltes, había Colón arribado con grande antelación y recibido el justo acogimiento. No le quedaba más recurso que morir. Hasta en el acabar trágico y obscuro de dolor y despecho se descubre aquella condición altísima de un marino que antepone á cualquier cosa la muerte. No estaría Colón excesivamente retribuido en su gloria indudable con todo cuanto le granjeó Castilla; pero la falta y el error de Pinzón quedaban excesivamente castigados. Algo, sin embargo, excusa el error del piloto: la debilidad imperdonable del profeta, su codicia. No consentía dar á ningún tripulante la debida participación en los aprovechamientos de una obra, la cual por tan grande manera obedecía de suyo á los instintos del comercio y á los deseos de lucro. Desde que llegan á la primer Lucaya en el primer viaje hasta que dejan los últimos escollos de la Española y las Tortugas, no pensó Colón en otra cosa que en allegar oro, ni habló de otra cosa que del oro. ¡Cuán pocas interrogacio-

nes respecto de religión, de leyes, de costumbres á los indios! ¡Cuántas respecto de minas! Él mismo confiesa que Pinzón, cuando se apartara de su compañía, rescató una grande cantidad de oro á los indios y la repartió en partes proporcionales á los tripulantes, guardándose un factor de aquella división para sí mismo. Colón, aparte la porción de los Reyes, se alzaba con todo el que recogía, según la interpretación dada por él á las capitulaciones de Santa Fe. No hubo medra en el camino que no le tentara, ni provecho en promesa cumplida que no requiriera con instancias impertinentísimas en cuanto creía llegada la ocasión propicia de cosecharlo. Hallóse á punto de perder la partida en Granada por su codicia patentísima en el ajuste de su obra. Y la desgracia suya en la corte de Lisboa, tan apercibida para los descubrimientos, atribúyese por algunos á lo tenaz y empeñado y prolijo de sus regateos respecto del provecho suyo y del provecho reversible á la Corona. Ni aun perdonó el corto premio y el sueldo escaso concedidos al primero que viese tierra. Ningún género de duda cabe: el primero en divisar la célebre Lucaya descubierta la noche del 11 al 12 de Octubre, fué Rodrigo de Triana, y porque viera el Almirante incierta lucecilla en lontananza, ni bien segura, ni bien certificada, se alzó con la pensión, cosa muy mal vista por el buen Rodrigo, quien, muy molestado por aquella herida en su nombre y en su peculio, abandonó el servicio de sus reyes y se pasó al moro. Mucho soñaba, como puede verse por el volumen curiosísimo de sus profecías, con rescatar Jerusalén del gran Turco, pero en cuanto encontrase mares de perlas, ciudades de oro, vías empedradas de zafiros, montañas de esmeraldas, ríos de brillantes, riquezas como nunca las contaran en su vida ni Crespo ni Salomón, los tesoros de todas las Indias, bien superiores á cuanto puede calcular un matemático y hasta fingir un poeta.

Comprendían esto mismo que nosotros decimos aquí los Reyes en Colón, cuando, al dirigirle documento por tal manera solemne como la epístola felicitándole por su invención, hablan primero un poco del servicio hecho á Dios y al Rey; otro poco luego del servicio hecho á Dios y á la patria; y concluyen dedicando largo espacio á los provechos del descubridor, á sus múltiples títulos, á sus numerosas ventajas, á su enorme participación en el rendimiento de todos los tributos, á su personal provecho. Parecía que la primer carta, escrita después de faustísimo suceso, debía ser un himno y no una cuenta. Pues fué una cuenta y no un himno. Y fué una cuenta, cosa que no pasara en triunfo alguno de los conseguidos entre Isabel y Fernando, porque ambos á dos conocían toda la codicia del descubridor y todo su empeño en retener hasta la piltrafa última de sus convenidos provechos. Así Pinzón, más generoso de natural, diga cuanto quiera su jefe; más desprendido por sugerencias de las costumbres nacionales y por la educación doméstica; más largo en dar, cual está demostrado por la circunstancia de no haber querido ni un recibo de sus aportaciones cuantiosísimas á la común empresa; debió concluir por enojarse á la codicia del piloto y resentirse de que intentara siempre quedarse con todo él y apropiárselo así á su personal medra como á su perdurable gloria. Pero aquel que á Colón le arroja semejante vicio al rostro con insistencia, desconoce los capitales caracteres propios de naturaleza y complexión como las suyas y cierra los ojos frente á la

excepcional finalidad para que fué nacido y criado el descubridor. No se descubriera el Nuevo Mundo, si á los impulsos divinos, provenientes del calor que lleva en sí misma una idealidad cuasi religiosa, no se juntaran los agujoneos pequeños, pero continuos, de las causas segundas y de los motivos inferiores, á cuyos pinchazos la voluntad espoleada no puede arrojarse por tierra y se mantiene despierta y viva en grande movimiento. La Providencia y la Naturaleza tenían que dirigirse de consuno así á lo más noble y más alto de Colón, como á lo más bajo y más animal, para que cumpliera y realizase una idea tan parecida de suyo á imaginada fábula movido por todos los resortes impulsores de la humana voluntad. Si careciera de uno solo, marrara en la totalidad de su obra. Estos compuestos humanos, tan excelsos, pero tan contradictorios, así como tienen por las alturas del ser suyo mucho más de ángel que los otros mortales, tienen por lo bajo también mucho más de bestia. Eran estos caracteres congénitos á los hombres de aquel tiempo, en que moría la caballería feudal antigua y brotaba el interés mercantil moderno; á los hijos de una ciudad como Génova, tan artística y tan comercial á un mismo tiempo; al oficio de marino, que necesita por una doble combinación tomar al Océano como un templo y como un mercado, cual tomar la vida como un combate y como un negocio, cual tomar el cielo como la condensación etérea de todas las revelaciones divinas y como la tabla logarítmica de todos los humanos cálculos; á los artistas y á los sabios del Renacimiento, en quienes la imaginación, el estro, las facultades intuitivas, las inspiraciones soberanas, la estética en acción, la filosofía reveladora, el pensamiento profundo, el arte sobrenatural, y hasta el culto de lo verdadero y de lo bello, crecían en proporciones gigantes á expensas, ¿me atreveré á decirlo ante un revelador tan sublime que muchos han querido proponer para una canonización? á expensas de la moral y de la conciencia. Con eso y con todo, no hay en la historia humana hombre superior á Colón, de una grandeza tan excepcional, de un trabajo tan milagroso y de una tan merecida gloria.

## IV.

Desde Palos, donde tantos recuerdos había dejado, se partió Colón á Sevilla, y desde Sevilla, por tierra, se partió á Barcelona, donde le aguardaban los Reyes. Debiendo recorrer la porción más hermosa y más rica de nuestra Península, creo inútil decir cómo lo recibirían andaluces, murcianos, levantinos, catalanes, en aquella excursión triunfal. Dificilmente podrá formarse idea del regocijo popular quien haya tenido la desgracia de no haber jamás presenciado una fiesta levantina. Entrado Abril ya cuando el Almirante caminaba por aquel encantador edén, páreceme inútil decir cómo llovería el azahar sobre su cabeza en las florestas sin término y resonarían en sus oídos las palmas de los palmerales sin número. En cada recodo del camino descubriría su celeste Mediterráneo tras las cortinas de almendros y granados, alzadas sobre los nopales y aloes. En solemne ingreso á un pueblo, el estruendo y fragor de la pólvora, el repique de las campanas, el acorde sonido de las





PESCADORA.

CUADRO DE A. FRENTÍN



músicas, el clamoreo de las muchedumbres, el timbal y la charamita de los dulzaineros, los homenajes de aquellos Municipios rodeados por sus pintorescos alguaciles, el cántico y salmodia de los clérigos en procesión solemne y con aleluyas de alegría en los labios, el aroma levantado de las calles todas enramadas con altos montones de romero y alhucema, los marcos de flores en las puertas y los ramilletes de follajes y cañaverales en las fachadas, el damasco rojo y el blanco lino pendientes de las ventanas y balcones en vistosísimas colgaduras, la multitud increíble de multicolores gallardetes y banderolas ondeando al embriagador aire, los toldos cerniendo la luz como en acrecentamiento de los matices tan delicados y de las penumbras tan dulces prestaban á los cuadros aquellos, continuos y sucesivos, una tal animación y vida que inútilmente querrían de consuno las artes plásticas todas, no ya superarlos, reproducirlos en su verdadera realidad.

Por fin el descubridor se acercó á Barcelona, donde le aguardaban los Reyes. Sería de ver la ciudad en fiesta. Para concebir el espléndido lujo de aquellas cortes del Renacimiento, precisa ver los frescos del tiempo; los cartones de Paolo Ucello, reproducidos por Felipe II un siglo después de haberse pintado, en el Escorial; los cuadros de Van-Eyk, quien arribó hasta Granada y Sevilla en sus viajes; las grandes figuras de la sacristía de Sienna, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio; los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata que no podía un puñal atravesar; las bordaduras parecidas á iris de artísticos realces; los plumajes traídos entonces por las recientes expediciones lusitanas de África y de Asia; las gasas orientales que servían á los bellos rostros cual sirve la noche á los astros; el artístico gusto resucitado por pintores y escultores del seno de Grecia y difundido en el seno de Italia para irradiarse por Europa; la suma de ventajas ofrecidas por la civilización en aquel tiempo y sumadas con extraño esplendor en Barcelona. Imaginaos el estrado que pondrían los Reyes Católicos para obsequiar y recibir á Colón: los tapices de Arras con sus realzadas figuras, las alfombras de Persia que valían imperios, las mesas talladas con todos los primores del Renacimiento, los platos áureos esculpidos en Florencia, los vasos de cristal de roca puestos sobre pies de oro lloviznados de rubíes, las armaduras embutidas con toda suerte de metales preciosos, las adargas donde inscribían ricamente los dueños sus nombres y blasones, las lanzas parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes, las espadas con sus empuñaduras de sin igual valor, los tahalíes sembrados de ópalos y aljófares, todas aquellas maravillas del arte, que, semejantes á ensueños de la fantasía, eran realidades verdaderas del mundo. Imaginaos las joyas y preseas de superior mérito puestas á una sobre damas de singular belleza y decidme cómo brillaría la corte femenina. Pero ¿qué digo la corte femenina? Quien hubiese visto aquellos nobles vestidos con sus túnicas moras de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendientes del hombro las capillas de terciopelo bordadas de oro, rojas las calzas de seda asiática y los zapatos cubiertos de pedrería, las gorras con cintillos y plumajes á la cabeza, el cinturón de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puños de metales riquísimos á las manos, ¡ah! no los creyera, no, aquellos vencedores en cien

combates que habían saltado tantos muros, visto tantos pueblos y fuertes á sus pies, hecho tantas guerras y asistido á tantas campañas como los primeros héroes de la epopeya y de la fábula. Grupos de caballeros así, con grupos de damas ataviadas como á su sexo cumplía, colocados en redor del trono, apercibíanse á ver el descubridor en toda la grandeza de su intacta gloria. Ya una diputación de la nobleza lo había recibido cerca de la ciudad y entrado en su compañía por las puertas donde le aguardaban todas las autoridades populares precedidas de sus correspondientes maceros.

¡Magnífica procesión! ¡Encuentro sublime del viejo con el Nuevo Mundo! Precedían los tripulantes de las carabelas, atezados por el sol y curtidos por el agua de los mares, dispartando con el bamboleo de su andar marino y el vigor de sus rostros morenos la popular atención y el universal entusiasmo; seguían en pos, llevados á hombros, aquellos vegetales tan dispares de los conocidos entonces entre nosotros, como el maíz con sus ricas panojas, y la yuca, jamás nombrada en las lenguas del tiempo, y las palmas de cocotero, y las hojas amplísimas del plátano y los tubérculos farináceos y dulces que hoy denominamos batatas; á la flora seguía la fauna curiosísima, viva la que podía conservarse tal, y disecada una gran parte, asombrando los manatíes, semejantes á oceánicas vacas, y las iguanas, parecidas á cocodrilos amansados, y las sirenas, de cuerpo carnoso, no tan bellas como ha querido la fábula, al ofrecer como una irrupción de nuevas especies; tras tamaños ejemplares, las aves, con especialidad los papagayos de muchas diversas clases, luciendo sus sedosos y brillantes plumajes; tras los papagayos, conducidos en perchas muy altas, los indios á pie, desnudos y pintarrachados, con sus coronas de plumas á la cabeza y sus taparrabos al vientre, muy pasmados del pasmo que producían y muy atentos al descubridor que los movía con sus miradas y con sus sonrisas á seguir entre las frases y los gestos de admiración y extrañeza que levantaban por doquier; tras los indios los pedazos de oro, las joyas primitivas, los cintos de aljófares dados por los caciques, todo expuesto con arte; y por último, una especie de estado mayor general marino, y tras él Colón, adornado con todas las insignias de sus dignidades, caballero en gallarda cabalgadura, muy erguido á pesar de sus años, muy grato á las demostraciones recibidas; en los labios la sonrisa de su gratitud, en la frente los surcos de su idea, y en la mirada el resplandor de su alma. Inútil nos parece añadir, conociendo todos á Barcelona como asiento de gentileza, y á los barceloneses como prototipos acabados de aquella civilización y cultura, cuánto se esforzaron en mostrar que alcanzaban y comprendían toda la trascendencia del increíble suceso. Desde los arroyos de las calles á los terrados de las casas apiñábase compacta muchedumbre, delirante de verdadero entusiasmo, expresado en aclamaciones sin cuento y sin medida, que llenaban y henchían á una con sus ecos todos los giros del aire y difundían por todas partes las corrientes eléctricas de los afectos comunes en que concluye por condensarse como en una quinta esencia el alma de todo un pueblo. En este poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico, siquier lo refiera en prosa la Historia, una elección como la de Barcelona, para el recibimiento de Colón, parecía adrede, y no casual, pues ninguna de nuestras



poblaciones tenía derecho á inaugurar la edad nueva del trabajo y del cambio, como esta ciudad excepcional de trabajadores é industriales, cuyas glorias náuticas y mercantiles compiten indudablemente con las mayores que hayan podido alcanzar las ciudades itálicas y helenas en el claro curso de su legendaria vida. Bajo un dosel de rico brocado, sobre un trono cubierto de alfombra pérsica, estaban los dos monarcas, entre la corte más gallarda y más lujosa del mundo. González Oviedo, historiador que tanto se para en minucias, una especie de San Simón anticipado, como puede verse por sus curiosísimas *Quincuagenas*, refiere que así como asistió en Santa Fe á la triste salida de Boabdil, asistió en Barcelona un año después á la triunfal entrada de Colón. Y había motivo para envanecerse y recordarlo, porque pocos hechos de tal trascendencia en sus anales guarda la humana Historia. El descubridor se desmontó de su cabalgadura, y anticipándose á toda la procesión que le acompañaba, gorra en mano, bajo el estandarte clavado en los arrecifes del Salvador á nombre de Castilla, entró donde se hallaban los Reyes con una emoción tan viva y honda que difícilmente podría sobrellevarla en toda su intensidad y con todo su peso la débil naturaleza humana. Junto al solio se hallaba el príncipe D. Juan, en cuyo loor había dado Colón á la isla de Cuba el nombre de Juana, y entre la corte debían de seguro hallarse los protectores de Colón, sobre quienes descollaba por su grandeza el cardenal de España, D. Pedro Mendoza. Un rumor de asombro y admiración acogió al descubridor, que no veía su camino en el salón cuando tan claros había visto sus caminos en el Atlántico. Impulsados por un movimiento incontrastable, los Reyes olvidaron la regia etiqueta y se pusieron de pie, contra todo lo usado en las cortes castellanas y aragonesas. Al ver Colón tamaña muestra de afecto, quiso de rodillas hincarse; pero lo impidió Fernando, que bajó del trono y lo estrechó en sus brazos.

Año y medio hacía que despedieran los reyes á Boabdil, cuando recibieron á Colón. ¡Qué diferencia entre uno y otro suceso histórico, entre una y otra persona épica! En la Vega de Granada concluía el mundo antiguo de la fatalidad y en el estrado de Barcelona comenzaba el nuevo mundo de la libertad; allí se hundía el despotismo, en tanto que aquí alboreaba el derecho; veníase á tierra bajo la cruz de Mendoza erigida en las bermejas torres á impulsos de su propio peso la sociedad, que se fundó en la guerra y alzabase bajo el estandarte clavado por Colón sobre los arrecifes del Salvador otra sociedad que, no obstante comenzar como todas, por la conquista y por las armas, debía bien pronto convertirse por su propia virtud en una sociedad nutrida por el cambio y por el trabajo; Boabdil significaba, con su cimera coronada en la frente y su corvo alfanje al costado, la irrupción; Colón, ido sin más armada que unas modestísimas carabelas y unos cuantos marineros, significaba la ciencia y el pensamiento; descendía el uno desde las cimas del despotismo á la rota y á la servidumbre por una serie de largas degeneraciones atávicas, mientras el otro ascendía desde la pobreza y la obscuridad al poder y á la gloria y á la grandeza por el esfuerzo y por la soberanía del genio; veíase la casta y su decaimiento en Boabdil, mientras en Colón veíase, la democracia y sus progresos; nieto de cien reyes el uno dejaba como despojo á sus espaldas la tierra de sus padres, y nieto de cien cardadores el otro, extendía una nueva crea-

ción para las nuevas reveladas ideas; el Asia de los tiranos se iba con el uno y venía con el otro la joven América de los pueblos. ¡Cómo las verdades sociales, para ser bien alcanzadas y comprendidas, piden perspectivas que únicamente pueden ofrecerlas el tiempo y el espacio infinitos! Aquel Boabdil, que se iba con los soldados del Korán vencidos por la guerra camino de los arenales líbicos, cerraba la edad antigua; y este Colón, que volvía del Océano inmenso con los hijos inocentes de la Naturaleza revelados por los esfuerzos del genio, abría la edad moderna; pero los mismos que obraran aquellas maravillas, no las conocían en toda su extensión y en toda su trascendencia, y cual ignoraban haber descubierto un continente nuevo material en el Océano, creyendo lo hallado continuación del viejo continente histórico, ignoraban haber descubierto un universo nuevo social, creyendo lo hallado un rejuvenecimiento de la vieja Monarquía, y no el espacio reservado por Dios á la libertad, á la democracia, á la República. El espíritu nuevo que se irradiaba de la prensa recién descubierta; del Renacimiento ya perfeccionado por aquellas legiones artísticas con sus buriles y sus pinceles en las manos; de la renovación religiosa comenzada en los Concilios y pedida por todos los reveladores, traía con la invención del inmortal descubridor como una nueva naturaleza material, la naturaleza virgen americana, para completar el nuevo espíritu social, á que llamaremos el espíritu moderno. Pero ni los Reyes ni el mismo descubridor veían esto, á sus ojos oculto en el tiempo, cual á sus ojos estaba también todavía oculto el nuevo continente que habían descubierto en el espacio.

Suspendiendo todos los usos de la tradicional etiqueta cortesana, los Reyes Católicos hicieron sentar á Colón en su presencia y le otorgaron permiso para que hablase á su guisa todo cuanto quisiese acerca de sus viajes y de sus hallazgos. El descubridor habló con mucho desembarazo y larga extensión, repitiendo casi de coro lo capital de cuanto escribiera en su Diario de la Navegación y en sus informes á los Reyes. Un reconocimiento del auxilio que le prestará Dios y otro reconocimiento del auxilio que le prestarán los representantes de Dios en la tierra, Isabel y Fernando, sirvieron como de bello exordio á su bien ordenado discurso. Puestos en sistematizada serie los hechos, y elevados á ideas con prestancia de forma y lógica de ordenación, siguieron á los debidos homenajes las circunstancias más sobresalientes de aquella su divina odisea, como las emociones despertadas en el alma por los súbitos encuentros con aquellas vírgenes y hermosas islas. Colón encarecía el oro que rescatara, y volvía con esperanza y seguridad al oro que se prometía recoger aún; pero, como ignoraba la posición geográfica y la grandeza inconmensurable del archipiélago encontrado, ignoraba los factores aportados también por sus hallazgos al cambio y al comercio. Quien le hubiera podido poner ante la vista lo que iban á prosperar el bien de la humanidad ingredientes como el febrífugo que se llama quina, oculto en la tierra firme, con la que no había tropezado aún, pero próxima en aquel momento á descubrirse, diérale de su obra ventajosas ideas inconcebibles entonces para su genio, deslumbrado por los resplandores del oro. No podía saber el pan que al pobre pueblo llevaba con las panojas de maíz y no podía saber el alimento que le llevaba con turbérculo tan despreciable á primera vista como la patata y tan útil hoy á la vida. ¿Quién le hubiera



hecho comprender lo que sería el tabaco? Encontrólo por vez primera en Cuba. Ciertos pobres indios lo llevaban encendido de un lado para otro en hojas secas que chupaban, regalándose con el humo. ¿Cómo presentir y cómo prever lo que serían aquella hoja y aquel humo para los recreos y para los presupuestos del mundo civilizado en uno y otro hemisferio? Pero, dejando esto aparte, no podía Colón adivinar los nuevos jugos que traía para las venas con las múltiples savias en gomas y resinas sacadas á tantos árboles; el número de aromas y especies, con que iba el olfato á regalarse y á robustecerse iban las materias nutritivas para el humano alimento; las medicinas innumerables que aperciaban alivio á tanta enfermedad como nos aqueja; los sacudimientos que amenazaban la raíz del castillo feudal, quebrantado ya, con esta movible y aventurera vida nueva en que la navegación y el comercio cambiarían desde los átomos en el suelo hasta los pensamientos en el espíritu; la improvisación de ciudades brotadas como árboles con una grandísima espontaneidad, y la composición de asociaciones humanas sin historia, en que todo sería nuevo, desde los mares nunca surcados por nuestros barcos hasta los cielos nunca vistos por nuestros ojos; el espíritu, en fin, rejuvenecedor que todo lo rehacía y todo lo innovaba en aquella renovación universal. Con los ojos puestos sobre lo pasado Colón creía que tantos territorios habían venido al dominio de

nuestra España para que sirviesen á las Cruzadas de los siglos medios y á los cruzados feudales cuando estaban prevenidos en el plan de la Providencia divina y en los desarrollos del progreso humano á renovar la sociedad como habían renovado la vida. Pero los circunstantes y los oyentes no tenían para qué darse á tantas adivinaciones. Colón aun creía que Cuba formaba parte del continente asiático y que la segunda expedición á las orillas de Cuba y la Española enviada, llevando como había de llevar más buques y más dotaciones que la primera, encontraría el fabuloso reino de Cathay, la ciudad áurea de Cipango, los dominios del grande Kan todos empedrados de rica pedrería. Pero creyera lo que creyera él, no podía dudarse ni un momento de que la Iglesia, merced á su invención, recibía nuevos fieles y el Estado nuevos súbditos, extendiéndose la nación española bajo cielos nuevos por nuevos mares enteramente vírgenes, como si Dios hubiera querido premiar su fe y su constancia con una creación inmaculada y reciente. Así no debe maravillarnos que, acabada la relación del descubridor, sonase un coro celestial acompañado por una cadencia mística, levantando á las alturas glorioso Te Deum, expresivo de la efusión que á todos embargaba por aquel singular momento, en que parecían unirse sobre un reencuentro del paraíso perdido la Humanidad y Dios.

EMILIO CASTELAR.



LA NUEVA ADQUISICIÓN.—Cuadro de Jorge Caín.



# MEDIA DOCENA DE CASADAS

## DE LA PROMOCIÓN DE 1892.

### I.

#### Luisa.

—¿Y éstas son las venturas que me prometían mi madre y el que es hoy mi marido?..... Tenía éste engañada á la pobre, que siempre fué muy sensible á la lisonja y á la adulación. ¡Qué diferencia, Dios mío!..... ¿Es éste aquel galán sumiso, apasionado, solícito, que se estaba á mi lado las horas enteras diciéndome ternezas, admirando el bordado en que me entretenía, y procurando cogermé el dedito pequeño cuando mamá hacía como que no miraba?..... No, no es el mismo. Aquél era un grandísimo embustero y éste ya no miente, ya no tiene precisión de mentir y se muestra tal cual es. Ya consiguió mi dote..... ¡Pobre de ti, Luisita! Criada con tan exquisito cuidado por tus padres, ¡nunca habías oído lenguaje parecido al de este hombre!..... ¡Qué sorpresa la mía aquella mañana, á los ocho días de nuestra boda, que le oí pronunciar una frase soez, una horrenda blasfemia, porque le abrasó los labios el chocolate!..... No se pudo contener. Ya había fingido demasiado tiempo. Este desencanto es terrible..... Mi marido no tiene ninguna delicadeza, es refractario á todo sentimiento noble y generoso. Es un egoísta, y su grosera naturaleza no puede menos de revelarse en todas sus acciones..... ¡Qué desgraciada soy!..... ¡Y esto es el matrimonio! Yo había soñado otra cosa..... Antes, el que hoy es mi marido me parecía superior á todos los hombres..... Hoy, ¡hoy me parece inferior á todos!..... Dios mío, qué necesidad tengo de que no me desampares.

### II.

#### Consuelo.

¡Jesús! ¡Qué idea tan penosa ésta que en vano quiero desecharla!..... ¡Que quiero menos á Joaquín, menos que cuando éramos novios!..... ¡Qué disparate!..... Le quiero mucho, mucho. Por eso me casé con él, porque le quería mucho, y á pesar de la oposición de mis padres, que le estimaban por sus buenas cualidades; pero no querían casarme con él porque no tenía más fortuna que su destino..... ¡12.000 reales! ¡Tres mil pesetas, que con el descuento, quedan reducidas á 2.700! Verdad que es muy poquito..... Ya lo creo....., y

cuando recuerdo la holgura que había en casa de mis padres y contemplo la estrechez presente, no puedo menos de afligirme..... Y esto durará mucho..... Porque dice Joaquín que no hay que pensar en ascensos, y que bastante fortuna será conservar las 3.000 pesetas, digo las 2.700..... ¡Jesús! ¡Tengo unas ganas de llorar!..... Y luego, es claro, Joaquín, como pasa tanto tiempo en la oficina, no puede hacer ninguna otra cosa que nos pudiera proporcionar alguna ventaja..... Es muy indolente, eso sí. Y me quiere tanto..... ¡Vaya si me quiere! Ahora está loquito con la idea de que dentro de cinco meses tendremos un hijo .... ¡Ay! ¡Qué gusto! ¡Tener un hijo!..... Lo malo será que todavía necesitaremos vivir con más economía..... ¡Válgame Dios! ¡Qué duro es esto de tener poco dinero..... y no poder satisfacer ningún capricho..... ¿Cómo voy á vestirme cuando vaya pasando de moda la ropa que tengo?..... ¡Imposible! Este mes se ha comprado Joaquín una americana por 12 pesetas y me ha regalado una bata que sólo ha costado 13, y por haber hecho este gasto extraordinario no nos va á alcanzar el dinero para llegar al otro mes..... Y ya no me puedo quejar, no, porque ayer, cuando hablé á mi mamá de mis apuros, me dijo: «¿No decías que no te importaba casarte con un pobre?.....» Y me dió mucha rabia que me lo dijera..... Y más rabia todavía que me hablase de mi amiga Trinidad, que se ha casado con un banquero y tiene unos trenes que son la admiración de todo el mundo en el Retiro, y la viste el modesto Wort, de París, y á su marido le van á dar un título..... ¡Jesús!..... Yo no puedo más; si no lloro me ahogo..... ¡Pobre de mí!

### III.

#### Trinidad.

¡Válgame Dios! ¡Qué día tan atareado para mí el de hoy! Verdad que todos son lo mismo. A las diez se reúne la Junta de señoras del Asilo de Huerfanitos de Cocheros de punto, de la que soy Secretaria. A las doce el almuerzo en casa de mis suegros, que se van á su posesión de Valdeco-nejos. A las dos, carreras de caballos, y antes he de venir á casa á cambiar de traje y de coche. A las cinco la *garden-party* en la quinta de los Duques de la Magnolia. A las ocho el banquete en la Embajada. Y antes cambiar de traje y de



TRIO.—Por W. Schereschewski.

MATHEO  
BIBLIOTECA  
1900, L...

coche otra vez. Estrenaré el vestido que recibí ayer y que es una maravilla. Luego, aunque sólo llegue al último acto he de presentarme forzosamente en mi palco del Real. Y después, aunque no sea más que hasta las dos, tengo que ir á la recepción de la Marquesa de los Pinos.... ¡Ay! ¡yo no sé cómo tengo cuerpo!.... ¿Quién me había de decir cuando estaba en el colegio que me casaría con este marido que tengo tan rico y tan insoportable, y llevaría esta vida tan agitada, y sería la envidia de todo Madrid?.... ¡Cuántas veces, en el colegio, hablábamos del porvenir mi íntima amiga Consuelo y yo!.... ¡Pobre Consuelo!.... Se ha casado con un empleado de poco sueldo; pero ¡qué guapo es!.... Los vi la otra tarde en Recoletos, y la tuve envidia. ¡Ellos iban á pie y yo en la victoria con el estafermo de mi marido!.... Me dió una vergüenza que me viera con un marido tan antipático.... ¡Y puede que me tenga envidia!....

## IV.

## Teresa.

¡Las tres!.... ¡Dios me ampare!.... Las tres de la madrugada, y mi marido fuera de su casa.... ¡A los dos meses de casado!.... ¡Esto es horrible!.... Mamá decía: «El que va á ser tu marido ha sido un calaverón, según dicen, y más vale así, porque el que no la corre antes de casado, la corre después.» ¡Pobre mamá! Es mucha su inocencia. Mi marido la ha corrido antes y la corre después también. Anoche me espantó su rostro. Venía descompuesto, lívido, blancos y secos los labios, extraviada la mirada. Le pregunté, y me contestó con despego; insistí, lloré, y vi que se conmovía, y me abrazó y me besó, protestando contra mi sospecha de que otra mujer me robaba su cariño. «No, eso no», me dijo. No, no es una mujer la que le retiene lejos de mí en las altas horas de la noche, en esas horas tan largas de soledad y tristeza para mí.... ¡Es el vicio del juego!.... Esto es horrible, y sin embargo, cuando esta mañana me ha dicho la pobre mamá que mi marido es jugador, he sentido alivio en mi angustia.... porque, á pesar de sus protestas, me atormentaba la idea de que pudiera tener una querida.... Dice mamá que los dominados por el vicio del juego arruinan á sus esposas sin ventura, las hunden en la pobreza, en la miseria, pero.... no les hacen traición con otras mujeres. Esta es una compensación para mi infortunio. Para la pobreza tendré resignación, pero no la tendría si supiera que amaba mi marido á otra mujer. Me volvería loca.... le mataría.... No, matarle no; moriría yo de pena.... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dame fuerzas para sufrir. ¡Jugador mi marido! ¡Qué desgracia tan grande!

## V.

## Encarnación.

¡Qué mal, pero qué mal hice en casarme!.... Mamá tenía tanto empeño, que al fin me obligó á ceder; pero ¡qué mal hice! Una y otra vez dije á mamá que estaba enamoradísima de mi primo Jorge, que es el capitán de artillería más guapo de todas las artillerías de todos los ejércitos, y la pobre empeñada en persuadirme de que no sabía yo lo que

decía, ni lo que pensaba, ni lo que sentía y de que en cuanto diera mi mano á D. José olvidaría aquel capricho de niña mimada.... ¡D. José!.... ¡Me casé con D. José!.... Y es muy buena persona D. José; lo que es eso, no lo puedo negar; y tiene cincuenta mil reales de sueldo, que Dios sabe cuándo los tendrá Jorge, y dos casas en Zaragoza, y una dehesa en Castilla la Vieja.... Pero D. José es D. José, y Jorge.... como Jorge no hay otro hombre ni otro capitán en el mundo. ¡Y qué malo es! Yo creí que se iba á ofender, y que no volvería á verme.... ¡Que si quieres!.... Todos los días viene, y tan contento. Esto sí que me ofende un poco, porque, vamos, él no debía estar muy satisfecho de que yo haya preferido á D. José.... ¡Ah! ya sabe el muy pillo que no porque me haya casado con D. José prefiero á D. José.... Y lo más bonito es que mi marido le quiere, ya lo creo que le quiere. Todos los días el mismo empeño en que Jorge se quede á comer, y cuando no está á la hora de la comida no hace más que preguntar: «¿Cómo no vendrá tu primo? Pero ¿dónde estará tu primo?» Y está inquieto hasta que le ve llegar.... Y ¡qué elogios hace de su talento, de su elegancia, de su apostura á caballo, de su bizarría!.... ¡Ay! me dan ganas de decir á mi marido: «Hombre, no seas inocente.... ¿No conoces, pobre tonto, que esto va á tener mal fin?» Pero no, lo que es la culpa no es mía; la culpa será de mamá, que me obligó á casarme con D. José.... y de D. José, sobre todo de D. José.

## VI.

## Maruja.

Parece imposible que yo, que era tan desgraciada hace tres meses, sea ahora tan feliz. Ya lo creo que soy feliz. Dios les pague el favor que me hicieron la Sra. Condesa que vive enfrente y el Sr. Cura de la parroquia. Ella me ha dado, Dios la bendiga, el dote, dos mil realazos nada menos, y el señor Cura cogió por su cuenta á mi Andrés, y le convenció de que debía casarse conmigo.... ya que habíamos tenido la desgracia de dar el escándalo de vivir juntos.... ¡Ay! bien avergonzada he vivido yo, y bien que he llorado contemplando á mi hijito de mi alma que no tenía nombre.... ¡Alma mía! ¡Bautizado como hijo de padres desconocidos!.... ¡Qué vergüenza para nosotros, no para él!.... Ahora ya tenemos tranquila nuestra conciencia; mi marido trabaja más; ya se le ha olvidado lo de las ocho horas, y lo que siente es que sea tan corto el día. Ya no voy yo, como antes, tan aturdida y recelosa, tan avergonzada, creyendo que todo el mundo me conocía en la cara la deshonra.... Y mi padre, el pobre viejo, que parecía que se había quedado lelo desde que yo cometí aquella locura, está contento, ha recobrado su tranquilidad y su alegría.... ¡Virgen Santísima! ¡Qué felicidad tan grande! ¡Qué bienestar se experimenta cuando se vive digna y honradamente!.... Bendiga Dios á los ricos que, como la Sra. Condesa, amparan al pobre con recursos materiales, y á los que, como el Sr. Cura, le favorecen con su consejo y con su piedad cristiana.... ¡Ay, hijito de mi alma, ya no son desconocidos tus padres!.... Ya nos hemos librado de esa pena, que es, además de la más grande de las penas, la mayor de las vergüenzas.

CARLOS FRONTAURA.



# La Justicia y La Fortuna

CUENTO



La Fortuna y la Justicia  
Toparon en un camino,  
Después que habían pasado  
Años sin haberse visto.

La Justicia, como siempre,  
Iba sin hacer ruido,  
Caminando muy despacio  
Con rostro grave y altivo.

Envuelta en severa túnica,  
Mostrando su poderío  
Con la balanza y la espada,  
Sus atributos temidos;

Que á su saber y prudencia  
Confiar el cielo quiso  
La misión de repartir  
Los premios y los castigos.

La Fortuna, siempre alegre,  
Iba en contrario sentido,  
Volando sobre su rueda,  
Aturdida y sin jüicio:

Pues con los ojos vendados  
Jamás reparó en peligros,  
Ni pudieron detenerla  
Montañas ni precipicios.

El cetro de la Locura,  
Que es de su poder el signo,  
Nerviosamente agitaba  
Lanzando alegres sonidos,

Y arrojaba á un lado y otro  
Desdichas y beneficios,  
Sin mirar al agraviado  
Ni ver al favorecido.

Detuviéronlas á un tiempo,  
Los desconcertados gritos  
Con que á un tercer caminante  
Acosaban dos mendigos.

Era el uno un pobre honrado,  
Que estaba ciego y tullido;  
El otro era un miserable  
Escapado de presidio.

Pedía el uno limosna  
Para dar pan á sus hijos;  
Buscaba el otro el dinero  
Para malgastarlo en vicios.

—No tengo aquí más que un duro,  
El caminante les dijo;  
Ni á los dos dárselo puedo,  
Ni es posible dividirlo.

Mas ya que oportunamente  
Estas damas han venido,  
Que diriman la contienda  
Y señalen al más digno.

La Fortuna, irreflexiva,  
Señaló al punto al bandido;  
La Justicia, más prudente,  
Resolvió primero oírlos;

Y tras de oír las razones,  
Y de consultar sus libros,  
Y de pesar, cuidadosa,  
Los méritos respectivos,

Al cabo dictó sentencia  
Resolviendo aquel litigio,  
Y mandando dar el duro  
Al pobre ciego y tullido.

Hízolo así el caminante,  
Ya satisfecho y tranquilo:  
Blasfemó el menospreciado  
Y rezó el favorecido.

Y no teniendo que hacer  
Cosa alguna en aquel sitio,  
Para proseguir sus rumbos  
Se despidieron los cinco.

Blasfemando y maldiciendo  
Tan sólo quedó allí el pícaro,  
Aguardando que pasara  
Alguno por el camino,

Para vengar el ultraje  
Y saciar sus apetitos...  
Cuando á herir vino sus ojos  
De un pequeño objeto el brillo.

El duro estaba en el suelo.  
¡El desdichado tullido  
No recordó que tenía  
Un agujero el bolsillo!

Cogiólo el tuno y guardólo,  
Como temiendo ser visto,  
Y se alejó, sonriendo  
Y cantando á voz en grito:

—«La Justicia á los honrados  
Da el galardón y el prestigio.  
¿Qué importa si la Fortuna  
Guarda el dinero á los pillos?»

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



# EL CABALLO.



Que parezca en el aire y movimiento  
La generosa raza do ha venido:  
Salga con altivez y atrevimiento,  
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:  
Estribe firme el brazo en duro asiento  
Con el pie resonante y atrevido:  
Animoso, insolente, libre, ufano,  
Sin temer el horror de estruendo vano.

.....  
Bulla hinchado el fervoroso pecho  
Con los músculos fuertes y carnosos,  
Hondo el canal dividirá derecho  
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:  
Llena el anca y crecida, largo el trecho  
De la cola y cabellos deshechos,  
Ancho el hueso del brazo y descarnado,  
El casco negro, liso y acopado.

Con estos y otros rasgos no menos felices y valientes describía en su *Poema de la Pintura*, hoy por desgracia incompleto, el tipo y modelo de caballo un andaluz ilustre; el poeta, pintor, escultor, humanista, filósofo, teólogo, anticuario, docto en lenguas vulgares y en latín, griego y hebreo Pablo de Céspedes, canónigo de la catedral de Córdoba. Ya Homero, Virgilio y otros poetas de primer orden habían pintado con vivas y elegantes expresiones la hermosura y gallardía de tan noble animal, utilísimo para el hombre hasta el punto de que sin él y otros igualmente domésticos, ni aun concebimos cómo pudiera salir del primitivo estado salvaje para elevarse lenta y progresivamente á la civilización y cultura.

Compañero el caballo del hombre en todas las situaciones de la vida, sírvele en paz y en guerra, lo mismo para los viajes y las pacíficas faenas de la agricultura, que para acometer en las batallas impetuosamente al enemigo; y en caso de vencimiento, para librarle de su persecución con rapidísima carrera. El caballo, belicoso por naturaleza, es amigo de las batallas, se enardece, sacude sus crines y aspira el aire con ansia al clamor de las trompetas, combate y triunfa ó sucumbe con su jinete, y en ciertas ocasiones su instinto se convierte en inteligencia, y su mirada adquiere el brillo y la expresión de la mirada humana. No es, pues, en manera alguna extraño el cuidado solícito y aun el verdadero amor que suele inspirar al caballero. Nadie ignora cuánto los antiguos le estimaban: á pesar de los estragos del tiempo, nos han quedado libros latinos y griegos donde se le elogia y se dan reglas para criarle y educarle, según se le destine al tiro ó á la silla, á la paz ó la guerra. Nota característica es de los

árabes el cariño que á sus caballos profesan, el precio elevado en que los tasan y las extremadas precauciones con que procuran conservarles la pureza de sangre, el vigor y la gallardía de las formas. Los andaluces son famosos caballistas desde los tiempos más remotos; y el inseparable compañero del cosaco es el potro de la Ucrania, poco esbelto de figura, pero muy resistente y ágil en las marchas y en la carrera; mientras en las pampas de América se podría formar con los gauchos y estancieros tal vez la mejor caballería del mundo.

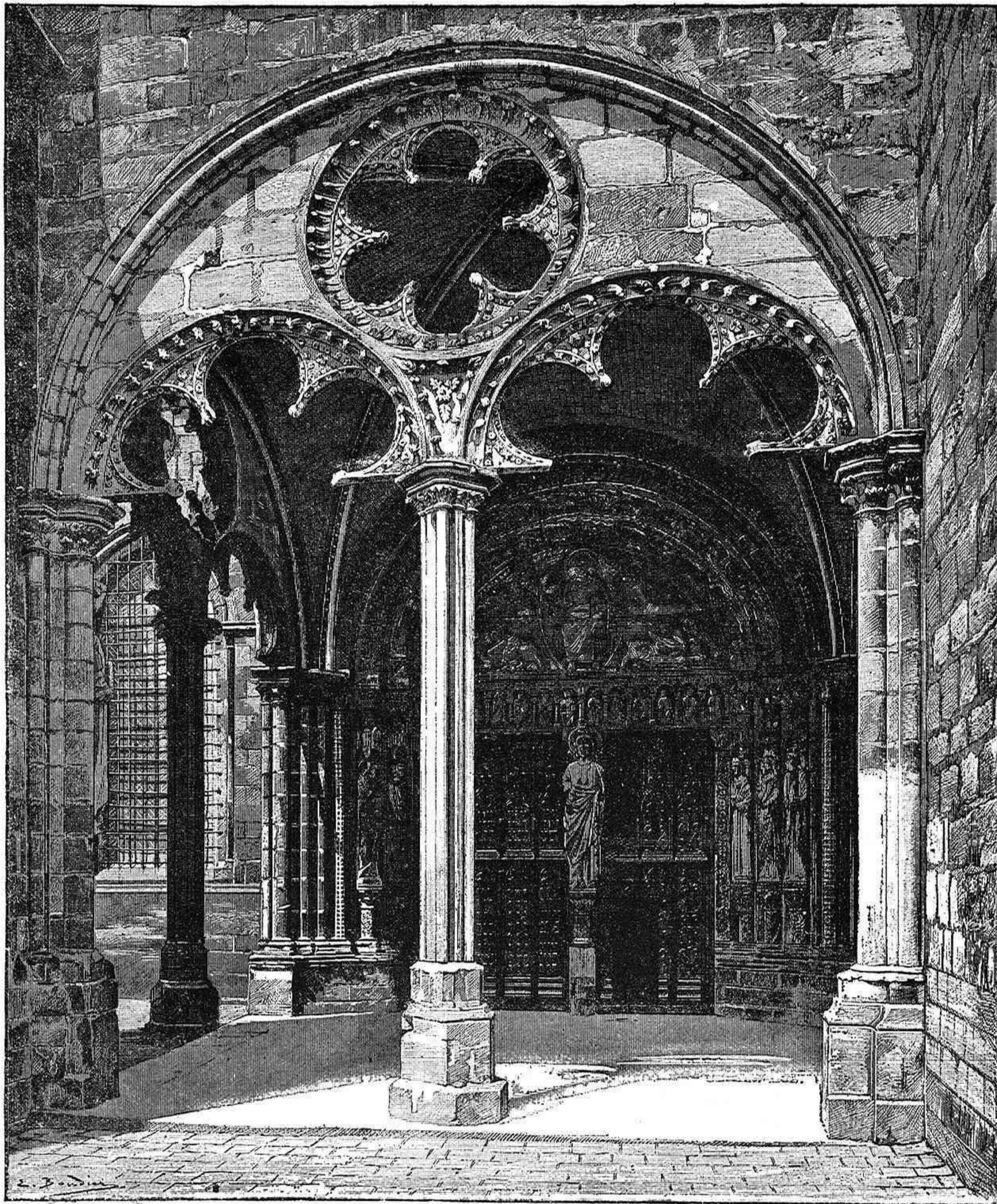
Corresponde el caballo á una de las seis especies de la familia de los solípedos, y proviene su nombre en nuestro idioma de la voz griega *kaballés*, ó de la romana *caballus*, usada por Horacio, Séneca, Varrón, Juvenal y otros autores. *Cheval*, *cavallo*, *cabal* (provenzal) y *cal* (válaco) tienen el mismo origen. Sus derivados *caballero*, *caballería*, *caballeresco* y *caballeridad* expresan todas ideas nobles y elevadas. Muchos ejércitos han tomado por señal y bandera la cola y la cabeza del caballo. En el lenguaje poético y en el familiar decimos los caballos del Sol, los caballos del carro de la Aurora, el caballo Pegaso, y hay numerosas locuciones comunes, coplas y refranes relativos á tan apreciable animal, como

El caballo y la mujer.  
No se deben de ceder.

En Andalucía es muy repetido este cantar:

Mi mujer y mi caballo  
Se me murieron á un tiempo;  
Mi mujer vaya con Dios,  
Mi caballo es lo que siento.

Llámase metafóricamente *caballo blanco* al hombre inexperto, explotado por otros y que paga engañado lo que no debe pagar. Así dice la chulería madrileña:—«Por la puerta de Alcalá entran todos los días muchos caballos blancos.» Dícese también: «con más alma que un caballo», refiriéndose al valeroso que sin temor alguno se lanza á los peligros: «á caballo regalado no hay que mirarle diente ni pelo»; y «con más tachas que el caballo de Gonela». Ciertamente debió ser persona de gusto el tal Gonela, cuando su cabalgadura ha quedado siglos y siglos por tipo y extremo de ponderación para todo penco mal trazado y lleno de alifafes. En cambio, hay caballos famosísimos ensalzados por



PÓRTICO DE LA CATEDRAL DE BOURGES.

(De la obra *L'art Gothique*, antigua casa Quantin, M. M. May et Motteroz, Directores; París.)





la poesía y la tradición: ¿quién no ha oído ponderar el caballo de Alejandro Magno, el de Santiago Apóstol, el de Atila, que donde estampaba el casco no volvía á brotar la hierba; el Babieca de *mio Cid*, curtido y triunfador en tantos campos de batalla, y el más célebre y estupendo de todos ellos, el nunca bien ponderado Rocinante de Don Quijote? Lo mismo éste que su caballero sólo han existido en la fantasía creadora de Cervantes; y sin embargo, tienen existencia más real entre nosotros que cuantos caballos y jinetes hubo en el mundo, y de quienes ya nadie se acuerda; que tales prodigios alcanza el genio.

Homero y Virgilio en sus eternos poemas nos hablan del gigantesco caballo de madera, en cuyo hueco vientre iban ocultas escuadras enteras de griegos para apoderarse de Troya. Atributo de Neptuno es el tridente ó cetro de tres puntas, y el caballo, así como lo es de Júpiter el águila, de Baco los leones, de Juno el pavo real, y de Venus las palomas.

La inagotable fantasía helénica explica pintorescamente en una sola fábula el descontento de la propia suerte, común á hombres y animales, así como el escaso fundamento de las plegarias que de continuo elevan al cielo, importunando á los dioses. Dice la indicada fábula que apenas el gran Júpiter creó al caballo, salió éste corriendo como el viento por la ancha llanura, libre y feliz; atravesó extensas comarcas, y ya cansado, se detuvo para cobrar aliento á la margen de un lago sereno y transparente. En el limpio espejo de aquellas aguas vió retratada su figura, y admiró su alta cabeza y enarcado cuello, la madeja abundante de sus crines, su musculoso pecho, finas piernas y fuertes cascos. Al pronto quedó contento y complacido de su gentileza; mas no le duró mucho la satisfacción, cavilando que, si en verdad era hermoso, podía muy bien semejante hermosura aumentarse y perfeccionarse con ciertos quilates y modificaciones que á su juicio le faltaban. Para esto dirigióse al Padre común de todas las cosas.

—¡Oh gran Júpiter!—le dijo—¿por qué he de tener este cuello tan corto? Si fuese más largo, ¿no podría otear mayor espacio y comer con más comodidad el heno de las praderas?

Júpiter oyó benigno la súplica, y el caballo sintió que el cuello se le estiraba y crecía. Mas el pedigüño animal no se contentó con este solo prodigio, y en seguida pidió otro.

—¡Oh Júpiter! Cierto es que soy ágil y corro como los céfiros; ¿pero si tuviese las piernas más largas no correría más? Alárgame, Señor, las piernas, como me has alargado el cuello.

Júpiter oyó también benigno esta segunda súplica, y el caballo vió crecer sus piernas á medida de su deseo. Mas confiado en la benevolencia del dios, volvió á sus reclamaciones.

—¡Oh Júpiter! He observado que algunos hombres montan sobre mis hermanos y los alimentan y los aman: por si alguno quisiera montarme, ¿no sería mejor tener sobre el lomo una especie de silla natural? Padre, dame lo que te pido.

Júpiter, que aquel día estaba de buen humor, accedió á la plegaria, y el caballo sintió elevarse una ó dos jorobas sobre el lomo. Ni por esas dejó de molestar al dios con nuevas exigencias de corporales reformas.

—¡Oh Júpiter! Ahora estamos en verano; pero llegará el

invierno, y de seguro tendré frío con este pelo tan fino y tan corto. ¡Si quisieras alargarlo, y que fuese como lana, cuyo suave calor me defendiera de la intemperie!

Otorgó Júpiter esta nueva súplica. Entonces el caballo no pidió más; pero por si se le había olvidado algún perfil, volvió á contemplarse en los limpios cristales del lago. ¡Cielos divinos, qué figura tan espantosa! Cuellilargo, zancuilargo, jorobado, cubierto de lana.... ¡imposible vivir de este modo! Á la carrera buscó á Júpiter, y no para rogarle que le favoreciese con nuevos adornos y perfecciones.

—¡Oh Júpiter, oh padre querido del mundo y de sus pobladores! Líbrame de esta máscara grotesca y vuélveme á mi anterior figura!

—De ninguna manera—le contestó el dios, ya cansado de tantas importunidades.—Tú has querido ser ser camello, y camello quedarás mientras vivas; y los que de ti nazcan, y sus hijos y descendientes hasta la última generación, camellos serán por los siglos de los siglos.

—Pero, señor Júpiter....

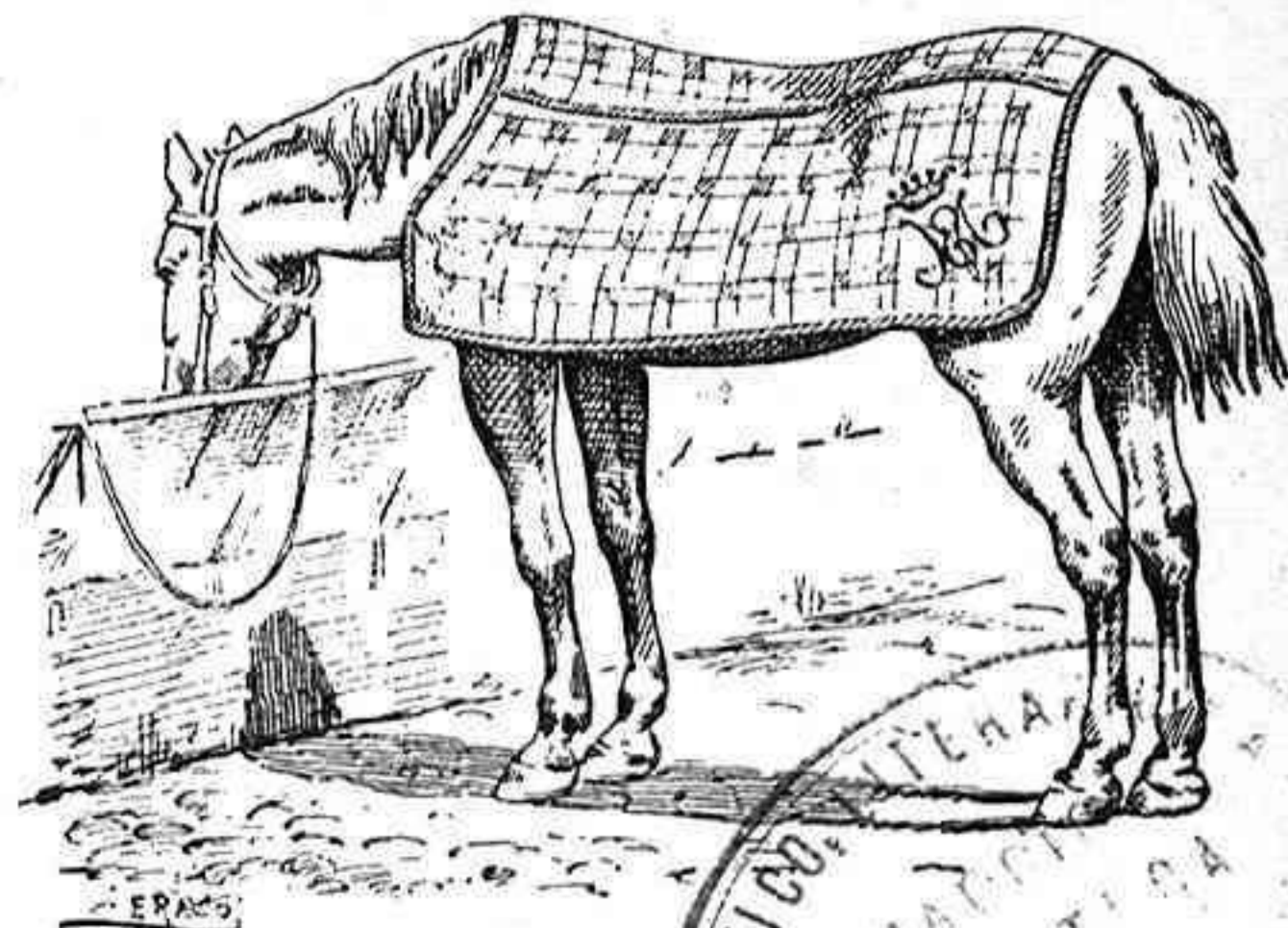
—¡Silencio! Y si me replicas, te convierto en rana ó en tortuga.



Como, según afirma el adagio, en la mar hay todos los animales de la tierra, amén de muchos otros, también existen caballos marinos, y tirado por éstos el carro de Neptuno; de lo que presentan bellas descripciones y cuadros la poesía y pintura. En algunos ríos, singularmente de África, habita el *hipopótamo*, cuyo mismo nombre griego significa á la vez *caballo* y *rio*: es animal anfibio por naturaleza, muy corpulento, pues suele alcanzar de doce á catorce pies de largo y de alto la mitad: tiene la piel muy dura, y pudiendo vivir en tierra y agua, lo mismo se alimenta de hierbas que de peces. Tomando por fundamento la idea del caballo, la imaginación de los pueblos antiguos ha fantaseado animales fabulosos, que sólo han existido en tradiciones, consejas y leyendas. Era uno de ellos el *hipocentauro*, y luego *centauro*, mitad caballo y mitad hombre; y otro el *hipogrifo*, mitad caballo y mitad grifo, con alas en ambos costados. Por figura retórica solía darse este nombre á todo caballo muy veloz. Nuestro dramático insigne Calderón comienza *La Vida es Sueño* con estos versos:

Hipogrifo violento,  
Que corriste pareja con el viento, etc.

El nombre de hipocentauro, ó centauro, según la tradición helénica, proviene de Tesalia, junto al monte Pelión; pues los primeros en domar y montar caballos fueron los pueblos de esta comarca; y sus vecinos, creyendo de una misma pieza jinete y cabalgadura, así los apellidaron. Igual creencia tuvieron los indígenas americanos respecto de la caballería española, siendo muy natural que la tuvieran por su completa ignorancia. En aquel vastísimo continente y en las numerosas islas que



lo rodean era desconocida la raza caballar, hoy tan propagada y numerosa, especialmente en la América del Sur, donde se halla en estado salvaje recorriendo sus dilatadas pampas. El lazo del gaucho le sujeta para reducirle al servicio del hombre.

En los países más adelantados hay sociedades cuyo objeto es el fomento y perfección de la cría caballar. Para conseguirlo practican diferentes medios, con la particularidad de que el más ponderado y famoso es el que menos sirve y menos beneficios reporta al caballo. Me refiero á las luchas de velocidad en los *hipódromos* (de *hippos*, caballo, y *dromos*, carrera). Los hipódromos actuales, por las considerables apuestas que en ellos se cruzan, son verdaderos lugares de juego donde se pierden y ganan sumas enormes, sin cuyo aliciente nadie ó muy pocos acudirían á presenciar las carreras. En ellas el caballo es como el naípe en manos del jugador; un instrumento de pérdida ó ganancia. Para agilizarle, aun más allá de lo que su naturaleza consiente, sométente á tratamientos cuidadosos y prolijos, que le dan una ligereza extraordinaria durante los escasos minutos de la lucha, incapacitándole después hasta que preparado de nuevo puede repetir el ejercicio. Hace algunos años hubo en la Argelia carreras libres, donde se admitían caballos de todas razas y edades: los ingleses llevaron los suyos, apellidándolos jactanciosamente los mejores del universo: también acudieron al certamen varios moros con sus potros y yeguas. Sin la imperturbable seriedad mahometana, hubieran soltado la risa al ver los escualidos y angulosos caballos ingleses; pero conteniendo su hilaridad, preguntaron cuántas horas duraría la carrera, y al saber que sólo sería de tres ó cuatro minutos, volvieron desdeñosamente la espalda, no queriendo tomar parte en semejante lucha, que, por lo breve, les parecía ridícula. Convencidos al fin, corrieron con los ingleses, llegando juntos á la meta sin ventaja por parte de unos ni de otros. Sin embargo, los ingleses querían adjudicarse el triunfo; mientras sus adversarios, más razonables,

proponían repetir inmediatamente la prueba con mayor amplitud, durando una hora el ejercicio.

—¡Repetir la prueba, y durante una hora!—exclamaban con asombro los ingleses.—Para que nuestros caballos puedan volver á correr es indispensable darles descanso y *prepararlos* de nuevo durante algunos días.

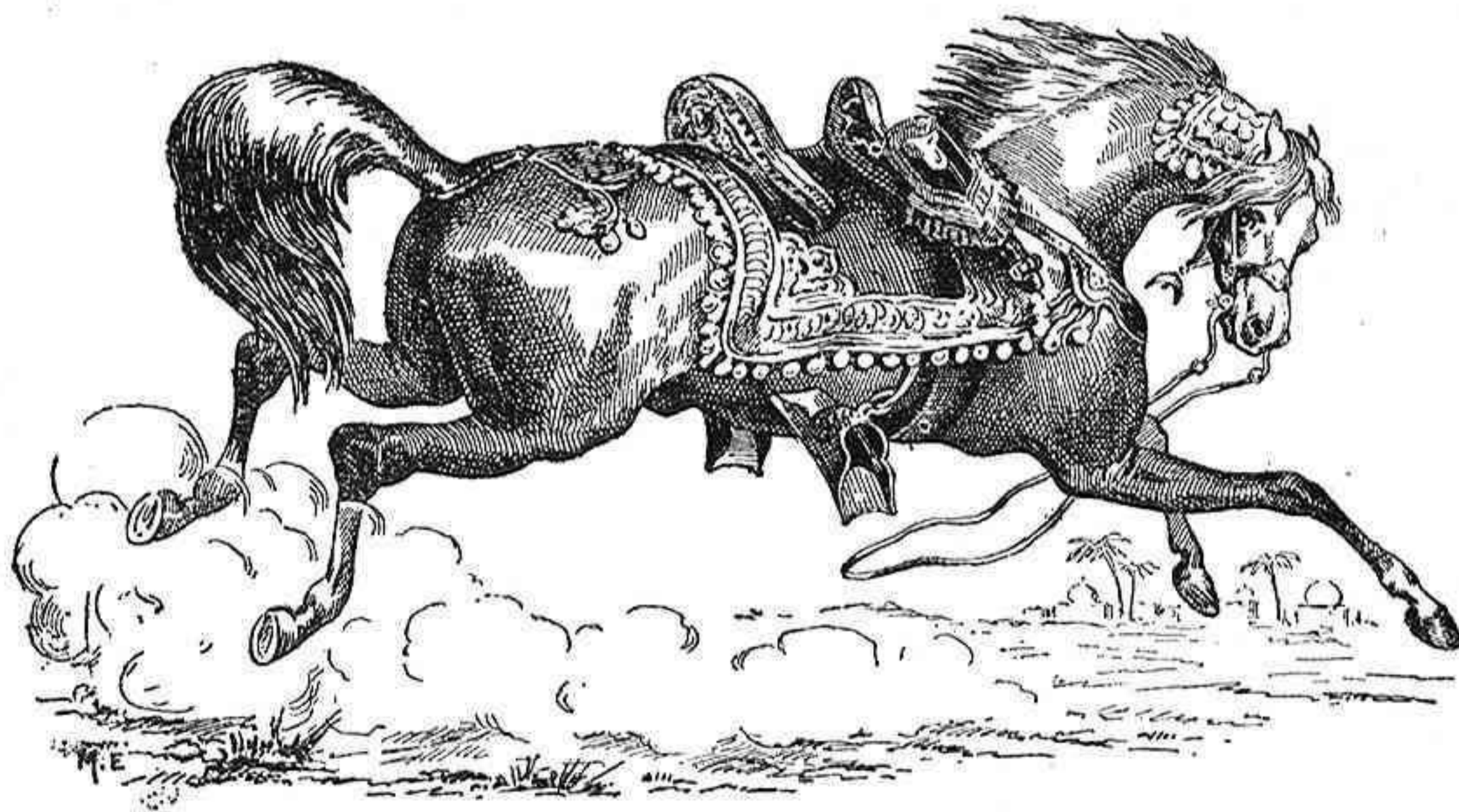
—Pues que Alá poderoso y grande os guarde á vosotros y á vuestros caballos.

Fué comentado el lance por todos los periódicos, singularmente por los italianos y franceses, conviniendo la mayoría de ellos en que no consiste la perfección del caballo, aun en lo tocante á su agilidad, en correr muy velozmente algunos minutos, quedándose después imposibilitado y rendido; sino en el aguante y resistencia y en estar siempre dispuesto á la fatiga. ¿Qué se diría de un cañón que sólo pudiese disparar un tiro cada semana? ¿Qué de un operario capaz de trabajar sólo durante algunos minutos? La respuesta no es dudosa. Pero en las luchas del hipódromo conviene repetir que lo de menos importancia es el beneficio del caballo; lo único estimable y en que la atención se fija es en el beneficio del dueño y de los que con él dividen las ganancias. Á veces son éstas enormes: existe hoy un caballo en París que en dos años solamente ha producido unos dos millones y medio de francos, según aseguran los periódicos de la capital.

Toma el caballo diversas denominaciones, según el uso á que se le destina; así, decimos caballo de labor, de arrastre ó tiro, de silla, de carrera, de carga, de batalla, semental ó de padrear, etc. También se da nombre de caballo á cierta unidad de fuerza, como lo es el caballo de vapor; á ciertas defensas de reductos y bastiones, como los caballos de frisa; y, para dar fin á este escrito, conviene recordar que hay caballos en todas partes: en la ciudad, en el campo, en el ajedrez, en la baraja y hasta entre las constelaciones del cielo.

NARCISO CAMPILLO.

Madrid, 4 de Julio de 1892.



# UN EDICTO CÉLEBRE.

(APUNTES HISTÓRICOS.)



**R**s indudable que no hay período más brillante en la historia patria que el del glorioso reinado de los Reyes Católicos D.<sup>a</sup> Isabel y Don Fernando.

Alzóse el trono de los egregios esposos en medio de la corrompida corte de Enrique IV *el Impotente*; vaciló ante los rudos golpes de los magnates rebeldes que levantaron pendones por Doña Juana *la Beltraneja*, auxiliados por el rey de Portugal D. Alfonso V *el Africano*; sentóse en firme pedestal después de la rendición del castillo de Burgos y de la batalla de Toro, y surgieron luego las glorias más insignes, una tras otra, en largo espacio de treinta años: las glorias de la organización del Estado y de la recta administración de justicia; las glorias postreras de la Reconquista, desde Alhama y Lucena hasta Málaga y Granada; las glorias del descubrimiento de América; las glorias inmarcesibles de las campañas de Italia, ganadas por las armas siempre victoriosas de Gonzalo de Córdoba.

Y para que nada falte en aquel período grandioso de la historia patria, hay también un hecho especial que le imprime cierto carácter, y que ha sido, y será todavía por mucho tiempo, objeto de reñidísimo debate: la expulsión de los judíos por edicto de 31 de Marzo de 1492, diez y siete días antes del «Real acuerdo de Santa Fe de la Vega de Granada» en favor de Cristóbal Colón.

Cúmplase ahora, por lo tanto, el IV centenario de la promulgación de aquel edicto que ha tenido censores muy severos y también panegiristas muy entusiastas.



Ninguna persona ilustrada ignora que seis centurias después de la destrucción del reino de Judea por los emperadores Vespasiano y Tito, terminada luego por el español Adriano, se inició la primera persecución general contra los judíos, reinando en Oriente el emperador Heraclio, supersticioso y pusilánime, que creía ver á todas horas amenazando su vida el puñal de un israelita.

Reinaba en la península ibérica el visigodo Sisebuto, y éste aceptó la dura condición que el Emperador le impuso, al aprobar la paz concertada con los griegos imperiales de la costa de Levante, y la cual era la expulsión de los judíos; y así como constan en el *Forum Judicum* los decretos promulgados por Sisebuto contra los hijos de Israel que moraban en España, constan en los escritos de San Isidoro las enérgicas frases de reprobación y censura que aquellos reales edictos merecieron del ilustre prelado hispalense.

Recordaré aquí algunas cláusulas del famoso Código, transcribiéndolas de la versión castellana que mandó hacer el rey D. Fernando III *el Santo*.

«..... Por la maldad de los judíos solamente entendemos que el nuestro reyno es ensuciado..... E por ende establescemos é mandamos en esta ley, validera por siempre, que las nuestras leyes que nos ficiemos, é las que ficiéron los otros reyes..... contra las personas de los judíos, que valan todavía, é sin todo corrompimiento sean guardadas.» (Libro XII, título II, ley III.)

«Ningun judío non cuide nin haga fuerza de tornar de cabo á la sua erranza, nin á la sua descomulgada ley.» (Ley IV.)

«..... ningun judío en ningun pleito non pueda seer testimonio contra cristiano, magüer que seya siervo de cristiano; nin en pleito non pueda facer tormentar al cristiano, nin le acusar.»

«Establescemos..... que todo judío que quebrante los establecimientos é los defendimientos que son dichos en las leyes de suso, ó lo asmare de lo facer, manteniendo..... le deben matar con sus manos, ó apedrear, ó le quemén en fuego.» (Ley IX.)

«..... E los que nascen del ayuntamiento de los cristianos é de los judíos, mandamos que sean cristianos; é si non quisieren tornar cristianos, deben ser azotados paladinamente, é sennalados laydamientre (rapados, decalvados), é dados por siervos por siempre á algun cristiano.» (Ley XIV.)

«Todo judío que fuere de los que non se baptizaren, ó de los que s' non quieren baptizar, é non enviaren sus hijos é sus siervos á los sacerdotes que los bapticen, ó los padres ó

los hijos non quisieren el baptismo, é pasarse un anno cumplido despues que nos esta ley pusieros, é fuera fallado desta condicion é deste pacto estables, reciba C azotes, é esquilente la cabeza, é échenlo de la tierra para siempre, é sea su buena en poder del Rey.» (Libro XII, título III, ley III.)

¿Para qué seguir copiando otras cláusulas semejantes, que puede leer el curioso en las páginas siempre instructivas del *Fuero Juzgo*? El hecho es que el rey Sisebuto, aunque de generosos sentimientos, dictó leyes terribles contra los judíos, al mismo tiempo que el famoso Dagoberto, rey de los francos, cediendo también á excitación del emperador Heraclio, promulgaba contra ellos un edicto más terrible, puesto que les sometía á la cruel alternativa de escoger entre la abjuración de sus creencias religiosas y la muerte.

Posteriormente, el odio al pueblo israelita se manifestó en severísimos cánones de los Concilios nacionales.

El V toledano, convocado en el año 633 por el rey Sisenando, decretó que los hijos de judíos se educasen en la religión cristiana, y que todos los que profesasen el judaísmo serían inhábiles para ejercitar algunos derechos

civiles; el VII, celebrado en 638, bajo Chintila, renovando la persecución contra la raza semítica, promulgó el famoso decreto del «juramento previo de los Reyes», para que éstos prometiesen, antes de ser coronados, no tolerar en el reino la profesión pública de las doctrinas judaicas; el IX, convocado por Recesvinto, así como el XII, que celebró Ervigio en 681, y el XVIII en el reinado de Egica, establecieron también durísimos cánones, uno, entre ellos, declarando esclavos á todos los que profesaban la religión mosaica, y otro, más cruel todavía, privando de sus hijos á los padres israelitas, y disponiendo que fuesen entregados á la edad de siete años á los clérigos, y educados en la religión cristiana.

En vano fué que el rey Witiza, más hábil y más prudente que sus predecesores (aunque los antiguos cronistas le calumniaron sin piedad), revocara los edictos de Egica, y aun los de Sisebuto y Sisenando: los judíos españoles, en su inmensa mayoría, huyeron á África y se establecieron principalmente en la Mauritania, cuando ya tremolaba allí la bandera mahometana, y se vengaron de sus implacables perseguidores, los reyes visigodos, «entrando en inteligencias con los árabes (dice un historiador) para que éstos invadiesen la Península ibérica, y volviesen ellos, amparados por la Media Luna, á sus desiertos hogares.»

Y volvieron en el funesto reinado de Rodrigo, porque el reino visigodo, cumplida su misión en el mundo, fué destruído por otro pueblo más poderoso que venía de los arenales de Arabia, empujado por el huracán del fanatismo, y

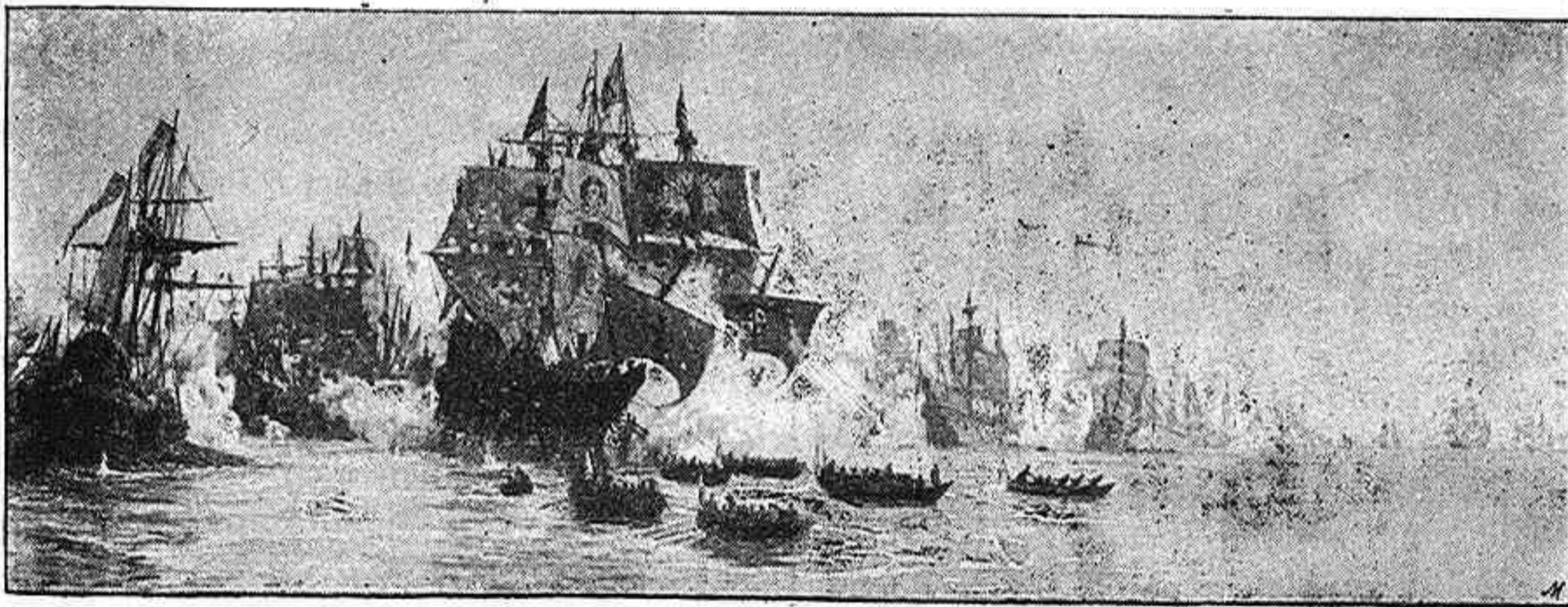
que exclamaba ante las olas del Atlántico, por boca de Obbah, el conquistador de la Mauritania: «¡Oh Alah! Si este mar que ruge á los pies de mi caballo no detuviese mi carrera, yo iría hasta los confines del universo á llevar tu santo nombre y las doctrinas de tu profeta.»



Pero los guerreros castellanos y aragoneses, y el pueblo cristiano, conforme avanzaban hacia el interior de la Península, combate tras combate, desde los riscos de Covadonga y de Sobrarbe, reconcentraban y atesoraban su odio contra el pueblo judío, «aquel pueblo maldecido (palabras textuales de Lafuente), artero, mañoso, que fomentó y protegió la invasión de los sarracenos en España, sin darle cuidado por la ruina del suelo en que habían nacido sus hi-

jos, y viendo con gusto y contribuyendo con placer á la pérdida del imperio godo.»

Y claro es que aquel odio de tres ó cuatro siglos, transmitido y acrecentado de padres á hijos, se desbordaba con frecuencia, y en-



ESCUADRA ESPAÑOLA. — Cuadro de W. L. Wyllie.

tonces ocurrían las sangrientas revueltas de Toledo y Burgos, de Valencia y Zaragoza, de Barcelona y Córdoba, donde no se había olvidado que los mahometanos entraron en la heroica ciudad por traición cobarde de los vengativos israelitas.

Y, sin embargo, éstos, siempre astutos y codiciosos, solían ser los *almojarifes* de los Reyes y los prestamistas de los magnates, cobrándose préstamos é intereses con la recaudación de las rentas Reales y señoriales, y cometiendo, por lo mismo que contaban con la impunidad, todo linaje de exacciones y violencias en los pueblos, igual en Castilla que en Aragón.

Recuérdese, en efecto, que las Cortes de Madrid, en 1334, pidieron á Alfonso XI que castigase al famoso almojarife Real Yussaph, judío ecijano, por los vejámenes que hacía sufrir á los pueblos, y el monarca justiciero, no sólo accedió á la petición de las Cortes, sino que ordenó para lo sucesivo que ningún israelita volviera á desempeñar aquel importante cargo; ordenamiento que revocó de hecho, pocos años después, D. Pedro I *el Cruel*, hijo y sucesor de aquel rey, nombrando Real tesorero al opulento Samuel Leví, quien, á la postre, hubo de perecer miserablemente entre las torturas de cruel suplicio, por no declarar al insaciable monarca el sitio donde guardaba sus tesoros.

Recuérdese además que las Cortes aragonesas de Monzón representaron enérgicamente al rey Pedro II *el Católico* contra los desafueros que cometían los judíos recaudadores

de los impuestos y rentas Reales; y que en los reinados sucesivos de Jaime I *el Conquistador* y Pedro III *el Grande*, aumentando y desbordándose otra vez el odio del pueblo contra los judíos, acaecieron las horribles matanzas de Valencia y Barcelona, así como fueron causa de nuevos tumultos y escenas de sangre y exterminio en Castilla, el sacrilegio cometido con una hostia consagrada, en Toledo, y el martirio de un niño cristiano, en Sepúlveda; y se llegó al punto de pedir los nobles á Enrique IV, en 1460, que «los israelitas y los moros, gentes innobles y manchadas con sucios pecados», fuesen arrojados del reino.

Es de notar que entonces tenían los israelitas ilustrados, que eran muchos, cierta frialdad en su fe religiosa, cierta decadencia semítica que se revelaba en conversiones públicas á la religión cristiana: *Rabbi Salomoch* fué después D. Pablo de Cartagena y Santa María, maestro y tutor del rey D. Juan II y obispo de Burgos; *Rabbi Auner* fué luego el célebre Alfonso de Valladolid; judíos conversos eran también Alonso de Baena, Fr. Alonso de la Espina, fray Alonso de Ojeda, y otros muchísimos, entre ellos Fr. Alonso de Burgos, obispo de Palencia y capellán de la Reina Católica, y Fernán Álvarez de Toledo (*Fernán Daluarez*, según él firmaba) y Alfonso de Ávila, secretarios de la misma Reina Católica.

El famoso edicto que expidieron los Reyes en Granada, á 31 de Marzo de 1492, decretando la expulsión de los judíos de los reinos de Castilla y Aragón, puede leerse en *Recopilación de las Leyes*, etc. (lib. VIII, tit. II, ley II), y no le copio íntegro por su mucha extensión; pero es muy curioso el principio de su preámbulo, que dice así:

«Sepades é saber debedes que porque Nos fuimos informados que hay en nuestros reynos é avia algunos malos cristianos que judaizaban de nuestra santa fe católica, de lo cual era mucha culpa la comunicación de los judíos con los cristianos.....»

»E otrosí: ovimos procurado é dado orden como se ficiese inquisicion en los nuestros reynos, lo cual como sabeis ha más de doce años que se ha fecho é face, é por ella se han fallado muchos culpantes, segunt es notorio é segunt somos informados de los inquisidores é de otras muchas personas religiosas, eclesiásticas é seglares, é consta é parece ser tanto el daño que á los cristianos se sigue é ha seguido de la participacion, conservacion é comunicacion que han tenido é tienen con los judíos, los cuales se precian que procuran siempre, por cuantas vias é maneras pueden, de subvertir de nuestra santa fe católica á los fieles cristianos.....»

Ordenaba el Real decreto: que todo judío no bautizado saliera del reino antes del mes de Julio próximo, sin excepción de sexo, edad y circunstancias personales; que ninguno pudiera volver á él, bajo pena de muerte y confiscación de bienes; que ningún español cristiano albergase, socorriese ó protegiese á los judíos, cumplido el plazo que se fijaba para la expulsión; que los Reyes, entretanto, les otorgaban su soberana protección, y les permitían disponer de todos los bienes y efectos que tuvieran, según les conviniera, y llevarse consigo todo su valor, no en metálico, oro y plata, sino en mercancías ó en letras de cambio.

He ahí, en sustancia, el famoso edicto de expulsión de los judíos, «que condenaba (escribe con poca exactitud y mucho apasionamiento el historiador Lafuente) á la expatriación, á la miseria, á la desesperación y á la muerte á millones de familias, que habían nacido y vivido en España».

Si se expulsaba del reino á los judíos, es verdad, concediéndoles un plazo de tres á cuatro meses, se respetaban, con el seguro de la protección Real, sus personas, bienes y efectos; y en la prohibición de llevar consigo en oro ó plata el valor de sus haciendas, pudiendo llevárselo íntegro, no obstante, en mercancías lícitas ó en letras de cambio, obedecíase á principios económicos por todo extremo loables, no sólo para evitar la extracción del metálico, sino para ensanchar, en provecho de la nación, las relaciones comerciales, y, por lo tanto, fomentar el desenvolvimiento de la agricultura y la industria, floreciente en aquella época en muchas ciudades castellanas, hoy abatidas, como Toledo, Almagro, Segovia y otras.

Ha hecho largo camino, en nuestra patria y en el extranjero, la fábula que refiere Llorente, en su peregrina *Historia de la Inquisición*: los judíos, al saber que se trataba de su expulsión, comisionaron á uno de sus opulentos correligionarios para que ofreciese á los Reyes Católicos, si desistían de la promulgación del edicto, un donativo de 30.000 ducados de oro; pero la conferencia ó negociación fué interrumpida bruscamente por el inquisidor Torquemada, quien, apareciendo en la Real Cámara, y sacando un crucifijo que llevaba oculto bajo los hábitos, gritó con estentóreas voces: «Judas vendió á su Maestro por treinta ducados, y Vuestras Altezas van á venderle ahora por treinta mil; aquí está; tomadle y vendedle»; y dicho esto, aquel frenético arrojó sobre la mesa el crucifijo y salió..... y los Soberanos quedaron sobrecogidos al presenciar tan insano atrevimiento.

Ningún historiador coetáneo refiere este cuento, aunque en el mismo palacio de los Reyes Católicos moraban Pedro Martín de Angleria y Gonzalo Fernández de Oviedo; y el primero que le presenta á la crítica mordaz de nuestra época es el mismo Llorente, escritor de este siglo y exsecretario de la Inquisición. ¿Merece crédito un testimonio que se otorga después de más de tres siglos, y que dicta acaso el despecho?

No se debe extrañar que un distinguido pintor valenciano haya conmemorado ese cuento en un soberbio cuadro (que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890), porque el asunto se prestaba á una composición pictórica; pero sí causa extrañeza que los historiadores Prescott y Lafuente le copien y no le rechacen.

\*  
\* \*

La expulsión se hizo en el plazo improrrogable que señalaba el edicto de los Reyes Católicos: algunos judíos se convirtieron al cristianismo, y quedaron en España; otros se encaminaron á Portugal, donde fueron mal acogidos; muchos pasaron el Estrecho, y las tribus africanas les hicieron víctimas de injurias, robos y atropellos; los más se dirigieron á los países de Oriente, en particular á los dominios de Turquía.

Según el cura de Los Palacios, Bernáldez, escritor contemporáneo, salieron del reino unas 35.000 familias, que re-



presentan, aproximadamente, 180.000 individuos; según Llorente, pesimista siempre, fueron expulsadas más de 800.000 personas de todas edades.

En otro lugar hemos ofrecido un dato auténtico, irrecusable, que puede servir de base para formar un cálculo más conforme con la verdad del suceso: en el archivo de la catedral burgense existe una acta capitular (registrada por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz, concienzudo historiador de aquella iglesia), en la que consta que el día 28 de Octubre de 1440, esto es, cincuenta y dos años antes de la expulsión, había en la ciudad de Burgos, capital de Castilla, 22 familias israelitas, «según manifestación que hizo en este día, en la sinagoga de la judería de la ciudad de Burgos, Zacarías, judío, así como procurador del aljama de dicha judería, é hizo juramento en forma, teniendo la toca en sus brazos, et dijo que juraba é juró en ánima de los dichos judíos, é de cada uno de ellos.....»

Luego en Burgos, ciudad libre, entonces la más rica y populosa de Castilla (según afirma Lucio Marineo), y donde todos los vecinos tenían iguales derechos civiles, sólo había una sinagoga y 22 familias judías, ó sea unos 100 indivi-

duos; dato precioso para rectificar los cálculos exagerados de algunos historiadores con relación al número total de los expulsados.

No juzguemos el edicto de los Reyes Católicos desde el punto de vista de la tolerancia que hoy domina en la conciencia pública: juzguémosle, por el contrario, sin hacer abstracción de la época en que se promulgó y de las circunstancias especiales de Castilla y Aragón en aquella misma época.

¡Desdichada raza de Israel! Las sangrientas revueltas que ocurrieron en Toledo y Sepúlveda, en Córdoba y Valencia, en Zaragoza y Barcelona, allá en los siglos XIII y XIV, se renuevan hoy, en nuestros mismos días, en ciudades cultas y populosas de Austria, de Hungría, de Rusia y aun de Alemania; y el odio antisemítico impulsa también al incesante éxodo de los judíos, que se extiende por el viejo mundo hasta las vertientes del Sinaí, y por la tierra americana hasta las pampas de la República Argentina y las soledades del Brasil.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.



EL ENCANTO DE LA CASA.

# LA RECETA.



**L**a enfermedad se presentó de improviso..... Precisamente llamaba la atención la muchacha por la esplendidez de sus colores, hasta el punto de envidiarle las aldeanas más robustas las amapolas de sus mejillas..... Nada, que nadie diría que aquel rostro radiante, poseedor de una frescura de manzana nueva, fuese el de una de esas madrileñas pálidas y algo sílfides, símbolo de la suprema debilidad..... Bastaba verla para vislumbrar su fortaleza y comprender que su sangre rebosaba de glóbulos rojos..... Respondiendo á tal plenitud de temperamento, la niña mostrábase alegre, comunicativa locuaz, y tenía siempre la risa colgando de sus labios. La fragancia del cuerpo le trascendía al alma..... Eran unos juveniles y deliciosos diez y seis años despertándose á la primavera y llenos de felicidad y de salud..... Acostumbrada á la muelle existencia de la corte, no se le hacía duro el acomodarse á la vida rural, exigida por la presencia de sus padres en la hacienda para recoger el grano, y aun gustaba mucho de las rústicas faenas, distinguiéndola los labradores por las eras, los prados y los huertos, con su gran sombrero de paja para librarse del sol, su silueta vaporosa, fina y gallarda, vestida con sencillez, su bastón-cayada y sus botas de cuero rojizo, incansable y enérgica, arrancando á los labriegos, admirados, un ingenuo: «¡Miren, miren la señorita!.....»

De pronto, como un capullo que se seca prematuramente, perdió su immaculada frescura; la huyeron la alegría del ánimo y las rosas del rostro; enflaqueció, desganóse, y se la vió caer á pasos gigantes..... ¿Qué diablos le acontecía?..... La madre, con esa mirada observadora de la mujer dotada de una sensibilidad de placa fotográfica para recibir las impresiones de los hijos, advirtió en seguida el cambio sufrido por la niña; pero ingenua y cándida, y desarmada por el carácter infranqueable de la muchacha, se devanaba en vano los sesos buscando una solución..... Ella, tan amiga del campo, desafiando con bravura el bochorno; apasionadísima de la trilla y del riego, repugnaba ahora salir de la quinta, y su mayor placer cifrábase en quedarse sola..... Á lo mejor, sin que le fuera dable retenerlos, se la escapaban hondos suspiros, y alguna vez se la llenaban los ojos de lágrimas, que procuraba tragarse en el acto por un esfuerzo de voluntad..... Acaso la agradaría tornar á la capital; quizás la lla-

maban desde lejos paseos, teatros, modas, cuanto constituía su ilusión suprema, el idilio cortesano..... ¡Ah, no!..... ¿Marcharse?..... Se opuso con toda su energía..... Se encontraba bien en el pueblo..... ¿Quién se acordaba de Madrid?..... Pero en esto hundíase más y más en una tristeza profunda..... El padre intervino, se enteró del lance, habló tendido y largo con la jovencita..... Fué inútil..... No confesó el motivo de su pena..... Al contrario, trató de disimular..... Hubo que apelar al médico, que se encogió de hombros, murmurando: «Eso pasará; algo de histérico.....» Pero la cosa alcanzó una gravedad digna de atajarse, que no se curaba ni con vino de quina ni con agua de hierro, y se impuso un examen formal, un reconocimiento fisiológico, por el que se viniera en conocimiento del mal padecido.....

El médico del partido, un antiguo condiscípulo del padre de la enferma, con el que estudió el bachillerato, hombre de agudo entendimiento, aunque olvidado en un pueblo cualquiera, fué el encargado del examen..... El rico hacendado tenía en su ciencia absoluta confianza. Constábase además su carácter entero, brusco, acaso rudo, inhábil para el fingimiento. Él le diría la verdad..... Una tarde, pues, vino el doctor con sus aparatos á cuestas; calóse las antiparras, y haciendo sentar á la niña en un sillón, comenzó á reconocerla con exquisita escrupulosidad..... La aplicó el estetoscopio, haciéndola respirar con fuerza y auscultándola al mismo tiempo; dióla varios golpecitos suaves en pecho y espalda..... Nada; la inspiración y la expiración eran normales; no existía lesión orgánica alguna, y los pulmones funcionaban bien..... «Á ver el ojo.....»; le bajó el párpado inferior; la córnea estaba pajiza, señal inequívoca de la clorosis..... No encontró síntoma de ningún otro mal. Todo se reducía á una debilidad inmensa, á una terrible anemia..... ¡El histerismo, el pícaro histerismo!

De pronto el semblante de la niña se animó con una suave luz, y sus ojos se le fueron por el balcón abierto..... El médico, que no la perdía de vista, siguió aquella mirada..... Por la carretera, á caballo, luciendo su gallarda figura de jinete, ya cercano á la quinta, avanzaba el hijo del administrador, un apuesto mozo de gentil continente en toda la fuerza de sus impetuosos veinte años. Venía con la cabeza alta y las pupilas clavadas en la barandilla..... Al ver á la doncella, colocada junto á la vidriera para lograr mayor claridad, la

saludó quitándose su ancho sombrero de campo.... El rostro de la paciente se llenó de una silenciosa alegría.... El doctor, avisado y ladino, no perdió un punto de la escena; advirtió la vida que acudía bruscamente á la muchacha; se limpió sus quevedos con el pañuelo, sonrióse con malicia, murmuró monologando, como el que se quita un peso de encima: «¡Toma, toma!....», y sin pronunciar más palabra, dió por terminada la sesión, pidió papel y pluma y se dispuso á recetar.

Lo dicho: no tenía nada.... ¡Ya verían! Mucho aparato y muchas ojeras, pero poca cosa en el fondo.... En seguida estaba curada.... Su acento enérgico y breve respiraba tanta convicción y fué acompañado de tan elocuentes meneos de cabeza, que los pobres padres se tranquilizaron y se les esparció por la cara un profundo júbilo.... La niña habíase asomado prontamente al balcón, y enajenada, sonriente, seguía con los ojos al jinete, que se perdió doblando la esquina de la quinta. Mientras, el doctor, sentado ante la mesa, se recogió un instante, y trazó luego en un papel cuatro líneas, poniendo al escribir una cara muy regocijada y trubanesca. Terminó en un periquete su fórmula, y tornando á limpiarse las gafas, se la entregó á la buena señora, que la esperaba con impaciencia.... El padre, sin quitársela de la mano á su esposa, trató en vano de leerla de refilón; la cándida mujer no intentó siquiera pasarla la vista, preguntando con sencillo acento:

—¿Habrá que llevar una botella?....

El médico la consideraba con tan retozonas pupilas, que no pudo menos de chocar al matrimonio semejante regocijo. ¡Bah!.... Había visto nacer á la niña, la quería de veras....

El contento de saber que no p<sup>o</sup> ecía nada de peligro.... En esto fijóse la señora en el papel, en el que se destacaban unas letrotas enormes y temblonas, revelando un cansado pulso, y leyó la receta. Sus párpados se abrieron con asombro. Le pareció haber entendido mal, y despacio, fijándose bien en cada palabra, repasó la hoja indicadora del medicamento, llegando á tal punto su expresión de sorpresa, que su marido la preguntó, muerto de curiosidad:

—¿Pero qué dice ahí?

—Léelo—le replicó su mujer entregándole la receta.

El hacendado se caló sus lentes, que sacó del bolsillo del chaleco, y clavó la vista en el misterioso papel, leyendo en voz alta:

D.

De bromuro de besos ..... 20 centigramos.

De jarabe de charla ..... 100 gramos.

De agua destilada..... 400 gramos.

Mézclese y tómese á dosis cuando se pueda.

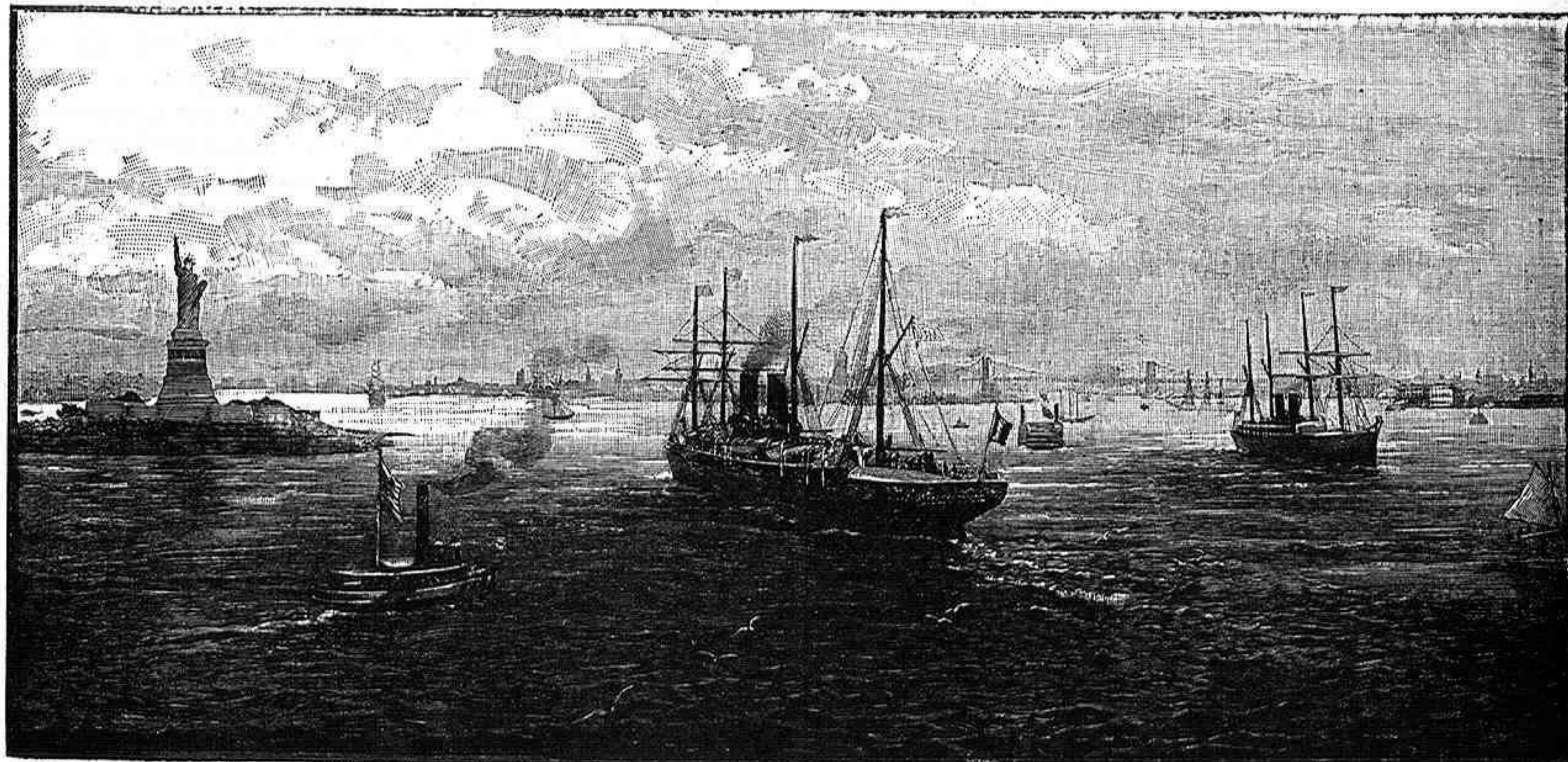
DR. RODRÍGUEZ.

—¿Pero dónde se vende esta medicina?—exclamó el hacendado, balbuciente y con no menos asombro que su esposa.

Y el viejo doctor, sin dejar de sonreír, se atusó con la mano abierta el cerdoso bigote, encendió un cigarro, requirió bastón y sombrero, y abrazando cariñosamente á su discípulo, le dijo con socarrón tonillo, mirando con el rabillo del ojo á la muchacha:

—¡En la Vicaría!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



ENTRADA DEL PUERTO DE NUEVA YORK.





AL BAILE.— Por Pierre Carrier Belleuse.







EN EL ÁLBUM DE VISTAS

DE

**Santa María de los Angeles (Córdoba)**

POSESION DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE PEÑAFLOR.

¡Quién lograra la ventura  
De contemplar las grandezas,  
Los prodigios, los misterios  
De aquellas vírgenes sierras,  
Por cuyos cerros, barrancos,  
Bajadas, hoces y crestas,  
Aventúranse tan sólo  
Los pájaros y las fieras!

Nacen aquí en las cañadas  
Tunas, pitas, madreselvas;  
La vid silvestre en las lomas,  
El naranjo en las riberas,

El pino en los arenales,  
El castaño en las mesetas,  
El acebuche en los riscos  
Y el olmo en las alamedas.

Los corzos y jabalíes  
Ampáranse de la breña;  
Los lobos buscan asilo  
En las medrosas cavernas,

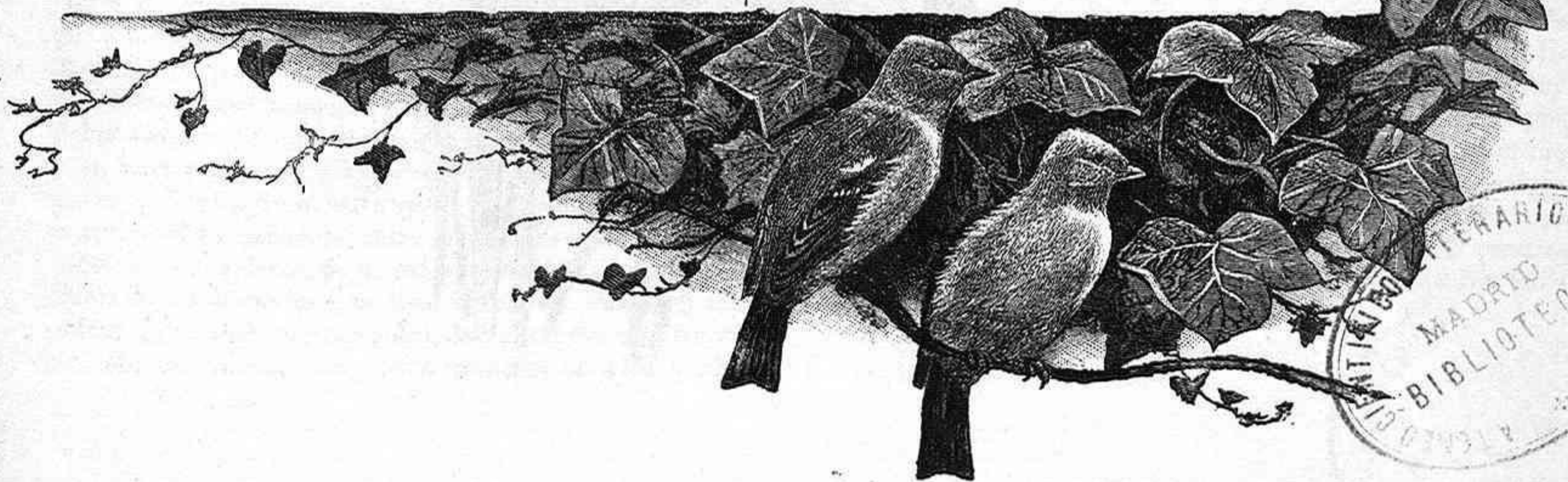
Y el gato montés, la zorra,  
El lince y la comadreja  
Se disputan los encamos,  
Guaridas y madrigueras.

No aquí el árbol polvoriento  
Que al margen de la vereda  
El caminante desmocha  
Y el ganado descorteza,

Sino el roble añoso y fuerte,  
Vencedor de las tormentas,  
Que otras hachas no conoce  
Que huracanes y centellas,

Y que ofrece generoso  
La dura rama á la hiedra,  
El follaje á la avecilla  
Y el hueco tronco á la abeja;

Junto á la fuente que surge  
Gota á gota de las peñas,



Y que, trocada en arroyo,  
 Corre entre mirtos y adelfas,  
 Se precipita en torrente  
 Que ruga, salta, espumea,  
 Se rompe en hilos de plata  
 Y se desmenuza en perlas,  
 Cuervos y águilas anidan  
 De los tajos en las grietas,  
 El pintado avejarruco  
 De las ramblas en la avena,  
 La tórtola en los pinares,  
 La perdiz entre la breña,  
 En los terrones la alondra  
 Y el pinzón en la maleza.  
 Vistos, desde alto, los ríos  
 Que en el valle serpentean  
 Y las lagunas cercadas  
 De olmos, juncos y mimbreras,  
 Parecen limpios cristales

Orlados de verde felpa,  
 Ó pedazos de los cielos  
 Caídos sobre la tierra.

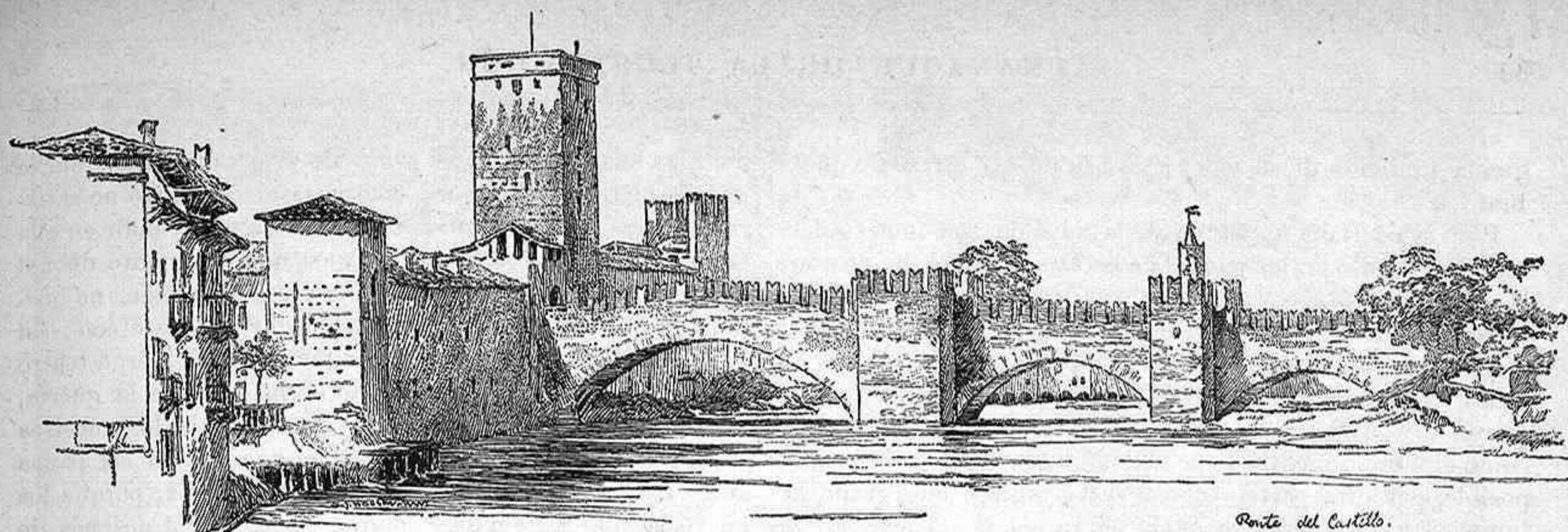
Braman, rugen y suspiran  
 Torrentes, vientos y selvas,  
 Cantan, lloran y murmuran  
 Aves, fuentes y hojas secas;  
 Embalsaman el ambiente  
 El romero y la ajedrea,  
 El mastranzo y el hinojo,  
 El cantueso y la alhucema;  
 Acusando solamente  
 Del hombre aquí la presencia,  
 De vuestro hogar bendecido  
 El humo que al cielo vuela.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, Octubre de 1889.

(Inédita.)





Ponte del Castillo.

# LA VIDA MILITAR EN EL SIGLO XVI.

## MOTINES.

**P**ARA quien desee tener cabal idea de la vida militar española en la segunda mitad del siglo XVI, es un estudio tan indispensable como interesante el de los motines ó sediciones, motines que constituyeron, por decirlo así, crónica enfermedad en los ejércitos de Flandes, y que por arrancar de causas muy hondas y graves reflejaban, á la par que la desorganización administrativa y la indisciplina de aquel ejército, el profundo malestar de la nación y el precario estado de la Hacienda Real. Curiosísimo, pues, por lo que respecta á las costumbres militares de la época, no lo es menos como análisis de nuestra decadencia política. Es más: en él se encuentra sin duda alguna la clave de esta decadencia; porque es indiscutible que no hay positiva y duradera grandeza militar ni nacional donde hay pobreza é impotencia económica.

Puede decirse que desde que España comenzó á intervenir en la política internacional, ó de otro modo, desde que comenzaron nuestras campañas del Renacimiento, manifestáronse en los ejércitos organizados para guerrear en el extranjero, con la escasez de los recursos, los síntomas primeros de la enfermedad de los motines. Los aventureros que á las órdenes del Gran Capitán salieron de Málaga para Nápoles, sin pagas, mal vestidos y peor alimentados, con armas rotas ó descompuestas; aquel puñado de valientes que debía asombrar á cuantos les contemplaran en el Garellano y en Barletta, daban cabal idea del recio empuje, de los vigorosos alientos de nuestra raza; y lo daban también de la desproporción existente entre nuestros recursos y nuestras ambiciones, es decir, de la escasa estabilidad, de las flacas bases de los imperios que iban á fundar. Podía su atrevimiento, su valor, su gran sobriedad extender nuestra dominación, dar nuevos cuarteles á nuestros escudos y adornar

con nuevas coronas nuestra bandera; pero las privaciones que enervan el vigor físico y la falta de recursos que engendra la desconfianza, tenían á la larga que esterilizar y destruir aquellos esfuerzos y aquellas conquistas, sembrando con el desaliento los primeros gérmenes de la indisciplina. En Nápoles, como resultado de esta falta de asistencia, amotináronse los soldados del Gran Capitán por falta de pagas, y como éste les dijera que no tenía dinero, gritó un vizcaíno, llamado Iciar, que metiera sus hijas en un burdel, insulto que Gonzalo de Córdoba dejó sin castigo por algunas horas, puesto que, al siguiente día, amaneció el vizcaíno en la horca (1). Hiciéronse cargos á Gonzalo por los desafueros de sus soldados, y contestando á uno de aquéllos, dijo: «que él no podía alabar aquella gente de religiosos, pues los más eran tales *que por sus delitos no los podía sufrir España y les fué forzoso desembarazalla*; todavía que la principal causa de sus desórdenes era no tenellos pagados, y que antes era maravilla cómo en tantos trabajos, hambres y desnudez estuvieron tan obedientes, en particular en el Garellano y en Gaeta, razón en que llegaron á debérseles *catorce pagas*» (2). Mas ya parece que por aquellos años á la escasez de dinero había que agregar los abusos de los pagadores, puesto que, al hablar del dinero que se remitió luego de España, casi á renglón seguido añade el padre Mariana: «Esta culpa (el no llevar cuenta del dinero) era de Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey y de otros oficiales, en cuyo poder entraba el dinero y por cuya mano se gastaba.» Conviene tomar nota de ello; porque en España casi puede decirse que la pobreza fué siempre secuela de la mala administración. A lo que debe añadirse que el ejército ya en sus primeros tiempos tocó los resultados de una y otra, siendo en realidad de verdad tan anti-

(1) Pulgar, *Crónica del Gran Capitán*.

(2) Mariana, *Historia de España*.



gua la tradición de su valor como la de sus atrasos y quebrantos.

Pero si en Italia apuntaba ya la rebelión con motivo del incumplimiento de los pagos, no estaba lejano el día en que la palabra *motín* se oyera en España; novedad esta con que sorprendieron al segundo Duque de Alba los soldados del ejército que se destinaba á la conquista de Navarra. La causa era la misma: el faltarles la soldada; el remedio supieron imponerle la energía y la severidad del Duque, así como el cumplimiento de lo pactado con aquéllos. No era posible, por otra parte, esperar cosa alguna que grandes tumultos y desafueros de gente como era la de leva, allegadiza, maleante, sujeta á la disciplina por la necesidad, el temor ó el deseo de mejora. Además, las compañías ó banderas organizábanse y deshacíanse entonces con rara facilidad; seguían á éstas una turba de mujeres y vivanderos que convertían los ejércitos en adueros; y las constantes guerras y tumultos, y el mal ejemplo que en ocasiones daban los mismos oficiales, no contribuían menos á relajar los lazos de aquella disciplina. Pero con todo y esto, es patente la abnegación de que generalmente dieron pruebas nuestros soldados de las guerras de Italia, guerras en que las hambres y la falta de dinero fueron cosa demasiado corriente. La víspera de la batalla de Pavía, al arengar Pescara á sus soldados, decíales que «ni él ni el Emperador, con todo su poder, tenían con qué asegurarles un pan para el día siguiente»; y en otra ocasión, tratando de apaciguar los ánimos de sus soldados, propensos al motín, les exhortaba con estas frases: «Hijos míos, no pongáis esperanza en pagas que no han de venir, y yo nada puedo daros porque estoy tan pobre como vosotros; de modo que el pedir es cosa inútil.» En parecidos términos se dirigió el Condestable de Borbón á su gente, recordándola, junto á los muros de Roma, que había llegado allí con hambre y sed y sin recursos con que satisfacerlas. Sin duda que el prestigio de los jefes se imponía á todo; pero júzguese de la disciplina que esta soldadesca podía observar en los asaltos y rebatos. «Si la paga no llega, escribía Cervantes, fuerza es cargar la conciencia y exponer la vida tomando lo que se encuentre.»

Formóse, pues, en la escuela de las privaciones aquel soldado de nuestra infantería que asombró al mundo, menos con su valor que con su sobriedad y abnegación, y que retrató por tan admirable el autor de *Don Quijote* con estas sencillas frases: «*nadie es más pobre en la misma pobreza.*» Pero aunque no faltaran á este soldado altas cualidades y virtudes, como no es posible pedirles todas al hombre de mucho más cuando á las privaciones se unen el abandono, guerra, el desorden administrativo, la venalidad y hasta el mal ejemplo, obscurecieronlas un tanto los motines que años más adelante estallaron en los ejércitos de Flandes, y que fueron por decirlo así una de las notas más acentuadas de estas guerras.

Á decir verdad, el hecho de rebelarse por el cumplimiento de lo pactado, hecho general en aquellos años, puesto que lo practicaban, no ya sólo los tudescos y suizos, sino los mismos soldados de las provincias sublevadas, era consecuencia lógica del sistema de recluta, y conducta disculpable en gente allegadiza é indómita, gente que vendía sus armas al que mejor las pagaba y para la que los trances de guerra

eran las más de las veces saldo de cuentas. Pagándola se podía esperar de ella buen comportamiento; pero no satisfaciéndola su sueldo, forzosamente tenía que cundir en ella la indisciplina. Algo más obligados que esta gente debían considerarse, sin duda, los españoles á su nación, no obstante ser idéntico el compromiso militar; y, con efecto, así lo demostraron en la serie de motines de que fueron teatro los Países Bajos durante los primeros años de la guerra, porque hartos sabido es que «la costumbre de los nuestros era diferente de las otras naciones, que pedían las pagas antes de venir á las manos con los enemigos; porque los nuestros sólo reclamaban lo que se les debía después de haber combatido» (1). Esto y el fiar no pocas veces en la honrada palabra de sus capitanes, y el ceder algunas á las demás *naciones* (2) en la primacía del pago, acreditan que en el soldado español los motines fueron entonces casi siempre obra de terribles necesidades y apuros. Cuando tomaron carácter más grave y verdaderamente escandaloso fué á partir de 1576, es decir, cuando ya crónico el mal comenzaron á cometerse todo género de abusos, al extremo de pedir lo que se debía y lo que no se adeudaba, á merodear por el país sometido y á cometer en él todo género de excesos y tropelías. Desde esta fecha hasta los primeros años del siglo XVII en que estalló el motín de Rhinberg, terminado en 1607, bien puede asegurarse que la disciplina del ejército de Flandes presentó el cuadro más aflictivo; y con decir que sólo en el período de 1590 á 1606 se contaron treinta y una sediciones y motiões, podrá juzgarse de las hondas raíces que el vicio tenía echadas en el cuerpo verdaderamente enfermo de nuestra milicia. La historia de los motines resulta, por desgracia, obra larga y entretenida; constituye, por decirlo así, uno de los aspectos, y no el menos interesante, de nuestras guerras de Flandes. No es posible, pues, bosquejarla en trabajo como el presente, pero sí trazar alguno de los rasgos que caracterizaron aquellas célebres sediciones militares.

Con ser el Duque de Alba hombre de guerra tan experimentado como duro, bajo su mando estalló la rebelión de Harlem, á los quince días de ocupada la plaza (1573), frente á cuyos muros hubo de realizar el ejército grandes proezas y sufrir terribles privaciones. Reclamaban los soldados que allí quedaron de guarnición sus pagas atrasadas, y resistiendo todo género de exhortaciones, amotináronse, despidiendo á su maestro de campo, que fué reemplazado por un jefe interino libremente elegido, y no se dieron á partido hasta que el Duque recibió del Monarca fuerte remesa de dinero para el pago, reunido con mucho trabajo y crecidos intereses. El severo general, que á la sazón se hallaba en Utrecht, comprendió sin duda la razón que asistía á los amotinados cuando les mandó aquella famosa carta en que tratándoles de *magníficos señores hijos*, les encarecía el *mucho amor y afición* que les tenía, y les aseguraba que *reconocerá y agradecerá sus trabajos*, de manera que tuvieran *mucho contentamiento*. Mas á lo que parece la carta hizo poca mella en el ánimo de los rebelados, puesto que la sedición sólo terminó al hacerse el pago con aquel dinero y

(1) Carlos Coloma, *Guerra de los Estados Bajos*.

(2) Se denominaban *naciones* los cuerpos auxiliares extranjeros ó tropas mercenarias que peleaban por España.



UN CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO FRANCÉS DELANTE DEL PALACIO DUCAL DE VENECIA. — Por Jorge Clairin.





con el que pidió prestado el Duque de Alba á los comerciantes de Amsterdam; y aun así retoñó el motin junto á los muros de Alckmar, siendo atajado aquí con la ejecución de los principales fautores, pero viéndose precisado D. Fadrique de Toledo, que dirigía el asedio de esta plaza, á renunciar á él cuando ya estaban abiertas las brechas. Este fué como

el preliminar de la espantosa conflagración que sobrevino al abandonar el Duque los Países Bajos, y que trató en vano de conjurar Requesens. Dejó Albá el ejército en tan mala situación como los Estados, pues de la Hacienda dijo *que era imposible en*

*muchos meses formar un cálculo aproximado, solamente supo que se debían sumas considerables sin existir un real en caja ni medios de adquirir dinero ni de satisfacer los gastos ordinarios* (1); cuanto al ejército, *adeudábanse 2.500.000 escudos á la gente de armas é infantería, y unos 3.500.000 á los otros cuerpos, sin contar las gruesas cantidades que debían pagarse á los herrueros, y á otros auxiliares. Si se agrega á esto que ni los comerciantes ni los Estados querían hacer contrato alguno, se comprenderá la gravísima situación en que se encontró D. Luis de Requesens al hacerse cargo del mando de los Países Bajos. En tan difíciles momentos, la indisciplina fué general; no hubo ya freno que contuviera á las tropas, ni respeto que impusiera á los veedores y contadores, que á favor de estos desórdenes hurtaban á mansalva. Ni los mismos soldados sabían lo que se les debía, pues hubo quien reclamó la paga de seis años; ni los comisarios tenían *apuntación hecha* de tales haberes. Nada tiene, pues, de extraño que después de romper, dirigidos por Sancho Dávila, al ejército enemigo en Mook, tintas aún en sangre las armas vencedoras, reclamaran sobre el campo de batalla con tal arrebato las pagas atrasadas, que este caudillo, en la imposibilidad de satisfacerles con dinero ni con razones, se viera en el triste caso de apelar á la fuga. Y entonces ocurrió un suceso que retrata perfectamente á esta milicia. Conciértanse entre sí los tres mil soldados viejos allí reunidos, y eligen un nuevo cabo, al que designan con el nombre de *Electo*, distribúyense los mandos subalternos, y formando escuadrón marchan ordenadamente hacia la rica Amberes, alegando que á los amotinados de Harlem dióles el duque 30 escudos, y á ellos, por sumisos, tan sólo cuatro. Dueños de la ciudad, y admitidos no de mala gana por la guarnición española de la ciudadela, despachan un mensaje á Requesens, y como éste dilatara la promesa del pago, con gran solemnidad prestan juramento á su *Electo*, protestando que no abandonarán la plaza sin recibir antes el *último maravedí*. Afortunadamente los de Amberes, temerosos del mal resultado de la sedición, y Requesens, no menos cuidadoso del peligro, atendieron con sus particulares riquezas al pago de las soldadas, con*

(1) Gachard, *Correspondencia de Felipe II.*

lo que se logró conjurar aquella tempestad (1). Pero el precedente establecido era funestísimo. Con nuevos atrasos, sobrevinieron otros motines que frustraron y destruyeron todos los planes y todas las ventajas; y el buen Comendador que intentó en balde restaurar la dominación española, poco antes de morir encontrábase *sin dinero con que comprar una onza de pólvora*, empeñada su vajilla, sin qué comer en su casa y falto de pan para el ejército. La insurrección que siguió á la muerte de Requesens, insurrección hábilmente preparada por Orange, aunque justificada por el calculado abandono en que dejó el Senado flamenco á los heroicos soldados que habían conquistado á Zierickzée, en la Zelanda, fué de tan grande resonancia como funestos alcances (2). También en esta circunstancia los españoles combatieron antes de reclamar sus pagas; pero como á la contestación dilatoria se uniera la orden de pasar á otra isla para dejarles allí desamparados y sin bajeles, y el agra-

(1) Es por extremo interesante el siguiente detalle que hace mucho honor á D. Luis de Requesens. Era costumbre que á la conclusión de cada motin jurasen los jefes naturales de las tropas *el olvido y perdón de lo pasado*. Para cumplir esta costumbre trasladóse Requesens el 30 de Mayo de 1574 á la catedral, pero los sediciosos declararon que no le exigían juramento, contentándose con *que diera solamente la palabra*.

(2) Cabrera de Córdoba, en su *Historia de Felipe II*, da las siguientes noticias relativas á esta sedición:

«Había muchos meses que no se pagaban los españoles y padecían, y sus capitanes escribieron á Julián Romero hiciese instancia con los del Consejo de Estado, como lo hizo, para que juntasen dinero con qué pagarlos, porque si no, en rindiendo Zierickzée, se amotinarían sin duda. Trataron de darles gran socorro con el dinero que el Comendador mayor procuró juntar en Flandes, con que los victoriosos pasarían á la isla de Walcheren ó á Holanda á rematar la guerra, y los rebeldes, apretados, admitirían cualesquiera condición de paz, si el de Orange y sus astucias no disminuyeran las fuerzas del Rey y la fidelidad de sus ministros, y contra sí mismos obraban sus encuentros, desconfianzas, miedos, ambiciones, sospechas. Sancho Dávila, desde su castillo de Amberes, no dexaba mandar á su albedrío al gobernador Champaigne, amigo del de Orange, temiendo alguna traición contra sí y contra el conde Anibal Altemps, coronel de los alemanes altos del presidio de la villa, su amigo, y fiel al Rey, y así *persuadió Champaigne al de Ariscoht y á sus compañeros, no convenía en tiempo de tanta falta de dinero, estando Amberes gastada con el presidio inútil de tantos años, retener la coronelia del conde Anibal*. Este decía que no movía al Champaigne el celo del servicio del Rey y bien de la tierra, sino el odio que le tenía y deseo de entregarla al de Orange, como lo procuró antes; y porque estorbó sus intentos con mucho cuidado y sabía su fidelidad y sería entregada antes de un año si él no asistía á ella. No pedían su paga los soldados ni la pedirían seis meses adelante, y vivían con quietud. Pareciendo al de Ariscoht era causa que justificaría su intento *de que no hubiese dinero con que pagar á los españoles para que se amotinassen, y no siguiesen las empresas, y va gando, con los daños que harían, las tierras los tendrían por enemigos*. Conforme el designio y plática del Príncipe de Orange, se proveyó saliese el Conde Anibal de Amberes, se despidiese y pagase su coronelia con el dinero que se había de dar á los españoles, con lo que éstos injuriados no obedecerían y debilitarían las fuerzas del Rey y sus empresas impedirían.»

Como lo ideara Orange, se realizó el plan en todas sus partes. Los españoles, según antigua costumbre de no reclamar sus pagas hasta haber conseguido la victoria, rindieron la fuerte plaza de Zierickzée, obligando á huir á la escuadra de Orange, que acudió en auxilio de la misma, tras un combate en que fué á pique el navío del almirante Boisot y pereció éste con más de ochocientos hombres; y seguidamente mandaron al Consejo de Estado su petición. «Respondió éste, dice Cabrera, *se les darían sus pagas habiendo dinero, y en tanto pasaran á la isla de Ueberen ó de la Plata para quitarles los baxeles y dexarlos desamparados en ella en poder de sus enemigos, donde el hambre y el frío los acabasen*. Reconocido este agravio y el que les hicieron en pagar los alemanes con el dinero pronto para sus pagamentos, y que su valor y victorias merecían diferente premio, echaron sus oficiales, dando principio los del tercio de Francisco Valdés, y con su electo gobernador caminaron la vuelta de Herentals, y como furiosos de la ira llegaron á Esche, cerca de Bruselas.»



vio de pagar á los alemanes con el dinero reunido para satisfacerles á ellos, amotinaronse furiosamente, depusieron al maestro de campo Mondragón, echaron á sus oficiales, y reunidos á la caballería de Valdés, abandonaron las islas, dirigiéndose llenos de ira al Brabante, en el que se apoderaron de Alost, ciudad poco distante de Bruselas. No esperaban otra cosa los enemigos de España. Amparado por tan grande desconcierto, arma el Senado flamenco al pueblo de esta última ciudad, prende á significados personajes españoles ó adictos á nuestra causa, declara á los sediciosos enemigos del Rey, y permite que otras ciudades, sin estar autorizadas, tomen también las armas. Con esto la situación adquiere extraordinaria gravedad; porque casi todas las provincias se hallaban rebeladas, las tropas españolas ocupando pocas aunque importantes villas y castillos, multitud de partidas sueltas infestando el país, en Alost los amotinados, y los mercenarios, valones y tudescos, abandonando la causa de España para abrazar la de los Estados. Mas por fortuna los cabos españoles comprendieron los planes que los senadores flamencos se trazaron; Dávila el primero, que después de recriminarles duramente por haber entregado las armas al pueblo, llamó á la ciudadela de Amberes, que á la sazón gobernaba, á varios capitanes tudescos, y socorrió, bajo mano, con pólvora y armas á los mismos sublevados de Alost para que no recibiesen daño del enemigo. Concedores del peligro, acudieron también al corazón del Brabante otros capitanes, que operaban en distintas provincias, y gracias á su energía y á su valor, no obstante hallarse todas ellas sublevadas, el territorio infestado de partidarios y los auxiliares convertidos en enemigos, sostuvieron la causa española en unión de aquellos mismos amotinados que por la fuerza de las circunstancias tenían que combatir con los leales. Faltaba sólo por parte de los flamencos un acto de declarada hostilidad; y este lo realizaron coligándose primero en Gante con los holandeses y despachando luego contra Amberes un cuerpo de tropas mandado por el Conde de Egmont, cuerpo que entró sin dificultad alguna en la ciudad. Pero en la ciudadela se hallaba encerrado y apercebido el bizarro Sancho Dávila, y á ella cuidó de llamar todos los destacamentos inmediatos, con los que llegaron también confundidos los amotinados de Alost. Unos y otros entraron en el recinto con el mayor orden; pero éstos, sin querer reponerse de las fatigas del camino, negáronse á la cena con que les brindaba el castellano, vociferando que *en la ciudad se la procurarían*. Y, con efecto, en ella satisficieron con creces sus apetitos. Atacadas con vigor y flojamente defendidas las murallas, los españoles, divididos en tres trozos se derramaron como un torrente por las calles de Amberes, en las que Egmont fué arrollado y hecho prisionero. Murieron más de siete mil personas, y siguiendo á la matanza el saqueo y el incendio, fueron pasto de las llamas centenares de casas, alumbrando esta hoguera los más repugnantes excesos. «Cuanto la codicia persuade, dice un coetáneo, se vió ejecutado en la opulentísima ciudad, llenándola de sangre y vaciándola de riquezas.» Tardó en borrarse la impresión producida por aquella horrible noche, y vive aun en la memoria de los ambereses el recuerdo de la *furia española*.

La llegada de D. Juan de Austria, nuevo gobernador de los Países Bajos; el reconocimiento del compromiso de Gante á el despido de los Tercios, consecuencia de este reconoci-

miento, pusieron término á la primera serie de motines de que los Países Bajos fueron teatro. Desde esta fecha hasta el año 1593, en que estalló el motín de Saint Paul, la historia sólo registra alguna tentativa fácil y duramente reprimida por Alejandro Farnesio; entre éstas, la que dió motivo á la disolución ó reformación del *tercio viejo*. Según se ve, puede decirse que se salva el período entero en que el Duque de Parma rigió los Estados Bajos, período el más floreciente para nuestras armas, pero en el que el ejército hubo de atravesar situaciones harto precarias. La energía y el valor de Farnesio, el éxito de sus campañas, la abnegación con que supo empeñar su hacienda y su palabra, contribuyeron eficazmente á mantener la disciplina; en cambio, las ambiciones y compromisos de Felipe II, sus planes respecto á Francia y á Inglaterra, y sus propósitos de mantener la guerra en distintos teatros, destruyeron los progresos conseguidos en Flandes, imposibilitaron llevar adelante la campaña de Holanda, y anularon las ventajas alcanzadas en Frisia, en la que, desatendido, por no decir olvidado, combatía el heroico Francisco Verdugo. Como tal situación era insostenible, y como el espectro de la bancarrota se dibujaba ya sobre el humo de los combates, no tardaron en precipitarse los desastres y con ellos en retoñar la enfermedad de los motines, que contribuyó no poco á la declinación de nuestras armas y á la decadencia de nuestro poderío.

Con efecto, á los seis meses de haber fallecido Alejandro Farnesio estalló el motín de Saint-Paul, originado por la falta de pagas, aunque no del todo justificado, porque las tropas se encontraban bien asistidas; y como el mal ejemplo se propaga con terrible rapidez en los ejércitos cuando la disciplina no se impone con toda su eficaz severidad, extendióse rápidamente la sedición por aquella frontera hasta Pont, y atraído por el reclamo del motín, acudió á las dos villas citadas buen golpe de soldados, engrosando hasta una cifra respetable el contingente de los sediciosos, lo que les permitió campear con entera libertad por las provincias de Hainonet y Artois, puestas por ellos á contribución. Hasta el mes de Agosto de 1594 no terminaron ambos motines, precisamente cuando ya había estallado el de Sichein, en el Brabante, muchísimo más grave que todos los del anterior período, por sus proporciones y sus efectos.

Este motín de Sichein trae su origen de Frisia, en la que, como la guerra prosiguiera con mayores trabajos y miserias que en Flandes, y como la desatención por parte del Gobierno de Bruselas fuese mayor, sostenía el esforzado y valeroso maestro de campo Francisco Verdugo el peso de las armas con harta pena y abnegación. En balde acudía á Farnesio en demanda de socorros; en vano anunciaba la pérdida de aquellos mal sujetos territorios, porque ni su conducta heroica, ni las victorias conseguidas, ni el triste estado de su





LA PRIMERA PULSERA.—Por Von Bergen.

gente, despertaban el interés de quien pudiera remediarlo, quizás porque siendo tantos y tan graves los compromisos de Farnesio, veíase en el triste caso de atender con preferencia á los que más de cerca le atañían. Es más; por temor de que se alterase la infantería española en las provincias del Mediodía, se mandó á Frisia un tercio, dándole una tercera parte de su paga para el viaje, «que fué, dice un autor, cuanto cobró en los nueve ó diez meses que pasó en el Norte.» Hubo con este motivo intentos de sedición; pero aunque reprimidos, no tardó en estallar el motín, porque como en Frisia estaban reunidos los regimientos de varias naciones, y como eran mayores el desorden administrativo y los atrasos, el hambre y la desnudez, la disciplina dejaba mucho que desear, y aquellos mismos soldados que tan heroicos ejemplos dieran en los campos de batalla, enervados y poco obedientes, abandonábanse á todo género de excesos, desertaban y se insubordinaban con frecuencia. Por lo mismo, inútilmente trataron de destruir los gérmenes del motín Verdugo y sus capitanes. Tras la rendición de Coevorden, se indisciplinó una parte de las tropas mercenarias, y dos regimientos alemanes tomaron la vuelta del Brabante sin licencia de sus oficiales; siguiéronles los italianos, y caída poco tiempo después en poder de los holandeses la plaza de Groninga, fué ya tan general la inobediencia, que los alemanes, los valones y una parte de los españoles, tocando cajas, se pusieron en camino, entrando también en aquella provincia, en la que con muy poco acierto fueron alojados en Arschot y en Sichem.

El propósito del archiduque Alberto, que ya por este tiempo gobernaba los Estados, fué entretener á los amotinados, fiado en que por la escasa cifra que sumaban, eran poco de temer; mas cuando, á los breves días, salieron los de Arschot para Sichem, batiendo el parche y gritando: ¡*Viva Dios y el Rey!* y sobre todo, cuando fortificados en esta plaza, comenzaron á juntárseles gentes de otros regimientos auxiliares, hasta alcanzar el número de 1.500 infantes y 800 caballos, pudo comprenderse la grave falta cometida. Lo más triste fué que esta vez tomaron parte en el motín alféreces y tenientes reformados y las compañías distinguidas del Duque de Parma. Toda esta gente, de procedencia muy diversa, pues afirma un autor que allí se hablaban *once idiomas*, eligió, como de costumbre, su *Electo*; dióse á sí propia el título de *República de Sichem*; despachó con este título cartas patentes á las ciudades y lugares del país; puso á contribución, no sólo el territorio que ciñe el Mosa, sino parte de las provincias valonas; y llegó en su atrevimiento al extremo de cobrar impuestos á las mismas puertas de Bruselas, frente á las cuales cruzaba la caballería amotinada; insolencia que indujo al Archiduque á efectuar los pagamentos de Port y de Saint-Paul, pues se hallaba decidido ya á castigar con severidad á los revoltosos. Y, á decir verdad, urgía esto, porque también en Francia se amotinaba la guarnición de La Chapelle, recibiendo en la plaza tantos camaradas, que á la postre hubo de cerrar las puertas á los revoltosos.

Pero cuando se apercebía el Archiduque á remediar tales demasías, supo que los de Sichem habían pedido á Mauricio de Nassau salvoconducto, para en caso de peligro arrojarse á Breda ó á otras plazas rebeldes: «nuevo género de infamia, dice un testigo, no practicado hasta entonces», porque tal medida sólo sirvió para exasperar los ánimos en el Con-

sejo Real. En consecuencia, mandóse contra Sichem á don Luis de Velasco con dos tercios españoles, dos regimientos extranjeros y alguna caballería, con objeto de que bloqueara los cuarteles de los amotinados, y con orden de que, caso de no lograr reducirlos por hambre, los atacara y degollara. Poco importaba al Archiduque que se pasaran al enemigo, pues se les debía un millón de escudos, cantidad que, aun satisfecha, no evitaría nuevos desacatos, mientras que Mauricio, cuyos soldados eran en su mayoría patriotas, ni quería servirse de gente tan desmoralizada, ni, aunque quisiera, podría pagarla. Y así ocurrió en efecto. Velasco atacó con gran bizarría las fortificaciones avanzadas de los rebeldes; mediaron combates verdaderamente encarnizados, y no sin graves pérdidas obligóseles á retirarse á la villa de Siquem y luego á país enemigo; pero Mauricio no les hizo proposición alguna, ni aun admitió la que le hicieron de que los tomara á sueldo (1), aunque sí les permitió, cosa que parece más rara, entrar en tratos con el Archiduque, desde los cuarteles de Langstrat y pasar luego á Tillemont, donde convinieron en permanecer recogidos y seguros hasta tanto que les dieran sus alcances. Retardóse esto hasta que terminó la feliz campaña de 1596 en Flandes y Francia, y se hizo el pagamento dando facultad á los soldados para irse á servir debajo de las banderas ó estandartes que quisieran. La alteración había durado veintisiete meses, si se descuenta el tiempo en que comenzó á germinar, pues el tercio de Spinola salió ya amotinado de Frisia. Las cantidades atrasadas eran crecidísimas, y á ellas había que agregar los 500 ducados diarios que cobraron los rebelados por espacio próximamente de dos años sin prestar servicio alguno, más las contribuciones que sacaron del Brabante, cuyo producto era superior á lo que alcanzaban los remates ó alcances. Y para que todo en esta rebeldía pasara los límites de lo escandaloso, llegóse al extremo de exigir que se habían de dar seis pagas á aquellos á quienes nada se debiere, «práctica inicua aun en las *jurisprudencia del motín*.» Pero tan hondo y grave era ya el mal, que se hacía por extremo difícil aplicar el remedio. El historiador Herrera llega hasta el punto de explicar las reglas del motín, y dice que «las condiciones que á los amotinados suelen otorgarse son: el perdón general, la paga de lo que se les debe y muestra general para pasar cada uno á la compañía que quisiere.» Y esto fué lo que se hizo con los sediciosos de Sichem y también con los de la Chapelle, que permanecieron rebelados poco tiempo menos que aquéllos, con grave perjuicio para los intereses de España (2). Con todo, si se remedió este mal, no pudo restaurarse ya nuestra dominación en Frisia, convertida desde entonces en ciudadela de los Estados y en magnífica base de operaciones de los holandeses. Reparáronse además éstos, agravóse la situación de las provincias sometidas, y el exhausto Tesoro español vióse oprimido con carga muy superior á su flaqueza. La aparición del célebre decreto de 1596, en que Felipe II zanjaba las cuentas pendientes con los comerciantes y banqueros de Flandes, dándoles á cambio de lo que les adeudaba

(1) Así lo afirman Carnero en sus *Guerras civiles de Flandes*, Herrera en la *Historia del Mundo* y otros historiadores; pero lo niega Coloma en su *Guerra de los Estados Bajos*.

(2) El Sr. D. Alejandro Llorente, en las eruditas notas puestas á los *Comentarios del capitán Villalobos*, da muy curiosas noticias relativas á este motín.



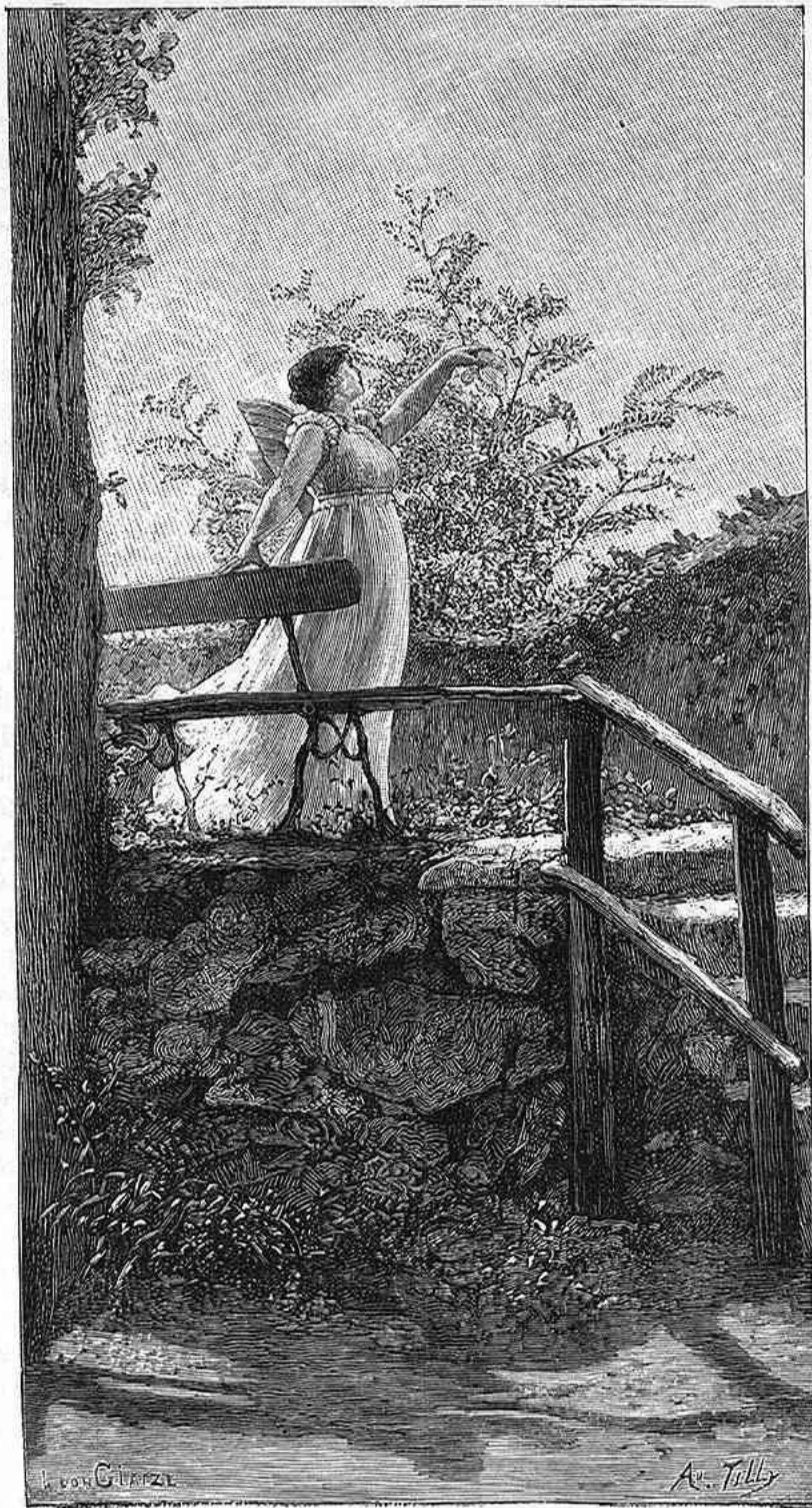
rentas y situaciones que en manera alguna compensaban los enormes intereses señalados sobre lo prestado, ejerció una funestísima influencia en las operaciones militares de 1597, últimas de las del reinado de Felipe II, y, por consiguiente, en la paz de Verbins. Hay que leer las cartas del archiduque Alberto á Felipe II, para tener idea de la situación de los Estados y del ejército. La disciplina, según un coetáneo, estaba tan estragada que no había freno ni regla que se respetara; el ejército invadido por multitud de capitanes, alféreces y oficiales, cargados de mujeres, niños, criados y bagajes; la administración desconcertada y venal, al extremo de advertirse enorme diferencia entre la gente que arrojaban las relaciones y los efectivos, y las provincias obedientes, según frases del archiduque Alberto, «tan arruinadas y tan trabajadas y cansadas que no se sabe dónde haya sustancia para poder alojar y entretener la gente.»

En grave compromiso se vió el mismo Archiduque para cumplir el artículo del Tratado de Verbins, concerniente á la restitución de plazas al francés; porque las guarniciones de Calais, Ardres, Donllens, Catelet y Blanes, se habían amotinado, y la sedición amenazaba propagarse á muchas plazas, si, más afortunados ó más fuertes, algunos Gobernadores no hubiesen reprimido á los sediciosos, castigando ejemplarmente á las cabezas de motín—«tal fué, dice gravemente un testigo, la corruptela de aquella milicia ó la desesperación en que la puso el faltarle tanto tiempo sus pagas.»—Pero lo más triste del caso era verse el Archiduque en la obligación de buscar el dinero dentro del término fijado para el cumplimiento del convenio; apuro grandísimo del que logró salir valiéndose de las provisiones acopiadas para sustento del ejército en muchos meses. ¡Á tan dolorosos extremos se había llegado! Pagóse á los de Francia con harto trabajo; pero no por eso disminuyó la peste de los motines, que, extendida ya por los Países Bajos, dió lugar á otras intentonas en la Esclusa y en el castillo de Sas, y á la sedición de

las guarniciones de Vent, Güeldres, Wachtendonck, Estral y Dunquerque, siendo lo más lamentable que la de esta plaza se compusiera exclusivamente de soldados españoles, y entre éstos no pocos de los que en el mismo año habían cobrado los remates de otros motines. Y es que el mal tenía ya raíces muy hondas. Perdida la vergüenza y la fidelidad, cuando era atajado en un presidio, retoñaba en otro con más

fuerza, para poner así de manifiesto la profunda relajación de la disciplina. Las apremiantes instancias del Archiduque á Felipe II, temeroso de que la sedición se generalizara en los Países Bajos, no pudieron evitar que á las rebeldías de Liera, Gante y otras ciudades menos importantes, se añadiera la de Amberes, corona, por decirlo así, de los motines que estallaron en este reinado, y no el menos grave de todos. Setecientos infantes españoles y dos compañías de caballos que guarnecían la ciudadela prepararon este motín, que tomó gran vuelo al acudir á la opulenta villa otros soldados con grandes atrasos: unos y otros no se contentaban ya con crecidas sumas, sino que pedían también lo que en Italia y en otros países habían dejado de percibir. Y como ni el Archiduque, que por aquellos días disponía su viaje á España, ni el que interinamente le reemplazó en el gobierno pudieran reunir dinero, por carecer de crédito y ascender la suma á 300.000 escudos, el motín se prolongó cuatro meses. Inútil decir que lo que se retardó el pago, hubo de sufrirlo la ciudad, en la que, si hemos de dar crédito á historiadores extranjeros, y aun á ciertas frases de Carnero, cometieron los amotinados excesos y violencias. Pero justo es añadir que en esta ocasión el castigo no se

hizo esperar. «Hízose el pago, dice Carnero, á los diez de Enero, y el mismo día salió toda aquella gente, con la acostumbrada elección de escoger los tercios y compañías donde quisiesen servir entre los que estaban en campaña. Algunos, y en particular los que se hallaban á caballo, tomaron la vía de España por Francia, hasta que se atajó el



LA SEÑAL.—Por L. Glaize.

paso poniendo buenas guardias, y ahorcando algunos el Preboste general. Muchos, fingiendo ir al campo, pasaban el Mosa por Maestrique, y torcían por el país de Juliers con intento de dar consigo en Italia; mas como hallaban á los alemanes exasperados contra su nación, pagaban los pecados ajenos, aunque no libres de otros no menos dignos de semejante azote del cielo; sirviéndoles, por último, de ocasionar su muerte el mismo dinero con que pensaban regalar su vida; tan mal se logra lo mal adquirido.

Acudían á la fama de su riqueza todos aquellos villanos sedientos de sangre española, y pocos volvían sin presa. Llegaron con todo eso al campo entre infantes y caballos cosa de cuatrocientos; unos escarmentados, otros vencidos de las lágrimas de sus mujeres é hijos y del cariño de aquellos Estados, á quienes tenían amor como á su propia patria» (1). Así terminó este escandalosísimo motin. Felipe II había muerto sin verlo dominado: sin duda alguna fué otro de los cuidados que le asaltaron en sus últimos días, pues los terribles fantasmas de la bancarrota y de la indisciplina puede decirse que le acompañaron á los abismos de la tumba.

Ya poco más se prolongaron los motines, porque el de Rhinberg, en 1606, cierra, por decirlo así, la serie; pero los que comprende el corto periodo de 1598 á 1607 pusieron de manifiesto que el escarmiento hecho con los de Amberes produjo muy escaso efecto. En el año 99 amotináronse parte de las tropas que mandaba el Almirante de Aragón en las fronteras de Holanda, y comenzaron á correr el país, sembrando en todo él el más terrible pánico, y causando daños irreparables. Dueños de Hamont, y en número de 500 infantes y 80 de á caballo, nombraron su Electo y oficiales, acogieron á otros muchos desertores y se mantuvieron por espacio de meses á costa del país; otro tanto hicieron los que guarnecían la isla de Bommel, recobrada á costa de mucha sangre; mas como Mauricio de Nassau, aprovechando aquellas rebeliones, atacara á unos y á otros, entregáronse las fortalezas de Crevecoeur y San Andrés, esta última *por cincuenta mil escudos* que el enemigo dió á los defensores, quienes á tan grande vergüenza añadieron el quedarse al servicio de los holandeses. Debido á esto, se frustró la heroica empresa de Bommel, y quedaron destruidos los planes que el Archiduque abrigaba para el invierno de 1599.

Con todo, el escarmiento de los amotinados fué terrible, y tanto es así, que hasta el año 1606 no estalló otro motin, que ya debía ser postrero de la serie. Fraguóse éste en los cuarteles del ejército junto á Rhinberg, y los sediciosos retiráronse á Therirden, cerca de Breda, donde se hicieron fuertes. La causa del motin fué, como siempre, el adeudo de pagas. Eran en su mayoría aquéllos italianos, y su número, que en un principio alcanzaba á 500, llegó á 1.000 caballos

y 1.200 infantes al concluirse las operaciones. El Archiduque se valió del maestro de campo Lucio Dentici para entrar en composición con los amotinados, y este oficial los condujo á Diest, quedando él en rehenes. Excusado es decir que Mauricio de Nassau fomentó cuanto pudo la rebeldía, conoedor, como se hallaba, de las tentativas que se hacían en Flandes y en Holanda para conseguir una tregua. No tardaron, por desgracia, á unirse á los de Diest otros sediciosos valones y alemanes que en número de 400 acudieron á Frisia, y pasando el Rhin y el Mosa, entraron en Therirden, lugar que antes ocuparon los de Diest. Tanta osadía obligó al Archiduque á desplegar grandísimo rigor. Dió un bando en que los declaraba traidores y ponía á talla sus cabezas, y despachó contra ellos al gobernador de Bois-le-Duc, que tomó por asalto á Therirden, y degolló y ahorcó á más de 150. Sin embargo, los de Diest se mantenían en armas, y aunque habían llegado con Alberto á un acuerdo, según el que recibirían el caballo 39 placas y 16 el infante, lo que montaba cada mes 30.000 escudos; á causa de ligeros detalles resistían aún, corrían por el país vejando á sus moradores y amenazaban abrir las puertas de la villa á los de otras guarniciones.

Con grandes dificultades reunieron el archiduque Alberto y Spínola 400.000 escudos para proceder al pago, que se efectuó el 16 de Octubre de 1607, y realizado éste, se les repartió por distintas compañías, con lo que concluyó este achaque, *carne y sangre ya entre los más viles*, según un coetano «Ahora á cada paso se cometía y ejecutaba, añadía éste, haciéndose pagar hasta lo que no se les debía, negando los mismos socorros que en el ínterin se les daban, alterando el precio de las vituallas y vestidos con fraude manifiesto de la Hacienda Real, resucitando muertos en las nóminas que habían servido mucho antes del motin causado, introduciendo viudas y herederos nunca habidos, llamando los soldados que se habían retirado á Italia muchos años antes, y otras maldades nunca vistas.» El Archiduque procuró esta vez cortar el mal de raíz, y el 4 de Diciembre publicó un bando en el que ordenaba licenciar y despedir del servicio á todos los amotinados, previniéndoles que en el término de veinticuatro horas saliesen de los Estados Bajos, sin jamás volver á ellos, ni aun poner el pie en los del monarca español, bajo pena de la vida; y además mandaba á todos sus vasallos y soldados que pudieran matar y desvalijar á los desobedientes, prometiendo veinte escudos por cada uno que muerto ó vivo entregaran á la justicia. «Este fué, dice el autor antes citado, un rayo del cielo que cayó sobre los amotinados, y más cuando les limitaron tan estrechamente el tiempo, en que con dificultad podían salir en plazo tan corto del país.» Procuráronse, pues, ponerse en salvo en las tierras más cercanas, aunque muchos fueron víctimas del furor de los pueblos y algunos rotos por las guarniciones. A los de Frisia les destrozó el Gobernador de Bois-le-Duc; los que se hallaban en las cercanías de Breda ganaron la isla de los Bátavos; los de Holanda fuéronse á las inmediaciones del fuerte Schenck, donde en número de 600 se acuartelaron y mantuvieron hasta que se firmó la tregua de los Doce Años (1609). Entonces los mismos holandeses les mandaron salir del país, deshaciéndose de aquella turba de sediciosos.

Tal fué el término de los célebres motines de Flandes. Por la descripción que de los mismos hemos hecho, se viene

(1) Carnero, *Guerras civiles de Flandes*.

Don Carlos de Coloma en sus *Guerras de los Estados Bajos* se expresa así: «Fué esto causa de que algunos de ellos, privados de todo refugio, con el último ejemplo de miseria y desventura, se pasasen al enemigo; muchos en grandes tropas tomaron el camino de Alemania y pasaron á salvamento; otros quedaron muertos ó desvalijados por los villanos, y los menos, pues no llegaban á sesenta, que, resolviéndose á someterse á las leyes del edicto, se entretuvieron en sus banderas, pasaron al fin, con disimulación, sin ser castigados ni procesados por ello.» Lo mismo se hizo con los amotinados de Gante y Liera.



en conocimiento de que en estos motines llegaron á establecerse una especie de reglas, ó, como entonces se decía, *jurisprudencia del motín*, y de que originados en la falta de pagamentos, dieron luego ocasión, á medida que la disciplina se relajaba, á que la codicia y el espíritu de rebeldía tomaran grandes vuelos. Sin duda que la principal causa estaba en el abandono en que se tenía aquel sufrido ejército; pero no contribuyeron menos á ellos los abusos administrativos hijos de la inmoralidad, que la desacertada política del Monarca, enfrascado en distintas empresas á que no podía consagrar por igual cuidados y recursos. Ello es que por virtud de aquel abandono marchitáronse los lauros de Mook en 1573; cayó el país entero en manos de los rebeldes en 1576, cuando el motín general de Alost; malográronse las últimas expediciones de Farnesio; perdióse gran parte del territorio frisico, y no pudo el Archiduque Alberto realizar los planes militares que abrigaba para el invierno de 1599. Lo motines fueron, pues, una de las causas que precipitaron la pérdida de los Estados de Flandes y Holanda, no la principal, porque ésta radicaba en la flaqueza de nuestro poder, poder insostenible por lo extremado y débil, por lo mismo que no existían fuerzas para sustentarlo. Pero importa consignar que el alcance de los tristes efectos de la disciplina no se ocultó á los individuos del mismo Consejo de la Guerra de Felipe II, cuando en consulta elevada al Rey con motivo de los desórdenes producidos por la llegada á España de algunos tercios destinados á Portugal (1589), manifestábanle con gran entereza *que para no mantener tropas, valía más no tenerlas*. Ni podía ocultarse al mismo Monarca que en la larga correspondencia mantenida con Requesens, Farnesio y el archiduque Alberto, leyó siempre, expresadas con frases sentidas, iguales quejas; mas siéndole imposible procurar el remedio sin la renuncia de sus pretensiones, y estimando sus empeños como caso de conciencia, la guerra y las bancarrotas fueron agotando la sangre, los recursos y el crédito; y á la vuelta de cuarenta años de luchar, la paz de Verbins puso las cosas, por decirlo así, en el mismo estado en que las dejó el tratado de Cateau-Cambresis.

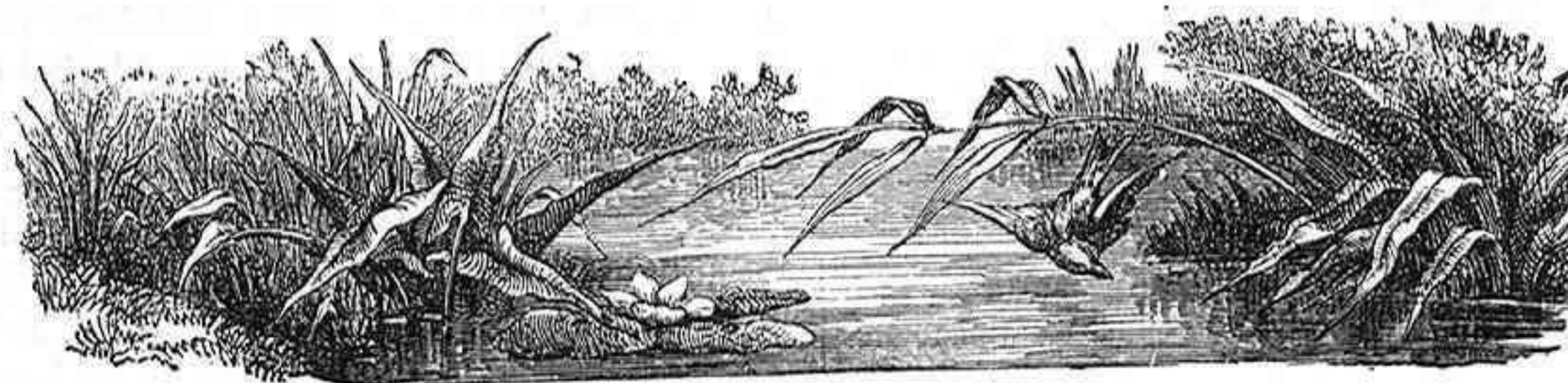
Con haber hecho los caudillos de D. Felipe subhumanos esfuerzos, y con haber realizado los soldados españoles actos de admirable generosidad, tampoco era posible que la disciplina se mantuviera dentro de sus justos límites, desde el punto y hora en que para el ejército las necesidades eran enemigo más cruel que los rebeldes flamencos y holandeses. Y aun así, en más de una ocasión dieron aquellos infantes testimonio del gran amor que profesaban á su bandera. Basta recordar la escena á que dió lugar el castigo impuesto al *Tercio viejo*, cuya disolución es sin duda uno de los cuadros más conmovedores que ofreció nuestra soberbia infantería. Propúsose Alejandro disolver este tercio á causa de

un conato de sedición realizado en la isla de Bommel el 30 de Agosto de 1587, y para ello dispuso que pasara á Tiele, para juntarlo allí con otros tercios y regimientos y hacer un escarmiento provechoso. Reunidas todas estas fuerzas, hizo el veedor Juan Bautista Tassis solemne entrega del documento de disolución al maestre de campo Leyva y á cada uno de los capitanes, viéndolo por él estos veteranos cuál era su destino y su castigo. Largo espacio de tiempo permanecieron mustios y callados, hasta que por fin adelantóse Leyva y dijo á Tassis «que estaba pronto á obedecer y á que obedecieran sus soldados»; llamó luego al alférez, y dijole con sentido acento: *Ea, batid la bandera y plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del Tercio viejo*. Esta fué la oración fúnebre de aquel valiente cuerpo. «bedeció el alférez, dice Estrada; quitó del asta el tafetán é hizo piezas el asta. Siguiéron los otros alféreces el ejemplo, mas no todos con igual prontitud. Algunos no pudieron detener las lágrimas á fuerza del deshonor; y los que tantas veces habían tolerado sus heridas con los ojos secos, como ajenas, agora traspasados con más penetrante dardo, entre suspiros y gemidos, se rendían oprimidos del dolor. Aun hizo en otros más sensibles efectos, porque mandádoles dejar las banderas, las despedazaron con sus manos, deshicieron en menudos trozos las astas, como desobligados ya á venerar al Príncipe con ellas; y no sufriendo por eso que de tan gloriosos instrumentos de victoria quedose la menor parte de ignominia. Eran de ver algunas compañías á un mismo tiempo, cuyos alféreces, batidos y arrastrados por el suelo los velos de sus banderas, y los capitanes arrojados á la tierra ó quebradas sus jinetas; los sargentos vueltas al suelo la punta de sus alabardas; los atambores y pífanos, con lúgubre sonido, todos con pompa fúnebre lloraban al tercio como difunto que se llevaba al sepulcro (1).»

Esta escena pinta con entera fidelidad el temple de alma de aquellos soldados, la cohesión existente entre los individuos de aquella familia militar. Si las necesidades y la mala fortuna desvirtuaron un tanto su carácter; si el abandono y la venalidad contribuyeron á socavar su crédito, no es menos cierto que fué un verdadero prodigio de constancia y de valor el sostenimiento de guerras tan largas, accidentadas y penosas como las de los Países Bajos. La verdad es que soldados como aquéllos sólo vuelven á encontrarse en nuestras gloriosas y poco conocidas guerras de América. Cuando el palenque de los Países se cierre; cuando ya no es posible poner *una pica en Flandes*, con seguridad puede afirmarse que ha terminado el período clásico de nuestra historia militar.

FRANCISCO BARADO.

(1) *Décadas de las guerras de Flandes*, Déc. segunda, lib. x.



## Á VER MUNDO.



Gracias á que su tío, el sacristán, sin duda por quitarse de encima aquel zángano de diez y ocho años, sin oficio ni beneficio, ni el menor deseo de emprender trabajo ni carrera, que son molestias para el individuo libre, le ayudó en su aventura.

—Toma—le dijo el tío—ahí tienes diez pesetas para el tren y para que te establezcas en Madrid como puedas.

—Que no sé cómo será, porque, por barato que se haya puesto todo, con las pesetas que han de quedarme no sé si podré establecerme de pelotari de esos, que, por hoy, es mi sueño, completamente.

Ello fué que Jesús, vestido de «riguroso guiñapo», que dijo el poeta, con sus calzones de pernils un tanto más modestos que los que llegan al tobillo, su chaleco de paño cuasi con melenas, y una cazadora que fué también peluda, todo negro, de etiqueta, y todo de desecho cariñoso y eclesiástico de su tío, se despidió sin lágrimas, por no tener pañuelo con qué enjugarlas, y emprendió el camino, ni más ni menos que Hernán Cortés el de la capital mejicana.

Poco más de una legua distaba el lugar de la estación del ferrocarril, y no tardó mucho en andarla Jesús.

—Que Dios te bendiga—le dijo el sacristán—y si El quiere que mejores de fortuna, acuérdate del pobrecito tío que dejas en este rincón y que desde hace dos ó tres meses te ha servido de padre y de madre.

Y el muchacho, calándose el hongo con válvulas naturales, y también negro, con que medio cumplía con el mundo, haciendo que se tapaba la cabeza, iba pensando:

—Ya sé, tío, que, en caso de prosperidad, debo á usted dos meses de ayunos y abstinencias, y este terno y estos borceguíes que, de segundas manos ó de segundos pies, han venido á los míos, y donde los llevo tan desahogados que temo dejarme alguno con borceguí y todo en el camino, sin enterarme de la pérdida.

Respecto á equipaje nada tenía que pensar el mozo, con lo cual aliviaba á la empresa del ferrocarril y se libraba de la enojosa tarea de facturar baúles.

—Lo mismo se llega con equipaje que sin él, como decía un licenciado de la clase de tropa, que esperaba la llegada del tren.

—Se dan casos—replicó un caballero con manta;—que también salen algunos de su casa con equipaje y llegan al punto á donde se encaminan sin más que lo puesto.

—Antes ciegos que tal veas—replicó otro sujeto que iba cargado con bultos y una maleta.

Del lugar de Jesús nadie venía á Madrid.

El chico sólo veraneaba en Enero.

El padre de Jesús había emigrado á América en busca de una fortuna que en su patria no lograba conquistar.

Pero fué de los indianos de ida que nunca vuelven.

Una victima más de ese espejismo que hace ver á tantos millares de europeos horizontes de oro y piedras preciosas al otro lado del mar.

Jesús volvió la vista dos ó tres veces antes de salvar el repecho del camino, como para despedirse del lugar en que había nacido, ó para despedirse de su madre.

Pocos pasos después ya no vería el pueblo, porque el camino seguía hasta la estación en pendiente muy pronunciada.

—Allí, donde parece indicar el brazo izquierdo de la cruz inclinada de la iglesia, está mi madre..... ¡Pobre madre! ¡Y ya no nos veremos nunca! Si ella viviera, no me hubiese dejado salir del pueblo..... Ni yo la habría dejado sola.

Esta vez sí asomaron dos lágrimas en los ojos pequeños, pero vivos, de Jesús, aunque no contaba con pañuelo para enjugarlas.

—¡Adiós, madre mía!—voceó el muchacho, como si esperase respuesta.

Y en seguida continuó su camino con resolución.

Parecía que había pensado:

—Ahora, corte de cuentas con el pasado, con el sentimiento filial, con el corazón: á ver mundo, y válgame la industria, que buenos sentimientos no han de valerme. ¿Quién soy yo? «Un naufrago en una isla sin agua», como decía el señor cura en un sermón. ¿Á quién le importa mi vida? Á mí. Pues yo soy el único encargado de conservarla.

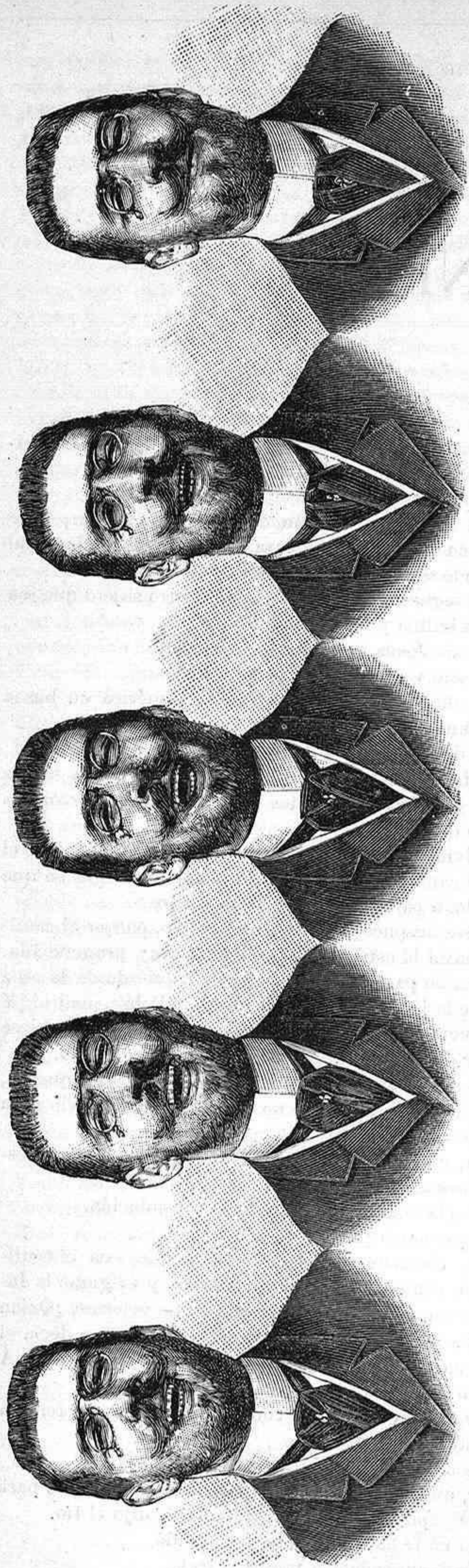
Jesús llegó á la estación, compró su billete de tercera para Madrid, y aguardó.

Cuatro pesetas y unos céntimos.

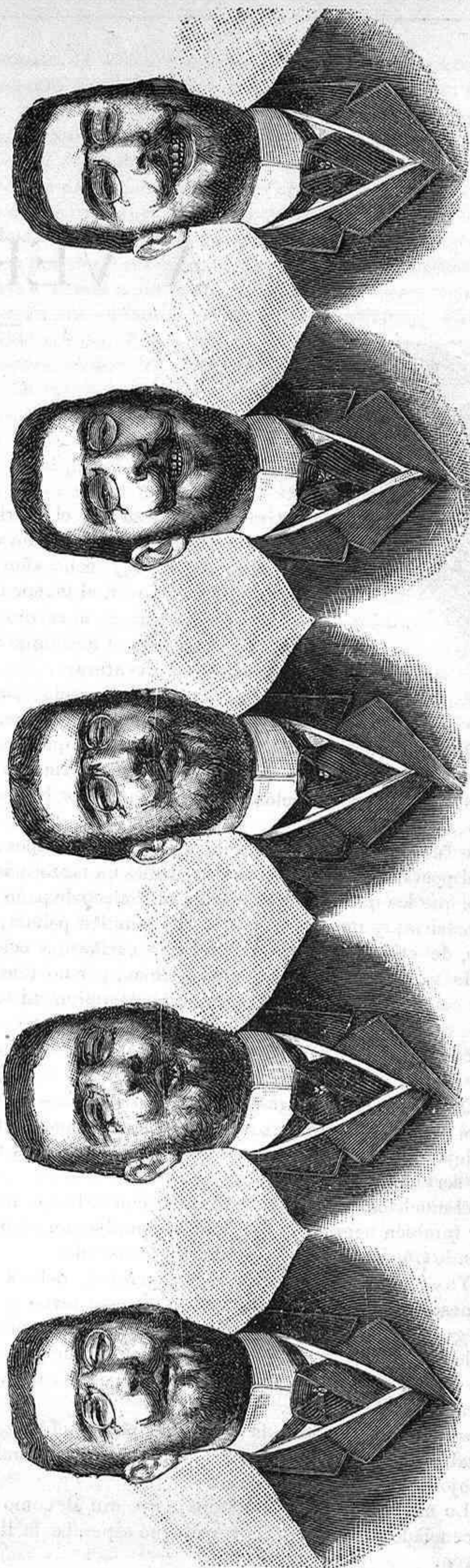
Es decir, que le quedaban seis pesetas mal contadas para entrar en la capital y establecerse, como le dijo el tío.

Merienda no le habian puesto, por olvido.

Cartas de recomendación tampoco traía.

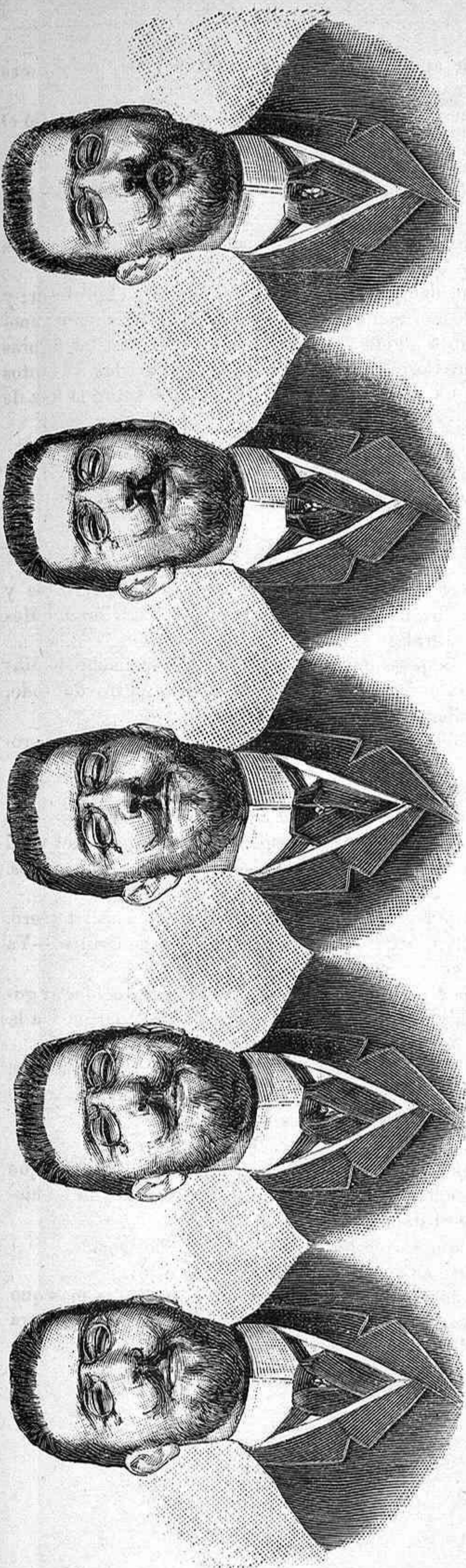


JE



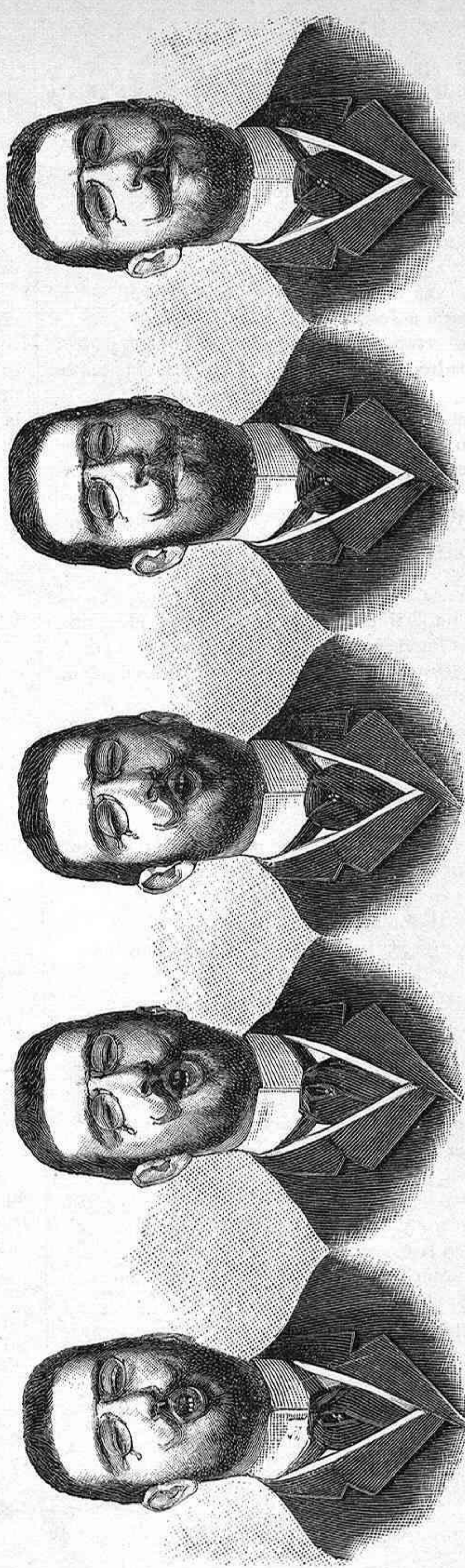
V





OUS

AI



ME



FOTOGRAFIA DE LA PALABRA.  
MOVIMIENTOS DE LA BOCA PARA PRONUNCIAR LA FRASE «JE VOUS AIME».

¿A quién y para qué habían de recomendarle?

En el coche de tercera donde subió Jesús venían algunos campesinos y cuatro licenciados del arma de Infantería, siete mujeres de aparejo redondo, unas jóvenes y otras «incunables», y un maestro de escuela.

Jesús no era corto de genio ni torpe; que en su pueblo era casi temido por sus travesuras.

Así fué que no tardó en armar conversación con el maestro.

—¿Y tú á qué vas á Madrid?—preguntó el profesor de instrucción primaria á Jesús.

—Á ver mundo—respondió el mancebo.—¿Y usted, padre?

—Yo no soy padre, ni permita Dios que lo sea, sino maestro de escuela.

—De almas decía yo—rectificó el muchacho—que no de criaturas; por lo demás, si ya no lo es usted, pienso que no tiene que temer, porque ya habrá usted pasado de esa lección.

—También voy yo á Madrid, no á ver mundo, sino á ver al ministro ó al presidente, ó á cualquiera, para ver si me paga cualquiera lo que me deben.

Charlando y charlando pasaron el tiempo, y empezaban á sentir así como impertinentes deseos de algún alimento, cuando uno de los lugareños que iban en el mismo compartimiento tiró de alforja y sacó un manojó, una cuerda de chorizos en la cual irían hasta doce prisioneros.

Verlos Jesús y sentirse prendado de ellos, fué todo uno.

—¡Qué hermosos! ¿eh, maestro?—le preguntó, indicándole aquella artística producción extraña.

—Sí, son buenos—afirmó el propietario ó padre ó tutor de los chorizos.

—¡Y van sudando!—añadió Jesús, propasándose á tropezar en uno de ellos con un dedo.—¡Parece que están vivos! Míre usted, mire usted, padre.....

—¡Dale con la paternidad!

—Chorizos milagrosos, que sudan solos como personas.

—¿Quiéren ustedes probarlos?

—Gracias—respondió el maestro.

—Hombre, yo, por curiosidad, y porque no he comido de éstos en mi vida.....

—Son extremeños. Traigo unos cuantos ahí en mercancías, para venderlos en Madrid, y me dejé éstos en las alforjas para el camino. ¿Qué mejor comida ni más barata?

—Sí, ya se ve en los cordeles sueltos que hubo más ahorrados en el pelotón.

El lugareño cortó en dos partes iguales un chorizo y dió una mitad al maestro y otra al discípulo, quienes las recibieron con suma cortesía.

—Tendrá mucho picante, ¿eh?—preguntó Jesús antes de resolverse á probar el embutido.

—Regular—respondió el extremeño.

—Yo lo digo por el pater.

—¡Y dale!

—Porque anda delicado de garganta, y ese picor no se quita sino con migas de pan.

—Tomen ustedes, que pan traigo abundante—ofreció el hombre.

Cortó un buen pedazo para cada cual, y se los dió.

—Y vino tampoco falta, que este es mejor para las picazonas.

—Siempre he oído decir que para viajar nadie como los extremeños. ¿Verdad, maestro?

—Así fué siempre—afirmó con vehemencia el profesor; y como si quisiera ganarse las simpatías del extremeño generoso, añadió á modo de discurso:—Y ahí están las figuras gigantes de Cortés, Pizarro, García de Paredes y tantos otros como ha desembuchado Extremadura sobre la haz de la tierra.

Jesús preguntó, sonriendo maliciosamente:

—¿Y los chorizos? ¿Quién los ha traído, padre, sino Dios, Extremadura y este buen hombre?



En estas y otras discusiones igualmente importantes y pintorescas, llegaron nuestros viajeros á la estación del Mediodía de Madrid

—Ahí le tienes—le decía el maestro al muchacho.—¡Madrid con tantas luces y tantas mentiras! Centro de todo, cuna de nadie.....

Un caballero desconocido atajó al maestro en su peroración.

—Ellos son—había dicho otro desconocido.

—Tengan ustedes la bondad de venir con nosotros—dijo uno de los desconocidos que esperaban la llegada del tren.

—Yo soy un hombre honrado—gritaba el de los chorizos.

—Así es—afirmó el maestro.—Y yo otro.

—Es verdad—corroboró el muchacho.—Y yo el tercero.

—El tercero, ¿eh?—preguntó uno de los incógnitos.—Ya te daremos «el tercero».

Y, quieras ó no quieras, los tres fueron conducidos al gobierno civil, y de allí pasaron al juzgado de guardia y á la cárcel después.

—Esto sin recomendaciones, ni cartas, ni conocimientos, ni nada—repetía Jesús—que si me recomiendan, no vengo á la cárcel, sino que voy á presidio.

Afortunadamente la equivocación se subsanó.

Dos meses después salían sanos y salvos á la calle, sin que aquella detención pudiera servirles de mala nota «en su historia», ni de obstáculo para optar á todo.

Lo único que se perdió fué la carga de chorizos.

Jesús pensó en su tío el sacristán, y se dijo:

—Para cumplir con su mandato, ya no me falta más que establecerme definitivamente y por poco lo consigo, contra mi voluntad.

EDUARDO DE PALACIO.





LA NÓCHE.—Cuadro por Hermann Kaulbach.





# FIRME.



## I.

En el espacio de tiempo que medió entre la primera y la segunda guerra civil, estudiaron en Segovia, y sirvieron en artillería, el Conde de Orenin, mi padre; el Sr. Rojas, casado con mi tía, la Duquesa de Fínferren, y el hidalgo vizcaíno Pedro de Urdinguio.

Fraternal amistad les unió, y casi en los mismos días murieron, «al pie del cañón», como suele decirse: el de Fínferren en una salida de San Sebastián á Hernani; el de Urdinguio en el hospital de Castro, y mi padre ante las trincheras de Santa Juliana de Abanto.

Quedé solo con mi madre en Madrid; Fínferren dejó una huérfana, que heredó su título y estados por vida, para volver á mi casa de mayorazgo cuando aquélla falleciese, y Urdinguio, casado con una pobre aldeana de Gordeya, dejó también una hija en la casería de este nombre. Á poco de desaparecer aquellos varones, surgió un pleito entre nuestra casa de Orenin y la de mi prima de Fínferren, por no sé qué rentas de unas propiedades. Algunos letrados de la corte y de la aldea que olieron que había antipatía y dinero abundantes entre la Condesa vieja y la Duquesa joven, se pusieron de acuerdo para explotar la mina, emborronando inicua-mente, á cuenta de ellas, algunas resmas de papel sellado, de lo más caro.

La Condesa de Orenin, mi madre, nieta de inglés y oriunda de los Bolingbrokers, de los Roupelt Grant y de los Rethdowne, era, salvo el orgullo, una gran señora por sus virtudes. Mi prima, Lucila de Rojas, Duquesa de Fínferren, era una joya, salvo también el orgullo. El pleito desencadenó las iras entre ambas, y creció de día en día el abismo que separaba á nuestras familias. Me acuerdo bien de aquellos tiempos de mi primera juventud. No consintió mi madre que á mí se me educara fuera de casa; y á su lado, con excelentes maestros, me hice bachiller. El padre escolapio Jimeno determinó mi vocación por las ciencias naturales, llenándome la casa de escogidas colecciones de ejemplares de los tres reinos. Estudié después en la Escuela de Minas, aunque sin

ánimo de practicar la ingeniería cuando recibiera el diploma. No fué tan afortunada mi madre en su enseñanza como el P. Jimeno. Ella se empeñó en que yo aprendiera al dedillo lo que un noble debe saber, además de la instrucción oficial esmerada, y me contó cien veces la historia de sus antepasados y la de los de mi padre, ilustrada con la reseña de todos los elementos heráldicos de ambas casas y de otras muchas de Castilla é Inglaterra, con todas las cuales estábamos emparentados. Doscientas mil veces me hizo repasar los nobiliarios de ellas, para que supiera distinguir á primera vista los roeles de oro de los Sarmientos y Salinas; los veros de los Velascos y Haros; las calderas y armiños de los Guzmanes y Nieblas; los lobos de los Ayalas; las panelas de los Guevaras y Oñates; las bandas rojas en campo verde de los Mendozas; las hojas de higuera de los Figueroas; las estrellas azules de los Rojas, y las rojas de los Fonseca; las fajas de verde sobre oro de los Riberas, Malpicas y Alcalás; las cadenas de los Zúñigas, Lacorzanas y Ledesmas, y, en fin, la traducción completa y detallada de todos los símbolos del arte heráldico nacional y extranjero. Insistía especialmente, en que no olvidara los veintisiete timbres y escudos de nuestra casa de Orenin, Mendíjur, Urizar y Azúa, con sus tres medias lunas, y el lema *Firme*, fundada por uno de los primeros capitanes de la reconquista, que estuvo con su pariente y vecino D. Sancho de Guevara en la batalla en que murieron el bravo García Iñiguez de Navarra y su esposa, á la que, entre los dos, sacaron del vientre el Infante, que después fué Rey. Y respecto á su casa de Inglaterra, hizome aprender á dibujar los timbres de sus abuelos, Guillasvrose, con su lema: «*Vulneratus non victus*», y Grant de Rothiemurchus, que lleva éste: «*In god is all my trust*»; el de sus bisabuelos Rethdowne, que dice: «*Fortiter, fideliter, feliciter*», y Carvick, que ostenta éste: «*Be steadfast*».

La verdad es que semejante ilustración heráldica maternal me entretenía poco, entusiasmado como estaba yo con mis colecciones de ejemplares de la plebeya legión de seres, que pululan por la tierra, por el agua y por el aire. Alguna que otra vez entraba mi madre en mi gabinete y sala de estudio, y, con creciente curiosidad, iba leyendo al pie de los minerales, fósiles, plantas y animales, términos tan raros como: giobertita, alunogena, exantalosa, bardigliona, haidingerita, diasporo, cimofana, romanzowita, oligoclasa, iridosmina, psaturosa, leadtritita, antimoniquel, helladotheriums,



RETRATO DE M.ª B. C.—Por Benjaín Constant.

libyterio maurusio, reinschia australis, sphenophylo cuneifolio, bowmanites cambierrsis, curculiónidos, cocinélidos, cineumónidos, camaleóntidos, fringílidos, tronquílidos, y otros no menos imposibles y bárbaros; y la buena señora, santiguándose repetidas veces, exclamaba con aire de profundo desprecio:

—¡Pobre juventud! ¡Qué cultura, ni qué sentimientos nobles y levantados han de brotar en una cabeza atiborrada con estas majaderías modernas! ¡Pobre hijo mío! ¡En qué espantoso laberinto materialista te han metido! ¡Qué será de ti!

Y muy á menudo, en nuestros paseos, cuando yo cogía plantas y flores para volver á casa hecho un herbolario, trataba de ridiculizar mis aficiones y me sermoneaba de largo,

y por toda contestación dábala yo un apretado abrazo, le explicaba la hermosura y detalles de cualquiera de las flores recogidas, y le decía:

—Ya sabe usted, madre, cuál es el mote de nuestro escudo de armas; el mote de la casa de Orenin: *Firme*.

—¡Sí, ya lo veo!—añadía ella con altivez;—*Firme* en tu afición; *terco* hasta la pared de enfrente, como tu padre y como todos tus abuelos.

Con harto dolor de su corazón, yo resultaba poco aristocrático en mi carrera; pero con gran complacencia suya, mi corazón era todo de mi madre, porque ella, con exagerada vigilancia en las relaciones de nuestra casa con las demás, nunca consintió que yo tuviera trato, ni amistoso siquiera, con ninguna muchacha de mi tiempo.

—¡Por ahí es por donde se envilecen y caen la mayor parte de los hombres!—decía á las pocas personas, con quienes tratábamos.—El separar á un joven de las asechanzas y peligros de eso que se llama amor, es asegurar su salud, su buen nombre y su fortuna. Vale más que pase estos años peligrosos enamorado de los colúbridos, esfíngidos, pupíparos y demás *avechuchos* que ha reunido con el P. Jimeno.

Al estudiar el último año de mi carrera de minas, un alma caritativa, un nuevo abogado, á quien mi madre encargó de la gestión del pleito con la Duquesa de Fínferren, visitó á ésta y logró, á fuerza de paciencia, que ambas casas transigieran. Á pesar del orgullo, la de Orenin y la de Fínferren se dieron por muy satisfechas. Ésta envió á mi madre su retrato, dentro de una orla de brillantes. Según la fotografía, mi prima era una monada: unos ojos negros vipéridos, flotando en un soplo de espíritu puro. Aquella concordia nos sirvió de asunto de conversación

en mi casa durante muchos meses, sobre todo cuando se cruzaban las cartas entre las dos parientas. La vanidad, sin embargo, dejó por resolver un punto: «¿Quién visitaría á quién?» Mi madre no pensó jamás «en humillarse» visitando en sus estados á Lucila; y ésta pensó, seguramente, en no venir jamás á nuestra casa, si no honraba la de Orenin su palacio de Urdaneta. Resolví aquella cuestión fácilmente, diciendo á mi madre:

—No hay necesidad, para que ambas queden ustedes bien, ni de que usted vaya, ni de que ella venga. Yo iré este verano á Urdaneta de embajador y ministro plenipotenciario de la casa de Orenin.

Aprobado el plan, y habiendo terminado mi carrera á los veintitrés años, me dijo mi madre:

—Ya eres hombre, Gonzalo; preciso es busques una compañera. Ninguna más digna de tu nombre y de tus condiciones que tu prima Lucila. Al fin y al cabo, su título y fortuna han de volver á nuestra casa. ¿No es natural que tú mismo los traigas en un hijo de Orenin y de Finferren?

—No me parece mal—contesté, por contestar algo.

—Al mismo tiempo, pues, que visitas en mi nombre á tu prima, ve si puede ocupar un lugar en tu corazón. Tiene ella cuatro años más que tú; parece que no es fea, y de sus cualidades ya sabes que nos han dicho maravillas. Será una gran boda.

## II.

Desde Marzo á fines de Mayo preparó mi madre los regalos, que yo había de llevar á mi prima. Ésta celebró en sus epístolas el anuncio de mi visita, y la bondad de mi madre, con interminables manifestaciones de satisfacción y de gratitud. Cuando llegué con mi secretario y dos criados al hermoso valle del Urola, me esperaba en Cestona el administrador general de la Duquesa, D. Juan Cruz de Moco-roa, hombre de toda la confianza de aquella familia desde hacía cuarenta años, y con él otros mayordomos de inferior categoría, y numerosos criados con cuatro carruajes. Hicieronme los cumplidos con toda ceremonia, y D. Juan Cruz, que accedió á sentarse á mi lado en el coche, me explicó, por el camino, dónde radicaban las fincas de la Duquesa, que se extendían á uno y otro lado del río, en los valles y en las laderas y en las cumbres de los montes. En muchos caseríos las gentes saludaron nuestro paso con cohetes y vivas. La posesión de Finferren se llama en el lenguaje del país Sarobe. Un hermoso bosque de seculares olmos, en el que se abren dilatadas alamedas, sirve de entrada á la finca. El camino principal, rodeado de setos de rosales y avellanos, y sombreado por grandes castaños, sigue el curso torcido y pintoresco de un riachuelo afluente del Urola, sobre el que pasa y vuelve á pasar por elegantes puentecillos. Más allá del bosque dilatase en el vallecito un parterre ornado con todos los caprichos de la flora del litoral, y en una meseta, orientada al Mediodía, se alza majestuoso, restaurado y coquetón, el amplio palacio de Sarobe, cuyo zócalo parecen formar las terrazas, que limitan corridas balaustradas de mármoles de Azpeitia. Al antiguo caserío señorial de Sarobe, legado á mis abuelos por un obispo Orenin de Mendijur, ha sustituido el palacio de traza francesa, labrado en piedra caliza, con todos los reales y salientes de mármol, y con grandes tejados y buhardillones de cinc, según el dibujo que le plugo idear á mi tío Rojas, padre de la Duquesa. Un macizo de vegetación espléndida, siempre verde, formado por los montecillos que se agrupan detrás del palacio, constituye el hermoso fondo de aquel cuadro. Cuando llegamos á la plazoleta central del parterre, nos rodearon y aclamaron multitud de gentes, vestidas de día de fiesta, que eran, según el administrador me dijo, los caseros dependientes de la Duquesa, con sus mujeres é hijos. Desde la primera gradería de mármol pasamos al vestibulo, cuajado de flores y repleto en sus paredes de timbres heráldicos. En la escalinata interior estaban, tiesos, rígidos y ceremoniosos, así como dando guardia, ocho criados, y allá arriba, á ambos

lados de la puerta central, se erguían dos figuras femeninas, que no acerté á saber de pronto si serían personas ó maniqués vestidos, tal era la prosopopeya, tiesura é inmovilidad con que se tenían. Pero al llegar á ellas y decir el administrador:

—Su excelencia D. Gonzalo de Orenin, primo hermano de su excelencia nuestra señora la Duquesa de Finferren—aquellas dos figuras se encogieron, se ahuecaron y se atrasaron, se volvieron á estirar y me miraron sonrientes, adelantándose pudorosamente hasta darme una especie de simulacro de abrazo, y diciendo á la vez:

— ¡ Oh, nuestro muy querido Gonzalito! Bien venido sea usted á esta su casa, en la que hace tantos años se le aguarda.

Y en tanto el administrador, señalándome á aquellas dos damas, dijo:

—Las Sras. D.<sup>a</sup> Eduvigis y D.<sup>a</sup> Desporios de Rojas, hermanas del difunto Excmo. Sr. Duque Finferren, tías de la Excmo. Sra. Duquesa.

Repetidos los saludos, separaron ellas los pesados cortinajes bordados de la gran puerta central, y avanzamos en correcta formación hasta otra puerta, entre cuyos ondulados pabellones, que con sus doradas cenefas tocaban al suelo, estaba, rodeada de seis doncellas, mi prima la Duquesa. Se adelantó, cogió mis manos y yo besé las suyas, mientras decíamos á un tiempo:

— ¡ Lucila! ¡ Prima de mi vida!

— ¡ Gonzalo! ¡ Gonzalo! ¡ Mi querido primo!

Y siguió la procesión en marcha: las tías, las doncellas, mi secretario, el administrador y los mayordomos, atravesando aquellas regias estancias, hasta una hermosa galería de cristales con preciosas vistas, donde Lucila, Eduvigis, Desporios y yo, quedamos en cariñosa conferencia, después que el cortejo se retiró.

Mi prima era realmente un espíritu puro, envuelto en la menor cantidad posible de carnes. De mediana estatura, delgadísima, de piel morena, con el pelo entre rubio y encarnado y los ojos negros, dejaba ver en su recogido escote y en las líneas de sus hombros y de sus codos las pronunciadas cuerdas de sus ligamentos y los angulosos cortes de sus huesos. Hablaba y accionaba con desdeñosa severidad, riéndose muy de tarde en tarde, y mostrando, que se riera ó no, una abultada y aristocrática dentadura saltona, digna de un varón recio y fornido. Su correctísimo traje, recién venido de París seguramente, pregonaba, en materia de gusto y elegancia, la ostentación y humos de la señora; pero ni por delante ni por detrás acusaba detalle alguno que llamase la atención, en cuanto á la interior estética de su persona. De su conversación deduje que mi prima era muy leída y muy sabida, y que se consideraba un tantico más alta y superior, en todos conceptos, á cualquiera otra mujer que se la pusiera por delante. Hablamos de mi madre, de nuestros difuntos padres, nos burlamos en grande del pleito que por tantos años nos tuvo distanciados, y se pasó detallada revista de los regalos que yo traía. Vimos el palacio, los jardines y la huerta, y el administrador me condujo luego á mis habitaciones, situadas en un pabellón anejo, muy separado de las de la Duquesa y de las de sus tías, para que «el qué dirán» no tuviera nada que decir.

Muy pronto se susurró en Urdaneta y pueblos adyacentes



que yo había ido á casarme con mi prima. Encargáronse de explorar mi voluntad Eduvigis y Desposorios, por medio de hábiles indirectas, muy transparentes. Yo les aseguré que Lucila no me parecía mal, pero que, en cuanto al casamiento, «eso era cosa de mi madre». Nos dejaron solos muy á menudo en las galerías, en el salón del piano, en el jardín y los paseos por el bosque. Lucila me hablaba de sus recuerdos de niña, de sus ilusiones en el colegio de Suiza, donde se había educado, de su vida monótona y triste en Sarobe, de sus cuantiosas rentas, y hasta me decía:

—¿No crees que harán muy bonito conjunto los escudos de Orenin y Fínferren unidos? ¿El lema *Firme* arriba y el *Faire sans dire* abajo?

Yo le contaba también mis recuerdos de estudiante, mis viajes, las historias de mis compañeros de carrera y mis ensueños y esperanzas; pero no podía encontrar en mi espíritu ni en mis labios una sola frase de sincero cariño, y como jamás he sabido aparentar ni mentir, no se la decía.

Diariamente escribía yo á mi madre, la cual, al leer mis cartas, entre renglones adivinaba que todo marchaba bien en Sarobe menos el amor. Mi prima y mis tías le invitaron á que nos visitara, y, en efecto, llegó, siendo recibida con grandes manifestaciones de respeto y de alegría. Visitáronla las personas más distinguidas de aquella parte de Guipúzcoa, y entre ellas vino á verla María de Urdinguio, la hija del hidalgo, compañero de armas de mi padre y de mi tío, á la que no pude ver, porque la tarde en que llegó á Sarobe estaba yo de caza con unos amigos de Zumaya.



### III.

Durante ocho ó diez días dedicamos mi madre y yo las tardes á pagar las visitas, recorriendo en coche aquella deliciosa comarca.

—Hoy iremos á Gordeya á ver á María de Urdinguio— me dijo —é iremos solos porque tenemos que hablar, hijo mío.

En efecto, una vez en el camino, se encaró afectuosamente conmigo la Condesa de Orenin, y me preguntó en voz baja, para que el cochero no se enterara:

—Pero vamos á ver, ¿no habéis hablado Lucila y tú algo del propósito de vuestra boda?

—Todavía no, madre.

—¿Pues para cuándo lo dejáis, al cabo de veinte días?

—No lo sé.

—Ella, según dicen sus tías, está enamoradísima de ti.

—¿Pues no se lo he conocido!

—No está bien que ella se declare.

—Es verdad.

—Y ya sabes que es muy altiva.

—También es verdad.

—Lo que ha de ser, debe hacerse pronto.

—Sí, señora, pronto.

—De modo que ¿qué me dices?

—Déjeme usted que lo piense bien en unos cuantos días.

—¿Te decidirás?

—Creo que sí.

—Yo quedaría satisfechísima con ese enlace.

—Ya lo sé, madre.

—Pues procura que salgamos cuanto antes de esta situación.

—Saldremos en cuanto usted lo ordene.

Y en vano mi madre me asedió para que hablara, porque como yo no tenía nada que decirle respecto á semejante cuestión, nada afirmé que pudiera complacerla.

Un poco más allá de Meaga, á un lado del camino y en medio de un oasis de árboles, está la bonita casa de Gordeya. Llegamos, me apeé del carruaje y llamé á la puerta, que estaba cerrada. Llamé tres veces, y nadie contestó. Íbamos á marcharnos, cuando un aldeano, que pasaba por el camino, dijo, quitándose respetuosamente la boina:

—En la huerta deben estar los de Urdinguio. Mire usted, señor, tome usted por este sendero arriba, y allí, desde aquellos castaños, verá usted si están en la huerta.

Así lo hice; aparté los helechos que cerraban el paso, trepé al terraplén que corría paralelo á la pared de la huerta, dejando un pequeño foso en medio, y al cabo de andar treinta pasos, salté al lado opuesto, me empiné sobre unas piedras, y separando las ramas de los avellanos que crecían por dentro al lado de la tapia, metí la cabeza entre las hojas y miré.

Sorprendente cuadro se presentó ante mis ojos, que hizo agolparse mi sangre en torbellino á mi corazón y á mi cerebro. Un frondoso emparrado lleno de amplios pámpanos y de blancos racimos formaba linda glorieta en aquella parte de la huerta, y debajo de la festoneada cúpula, en torno á un surtidor y á una gran taza de piedra, había colocados sobre el borde, en una gradilla y en el suelo, multitud de tiestos cuajados de flores de variadísimos matices. Sola en medio de aquel delicioso rincón, vi una joven que no pasaría de veinte años, de correcto dibujo en el rostro, de ojos grandes, azules, con una arrogante mata de cabellos rubios que, peinados hacia la nuca, se unían detrás del cuello con una ancha cinta de terciopelo negro, para desparramarse después, cayendo en majestuosa y dorada melena, sobre la espalda. El aire, al mover el pañuelito de seda que tenía medio sujeto á la garganta, dejaba ver el redondeado y macizo nacimiento de ésta y la suave curva de su seno abundantísimo. Su justillo ó corsé de campo, que dibujaba un talle airoso y apretado, apenas ajustaba las mangas en lo alto de los hombros, de los que nacían desnudos dos escul-





ENTRE ROSAS.— Cuadro de C. Weisel.



tóricos y obúrnos brazos, gruesos, redondos y de dilatado y clásico perfil. Una falda azul, rameada de blanco, y un delantal negro, completaban el conjunto de aquella majestuosa y escondida hermosura de la montaña. La joven regaba á la sazón los tiestos y hablaba, ó fingía hablar, con unos canarios y jilgueros aprisionados en lindas jaulas pendientes de la parra, que contestaban á las mimosas palabras de su ama con cariñosos trinos, arpegios, fantasías y repiques del arte pajaril.

La muchacha no podía verme, escondido como estaba mi rostro entre las hojas de los avellanos; así es que á mi gusto y maravillado la contemplé largo rato con creciente complacencia. Al fin, puesto que había ido á llamarla, la llamé, diciendo con melosa voz:

—¡María de Urdinguio!

La joven levantó la cabeza, me vió, lanzó un grito, se cubrió los brazos con el delantal, y ocultándose detrás de unas ramas de laureles del sendero, exclamó:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?

—Como no sale usted á la puerta cuando llaman—respondí—hay que buscarla por la pared. Soy el hijo de la Condesa de Orenin, su amiga de usted, y hemos venido á pagarle la visita.

—¡Allá voy! ¡Allá voy!—añadió la joven, desapareciendo por debajo del emparrado.

Yo volví adonde aguardaba mi madre, más muerto que vivo. Jamás visión semejante se había cruzado en el camino de mi vida, ni de mis ilusiones. Me sentía trastornado, y apenas supe explicar en dónde había encontrado á la dueña de la casa. No sé cómo pudo ésta ataviarse en los breves minutos que transcurrieron hasta que abrió la puerta y se arrojó en brazos de mi madre. Tenía recogido el pelo en abultado rodete; se había puesto una linda chaquetilla clara, una flamante chalina airosamente anudada, y un vestido de listas, y así, en un momento transformada, me pareció más hermosa que debajo de la parra. Se deshizo María en cariños y agasajos con mi madre, manifestándolos con tal sencillez y naturalidad, que sus palabras y sus francas sonrisas inundaban el aire y todo cuanto le rodeaba de un ambiente de atracción y de ventura irresistibles. Nos enseñó la casa; el gabinete de los recuerdos, donde estaban los retratos de mi padre, del suyo y de Finferren; algunos apuntes á pluma que mi padre dibujó en Segovia; la espada y el revólver que le regaló cuando ascendieron á tenientes, y un legajo de cartas, algunos de cuyos párrafos leyó mi madre enternecida, porque se referían á la época en que era novia del Conde de Orenin. Mientras recorriamos la huerta, prepararon las criadas el refresco y el chocolate, que tomamos debajo del emparrado. Á mí me supieron á gloria el refresco, el caserío, los pájaros, las palomas, el aire, el crepúsculo de la tarde, las historias viejas de los artilleros, y sobre todo, la gentil presencia de aquella huérfana, emperatriz de todas las Venus de Milo habidas y por haber. Yo no sé si mi madre se fijaría en que yo la devoré con mis miradas. Ella sí que se fijó, porque mientras nos miramos se encendieron sus mejillas de tal manera, que, siendo su cara desvanecida rosa, se cambió en abierta granada.

La dejamos con pena, y acariciados por la fresca brisa que venía del mar, entre las tinieblas de una estrellada noche, volvimos á Sarobe.

## IV.

Pocos días después se celebró en el palacio la solemne festividad del santo de mi prima. Gran función en la capilla, comunión general, comida á los pobres, regalos á los criados, banquete campestre á todos los inquilinos, auresco nacional y ¡qué sé yo cuántas grandezas y alegrías hubo en aquella inolvidable mañana de Julio! Lo más solemne, entre lo profano, iba á ser la comida de gala y de familia, á que, por merced especial, asistieron el administrador, D. Juan Cruz de Mocoroa, y el arcipreste de aquella jurisdicción, señor de Berricano. Las tías, Eduvigis y Desposorios, sacaron del fondo del arca sus ricos vestidos de damasco, con largas colas, que estrenaron en las fiestas del Convenio de Vergara; mi madre se presentó con el atavío con que solía asistir á Palacio en la corte; mi prima lució por primera vez un traje de brochado blanco, recién salido de casa del modisto Lebtorandiere, y la diadema de perlas envía la desde mi casa; el arcipreste sacó su sotana de seda y su encomienda de Carlos III, y Mocoroa nos deslumbró con el lustre de su enorme pechera, sobre la que descollaban dos diamantes garbanzudos. Yo, obedeciendo á mi madre, vestí de frac. Mientras comimos, tocó en el jardín la banda de músicos de Arrona, y los caseros dispararon centenares de cohetes. Fué el *menu* de lo más selecto que pueden idear la cocina francesa y vascongada en combinación. El arcipreste, hombre muy alegre y sanote, nos entretuvo agradablemente con su ingenio. Mocoroa recordó los estupendos hechos de su señor, el difunto Finferren, en la caza y en la guerra; las tías, conturbadas por la etiqueta, apenas hablaron, y la Condesa y la Duquesa se esforzaron en agasajarse mutuamente y en celebrar mis ocurrencias. Yo estaba muy decidior aquel día, satirizando lo que el administrador y el arcipreste contaban. Dos horas duró el banquete, al cabo de las cuales pasamos al saloncillo del café, ricamente decorado con flores naturales y con obras de arte.

Cuando el *fine Champagne*, el *Chartreuse* y los cigarros alegraron un poco los ánimos masculinos, todos, hombres y mujeres, tomaron parte en la alegre conversación. El arcipreste improvisó algunas bombas y ovillejos, y el administrador relató varios chascarrillos vascongados de verdadera gracia, con el correspondiente permiso de sus excelencias las señoras. Al fin, el arcipreste, después de cruzar una mirada de inteligencia con mi madre, me dijo:

—Vamos, Sr. D. Gonzalo, ¿y cuándo celebraremos aquí la fiesta mayor del siglo?

Siguió un momento de silencio general; y yo, al notar que todos me miraban, dí una fuerte chupada al puro, lancé despacio una bocanada de humo, y fijando mis ojos en la copa que tenía delante, contesté con aparente inocencia y humildad:

—¿Qué fiesta, señor arcipreste?

—¡Ah, picarón! ¡Y cómo se hace el disimulado! Aquí esperamos todos que el futuro Conde de Orenin sea al mismo tiempo Duque de Finferren—añadió el sacerdote.

—No hay más que una pequeña dificultad—repuse yo sin dejar de saborear mi cigarro.

—¿Cuál?—exclamó mi madre.

—¡Que á mí no me gusta mi prima, y que estoy enamorado de María de Urdinguio.

Cuando acabé de decir estas palabras, todos se habían puesto en pie, impelidos por la sorpresa de mi terrible declaración. El administrador temblaba como un azogado; el arcipreste no podía romper á hablar; la Duquesa, mi prima, dejando caer la silla de un golpe airado, levantó orgullosa la cabeza, miró á mi madre, le hizo una profunda reverencia, y dijo, con aire de desdeñosa despedida, desde la puerta del salón:

—Señora Condesa.....

Mi madre, encendido el rostro y contestando con burla á la altivez de su sobrina, la devolvió el ceremonioso saludo, diciendo:

—Señora Duquesa.....

Y en pos de mi prima, cabizbajos, salieron del salón sus parientes y representantes, y yo, impávido, sin moverme de mi asiento, contemplé aquel desenlace, apurando el último sorbo de cognac, hasta que oí la airada voz de mi madre, que me decía:

—¡Gonzalo, vámonos!

Me levanté, la seguí á su habitación, y allí me dijo:

—Pero estás loco, hijo mío; ¿qué has hecho?

—Cálmese usted, madre, y óigame.

—¿Te atreves aún á defender tu conducta?

—Óigame usted, madre.

—Habla.

—Veintitrés años tengo, y obedeciendo á usted, no he amado ni me he aproximado jamás á ninguna mujer. ¿No es verdad?

—Es verdad.

—Pues bien; en premio de tanta virtud, ¿me quiere usted condenar ahora á adefesio perpetuo? Porque no me negará usted, madre, que mi prima Lucila, con todos sus millones y sus ínfulas, es un adefesio. ¿Eh?

Mi madre se calló, y creo que estuvo á punto de soltar la carcajada.

—¿Será usted tan cruel—añá li—que me condene á semejante desventura?

—No hablemos más—contestó.—Tu resolución de no casarte con Lucila es...

—Firme, madre, como todas las resoluciones de mi casa.

—Vámonos, pues; no podemos permanecer aquí ni una hora más.

Y en efecto, antes de una hora salíamos de Sarobe en dos carruajes, con mi secretario y criados, sin haber vuelto á ver á mi prima.

—Preciso es—me dijo mi madre en el camino—que salgas en esta semana, sin falta, para Inglaterra. Bueno es que te enteres de la propiedad que allí tenemos.

—¿Y por cuánto tiempo me destierra usted?—repuse yo, conociendo su intención.

—No lo sé. En el invierno iré yo á buscarte y marcharemos á Italia.

—¿Y después?

—No lo sé; viajaremos por todas partes, menos por Gúipúzcoa.

Mi madre había dictado en estas palabras su sentencia definitiva contra María de Urdinguio.

Cuando ocho días después regresamos á Madrid para preparar mi viaje, encontramos apiladas en mi despacho todas las cajas de los regalos que habíamos hecho á Lucila, sin carta, aviso, ni documento alguno. Mi madre los entregó intactos al Hospicio, para que los rifasen y dieran su producto á los pobres.

Facturé mi equipaje para Liverpool, me despedí de mi madre, llegué á Bilbao, y, en vez de embarcarme, tomé un coche y me fui á saludar á María. No quiso abrirme la puerta de su caserío, y hube de conformarme con que habláramos, ella desde el balcón y yo desde el camino. Me dijo que estaba enterada de cuanto había pasado en Sarobe, y que mi prima desde entonces sufría grandes ataques nerviosos que la tenían en grave estado. La repetí lo que había dicho en el banquete del palacio, y la supliqué que me esperara.

—Hasta que se olvide usted de mí—me contestó—esperaré.

—Mire usted—le dije—lo que está escrito aquí, al pie de este retrato mío, que la dejo como recuerdo.

—¿Qué dice?

—¡Firme!

—Mi firmeza depende de la de usted.

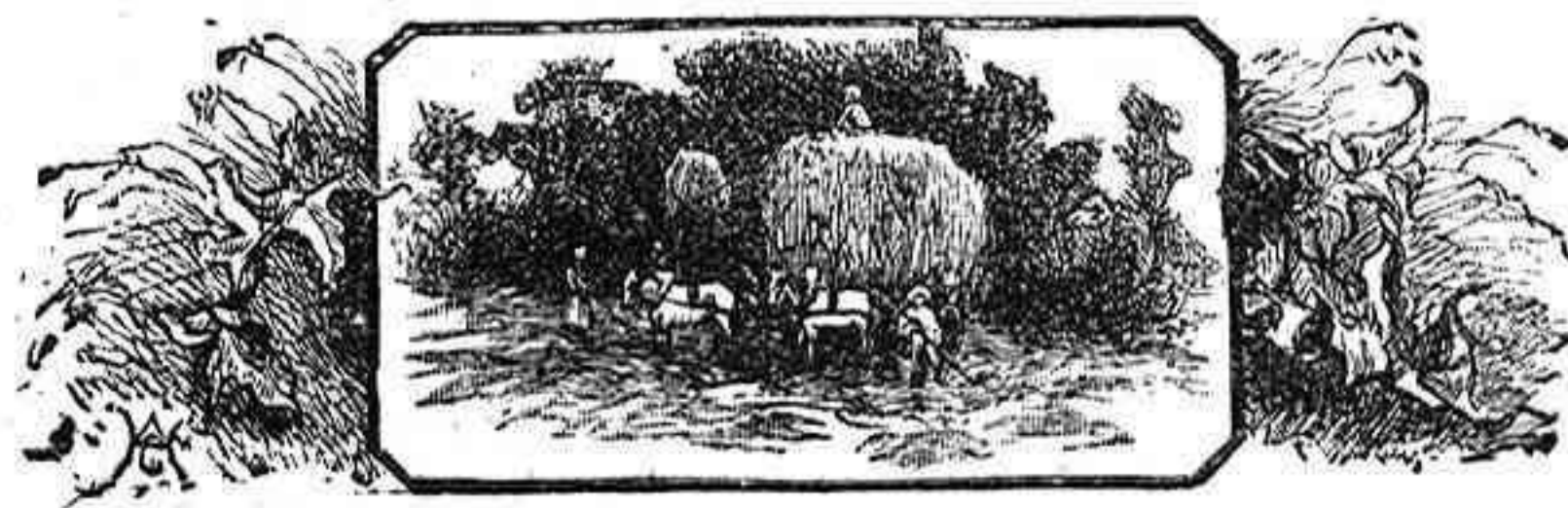
La plática al aire libre se prolongó mucho tiempo, hasta que, bien á pesar mío, nos despedimos, dejando yo mi retrato en el banco de piedra que hay al lado de la puerta del caserío.

Ni Inglaterra, ni Italia, ni el paraíso, me quitaron de encima, ó me hubieran quitado, el pesar que llevé conmigo al separarme de Gordeya. Me volví taciturno y casi imbécil. Jamás había sentido amor hasta entonces. En vano combatió mi madre aquella creciente melancolía. En vano en Inglaterra y en Madrid se esforzó en que yo me enamorara y me casara. Sermonéabame mucho, y yo respondía:

—Madre, en mi corazón no hay más que una palabra: ¡Firme!

Dos años más tarde, estando en Venecia, recibimos la noticia de la muerte de Lucila. En aquel otoño tomé posesión del palacio de Sarobe, después que en la parroquia de Meaga hice á María de Urdinguio Condesa de Orenin y Duquesa de Fínferren.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.





## EL CORAZÓN HUMANO

Corazón insondable, yo querría  
 Descender á tu lóbrego recinto  
 Como á una cueva en que penetra el día,  
 Y ver el nacimiento y la agonía  
 Que hay en cada pasión y cada instinto.

Quisiera ver los negros surtidores  
 De donde salen en furiosa guerra,  
 Como lava que corre entre las flores,  
 Ese turbión de males y rencores  
 Que inunda con escándalo la tierra.

Quisiera en él mirar á un tiempo mismo  
 El pálido desván de la avaricia,  
 El fétido fangal del servilismo,  
 El viejo torreón del despotismo  
 Y el asqueroso harén de la impudicia.

Oir á la virtud cuando se queja  
 Y á la inocencia cuando llora y clama,  
 Á la vez que Satán les aconseja  
 Se oculten, porque el mundo no las llama,  
 Y el amar y hacer bien son cosa vieja.

Ver cubierto de sierpes el camino  
 Que sigue la traición cuando coloca  
 Su puñal en la mano al asesino,  
 Y el monstruo que echa de su horrible boca  
 Los verdugos del hombre y su destino.

Ver el antro infernal donde se ocultan  
 Los nobles y purísimos anhelos,  
 Cuando al salir para brindar consuelos,  
 Miran que todos su presencia insultan,  
 Por más que son los hijos de los cielos.

Y entre tantos sepulcros de ilusiones,  
 Tanta ruína, podredumbre y lodo,  
 Ver secarse tus fibras, tus pasiones  
 Extinguirse y cesar tus pulsaciones,  
 Para luego insensible hacerte á todo.

¡Á todo! Igual para el placer que el luto,  
 Ni te conmueve nada ni te asombra.  
 ¡Tumba del sentimiento; árbol enjuto  
 Que sin dar en la tierra ningún fruto,  
 Das la muerte al que está bajo tu sombra!

¡Sociedad falsa! Cuando el hombre sale  
 De tus secas entrañas, en seguida  
 Dejas que el alma su perfume exhale,  
 Y él te ofrece ¡infeliz! lo que más vale:  
 La virgen savia de su hermosa vida.

Y después que lo aturdes y diviertes  
Y antes que al peso de la edad sucumba,  
Cuando más dichas á su paso viertes,  
Le vas cambiando con diversas muertes  
Su alma en cadáver y su cuerpo en tumba.

Y luego ¿qué ha de hacer? Perderse en vano  
Por un mundo fatal que no le arredra;  
Tender tranquilo á la maldad la mano,  
Y al enemigo, que le llama hermano,  
Mostrarle siempre un corazón de piedra.

¡Ay! todo invita. Á la honradez sagrada,  
Responden el engaño ó la blasfemia;  
La envidia, al genio; á la razón, la espada;  
Y la vida corriendo desbordada,  
Va llevando el contagio y la epidemia.

En la amistad al interés se atiende;  
Como antigua moneda que se gasta  
Disminuye el honor; la fe descendiendo  
Como valor inútil y se vende  
El santo amor en pública subasta.

Bajo los niveos senos virginales  
Brotan incendios y tormentas y odios;  
Se profanan los tálamos nupciales,  
Y se marchan los ángeles custodios  
Cuando llegan los genios infernales.

¡Sociedad corrompida! Si no tienes  
Sitio donde guardar como un tesoro  
El corazón que á su pesar retienes,  
Con su raudal de goces y de bienes,  
Su edén de rosas y sus sueños de oro:

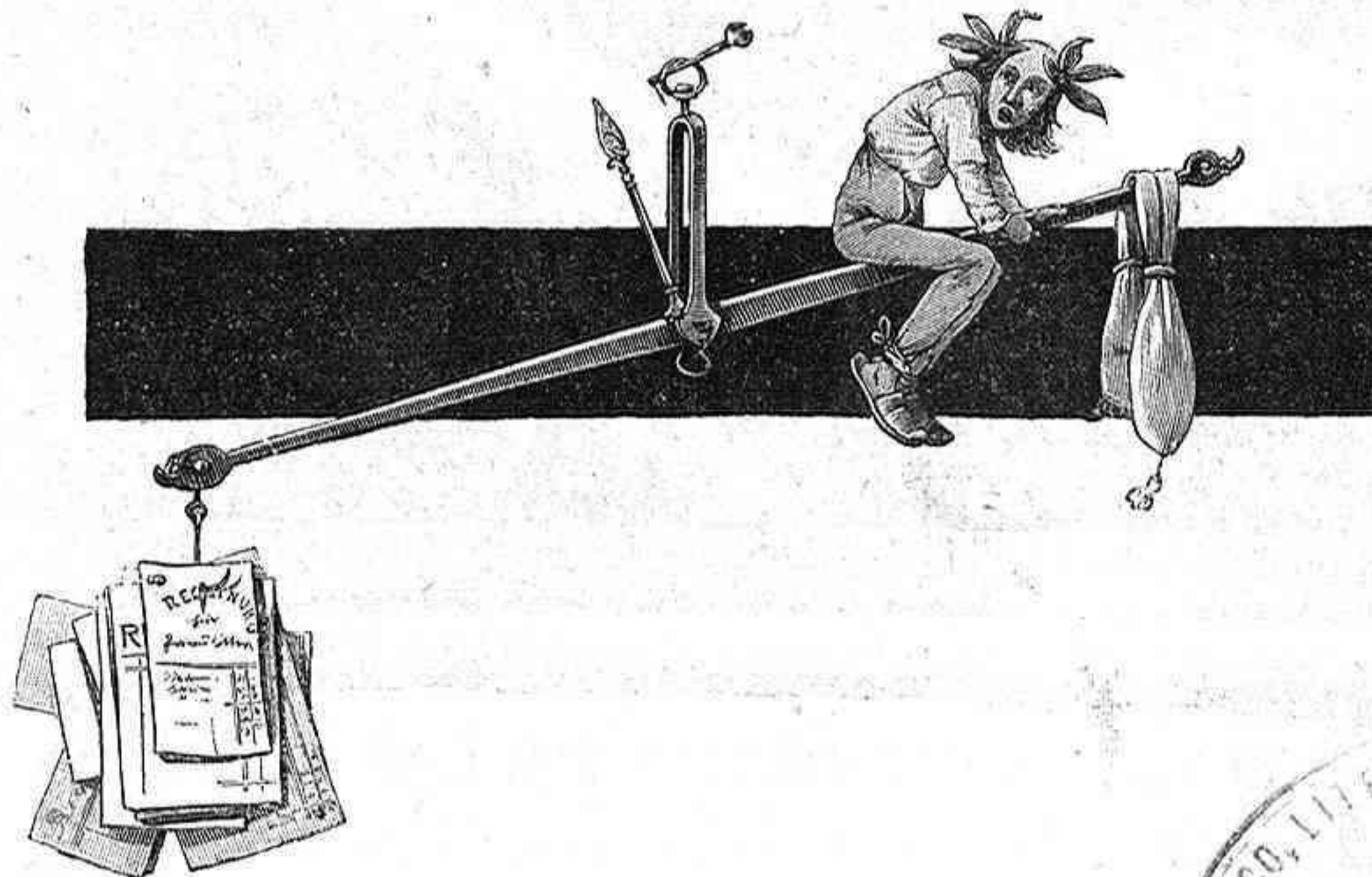
Si escarneciendo su misión divina  
El hombre ha de anidar en su pobreza,  
Cual víboras que oculta una ruína,  
Todo lo que emponzoña y asesina  
El alma; el deshonor y la vileza:

Si han de ser su camino los desiertos,  
Su término un abismo desolado,  
Y ha de llevar bajo sus años yertos  
Un lago de Pentápolis cegado  
Con aguas negras y con frutos muertos:

Si después que su espíritu se estanca  
Y su mundo ideal se desmorona,  
Para ceñir del vicio la corona  
Le estorba la conciencia y se la arranca,  
Ó le molesta Dios y lo destrona;

Entonces debe, sin mostrar despecho,  
Exprimirle sus lágrimas postreras  
Y arrojarlo á sus pies roto y deshecho,  
Ó antes que duerma así bajo su pecho  
Hacerlo pasto de voraces fieras.

G. BELMONTE MULLER.





D. FR. BARTHOLOME DE LAS CASAS

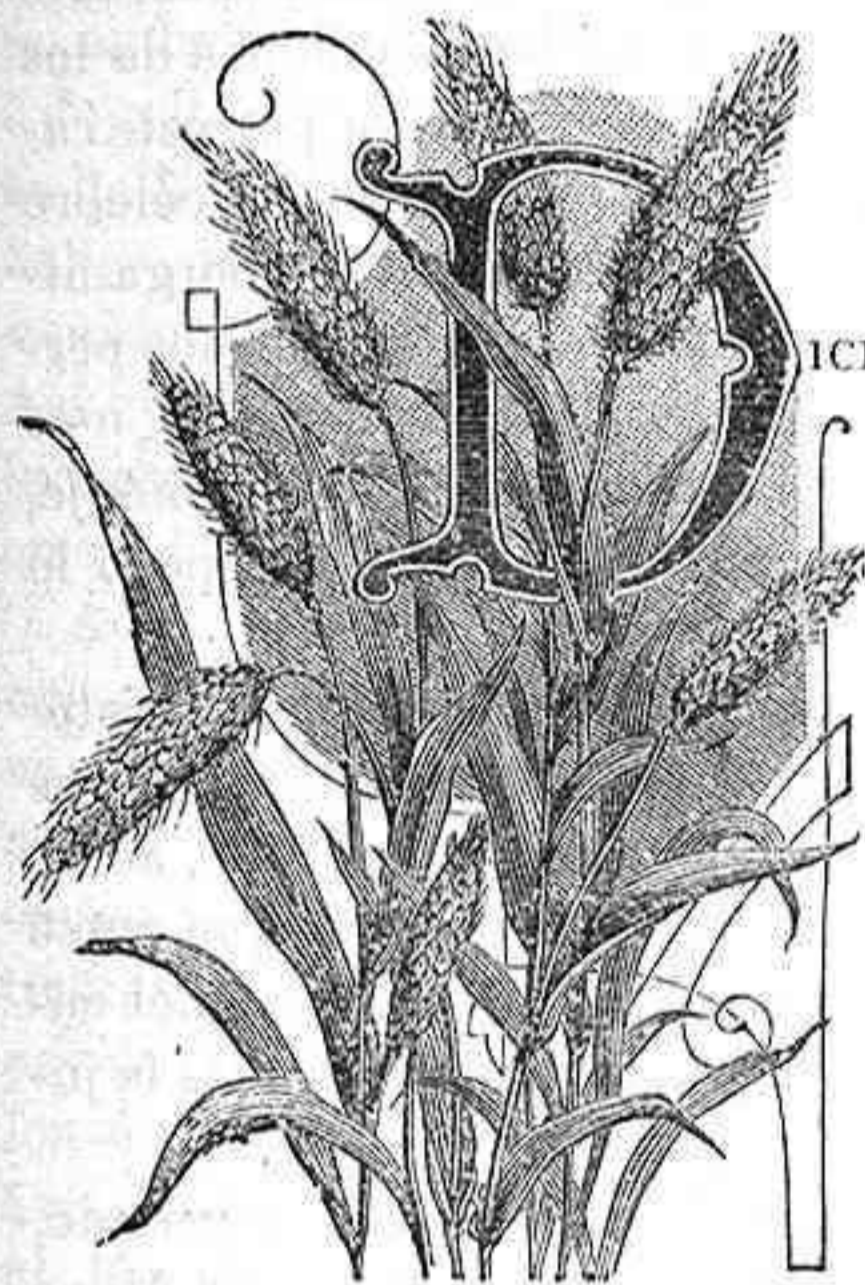
*Del Orden de Predicadores, Obispo de Chiapas  
Varon apostolico, y el mas zeloso de la felicidad  
de los Indios.*

*Nació en Sevilla el año de 1474, y murió en Madrid  
el de 1566*





## EL P. FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS



¿DICE el eminente geógrafo Eliseo Reclus que el descubrimiento del Nuevo Mundo, y no la toma de Constantinopla por los turcos, debiera ser considerado como el acontecimiento que señala el principio de la Edad Moderna; pero aquí cabe preguntar: ¿En qué fecha ha de fijarse la realización de aquel asombroso y trascendental acontecimiento?

Si pueden considerarse como

parte del Nuevo Mundo todas las tierras no conocidas en la antigüedad clásica ni en la Edad Media, las fechas en que los portugueses arribaron á Porto-Santo, á la isla de la Madera y después al archipiélago de las Azores, serían las primeras que había que señalar con matemática exactitud para elegir la que había de fijarse como comienzo de la Edad Moderna. Si por Nuevo Mundo sólo ha de entenderse las islas y tierras firmes que hoy forman lo que llamamos América y Oceanía, cierto es que el 12 de Octubre de 1492 es la fecha en que el marinero Rodrigo de Triana vió la tierra de una de las islas Lucayas, en que desembarcaron Colón, los Pinzones y los demás valerosos tripulantes de las tres famosas naves, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*; pero la verdadera importancia de aquel descubrimiento quedó desconocida durante algunos años. Colón, en su tercero y cuarto viaje, llegó á pisar las tierras del continente americano, pero persistió en su idea de que había llegado á las Indias por un camino distinto al que seguían los portugueses; y en el año de 1502 escribió al Papa Julio II: «El Rey y la Reina, mis señores, me enviaron á priesa á descubrir..... descubrí de este camino..... trescientas treinta y tres leguas de la *tierra firme de Asia*.»

Vasco Núñez de Balboa, en 1513, descubrió el Océano Pacífico, que ocupa más de la tercera parte de la superficie de la Tierra; y Fernando de Magallanes, en 1520, navegó en el estrecho que hoy lleva su nombre, fijando de este modo el extremo de América en el hemisferio austral; y entonces fué cuando se supo de cierto que aquella tierra firme

y aquellos archipiélagos que había descubierto Cristóbal Colón no eran parte de la ya conocida Asia, aun cuando podía suponerse que acaso el nuevo continente formase una península unida al antiguo en las latitudes ya próximas al polo boreal. De esta duda no se salió hasta el año de 1728, que Bering descubrió el estrecho á que ha dado su nombre.

Además el viaje de Vasco de Gama en 1497, en que se consiguió realmente llegar á las costas de Asia navegando por el mar Océano, facilitó los descubrimientos que hicieron los portugueses desembarcando en la Australia en 1530 y en varias islas de las que actualmente forman la quinta parte del mundo, que llamamos Oceanía. Y de todo lo dicho se deduce la grave dificultad que aparece al tratar de responder á la pregunta que antes hicimos: ¿en qué fecha debe fijarse el descubrimiento del Nuevo Mundo?

Sí; porque el descubrimiento del Nuevo Mundo es la obra de la raza ó de la gente hispano-portuguesa; obra que comienza cuando el infante D. Enrique de Portugal establece la escuela náutica de Sagres; que halla sus cimientos cuando Gil Eannes dobla el cabo de Bojador, y Bartolomé Díaz el de Buena Esperanza; que se alza majestuosa cuando Cristóbal Colón y sus heroicos compañeros de viaje surcan el Océano fiando en que la redondez de la tierra ha de prestarles camino seguro para llegar á Oriente siguiendo el rumbo hacia el Poniente; obra que se engrandece cuando Vasco de Gama llega á las costas de Asia sin tocar en el continente americano, los portugueses descubren algunos de los archipiélagos de Oceanía, y Núñez de Balboa el Océano Pacífico, y obra que en lo esencial queda terminada cuando Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano, ó del Cano, realizan el primer viaje alrededor del globo terráqueo, dejando ya fijada la situación de las tierras y los mares de América y Oceanía.

Nada de lo hasta aquí expuesto tiende á desvirtuar la afirmación que hace el insigne geógrafo Reclus, al decir que el descubrimiento del Nuevo Mundo es el hecho que mayor influencia ha ejercido en el génesis de la civilización moderna, porque nosotros estamos enteramente de acuerdo con esta afirmación. Realmente la Edad Moderna puede considerarse que comienza cuando los seres racionales conocen con alguna exactitud el planeta en que habitan, y esto sucede cuando Juan Sebastián de Elcano, en 1522, ter-

mina el viaje de circunnavegación por Magallanes emprendido. Así podría resolverse la dificultad de fijar la fecha que ha poco indicamos.

Si tal y tan grande es la importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo, no es maravilla que todos los personajes que en este sin par descubrimiento intervinieron, ocupen en la Historia lugar preeminente, para ensalzarlos, si así lo merecen, ó la picota del reo, para escarnecerlos, si malamente se portaron. Por causas que ahora no es ocasión de explicar, en las historias del descubrimiento del Nuevo Mundo, hasta el presente escritas, muchos son los personajes que se hallan colocados en la picota como reos de traición ó ingratitud en sus relaciones con Cristóbal Colón; pocos, muy pocos los que han logrado un puesto honroso en el templo de la Fama, y entre estos pocos, acaso el obispo de Chiapa Fr. Bartolomé de las Casas, llamado el protector de los indios, es el más enaltecido por los historiadores, ya sean católicos, protestantes ó librepensadores.

En nuestra patria escribió la vida de Las Casas el P. fray Antonio Remesal, incluyéndola en su *Historia de las provincias de Chiapa y Guadalupe*; y por caso raro, los elogios que allí tributó el cronista monástico al fraile católico fueron confirmados en nuestro siglo por un fiel discípulo de los casi ateos enciclopedistas franceses. El ilustre poeta Quintana, en sus *Vidas de españoles célebres*, consagró su pluma á ensalzar la memoria del P. Las Casas, porque su liberalismo, más candoroso que práctico, coincidía con el ascetismo dogmático, más propio de ángeles que de hombres, que briosamente defendió durante muchos años el Protector de los indios.

En 1879 el Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, académico y ex ministro de Ultramar, publicó una extensa biografía del P. Las Casas, en que á la luz de la moderna ciencia examinó las teorías que desenvuelve el célebre dominico en su *Historia de las Indias*, acerca del derecho de conquista y de la rápida disminución de los indígenas del Nuevo Mundo, para reducir á justos límites las censuras con que se pretende manchar la gloria imperecedera de los conquistadores castellanos de los siglos xv y xvi.

Grande es el cuadro histórico del descubrimiento del Nuevo Mundo; grande es la figura del *Protector de los Indios*; reducido el espacio que disponemos para narrar acontecimientos en que se hallan mezclados confusamente los ideales del bien, acaso impracticables en aquel momento, y los horrores del mal, acaso impuestos por la dura ley de la necesidad, cuando no por las flaquezas ó las abominaciones de la mísera condición humana. Sin más preliminares, comenzaremos á diseñar un bosquejo, que otra cosa no es posible, de la vida y los escritos del obispo de Chiapa D. Fr. Bartolomé de las Casas.

## I.

Nacimiento en Sevilla y estudios de Bartolomé de las Casas.—Pasa á la isla Española en 1502.—Su vida hasta el año 1510 en que abrazó la profesión religiosa.—Traslada Las Casas su residencia á la isla de Cuba.

Por los años de 1474, quizá en este mismo año, nació en Sevilla un hijo de Francisco de Casaus ó de las Casas, á quien pusieron por nombre Bartolomé, lo cual induce á pensar que si se siguió la costumbre de no quitarle la advoca-

ción del santo del día de su nacimiento, pudiera aquel niño haber visto la luz primera el 24 de Agosto del citado año 1474. Según conjeturas del biógrafo Sr. Fabié, la madre de Bartolomé de Casaus ó de las Casas se llamaba doña Beatriz de Fuentes y no doña Beatriz Maraver, que es el nombre que le da el historiador Ortiz de Zúñiga.

Hemos escrito dos ó tres veces Casaus ó Casas, porque de ambos modos firmaba el P. Las Casas en los primeros años de su vida, hasta que por fin dió la preferencia á la transformación española de su apellido, que, según parece, era de origen francés. Se dice que un Casaus, de nación francesa, asistió con San Fernando á la conquista de Sevilla, y fueron recompensados sus servicios militares con repartimiento de bienes en la ciudad conquistada. Según los genealogistas, este Casaus, tronco y fundador de las familias sevillanas de los Casaus ó las Casas, era de ilustre alcurnia, y ya por este camino se halla probada la nobleza de abolengo del célebre Obispo de Chiapa. Cosa de poco momento son los pergaminos heredados para el varón insigne que con sus hechos personales labra el pedestal de su gloria. De todas maneras, más vale tener que desear, y si el P. Las Casas era de noble linaje, no aumenta su mérito tal circunstancia, pero tampoco lo disminuye.

Francisco de Casaus había pasado á las Indias con Cristóbal Colón en 1493; tomó parte en los repartimientos que hubo en la isla Española, y se volvió á España en 1497, acaso para cuidar de la educación de su hijo Bartolomé, que cursó en Sevilla y Salamanca los estudios de lo que en aquel entonces se llamaban humanidades y filosofía, y después la jurisprudencia, hasta alcanzar el título de licenciado.

La riqueza de la familia de Las Casas no debía ser grande, cuando nuestro licenciado se decidió á pasar al Nuevo Mundo, y así lo hizo en la flota que zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 13 de Febrero de 1502; flota compuesta de treinta y dos naves, que llevaban á su bordo cerca de dos mil quinientos pasajeros, y que se había dispuesto para conducir á la Española al nuevo gobernador de esta isla, Nicolas de Ovando, que iba á reemplazar al famoso Francisco de Bobadilla, tan duramente censurado en las obras históricas de Irving, Lamartine y Roselly de Lorgues, por haber mandado que se pusieran á Colón aquellos grillos y cadenas que hoy han aparecido en Italia perfectamente conservados por un mesonero previsor, para contentamiento y solaz de los detractores de España.

No es ahora tiempo ni lugar oportuno para ocuparnos en la debatida cuestión de los grillos puestos en la isla Española á los tres Colones, Cristóbal, Bartolomé y Diego; pero sí observaremos que el comendador Bobadilla había comenzado á gobernar en dicha isla en el mes de Agosto de 1500, y que Nicolás de Ovando le sustituyó en el gobierno en el mes de Abril de 1502; es decir, que los Reyes Católicos mantuvieron á Bobadilla en la gobernación de la Española cerca de dos años, aun cuando su primer acto como autoridad había sido disponer el proceso y encarcelamiento de Colón y de sus dos hermanos. Añádase á esto, que en el juicio de residencia que se formó á Bobadilla los Reyes Católicos se dieron por bien servidos. No seguiremos esta digresión, porque nos apartaría mucho del asunto que ahora tratamos.

En la última mitad del mes de Abril de 1502 desembarcó Bartolomé de las Casas en Santo Domingo. Allí vivió du-



rante diez años, en cuyo tiempo tomó parte, según parece, en la guerra contra los indios alzados en la provincia de Higüey, y posteriormente, en 1510, aprovechando sus estudios de humanidades y filosofía, ingresó en el clero secular y cantó su primera misa en la ciudad de la Concepción de la Vega. Esta primera misa de Las Casas fué también la «primera que se cantó nueva en todas estas islas, y por ser la primera fué muy festejada del Almirante (D. Diego Colón que ya entonces había sustituido á Ovando) y de todos los que se hallaron en la ciudad de la Vega.... Tuvo una calidad

notable esta primera misa nueva: que los clérigos que á ella se hallaron no bendecían, conviene á saber, que no se bebió en toda ella una sola gota de vino, porque no se halló en toda la isla, por haber días que no habían venido navíos de Castilla». Así cuenta Las Casas la celebración de su primera misa en su *Historia de las Indias*.

Aquí tenemos que interrumpir el curso de nuestra narración biográfica para dar noticia del asunto en que se ocupó Las Casas desde poco tiempo después de su ordenación de sacerdote, hasta los últimos días de su vida. Cristóbal Colón, al descubrir el Nuevo Mundo, no estableció gran diferencia entre las personas y las cosas descubiertas. Desde luego se creyó autorizado para trasladar á España en sus carabelas algunos indios, pájaros y otras producciones de las islas que había descubierto. El P. Las Casas en la *Historia de las Indias*, que escribió en el último tercio de su vida, al ocuparse de los indios que en Barcelona presentó el Almirante, dice lo siguiente, refiriendo los preparativos del regreso de Colón á España:

«Martes 15 de Enero (1593) envió la barca á tierra.... vinieron muchos hombres con algodón y con pan y cosas de comer.... Después que todos habían rescatado lo que traían, llegaron cuatro mancebos á la carabela (en sus canoas debieron venir), y pareció al Almirante dar de todo lo que le preguntaban tan buena cuenta.... que determinó de los llevar consigo á Castilla; cosa indignísima, cierto, de hacer; porque llevar por fuerza y contra su voluntad los que habían venido y fiado de los cristianos, so título de paz y seguridad, no se pudo, sin gran pecado, tal violacion del derecho natural cometer.»

También observa el P. Las Casas, en otro lugar de su libro, que el almirante Cristóbal Colón escribió una carta en que «se determinó á decir que los Reyes podían llevar todos los indios que eran vecinos y moradores de aquellas tierras á Castilla, ó tenerlos en las mismas tierras captivos»; lo cual, á su juicio, demostraba «cuán lejos estaba el Almirante de acertar en el hito y punto del derecho divino y natural, y de lo que, según esto, los Reyes y él eran con estas gentes á hacer obligados».

No se limitó Cristóbal Colón á escribir á los Reyes Católicos en la forma que tan severamente censuraba el Padre Las Casas, sino que puso por obra lo que en su carta decía, y desde el punto y hora en que comenzó á ejercer el cargo de gobernador de la isla Española, estableció los repartimientos de indios entre los españoles; repartimientos que después se llamaron encomiendas, porque tratando de encubrir con el manto respetable de la religión lo que no era piadoso, ni siquiera bueno, se decía que tantos ó cuantos indios se encomendaban á tal persona para que los educase é instruyese en la fe cristiana, siendo así que sólo se trataba de dar al indio un amo que se aprovechase de su trabajo corporal; esto es, de convertir al indio en esclavo ó *captivo*, como decía el descubridor de las Indias Occidentales.

Después de referir Las Casas cómo Colón *encomendaba* los indios y los repartía entre los castellanos que eran vecinos de la isla Española, añade: «Lo mismo hicieron los siguientes gobernadores...., y si cuando se los daban les decían que con cargo de que en las cosas de la fe les enseñasen, no era otra cosa sino hacer de la misma fe y religión cristiana

sacrilego é inexplicable escarnio; y merecieran los mismos gobernadores les hicieran, no cuartos, sino catorce cuartos.»

Esto escribía el P. Las Casas por los años de 1552; pero ciertamente que aun no pensaba así cuando, siendo ya sacerdote, pasó á la isla de Cuba en 1512, á instancias de su gobernador Diego Velázquez, que le dió su correspondiente repartimiento ó encomienda de indios, para que cultivasen las tierras que también por donación se le habían designado. Es decir, que Bartolomé de las Casas, combatiendo como conquistador en la guerra contra los indígenas de la provin-



LA LECCIÓN DE CANTO.



cia de Higüey, y aprovechando el trabajo de los indios, á los que trataba humanamente por su natural compasivo, pero *todo lo concerniente á sus ánimas puesto al rincón y de todo punto por él y por todos olvidado*; es decir, que Bartolomé de las Casas en la primera época de su residencia en América siguió, como seglar al principio y después como clérigo, la misma conducta que años más tarde anatematizó tan duramente en sus sermones y en sus escritos históricos y jurídicos. Por esta causa, el obispo Fonseca oyendo en cierta ocasión á Las Casas que anatematizaba la crueldad y codicia de los conquistadores de América, le dijo airado: «Pues vos estábades en las mismas tiranías y pecados.» A lo cual contestó Las Casas: «Si yo los imité y seguí en aquellas maldades, haga vuestra señoría que me sigan ellos á mí en salir de los robos, homicidios y crueldades en que perseveran y cada día hacen.» Explicar cómo se verificó el cambio de ideas y conducta del licenciado Bartolomé de las Casas, capítulo aparte requiere.

## II.

*Predicación del fraile dominico Fr. Antonio Montesino contra los conquistadores y encomenderos de la isla Española.—Un padre dominico no quiere oír en confesión al clérigo Las Casas, porque poseía indios encomendados.*

Los frailes de la Orden de Santo Domingo llegaron por primera vez á la isla Española en el año de 1510. Estos religiosos vieron muy pronto los abusos á que daba ocasión la esclavitud de los indios, que hipócritamente se denominaba repartimientos ó encomiendas; vieron que aquel sublime ideal del cristianismo, en que los hombres son hermanos, porque todos son hijos de Dios, no se avenía con los rigores del fiero conquistador, ni aun con las disposiciones legales de los juristas y gobernantes, y puesta su mirada en la perfección moral del cristiano, se decidieron á combatir sin tregua ni descanso la iniquidad de los poderosos, para defender los fueros de la religión y de la justicia, tan frecuentemente hollados en las personas de los indios y de sus bienes territoriales. Los frailes dominicos casi negaban el derecho de conquista, que servía de base á la dominación de los españoles en las Indias Occidentales; y desde luego, negaban que hubiese derecho para repartirse las tierras que se habían descubierto por Colón y los continuadores de su obra, y mucho menos para transformar á sus habitantes en esclavos de los españoles.

Sancionado el hecho de la conquista del Nuevo Mundo por los Reyes de España, y hasta por el Pontífice romano, según la famosa bula de Alejandro VI; admitida la esclavitud de los indígenas como castigo de la resistencia que hiciesen á los conquistadores, según lo dicho en el requerimiento que precedía á la invasión de las islas y tierras firmes por los españoles descubiertas, claro aparece que las doctrinas de los frailes dominicos, anteriormente indicadas, pugnaban con todo el orden de cosas establecido, y sólo podían prevalecer como censura de los abusos de la fuerza por parte de los conquistadores, y condenación de la inhumanidad y olvido de sus obligaciones de enseñanza de la Religión católica, respecto á los dueños de esclavos indios.

Llevando la voz de la comunidad dominica, subió al púlpito en la ciudad de Santo Domingo, cierto día del año de

1511, el P. Antonio Montesino, y predicó un sermón en que, increpando á sus oyentes, les decía: «¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras á estas gentes, que estaban en sus casas y tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas con muertes y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan presos y fatigados, sin darles de comer, ni curarles en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais se os mueren, ó por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Qué cuidado tenéis de quien los doctrine y conozcan á su Dios y Criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿No son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados á amarlos como á vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis salvar más que los moros ó turcos, que carecen y no quieren la fe de Jesucristo.»

Gran indignación produjeron las palabras de Fr. Antonio Montesino en el Gobernador de la isla Española, que lo era entonces el segundo almirante D. Diego Colón, y en los oficiales reales que las habían escuchado; y, en general, los dueños de esclavos indios, más codiciosos que creyentes, se dolieron de vivir en pecado mortal, pero no trataron de disminuir sus bienes temporales para obtener el imperecedero bien de la celestial bienaventuranza.

Los ministros del Rey, esto es, los empleados que en Santo Domingo representaban la autoridad real, fueron á ver al vicario de los dominicos, que lo era Fr. Pedro de Córdoba, y le manifestaron la necesidad que había de que el P. Montesino se retractase de lo que había dicho en el púlpito, ó cuando menos dulcificase las censuras que había lanzado contra los conquistadores y encomenderos; pero el P. Córdoba evitó dar respuesta definitiva á lo que se le pedía, y dijo que Fr. Antonio Montesino volvería á predicar, y entonces precisaría los conceptos que hubiesen parecido contrarios al respeto que merecían la autoridad regia y sus representantes en la isla Española.

En efecto, el P. Montesino volvió á subir al púlpito, y repitió lo que había dicho en su anterior plática, añadiendo que al sostener aquellas doctrinas lo hacía, no sólo para servir á Dios, sino también para servir al Rey, contribuyendo con sus censuras al buen gobierno de la Monarquía.

Subió de punto el escándalo. Se buscó un fraile franciscano, Fr. Alonso del Espinal, que pasase á España para dar cuenta al Rey de las perniciosas enseñanzas de los dominicos, contrarias de todo en todo al espíritu y á la letra del contrato de Santa Fe, en que los Reyes Católicos habían dado á Cristóbal Colón y á sus sucesores la posesión de las islas y tierras firmes que se descubriesen por su mano ó por su industria; posesión en que iba incluida la de las tierras y hasta la esclavitud de sus habitantes que no aceptasen el vasallaje de los Reyes de España, según se había establecido terminantemente en el requerimiento que antes mencionamos. Los dominicos creyeron necesario defenderse de las acusaciones que se les hacían, y con este fin vino también á España el padre Montesino, cuya permanencia en la isla podía ser ocasión de nuevos conflictos.

Oyó el rey D. Fernando el Católico los encontrados pareceres de los franciscanos, que estimaban como buenas las



FESTÍN IMPROVISADO.—Cuadro por Beggrow Karhman.



encomiendas de los indios, y de los dominicos, que condenaban á las eternas llamas del infierno á los poseedores de esclavos indios, así por el origen ilegítimo de esta posesión, como por la crueldad con que se ejercía.

Obsérvese que ni los dominicos, ni mucho menos los franciscanos, condenaban la esclavitud como contraria á la moral católica. Y así tenía que acontecer; porque sabido es que personas pertenecientes al estado eclesiástico han poseído esclavos, y en el seno de la Iglesia han vivido y han muerto los habitantes de las islas de Cuba y Puerto Rico que eran dueños de negros esclavos, hasta que ha sido abolida la esclavitud en todos los dominios españoles.

Planteada la cuestión de las encomiendas en los términos que lo hacían los frailes dominicos, la contestación que obtuvieron del Rey Católico fué perfectamente lógica. Dijo el Rey que los repartimientos estaban fundados en la autorización dada á los Reyes de Castilla por la Santa Sede para conquistar las Indias Occidentales, y en el dictamen de sabios teólogos y juristas, á quienes el caso se había consultado; de donde se deducía que el Rey y sus consejeros eran los responsables de la ilegitimidad de aquella institución, si tal ilegitimidad existiese, pero que esto no mermaba, ni podía mermar, el justo título con que poseían los repartimientos de indios las personas á quienes se les habían dado. Esta contestación no hizo cambiar las opiniones de los dominicos contrarias á las encomiendas, y cuenta el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo que introducía no poca perturbación en las conciencias timoratas la diferente conducta que observaban en el tribunal de la penitencia los frailes franciscanos y los dominicos; porque mientras los primeros absolvían sin poner inconvenientes á los dueños de encomiendas, los segundos solían exigir que se pusiese en libertad á los indios encomendados, como precisa condición para absolver al penitente. Nuestro Las Casas es un ejemplo que acredita la verdad de lo dicho por el capitán Oviedo, puesto que en su *Historia de las Indias* cuenta que un fraile dominico no quiso oírle en confesión, mientras tuviese indios encomendados; y que habiendo defendido Las Casas la legitimidad de estas encomiendas, el dominico le contestó: «Concluid, padre, con que la verdad tuvo siempre muchos contrarios y la mentira muchas ayudas.»

Aun cuando por los años de 1514 vivía el P. Las Casas en la villa de la Trinidad, recién fundada entonces por el gobernador de la isla de Cuba, Diego Velázquez, seguramente tendría noticia de que en las predicaciones de los frailes dominicos, que residían en la Española, se condenaba como pecado grave la servidumbre impuesta á los indios por los castellanos; y esta noticia, unida al recuerdo de lo que había acontecido en el tribunal de la penitencia por tener indios encomendados, sembraron en su ánimo la semilla de altos y generosos pensamientos, que muy pronto había de fructificar.

Como uno de los primeros pobladores de la villa de la Trinidad, le tocó al Licenciado Las Casas parte muy considerable en los repartimientos que hizo Velázquez de tierras á indios, y asociándose con un amigo suyo llamado Pedro de la Rentería, también poseedor de tierras y de indios encomendados, cabe observar que el Licenciado puso entonces las bases para realizar el anhelo de los aventureros que pasaban á las Indias, atesorar riquezas para volver á Es-

paña y asombrar á sus convecinos con el fausto de sus casas y personas; que tal es el carácter peculiar del indiano rico, tan frecuentemente descrito por nuestros novelistas y autores dramáticos.

### III.

Las Casas se convence de que los conquistadores no procedían en justicia, y viene á España para defender la libertad de los indios y la independencia de los pueblos indios.—Resolución del Cardenal Cisneros, favorable á las peticiones de Las Casas.—Vuelve Las Casas al Nuevo Mundo, y al poco tiempo regresa á España.

Hay épocas en la vida del ser humano en que se decide su destino en este mundo; épocas en que libran batalla sus instintos egoístas y sus ideales aspiraciones, y en esta batalla, si triunfan los primeros, queda el hombre encerrado en los estrechos límites de la vulgar medianía, si no desciende aún más bajo; pero si se sobrepone el amor al ideal á las concupiscencias de la materia y del espíritu, entonces Dios premia el triunfo con inmarcesible corona, acaso la del mártir, acaso la del genio, siempre la del varón insigne, que ocupa con su nombre y sus hechos páginas gloriosas en la historia de la humanidad.

Sin duda en el año de 1514, viendo el Licenciado Las Casas el próspero estado de sus negocios, pensaría que fácilmente podía llegar á la cumbre de lo que el mundo llama fortuna; pero entonces fué cuando su conciencia se despertó del letargo en que vivía, y le dijo con voz imperiosa que era inicuo y tiránico privar á los indios de la propiedad de las tierras que por derecho de nacimiento les pertenecían, y reducirlos á la esclavitud para que labrasen estas mismas tierras en provecho ajeno. Entre la voz de su conciencia, que le prescribía no aprovecharse del trabajo de los indios, y los estímulos de su egoísmo, el Licenciado Las Casas no vaciló; presentóse á Diego Velázquez, y le dijo que le devolvía los indios que le había encomendado, para que, como Gobernador de la isla en que estaban, dispusiera de ellos como creyese justo; pero que guardase en secreto esta resolución para que no padeciese en su hacienda su amigo Pedro de la Rentería, con quien tenía sus bienes en comunidad de dominio, y que á la sazón se hallaba ausente. Trató Velázquez de disuadir á Las Casas de su propósito, pero nada consiguió, y es lo raro de este suceso que cuando volvió Pedro de la Rentería, que estaba en Jamaica, antes de que el Licenciado le dijese lo que había resuelto, le manifestó que durante su viaje había pensado en las miserias y angustias que agobiaban á los indios, y que le parecía que sería piadoso ir á hacer relación al Rey de lo que en las Indias pasaba, y pedirle diera licencia para fundar colegios donde los niños se criasen y enseñasen, para evitar la destrucción y acabamiento de aquellas pobres gentes. Muy contento Las Casas al oír las palabras de su amigo Rentería, le refirió la renuncia que había hecho de los indios que tenía encomendados, y se resolvió que fuese el Licenciado quien se trasladase á Castilla para recabar del Rey Católico órdenes y disposiciones legales que pusiesen coto á las demasías de los españoles que en las Indias dominaban.

«Antes de emprender su viaje, dice D. Antonio María Fabié, conociendo Las Casas que se ponía en negocio que le



DE SOBREMESA.— Cuadro de H. Gervex.





había de acarrear muchas enemistades y grandes odios, hizo ante un alcalde una copiosa información *ad perpetuam rei memoriam* de los servicios que había prestado en aquella isla (la de Cuba), pacificando, predicando y bautizando los indios; echó luego voz de que iba á París para estudiar y graduarse, y dejando á Velázquez y á los demás españoles partió en compañía de Fr. Gutierre de Ampudia (el Vicario de los franciscanos de Cuba), llegando á la Española y desembarcando en el puerto de Xaguana.»

No parece del todo correcta, como familiarmente se dice, la conducta de Las Casas comenzando por engañar á los españoles acerca del objeto de su viaje; porque si temía que le impidiesen volver á España, sabiendo el fin con que realmente lo hacía, pudo escaparse, aprovechando para ello una ocasión propicia, pero no usar de lo que con razón considera el gran filósofo Kant como falso y absurdo derecho de mentir para hacer el bien.

En el mes de Septiembre de 1515 se embarcó Las Casas, y salió de Santo Domingo acompañado del ya dicho fray Gutierre de Ampudia y del P. Fr. Antonio Montesino, que volvía á España por segunda vez, después del mal resultado de su primer viaje, para solicitar el auxilio del Rey que era necesario á la orden de Santo Domingo, puesto que no podía concluir las obras de su convento por ser los españoles poco caritativos con los frailes que tan severamente condenaban los pecados de los encomenderos.

No cabe en los estrechos límites de este bosquejo biográfico referir todo lo que hizo, todo lo que movió Las Casas en defensa de lo que hoy llamaríamos el derecho de los indios á la libertad de su trabajo y de sus personas; pero así lo que decía como lo que escribía se hallaba fundado sobre bases muy poco sólidas. El Licenciado Las Casas, desde el punto de vista exclusivamente religioso en que desenvolvía sus razonamientos, no negaba ni podía negar el derecho que tenían los cristianos de poseer esclavos; se limitaba á decir que á los indios se les reducía á la esclavitud sin razón suficiente para ello; porque, aplicando los principios de la *Política* de Aristóteles, suponía que las agrupaciones de indios, egidas por sus caciques, que poblaban la Española, Puerto Rico y Cuba cuando á estas islas arribaron los españoles, formaban verdaderas sociedades políticas, verdaderas naciones, conforme al derecho público constituidas, y que por lo tanto se cometía un atentado, una iniquidad, una espantosa transgresión de lo estatuido en el derecho de gentes, en el derecho natural y hasta en el derecho divino cuando se despojaba á aquellos caciques ó reyes, siempre jefes del Estado, de su soberanía temporal, y se privaba á sus vasallos de la propiedad de sus tierras y de la libertad de sus personas.

En vano se recordaba al Licenciado Las Casas lo dispuesto en la bula de Alejandro VI, donde se repartía entre Portugal y España el dominio de las tierras del Nuevo Mundo; el Licenciado bajaba por de pronto la cabeza ante la autoridad pontificia; decía que, en efecto, España tenía un dominio eminente sobre las Indias, pero que este dominio, mejor dicho, este protectorado sólo tenía un título de legitimidad, la propagación de la fe cristiana, y que los caudillos y soldados españoles, monstruos de crueldad y de codicia, con sus malos ejemplos separaban de la fe en Cristo á los que estuviesen más dispuestos á aceptarla en su conciencia, y con sus malos tratamientos concluían con las razas indígenas,

como ya había sucedido en la Española, y muy pronto sucedería en la isla de Cuba y en San Juan de Puerto Rico.

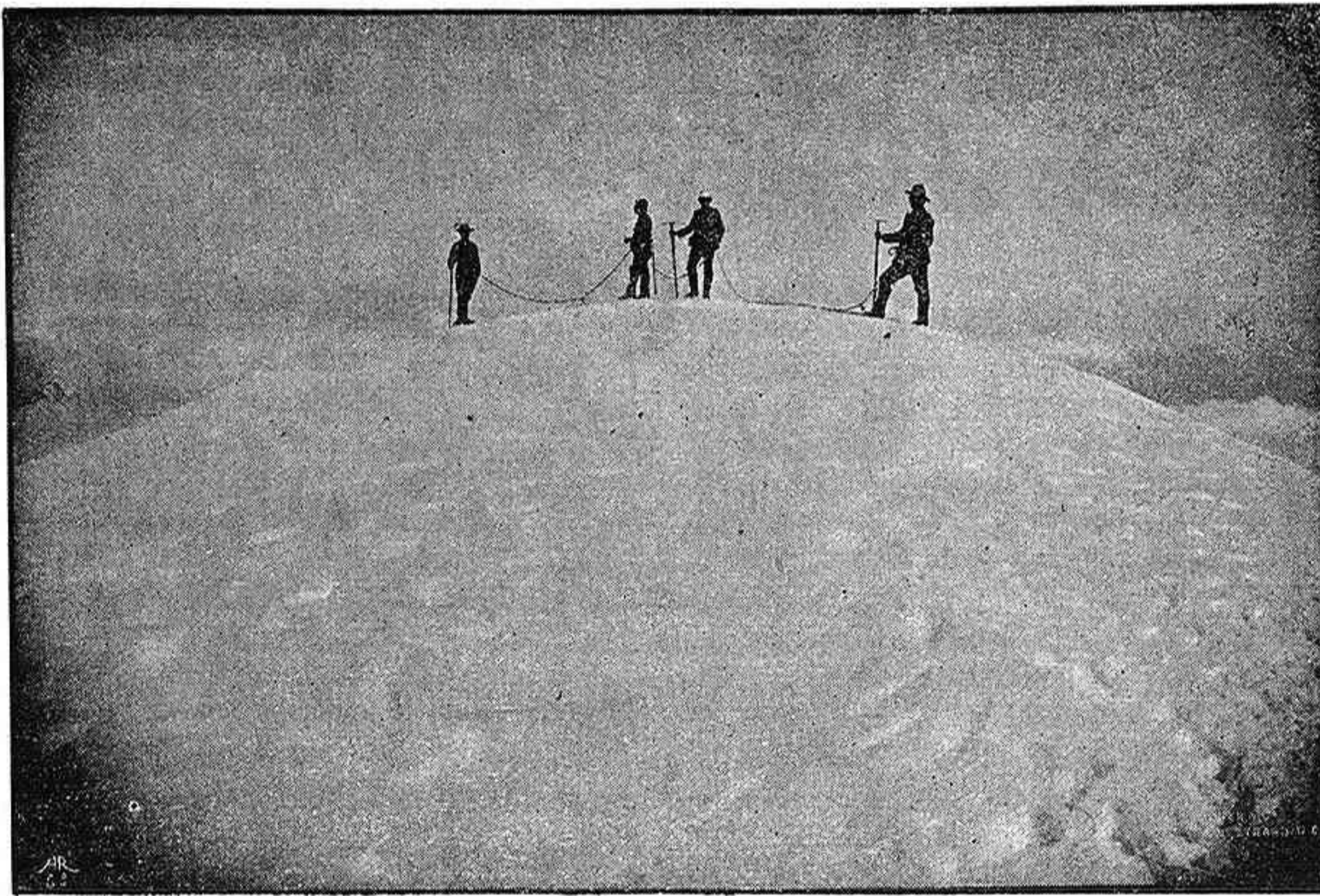
Esta rápida desaparición de la raza indígena, que realmente se había verificado en la isla Española, y que también se estaba verificando en la de Cuba, atribuida por el P. Las Casas á la barbarie de los castellanos, que agobiaban á los indios con trabajos superiores á su resistencia física, ha sido estudiada por ilustres fisiólogos y pensadores modernos, y en estos estudios se ha llegado á conclusiones muy distintas de las que el Protector de los indios consideraba como verdades de todo punto evidentes.

Por motivos que no todos se explican bien, las razas inferiores puestas en relación con otras que les superan en cultura moral y energía física, desaparecen y se extinguen con más ó menos rapidez, según las circunstancias de cada caso; y la verdad de esta ley se comprueba observando lo que hoy mismo acontece en los pueblos americanos, que después de haberse declarado naciones independientes, no pueden evitar la progresiva disminución de los indios, tan desdichados ahora como en la época de la dominación de los europeos en los territorios donde nacieron.

Al llegar á Castilla el presbítero Las Casas y exponer sus quejas por los daños que padecían las razas indígenas de las Indias como resultado de las conquistas de los dos Colonos (el Almirante y el Adelantado D. Bartolomé), de Diego Velázquez y Pánfilo de Narváez, daños de que había sido testigo de vista en la Española y en Cuba, el obispo Fonseca, que estaba encargado de los negocios de las nuevas tierras descubiertas en el mar Océano, vió reproducidas y aumentadas las pretensiones que años antes había formulado el dominico Fr. Antonio Montesino, y se apercibió á negar de nuevo la supresión de las encomiendas, que era lo que en primer término pedía Las Casas, de conformidad con la opinión de los frailes dominicos, que consideraban pecaminosa la reducción á la servidumbre de las razas indianas. Conociendo bien las ideas del Obispo, decidió Las Casas dirigirse directamente al rey D. Fernando el Católico, á la sazón Regente de Castilla; pero sólo consiguió buenas palabras y términos dilatorios á que era muy aficionado aquel Monarca, porque sabía que hay no pocas dificultades políticas que dejando pasar el tiempo se resuelven por sí solas.

Murió el rey D. Fernando á fines de Enero de 1516; y fueron nombrados regentes del Reino el cardenal Cisneros y el deán de Lovaina, Adriano de Utrecht; pero á la verdad sólo el Cardenal era quien gobernaba en Castilla, y sabido es que este insigne estadista en nadie delegaba su autoridad para resolver los asuntos que, por ser importantes, á su jurisdicción correspondían. Oyó Cisneros benignamente las reclamaciones del Licenciado, y dispuso que una junta compuesta del Dr. Palacios Rubios, de Fr. Antonio Montesino y de otras personas conocedoras de los asuntos de Indias, hiciesen unas ordenanzas para la abolición de las encomiendas, si esto fuese posible, y para evitar los malos tratamientos de los indios y los demás abusos de que pudieran ser víctimas por su debilidad é ignorancia. Como es natural, Las Casas, que formaba parte de la dicha junta, fué el encargado de la redacción de las Ordenanzas, y todo lo que en ellas estableció quedó aprobado por sus compañeros, y después por el Cardenal Regente. Para plantear en la Española y en Cuba leyes tan distintas de las que allí regían, fueron designados





LA CIMA DEL MONT BLANC.

tres religiosos jerónimos, Fr. Luis de Figueroa, fray Bernardino Manzanedo y Fr. Alonso de Santo Domingo, y el Licenciado Alonso de Zuazo, como juez de residencias de los oficiales reales. Las Casas fué nombrado procurador ó protector de los indios con el sueldo anual de 100 pesos de oro, que no era poco, dado el valor que tenían en aquel tiempo los metales preciosos.

En 11 de Noviembre de 1516 zarparon del puerto de Sanlúcar de Barrameda los buques á cuyo bordo iban el presbítero Las Casas y los monjes jerónimos antes nombrados. Arribaron felizmente á isla Española los jerónimos algunos días antes de que llegase Las Casas, y bien pronto se convencieron de que la abolición de las encomiendas, establecidas por Cristóbal Colón desde los primeros años, mejor dicho, desde los primeros días de la conquista de las Indias, era asunto que presentaba insuperables dificultades. El Protector de los Indios no se paraba en barras, como vulgarmente se dice, y exigía al Licenciado Alonso de Zuazo, que había llegado á la isla tres meses después que los jerónimos, el riguroso cumplimiento de las nuevas Ordenanzas. Los jerónimos buscaban medios para evitar toda resolución definitiva, y de aquí surgió una lucha sorda y tenaz entre estos religiosos y el Licenciado Las Casas, en que acaso los primeros procedían con más cordura que humanitaria compasión, y el segundo con más celo religioso que exacto conocimiento del límite hasta donde pueden llegar las reformas legislativas.

No peca de apasionado en favor de las órdenes religiosas el poeta Quintana, y sin embargo, ha escrito en sus *Vidas de españoles célebres*, al tratar de los tres religiosos jerónimos que fueron con Las Casas á las Indias, «que estos tres solitarios se mostraron dignos de la confianza que se hizo de ellos, y en vez del alma apocada y miras estrechas que de-

bía suponerse en unos meros cenobitas, hicieron prueba de una capacidad propia de hombres de Estado y de atentos y grandiosos administradores..... El Nuevo Mundo no se vió nunca entregado á manos más puras, ni tratado con mayor equidad, ni gobernado con más entereza y sabiduría.» Sin duda Las Casas á principios del siglo XVI no juzgaba tan favorablemente la gobernación de los jerónimos en la Española como la ha juzgado Quintana en la primera mitad de la presente centuria, puesto que resolvió venir á España para quejarse al Rey de la falta de cumplimiento de las Ordenanzas en que se abolían odiosas encomiendas é injustos repartimientos, asegurando así la libertad de los indios.

## IV.

Proyecto de dominación pacífica en América, presentado por Las Casas á los ministros del emperador Carlos V.—Es aprobado este proyecto.—Su total fracaso.—Las Casas toma el hábito de Santo Domingo.—Las nuevas leyes.—Las Casas es nombrado obispo de Chiapa.

Salió del puerto de Santo Domingo el Licenciado Las Casas en el mes de Mayo de 1516, y en cuanto llegó á España fué á visitar al cardenal Cisneros, que se hallaba en Aranda, y la única vez que consiguió verle notó que el recibimiento que le hizo no fué tan cordial como el que solía hacerle antes de su partida á las Indias. Sin duda las cartas de los jerónimos habían convencido al Regente de Castilla de que los proyectos de Las Casas, aunque loables por su intención, tenían mucho de utópicos.

Muerto el cardenal Cisneros, poco tiempo después de su entrevista con Las Casas, y habiendo venido á España su joven rey Carlos I, el Protector de los indios halló muy favorable acogida en su ministro, Mr. Chievres ó Xevrés, como los españoles decían, en el gran canciller Juan Selvagio y en otros magnates extranjeros.

Se cuenta que un día el gran Canciller, estando rodeado de muchos caballeros de la corte, llamó aparte al Licenciado Las Casas y le dijo:—«El Rey, Nuestro Señor, manda que vos y yo pongamos remedio á los indios: haced vuestros memoriales.» Apresuróse Las Casas á cumplir lo que se le ordenaba, y en el memorial que presentó propuso distintos medios para mejorar la suerte de los indios, y entre ellos, que se concediese á los españoles que moraban en el Nuevo Mundo la libre adquisición de negros, para emplearlos en los trabajos que los indios por su débil naturaleza física no podían soportar. De este arbitrio del Licen-



ciado para dar libertad á los indios, se originó la esclavitud de los negros en América; esclavitud que ha durado hasta nuestros días y cuya abolición ha costado torrentes de sangre en la guerra civil de los Estados Unidos y que en las Antillas españolas se realizó pacíficamente para honra y gloria de nuestra patria.

Las Casas, en su *Historia de las Indias*, al disculparse repetidamente de haber ideado que los negros sustituyesen á los indios en sus rudos trabajos, persiste en las mismas teorías que anteriormente expusimos; esto es, no condena en principio la esclavitud; se limita á negar que hubiese razón suficiente para convertir en esclavos á los negros que no habían sido hechos prisioneros conforme á las leyes de la guerra. Óiganse sus propias palabras, en que trata de sí mismo hablando como de otra persona:

«De este aviso que dió el clérigo (Las Casas) no poco después se halló arrepiado.... porque como después vido y averiguó, según parecerá, ser tan injusto el captiverio de los negros como el de los indios, no fué discreto remedio el que se trujesen negros para libertar á los indios, aunque él suponía que eran justamente captivos, no estuvo cierto que la ignorancia que en esto tuvo le excusara delante del juicio divino.»

Lo hemos dicho y lo repetiremos ahora, porque creemos que en este punto es donde se halla la esencia de las doctrinas que sustentaba el Licenciado Bartolomé de las Casas. Es erróneo presentar como iniciador de las ideas abolicionistas de la esclavitud á Bartolomé de las Casas; porque en sus escritos lo que clara y terminantemente se combate es el derecho de las naciones civilizadas para dominar por la fuerza en otros pueblos, aunque estén sumidos en las tinieblas de la idolatría y los horrores del despotismo, como Méjico y el Perú. Claro es, que negado el derecho de conquista, quedaba también negado todo derecho de apropiación de las tierras y de sus habitantes que se habían descubierto por los portugueses y castellanos, así en África y América, como en Asia y Oceanía. Tan injusto era el repartimiento de los indios, como la compra de los negros; porque unos y otros habían sido privados de su libertad en guerras de conquista, que eran contrarias á la justicia humana y á la ley divina. Así discurría Las Casas. La lógica de su teoría le llevó á idear un proyecto de dominación pacífica en las tierras del Nuevo Mundo, que, por lo peregrino é impracticable, fué desde el primer momento que se conoció rechazado y aun puesto en ridículo por los que creían que las conquistas de los españoles se habían hecho con razón y en la única forma que podían hacerse. Proponía Las Casas que cincuenta labradores, vestidos de blanco, con cruces rojas en el pecho, á los cuales se les concederían sus correspondientes escudos de armas y se les haría caballeros de espuelas doradas, fuesen á establecerse en lo que entonces se llamaba Tierra Firme, que hoy es parte de la América del Sur, y bajo su dirección y la de doce frailes dominicos y franciscanos, emprenderían la conquista espiritual de los indígenas, á cuyo fin irían acompañados de diez indios que voluntariamente se prestasen á servir de intérpretes con sus compatriotas de las enseñanzas de la fe divina y de la moral cristiana. Las Casas consiguió, á pesar de la oposición del obispo Fonseca y del Consejo de Indias, á pesar de los informes en un todo contrarios á sus ideas que

dió el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, tan conocedor de los asuntos indios; Las Casas, con su perseverancia y energía verdaderamente extraordinarias, consiguió que el emperador Carlos V aprobase su proyecto y le concediese doscientas setenta leguas de la costa, desde la provincia de Paria á la de Santa Marta, y toda la tierra que en el interior pudiera ocupar por medio de su pacífica dominación.

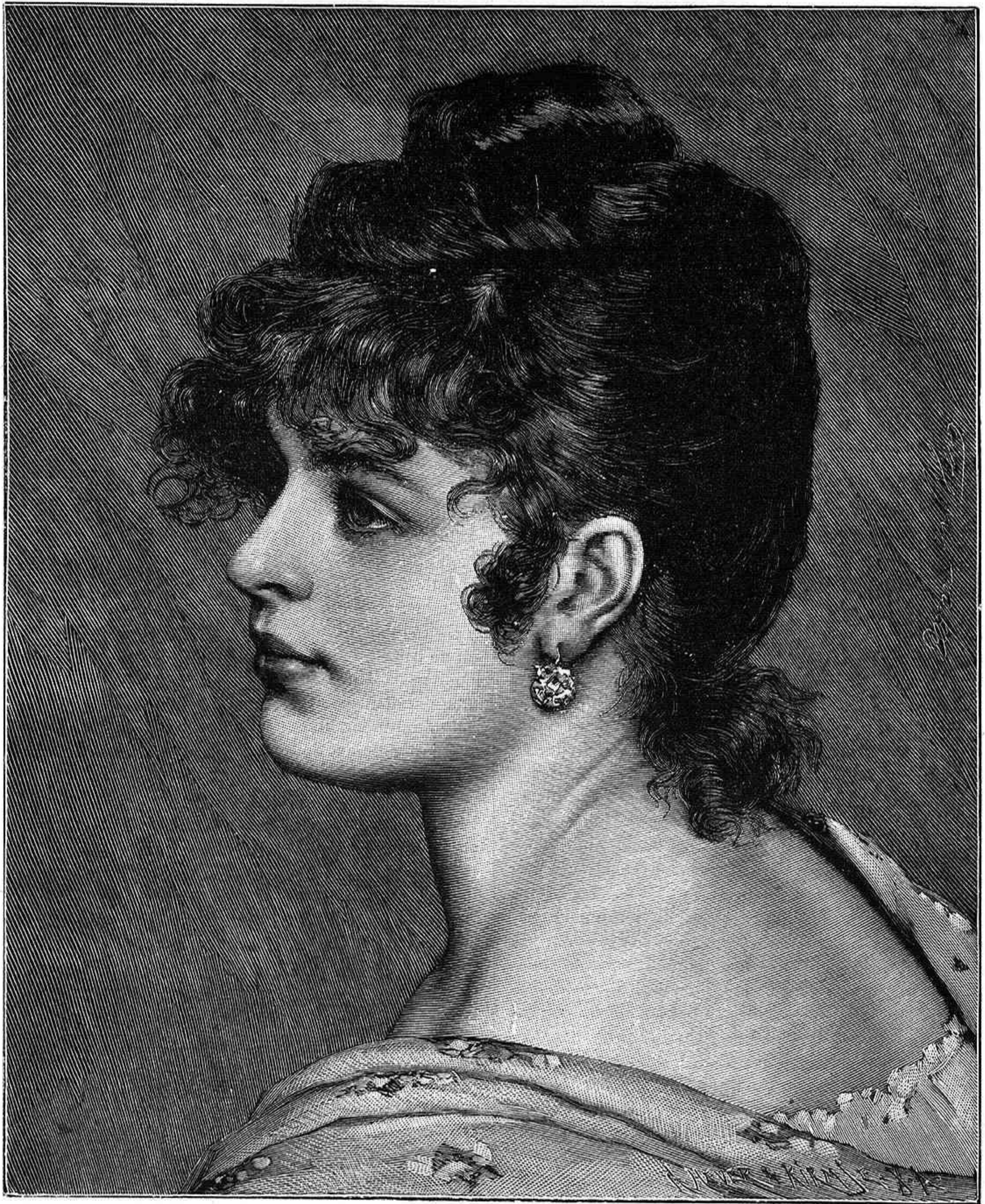
Se embarcó Las Casas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda el 11 de Noviembre de 1520. En su *Historia de las Indias* explica todos los obstáculos que halló para realizar sus proyectos de dominación pacífica en las tierras del Nuevo Mundo, y refiere la catástrofe final en que difícilmente salvaron sus vidas casi todos los labradores y frailes que en su empresa tomaron parte, atribuyendo á circunstancias accidentales este desgraciado acaecimiento. La verdad es que el proyecto del Licenciado era algo semejante á los sueños de los modernos reformadores anarquistas; sueños en que se desconoce ó se niega la imperfección de la naturaleza humana, y como la vida social se desenvuelve con la inflexible lógica de los hechos necesarios, toda falsa teoría que se quiere llevar á la práctica produce y producirá siempre inevitables catástrofes.

El fracaso de su proyecto de dominación pacífica influyó sin duda en la resolución que tomó Las Casas de vestir el hábito de la orden de Santo Domingo, como así lo hizo en la capital de la Española el año de 1523. Desde esta fecha, la vida del P. Las Casas, que nos relata Fr. Antonio Remesal en su *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, no nos merece gran crédito de verídica, porque en un libro que acaba de publicarse, el ilustre americanista D. Marcos Jiménez de la Espada ha demostrado que en ella abundan más los elogios del panegirista que el estudio detenido de las luchas entre los intereses humanos y la caridad evangélica de los defensores de los indios.

Guiados por las observaciones del Sr. Jiménez de la Espada, nos parece que Las Casas no llegó á ir al Perú, ni obtuvo del emperador Carlos V tan decisivos mandamientos en favor de los indios como los que su biógrafo supone; pero sin duda la constante predicación de los dominicos y los memoriales y negociaciones del P. Las Casas contribuyeron poderosamente, quizá fueron la causa inmediata de que se hiciesen las famosas *nuevas leyes* de Indias, en que se decía: «Ordenamos y mandamos que de aquí adelante ningún Visorrey, Gobernador, Audiencia, descubridor, ni otra persona alguna, no pueda encomendar indios por mera provisión, ni remuneración, ni donación, venta, ni otra cualquier forma ó modo, ni por vacación ni herencia.» Estas nuevas leyes de Indias fueron firmadas por el Emperador en Barcelona, con fecha 20 de Noviembre de 1542.

Aceptadas por el Emperador y por el Consejo de Indias las ideas del P. Las Casas en lo concerniente á abolición de las encomiendas, es natural que se quisiera confiar al Protector de los indios el gobierno de alguna de las diócesis de América, para que ayudase á los gobernadores y audiencias en el espinoso trabajo de poner en práctica las nuevas leyes en España publicadas. En efecto, se ofreció á Las Casas el obispado del Cuzco en el Perú, que rehusó cortésmente, y después el de Chiapa en Méjico, que se vió obligado á aceptar, porque sus superiores en la orden dominica le dijeron





JULIETA.—Por Eugen Ritter Von Blaas.

que no debía privar á los indios de la protección que podría prestarles ocupando la silla episcopal que en el Nuevo Mundo se le designaba.

## V.

El Obispo de Chiapa y sus diocesanos.—Regreso á España del obispo Las Casas.—Su controversia con el doctor Juan Ginés de Sepúlveda.—Las ideas del P. Las Casas juzgadas por el jesuita Ricardo Cappa y por D. Emilio Castelar.

Dice el académico Sr. Fabié que en Sevilla, en la iglesia del convento de San Pablo, recibió su consagración episcopal Fr. Bartolomé de las Casas, el día 30 de Marzo de 1544, y añade: «No estando Remesal en lo cierto al afirmar que se celebró la ceremonia en la iglesia metropolitana.»

El miércoles 9 de Julio de 1544 se embarcó el nuevo obispo, acompañado de cuarenta y cinco frailes dominicos y algunos clérigos seculares, en una nave llamada *San Salvador*, que formaba parte de una flota compuesta de veintiséis barcos de transporte y un galeón de guerra. Esta flota zarpó del puerto de Sanlúcar el 10 de dicho mes y año, y después de una navegación no siempre feliz para el Obispo y sus acompañantes, llegó á las costas de Santo Domingo el 9 de Septiembre de 1544. El Obispo de Chiapa se detuvo poco tiempo en la Española, puesto que el 14 de Diciembre del año 1544 navegaba ya con rumbo á Nueva España, y después de un viaje en que no faltaron peligros y contratiempos llegó á la cabeza de su diócesis, que los antiguos cronistas llaman la Ciudad Real de Chiapa.

Los encomenderos de Chiapa no eran ni menos codiciosos ni menos crueles que los que el P. Las Casas había conocido en la Española y en Cuba, y el nuevo Obispo resolvió cortar el abuso que á su juicio se cometía esclavizando á los indios por un medio de reconocida eficacia, atendiendo á la fe religiosa de los españoles del siglo XVI. Recogió todas las licencias para confesar, y sólo dejó con el cargo de confesores al deán Gil Quintana y al canónigo Juan Perera, á los cuales advirtió que se reservaba la absolución de todos los casos de conciencia que se relacionaban con la libertad de los indios y la legitimidad de las riquezas adquiridas por los conquistadores.

Es de notar que los frailes de la Merced que existían en el obispado de Chiapa concedían la absolución sin ningún inconveniente á los encomenderos, y que lo mismo hacían todos los sacerdotes de esta diócesis antes de la llegada de Las Casas, y, por lo tanto, la novedad establecida por el nuevo Obispo produjo general y público descontento. La lucha entre el obispo Las Casas y sus diocesanos fué larga; pero como la opinión que sostenía el Protector de los indios nunca fué admitida como verdadera por todos los teólogos, ni por todas las órdenes religiosas, resultó lo que no podía menos de resultar: el Obispo tuvo que abandonar su diócesis y volverse á España, para ver si conseguía por medio de la fuerza coercitiva que en sí llevan las leyes, lo que no había logrado alcanzar por el llamamiento de la fe en las conciencias de los cristianos encomenderos.

Llegó el obispo Las Casas á España en 1547. El alzamiento del Perú, capitaneado por Gonzalo Pizarro, había obligado al Emperador á dejar en suspenso lo dispuesto en

las nuevas leyes acerca de la abolición de las encomiendas, y además habían adquirido no poca notoriedad los escritos del doctor Juan Ginés de Sepúlveda, en que se sostenía la compatibilidad de la guerra con la religión cristiana; y haciendo aplicación de este principio general, se afirmaba que los españoles habían procedido con justicia en la conquista del Nuevo Mundo. Más aún. En Méjico había conseguido Las Casas reunir algunos prelados y juristas que convinieron en escribir una instrucción para los confesores, de acuerdo con sus ideas, y de esta instrucción se dieron numerosos traslados. Cuando el Emperador se enteró del asunto, mandó recoger todas las copias que se hallasen de la dicha instrucción, y dispuso que se enviasen al Consejo de Indias para su examen y ulteriores resultados.

Como se ve, la obra de Las Casas había fracasado por completo. No había conseguido que se aceptase como parte de la moral cristiana la negación del derecho de conquista, y las leyes que prohibían las encomiendas de los indios sólo se lograban cumplir mediante la trata de negros, esto es, estableciendo la esclavitud de los negros.

Las Casas disputó con el doctor Sepúlveda delante de una Junta que mandó el Emperador que se reuniese en Valladolid. Las exageradas ideas del Protector de los indios hallaban respuesta en las no menos exageradas de Juan Ginés de Sepúlveda, que aceptando la doctrina de Aristóteles, sostenía que los indios eran, por su naturaleza inferior, esclavos de sus conquistadores.

Viendo el Obispo de Chiapa la inutilidad de sus esfuerzos para transformar prontamente la vida social de los pueblos formados en el Nuevo Mundo, recurrió á la propaganda de sus ideas en voluminosos libros y en breves opúsculos, fiando, sin duda, en que la posteridad haría justicia á la exactitud de sus juicios y á la alteza nobilísima de sus caritativos esfuerzos en pro de los desventurados indios. En parte, pero sólo en parte, alcanzó lo que se proponía. La posteridad reconoce y admira la ferviente caridad, la constancia inquebrantable y el valor cívico, en ocasiones heroico, del Protector de los indios; pero lamenta que tan altas dotes de carácter no estuviesen acompañadas de aquella prudencia exquisita y de aquella sabiduría científica que eran condiciones indispensables para influir beneficiosamente en la maravillosa conquista y en la difícilísima civilización de las Indias Occidentales. El P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, ha dicho que el celo caritativo de Las Casas no fué en general *secundum scientiam*; y por si esta autoridad pareciese sospechosa á los librepensadores, citaremos las palabras del eximio orador demócrata D. Emilio Castelar, que puede considerarse como una cumplida contestación á todos los anatemas que lanzaba contra los conquistadores castellanos el Obispo de Ciudad Real de Chiapa. Dice así el Sr. Castelar: «Cuando yo leo las indignaciones de los enciclopedistas del siglo pasado contra las crueldades hispanas en el Nuevo Mundo, no puedo menos que recordar las crueldades apercibidas y preparadas por ellos sin quererlo y sin saberlo en las enormes cristalizaciones de sus ideas á que llamamos revolución francesa. Los cultísimos discípulos de la Enciclopedia se portaron como caníbales. Ensangrentáronse Ródano y Sena con la sangre que destilaba la guillotina de París y con la sangre que diluviaban las matanzas de Lyon. Los innovadores, no obstante



haber escrito el humano derecho en la conciencia de nuestra humanidad emancipada, renovaron los degüellos de San Bartolomé tras tantas revelaciones nuevas de la ciencia y tras tanta progresión increíble de la idea. Pero, sin oscurecer nuestra conciencia en complicidad ninguna con el terror, maldiciéndolo y abominándolo, seríamos indignos de pertenecer al género humano si no proclamásemos tres veces santa la revolución francesa, Génesis del espíritu moderno, y no declaráramos que ha roto las cadenas de todos los esclavos y las argollas de todos los tormentos, desarraigando las raíces del despotismo y reconociendo en el género humano su natural prístina libertad. Pues lo mismo digo del descubrimiento de América, lo mismo. En otro planeta, con otra humanidad, bajo leyes diversas de las leyes vigentes sobre nuestra especie, acaso hubiérase realizado la indispensable apropiación del Nuevo Mundo por el viejo á impulsos del amor, en virtud y por eficacia de suave y fraternal predicación. Querer el descubrimiento de América sin guerra, la guerra sin conquista, la conquista sin violencia, la violencia sin estrago, el estrago sin ruina y desolaciones, equivale á querer el parto sin dolor y la vida sin muerte. Quien haya guerreado con medios distintos que los esgrimidos por España, puede tirar á España la primera piedra.»

Cierto, certísimo es que la *indispensable apropiación del Nuevo Mundo por el Viejo*, con seres distintos á lo que han sido, son y probablemente serán durante muchos siglos, y quizá siempre, los seres humanos, se hubiera podido hacer á impulsos del amor, en virtud y por eficacia de suave y fraternal predicación, como quería que se hiciese el P. Las Casas, pero en la época del descubrimiento de las Indias, como en los días que hoy corren, la espada del conquistador abre camino al progreso, y vanamente se declama contra la brutalidad de la fuerza, cuando hasta la estatua de la Justicia se presenta armada, porque de otro modo fuera irrisión de los malvados.

## VI.

Las obras del P. Las Casas.—Su *Historia de las Indias*.—Su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.—Últimos años de la vida del Padre Las Casas.—Su muerte en el Convento de Atocha de Madrid.

La abolición de las encomiendas que Las Casas logró que se prescribiera en las nuevas leyes y en la instrucción de confesores, dada por los Prelados de Méjico, costó torrentes de sangre en las guerras civiles del Perú, y no pasó de precepto legal y religioso que ni jueces ni confesores consiguieron nunca que se llegara á cumplir.

Desconocía el obispo Las Casas que la ley escrita, lo que hoy llamamos derecho constituido, no puede estar enteramente de acuerdo con la ley natural, ó sea con el derecho constituyente. Solón dijo con gran acierto: «No doy á los atenienses las mejores leyes que yo concibo, sino aquellas que pueden soportar, conforme á sus usos y antiguas costumbres.» Krause en su *Ideal de la humanidad* ha dicho lo mismo, aunque de diferente modo, al afirmar que si al más civilizado de los pueblos modernos se le diese una constitución en un todo conforme con los principios generales del derecho natural, no la resistiría ni podría resistirla, si esta constitución no se hallaba de acuerdo con las condiciones

de su vida económica, política, científica; en suma, con todas las condiciones de su vida social. El poeta Campoamor, en forma humorística, confirma lo dicho por Solón y Krause al escribir en uno de sus libros filosóficos: «No deis un bozal al que necesita un derecho; no deis un derecho al que necesita un bozal.»

Si todos los esfuerzos que empleó el Obispo de Chiapa en sostener que los caciques indios debían ser respetados en sus dominios y que los españoles no tenían derecho para apropiarse tierras que tenían sus legítimos dueños, ni mucho menos para hacer esclavos á estos mismos dueños; si todos los esfuerzos que el Obispo de Chiapa malgastó en empresas imposibles los hubiese encaminado á mejorar la suerte de los indios por medio de disposiciones legales, no contrarias por completo á los usos establecidos; si hubiera usado de los auxilios que para sus fines le prestaba la confesión auricular, con más política prudencia que riguroso celo apostólico, quizá no fuera tan grande su renombre, pero de cierto que su influencia hubiera alcanzado bienes muy superiores á los que obtuvo, siempre transitoriamente, para sus infelices protegidos.

Las obras históricas y teológico-jurídicas del obispo Las Casas son muy numerosas. Todas se encaminan al mismo fin; defender á los indios y acriminar á los españoles por su crueldad y avaricia. De estas recriminaciones no se libra ni el mismo Colón, á pesar del entusiasmo que inspiraba su memoria al Obispo de Chiapa. Así, los grillos que de orden del comendador Bobadilla se pusieron á Colón, los considera el P. Las Casas como un castigo que la Providencia impuso al descubridor del Nuevo Mundo por los daños que había causado á los indios en sus personas y legítimas propiedades.

La obra histórica de Las Casas de mayor importancia es la *Historia de las Indias*, que ha permanecido inédita hasta el año de 1875 en que se publicó, formando parte de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Algo se ha publicado también de su *Historia apologética de las Indias*. De esta parte publicada, es muy curiosa la que acaba de ver la luz, gracias á la inteligencia y desvelos del docto americanista D. Marcos Jiménez de la Espada, en la *Colección de libros españoles, raros y curiosos*. *De las antiguas gentes del Perú* es el título de este libro, que se halla encabezado con un prólogo notabilísimo del señor Jiménez de la Espada.

Entre los numerosos opúsculos de Las Casas se cuenta el que su autor tituló *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, el cual ha juzgado el insigne poeta Quintana, diciendo: «El tono es acre, las formas exageradas, los cálculos de población y de estragos abultados hasta la extravagancia y aun contradictorios entre sí. El autor, en vez de contar, declama y acusa; y entregado todo al objeto que le posee y al fin que camina, ni ve ni atiende más que acumular horrores sobre horrores y lástima sobre lástima, valiéndose para ello de todos los cuentos que le vienen á la mano, adoptados por la credulidad, y aun quizá, á veces, sugeridos por su fantasía.» Si así juzga la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* un ferviente admirador de Las Casas, ya puede inferirse lo que este opúsculo es. El respeto á la memoria de su autor nos veda calificarle.

Según dice el P. Ricardo Cappa, en su libro *Colón y los*

*españoles*, han impugnado los teorías del Obispo de Chiapa el franciscano Fr. Francisco de Benavente, llamado Motolinia, el monje jerónimo Fr. Fernando Ceballos, el licenciado Bartolomé de Albornoz, el presbítero D. Ciriaco Morella, el general D. Bernardo de Vargas-Machuca y el limeño D. José E. Llano Zapata. Dice también el P. Cappa que el limeño Fr. Juan Meléndez y el P. Antonio Montalvo han negado que Las Casas sea el autor de todas las obras que corren con su nombre.

Al volver á España el P. Las Casas tenía el propósito de renunciar á su obispado de Ciudad Real de Chiapa, y así lo verificó, según parece, en el año de 1550. Observa el señor Fabié que «casi todos los biógrafos de Las Casas dicen que desde su vuelta definitiva á Castilla se retiró al convento de San Gregorio de Valladolid, y si bien es cierto que en él moró algunas temporadas con intención de establecer allí su ordinaria residencia, no se puede decir con exactitud que hubiera abandonado la vida activa, pues para gestionar los negocios de los indios hacía frecuentísimos viajes.... Por una cédula de Felipe II dirigida á su Aposentador mayor en el año de 1560, se manda que se dé alojamiento á don Fr. Bartolomé de Las Casas, correspondiente á su estado, en consideración á lo mucho que había servido al Rey y á su egregio padre, no sólo en Toledo, sino en cualquier punto en que la corte residiese; lo cual prueba en primer lugar lo bienquisto que, no obstante sus opiniones, estuvo siempre Las Casas con el Rey y con sus ministros, después de la muerte del obispo Fonseca; y en segundo, que eran continuos sus viajes á la corte, ya hechos por espontánea resolución suya, ya por ser llamado para dar su dictamen en los graves asuntos de las Indias.» También afirma el Sr. Fabié que el P. Las Casas residió algunas temporadas en su ciudad natal, como ya lo indicaba el que varios de sus opúsculos estuviesen impresos en Sevilla y lo ha visto probado en una carta que existe en el Archivo de Indias; carta que lleva la fecha del 25 de Octubre de 1552 y en la cual se dice que había llegado á Sevilla á principios de Enero del dicho año.

Después de la renuncia de su obispado se señaló á fray Bartolomé de las Casas una pensión de doscientos mil maravedís; pensión que en 1563 se aumentó hasta trescientos cincuenta mil. Las Casas, por los años de 1556, no sólo era el protector oficioso de los indios, sino apoderado y representante legal de los caciques del Perú y de todos los demás caciques é indios vecinos del dicho reino, según aparece consignado en un documento oficial que repetidamente ha visto la luz pública.

Á lo que parece, D. Fr. Bartolomé de las Casas en los últimos años de su vida trasladó su residencia á Madrid, donde á la sazón se hallaba la corte, porque en 17 de Marzo de 1564, sin estar enfermo, presentó al escribano público Gabriel Testa un pliego cerrado y sellado, que dijo ser su testamento y última voluntad, hecho en el convento de Nuestra Señora de Atocha, extramuros de Madrid. Es de presumir que en la casa conventual de Atocha residió el P. Las Casas, cuando menos desde la fecha de su testamento hasta la de su muerte, que se verificó á fines del mes de Julio de 1566.

Grande, grandísimo fué el respeto de que se vió rodeado el P. Las Casas en los últimos años de su vida. «El mismo Consejo de Indias, dice Quintana, donde tantas veces sus

ideas y aun su persona fueron en un principio escarnecidas y desairadas, llegó después á negar el permiso de imprimir los libros en que se le impugnaba, dando por razón que á este piadoso escritor no se le debía contradecir, sino comentar y defender.»

No es justa la prohibición legal de que fuesen discutidas, pero sí merecen ser respetadas y muy respetadas las doctrinas que en sus obras expuso el Protector de los indios; doctrinas que hoy reprueban de consuno la filosofía católica y el libre pensamiento racionalista; doctrinas que han servido de base para que los enemigos de España pinten á los conquistadores del Nuevo Mundo como monstruos de crueldad y de avaricia; pero doctrinas también en las cuales la caridad, la primera y la más grande de las virtudes humanas, brilla con luz tan resplandeciente que deslumbra la vista del crítico bien intencionado y le impide censurar los errores del soñador utópico, en gracia de las nobles aspiraciones del severo moralista y del piadoso teólogo.

Carecemos de autoridad y de la ciencia necesaria para formular un juicio bien razonado acerca de los méritos y deficiencias que se notan en la conducta y en los escritos del obispo D. Fr. Bartolomé de las Casas, y por dichas dos causas nos limitaremos á transcribir algunos párrafos del libro *Colón y los españoles*, por el P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, y otros de las *Vidas de españoles célebres*, por D. Manuel José Quintana; párrafos que servirán de remate á este breve estudio biográfico, y al propio tiempo, pondrán de manifiesto que, así el admirador como el crítico coinciden en alabar la perseverancia con que el P. Las Casas defendió lo que entendía que era justo se hiciese en la gobernación de los pueblos del Nuevo Mundo.

Dice el ilustre jesuíta Ricardo Cappa: «Las Casas dejó un recuerdo imperecedero, y su nombre está indisolublemente ligado al de América. Tuvo grande aborrecimiento á la opresión y detestó la injusticia, reprendiéndola doquiera que la hallaba, como lo prueba el siguiente trozo de su *Historia* dirigido á Colón: «Llegados los presos á la Isabela, mandó el Almirante que los llevasen á la plaza, y con voz de pregonero les cortasen la cabeza. ¡Hermosa justicia y sentencia para comenzar en gente tan nueva á atraerlos al reconocimiento de Dios, prender y atar á un Rey y señor en su mismo señorío!.... Esta fué la primera injusticia, con presunción vana y errónea de hacer justicia, que se cometió en estas Indias.» Fué siempre Las Casas muy desinteresado é incansable en el trabajo de mejorar la suerte de los indios: por tan santa y noble causa sufrió gravísimos disgustos y devoró amargos y frecuentes sinsabores. Pero su celo no fué en general *secundum scientiam*; era arrebatado é imprudente, con frecuencia temerario, y poco conocedor de los hombres. Salió mal en cuanto emprendió, y lo mejor que algunas veces le pudo acaecer fué poder disculparse de no haber sido obedecido. Su error principal estuvo en querer tomar á españoles, genoveses, é indios como debían ser, y no como eran. Las obras ya citadas (*Historia de las Indias*, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, etc., etc.) fueron sus principales producciones. Se le han probado relatos ajenos ó la verdad, contradicciones y asertos de cosas dudosas; el lenguaje en su conjunto está lleno de acritud y exageración; es un torrente de bilis que nada perdona.»

El gran poeta D. Manuel José Quintana termina su vida



de Fr. Bartolomé de las Casas escribiendo las palabras que á continuación copiamos: «Cuando á mediados del siglo pasado la Filosofía y la Historia empezaron á examinar las doctrinas, los acontecimientos y los hombres, según el bien ó el mal que el género humano había recibido de ellos, al paso que se estremecieron de indignación y de lástima al ver los infortunios y desolación de los indios, no pudieron dejar de poner los ojos con igual entusiasmo que reverencia en los esfuerzos sublimes y filantrópicos de Casas. Perdonáronle sus errores, perdonáronle su exageración y su vehemencia: estas faltas, aunque hubieran sido mayores, desaparecían de-

lante de aquel generoso impulso y benéfico propósito á que consagró todos los momentos de su vida y todas las potencias de su alma. Casas debió entonces crecer en aprecio y nombradía, y recomendado por la Historia, preconizado por la elocuencia, su nombre ya no pertenece precisa y particularmente á España, que se honrará e' ornamente con él, sino á la América, por los inmensos beneficios que la hizo, y al mundo todo, que le respeta y le admira como un dechado de celo, de humanidad y de virtudes.»

LUIS VIDART.

## DESAHOGOS

### El ingrato.

Humilde con el altivo  
Y altivo con el humilde,  
Importándole una tilde  
Ser un Judas redivivo;  
Subió á fuerza de adular,  
Traicionó á quien le subió,  
Y aquí le retrato yo  
Para enseñanza ejemplar.

### Indudable.

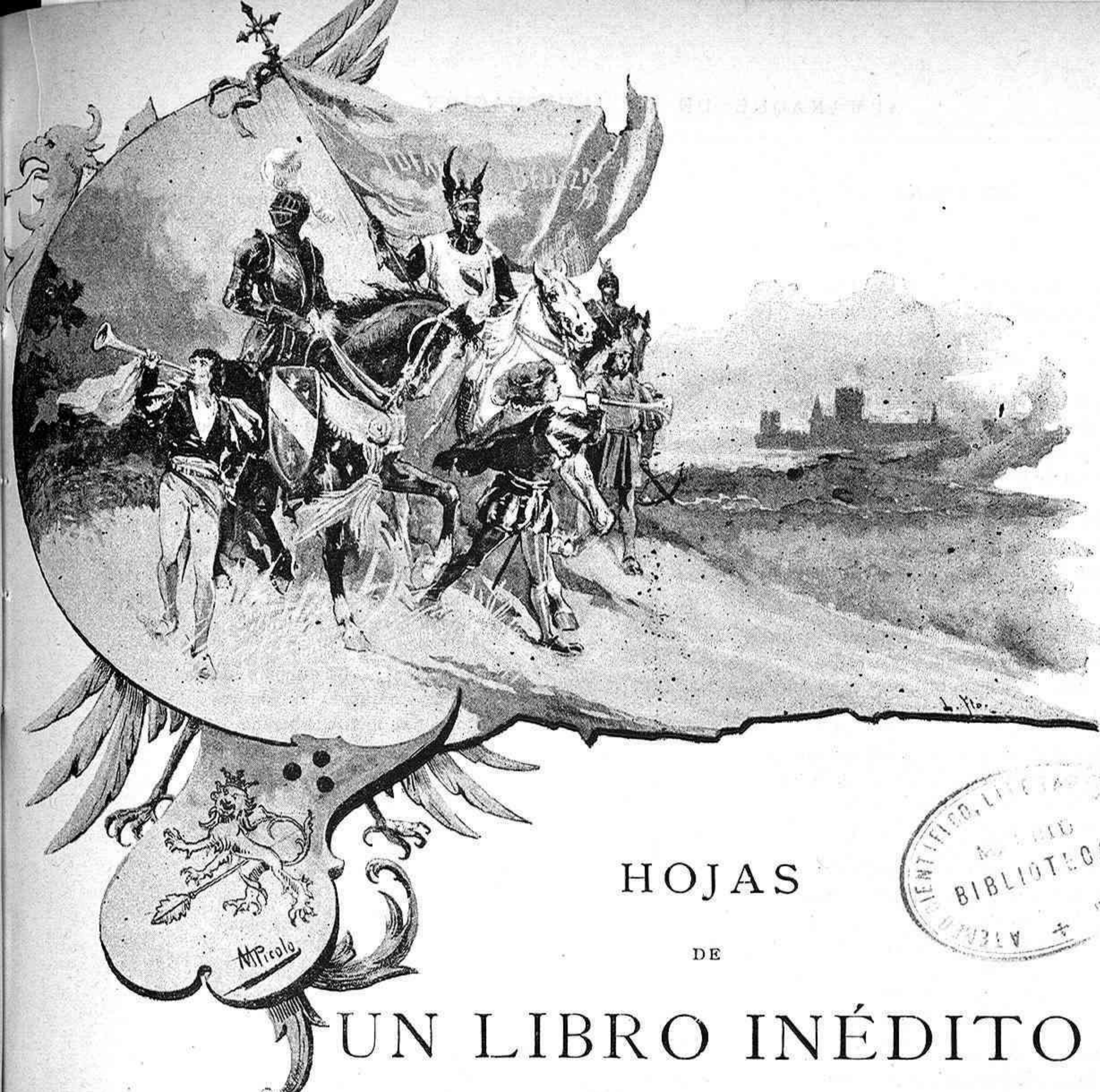
El mejor de los gobiernos  
Es el gobierno absoluto,  
El mejor..... para el que manda.  
Preguntádselo al Gran Turco.

### ¡A buena hora!

Conocí á un insigne sabio  
Á quien, difunto, ensalzó  
Tanto como, vivo, hundió  
Gente de dañino labio.  
Mas él, vengando el agravio  
De los pasados entuertos,  
Irguió sus despojos yertos,  
Rechazó cintas y flores,  
Y gritó: —¡Lobos traidores,  
Dejadme en paz con los muertos!

ABDÓN DE PAZ.





HOJAS

DE

# UN LIBRO INÉDITO

## La legión sagrada.

*A Carlos Ossorio y Gallardo.*

### I.

Espléndida legión de paladines  
Cruza por la ancha vía;  
Resuenan en los aires sus clarines  
Con mágica armonía.

Alados son sus ágiles corceles  
De crines desatadas;  
Bajo lluvia de flores y laureles  
Relumbran sus espadas.

Á la lid va el ejército brillante  
Con noble gentileza,  
Luciendo esta divisa fulgurante:  
«Ideal y belleza.»

### II.

Libraron cien combates ardorosos  
Los paladines bravos  
Con fieros enemigos numerosos,  
De la ignorancia esclavos.

La sagrada legión su fe indomable  
Mostró en la lucha airada,  
Siendo por su contrario formidable  
Al cabo derrotada.

Vencidos, los gallardos paladines  
Vuelven por la ancha vía.  
¡Mas siguen resonando sus clarines  
Con mágica armonía!

**El desafío.***A José Contreras.*

Es la mañana: el céfiro sonante  
Las relucientes frondas estremece;  
El sol de Abril, magnífico y radiante,  
En cielo de zafiro resplandece.

El fragor del torrente y la cascada,  
Las risas del arroyo cristalino,  
De las aves la música perlada  
Forman de amor un cántico divino.

Todo dice: «La vida es un poema  
De luz, placer, belleza y armonía.  
¡Amar, vivir, gozar..... dicha suprema  
En tan hermoso y rutilante día!»

Mas, escondidos en el bosque, esgrimen  
La venganza y el odio dos espadas,  
Que crujen, chocan, brillan y se oprimen  
Como rivales sierpes irritadas.

De pronto un ¡ay! desgarrador, que llena  
El pecho de ansiedad, de espanto y frío,  
Cruza la limpia atmósfera serena,  
Como siniestro pájaro sombrío.

Y exclamo con el alma dolorida:  
«¡Aves, luciente sol, campos de flores,  
Cascada, cielo azul, mentis! La vida  
Es horrible tragedia entre esplendores.»

**Soneto.**

Los románticos tiempos celebrados  
De los regios, olímpicos festines,  
De las trovas, los nobles paladines,  
Los castillos y alcázares dorados,

Pasaron con sus trajes recamados,  
Con sus justas y alegres bandolines,  
Sus ojivas, sus mágicos jardines  
Y sus lechos de plata cincelados.

¡Oh vieja edad del arte y la bravura,  
Bañada por la luz de la poesía,  
Cuán radiante aparece tu hermosura!

¡Mas ¡ah! que tu esplendor sólo cubría  
El torpe vicio, la barbárie obscura  
Y el cáncer de la odiosa tiranía!

**Ultima primavera del poeta.***A José J. Herrero.*

Coronado de lirios y esplendores,  
Mayo aparece tibio y perfumado;  
Y ¡ay! en la dura cruz de los dolores  
El lírico alemán yace enclavado.

El que trocó las gotas de rocío  
En lágrimas y en fúlgidos diamantes,  
En fantástico mundo el mar bravío  
Y las rosas en senos palpitantes;

El autor de la *Nueva primavera*;  
El que vida y lenguaje dió á las flores,  
Ninfas á la enramada y la pradera  
Y en su pecho anidó á los ruisseños,

Hoy cierra, airado, los dolientes ojos  
Para no ver el sol áureo y triunfante,  
Y maldice con lúgubres enojos  
La primavera nítida y fragante.

¡La primavera!..... Dulce y luminosa  
Palabra que, en su ardiente fantasía,  
Hace vibrar la mágica poesía  
De su risueña juventud hermosa!

¡La primavera!..... La estación lozana  
Que el cuadro iluminado de fulgores  
Despliega por su mente soberana  
De su dicha fugaz y sus amores!

Y sueña el triste en los remotos días  
De alegre cielo y de ilusiones bellas,  
En que entonaba cantos y armonías  
Su musa coronada de centellas.

Ora vese bogando entre las olas,  
En las azules noches estrelladas,  
Y oyendo las mentidas barcarolas  
Que cantan las sirenas y nayadas;

Ya recorriendo el bosque misterioso;  
Ora surcando el lago de cristales;  
Ya cantando un idilio venturoso  
Al pie de los laureles y rosales.

Entonces surgen, en su mente inquieta,  
Sus amadas de rostro alabastrino,  
Rubios cabellos y ojos de violeta  
Y blanca veste de flotante lino.

Y al comparar delicias y esplendores  
De aquel plácido tiempo sonrosado  
Con los presentes trágicos dolores,  
Llora su corazón desesperado.

Y el vate cierra los cansados ojos  
Para no ver el sol áureo y triunfante,  
Y maldice con lúgubres enojos  
La primavera nítida y fragante.

Mientras responde Mayo, sonriente,  
Á su inmortal poeta con un coro  
De arpados ruisseños, y en su frente  
Coloca el sol una diadema de oro.



**Boceto.***Á José María Alcalde.*

La náyade sagrada de la fuente  
Entre gemidos y sollozos canta  
Una historia de trágicos amores,  
Bajo las ondas de zafir y plata.

Es una noche del risueño estío;  
Noche feliz, serena y perfumada.  
Como el redondo seno de una virgen  
Brilla la luna blanca.

En medio del jardín esplendoroso,  
Sobre la fresca alfombra de esmeralda,  
Un hombre yace, atravesado el pecho  
Por fieras estocadas.

Vese á sus pies un bandolin quebrado;  
Las estrellas de luz su rostro bañan,  
Y las flores, movidas por el céfiro,  
Besan su frente pálida.

Todo es misterio y paz; sólo resuena  
En el silencio de la noche plácida  
Una doliente voz de arpa de oro  
Que se deshace en lágrimas.

Es la náyade triste de la fuente  
Que, entre gemidos y sollozos, canta  
Una historia de trágicos amores,  
Bajo las ondas de zafir y plata.

MANUEL REINA.





## UN TUMULTO ESTUDIANTIL.

**C**URSABA yo en Madrid el primer año de Filosofía, de dos asignaturas: Lógica y Matemáticas. Regentaba la primera el que poco después había de ser catedrático propietario, D. Carlos María Coronado, entonces mozo gallardo, apuesto y elegante, de singular tiesura profesional, intimando con su grave continente el respeto á sus inferiores. El catedrático de Matemáticas era un señor también joven, que no quiero nombrar, para que no se estremezcan sus huesos en el sepulcro: era más bueno que el pan, y eso le perdía.

En la primera cátedra todo era orden, compostura y silencio claustral; nadie se atrevía á pestañear. En la segunda, en la de Matemáticas, cambiaban la escena y la decoración. El aula era un gran rectángulo; en el testero se hallaban, sobre un estrado, la mesa y sillón del profesor, y á lo largo del salón los bancos de los alumnos, en dos filas por lado, con ancho espacio en el centro, apareciendo como circo de cofradía en iglesia, donde se sientan los cofrades mientras el oficiante actúa en el altar mayor. Tal colocación hacía que los discípulos dieran de codo al catedrático, y aun servía para cosa peor.

Empezaba la explicación y simultáneamente el murmullo, bien pronto convertido en tumultuosa algarabía; y ¡aun si no empezara más que el ruido! La hora de la clase era llamativa (las doce); despierto el apetito de los jóvenes escolares, grande su despreocupación y nulo el respeto que había de inspirarles el catedrático. Á los cinco minutos de haber comenzado á hablar de triángulos isósceles y escalenos, de rectas, curvas y perpendiculares, se emprendía de fila á fila de bancos un bombardeo de medios panecillos, manzanas, castañas asadas, aceitunas cordobesas, huevos cocidos y otros comestibles de arte menor, poniéndose en movimiento casi todas las mandíbulas, sin cesar el regocijado alboroto de los alumnos.

El muy paciente catedrático se limitaba á decir, con dulcísimo acento, dando con los nudillos de los dedos, á manera de toques de atención, dos golpeitos sobre la mesa: «Orden, señores!» Mas el orden no se restablecía en aquella turba discola y levantisca. Repetía el profesor su intimación sin más resultado que la vez primera, y en vista de su inefica-

cia, daba en la mesa otros dos golpes más fuertes y sonoros. Apaciguado el tumulto, aun cuando no restablecido del todo el silencio, exclamaba, siempre muy atento y comedido, pero ya con semblante alterado y muy próximo á amostazarse: «Señores, ¿están ustedes poseídos del demonio?» La pregunta no era ociosa, y había algunos que en justicia la hubieran contestado afirmativamente.

Volvía el buen señor á sus explicaciones, á sus catetos é hipotenusas, y, como dijo el poeta,

..... el armonioso coro  
Y el estruendo y la música siguió....

hasta que adoptaba como resolución final la de sentarse en su sillón, pues siempre cortés y muy cumplido, explicaba puesto en pie delante de la mesa. Entonces había por lo menos suspensión de la garrulería, y amable hasta en sus irónicos conceptos, decía el catedrático: «Pueden ustedes continuar: me he sentado para dejarlos en completa libertad: únicamente les ruego que cuando concluyan tengan la bondad de avisarme para poder yo continuar.»

Con tal sistema arriba y semejante conducta abajo; sin libro de texto, aunque parezca increíble; no habiendo quien se tomara el trabajo de apuntar siquiera las definiciones y principales problemas resueltos en el encerado, fácil es imaginar lo que era aquella cátedra y necesariamente habría de suceder. Y no ha sido en vano referir con verdad cuanto allí pasaba, sino precedente explicativo de lo que ahora voy á referir.

Se acercaba el fin del curso, y como en otras cátedras de facultad mayor y menor sucedía, en lo concerniente á flojedad ó abandono en el estudio, algo y no poco parecido á lo que acontecía en la nuestra, el mismísimo demonio sugirió la idea de apelar á un recurso semejante al final de los antiguos bailes de candil; derribar de un garrotazo el telón, dejar la sala á obscuras y emprender el tiberio.

Acordaron los padres *majorum gentium*, los de facultad mayor, y de éstos los de puesto preeminente, los de sexto y séptimo de Leyes, promover un tumulto fenomenal en apoyo de la pretensión que se había de formular y sería legítima sobre todas las legitimidades conocidas. Como elemento muy importante de acción contaron con la gente menuda; con la grajea universitaria, con los lógicos. Nos llamaban *lógicos*

porque estudiábamos Lógica, aun cuando no la teníamos, ni natural ni adquirida.

La pretensión, cuyo anuncio corrió con la velocidad del rayo, era por todo extremo simpática y atractiva para aquellos á quienes no llegaba la camisa al cuerpo cuando pensaban en la inminencia de una catástrofe el día del examen: había de ser como programa muy sencilla y lacónica: *Curso sin examen*. Acogida con entusiasmo por los llamados estudiantes, que no estudiaban ni habían estudiado, fué la esperanza de los amedrentados y la salvación, á su entender muy segura, de cuantos habrían de volver á sus casas con las manos en la cabeza, si se procedía á examinarlos.

Se dirá que tal programa era absurdo. Lo era superlativamente, mirado por donde se quisiera. mas ¿cuándo fueron racionales los ofrecidos á las muchedumbres al intentar atraerlas como elementos para una revolución? Algo más contendría la petición que fuese beneficioso para los autores del complot; pero á todo el gremio de filósofos se hizo creer que sólo contenía lo anunciado.

Y se pasó á la organización del futuro desorden.

Acostumbraba la Dirección general de Estudios girar cada quince días una visita á la Universidad, una especie de visita de cárceles, cuyo doble objeto era enterarse del estado de aquel centro de enseñanza y oír las reclamaciones de los alumnos, para lo cual se establecía la comisión, compuesta de tres ó cuatro individuos, en la sala del Rector. Á los dos días habría de concurrir, por última vez en aquel curso, y su llegada sería la señal de la tormenta.

Los lógicos formarían desde la puerta hasta el arranque de la escalera, y en ésta y en los claustros inferior y superior, los alumnos de los otros dos años de Filosofía y los de Facultad mayor, todos en apretada masa, pues habían de ser más de mil y doscientos los que acudiesen al turbulento comicio. Cuando apareciese el coche de la comisión se establecería un profundo silencio, y al atravesar sus individuos por la compacta turba, nadie se quitaría la gorra ó sombrero; según fuesen avanzando escalera arriba, empezaría por detrás, desde el vestibulo, primero en voz baja, después más recia, y por último á todo empuje de pulmón, la gritería sediciosa, cuya frase única sería: *¡Muera la Dirección!*

El coro había de ser general y atronador.

Llegó el día y la hora: se presentó la comisión: el presidente ó más caracterizado personaje era un señor muy conocido por el gremio escolar, de bien nutrida humanidad, grave, con anteojos de arillo de oro y continente de quien se hallaba muy poseído de su importancia oficial. Visiblemente impresionados por la actitud de los estudiantes, hasta aquel día muy respetuosos, los cuatro individuos emprendieron la subida de la escalera cuando empezaba á rugir en el vestibulo la tormenta, que bien pronto había de desatarse con espantoso estruendo.

Al acercarse á la Rectoral los señores de la Dirección, algo flojos de piernas y no muy firmes de color, la gritería de ¡muera! general y atronadora, repercutía en aquellas bóvedas como el fragor de un seco, estridente y poderoso trueno. Los de la comisión cerraron la puerta, y entonces arreció la descarga; mas el Rector, persona discreta y muy querida por los estudiantes, hizo comprender los peligros de aquella situación y se propuso mediar para que cesara el tumulto. Abrió la puerta, calmando con ello los ánimos, é invitó á los

amotinados á que, entrando una pequeña comisión, expusiera los deseos de todos.

Entraron cuatro, nacionales en sus respectivos pueblos, de uniforme y con sus sables pendientes de anchos tahalies de cuero, que cruzaban del hombro derecho á la cadera izquierda. Expusieron las pretensiones de los gritadores, que serían razonablemente desatinadas, y entre ellas, la de curso sin examen. Los de la Dirección, al ver los semblantes amenazadores que asomaban por fuera de la puerta y oír el rumor siniestro de la turbamulta apiñada en los claustros, escalera y galerías del edificio, encontraron muy natural y aceptable cuanto pedían los estudiantes, por ser en tales momentos el medio mejor para salir del mal paso y atranco en que se encontraban. Además, no cesaban de ponderar el intenso cariño de la Dirección á los escolares, á quienes consideraba como hijos, esforzándose en proclamar y repetir que era un tribunal esencialmente paternal, y concluyendo por anunciar la inmediata expedición de certificados de curso para satisfacción y contento de los peticionarios.

Con tan faustas nuevas salieron los de los sables anunciando á los sublevados que la Dirección, con afecto paternal, se dignaba de concederles el curso, librándolos de encontrarse bajo la férula de catedráticos preguntones. Poco después, terminada su azarosa visita, salieron protegidos por el Rector los de la Dirección, no habiendo recibido nuevas muestras de desagrado, mas tampoco ¡vivas! ni demostración alguna de reconocimiento. La noticia de la satisfactoria solución no había llegado al piso bajo, donde se hallaban los lógicos; así fué que por un exceso de celo y adicionando espontáneamente el programa, tan pronto como arrancó el coche de la Dirección, arrancaron también tras él, arrojando una lluvia de piedras sobre el cochero y el lacayo: el cochero aflojó de riendas y apretó de fusta y logró poner en salvo la autoridad paternal de los que iban dentro del carruaje. No sirvió de poco la oportuna intervención de ocho ó diez soldados del regimiento de Ingenieros, entonces acuartelado en el Convento Noviciado de Jesuitas, donde ahora se asienta la Universidad: saliendo de su cuartel y desenvainando las baquetas de sus fusiles, dieron una carga que puso á los apedreadores en precipitada fuga hasta más allá de la antigua puerta de San Bernardo.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, la Universidad aparecía repleta: aquello era un enjambre: todos habían acudido en la cándida creencia de que los oficiales y escribientes de la Secretaría se hallarían expidiendo con desesperada furia, á roso y velloso, certificaciones de curso; mas en la Secretaría no se había recibido orden alguna para expedirlas. Esto ya fué un contratiempo y dió no poco en qué pensar aun á los más acalorados del día anterior: surgió la duda de si los señores de la Dirección se considerarían ó no obligados por su promesa, y entre los legistas se discutía acerca de si el axioma *voluntas etiam coacta voluntas est* habría de prevalecer sobre lo del miedo que cae en varón constante, lo que hoy se llama fuerza mayor, y se borraría, como con la esponja lo escrito en el encerado, lo prometido en momentos de suprema angustia. Á tales dudas y discusiones puso término un incidente inesperado, el más funesto que hubiera podido sobrevenir.

De repente, y enviado por un señor Sabater, jefe político de Madrid, se presentó delante de la Universidad el escua-



drón de Salvaguardias, con sus morriones de plumaje, sus casaquillas de grana y sables desenvainados. La nueva y extraordinaria comisión no se anduvo con repulgos de empanada: apeáronse los números de una sección, y guiados por sus jefes, entraron con ruda franqueza en aquel templo de Minerva, sin que nadie invocara fueros universitarios ni otras menudencias, tiempo adelante habidas como de importancia. Aquellos soldadotes veteranos, de estatura semicolosal, derribando de cada empujón tres ó cuatro escolares, se abrieron ancho paso hasta el claustro principal: reinó un profundo silencio, y no hubo gritos, porque amagaban palos.

Á los pocos minutos bajaban, causando el terror de cuantos veían los efectos de su invasión: cuando volvieron á montar, se advirtió que entre dos filas de caballos se llevaban setenta y tantos presos, de los padres conscriptos, de los años sexto y séptimo de Leyes, para que respondiesen del tumulto ante el Jefe político y después ante la Dirección general del desacato cometido con los individuos de la comisión de visita.

Malo fué para los presos el principio de aquel día; mas no fué satisfactorio para los que permanecieron en libertad. Vivo todavía el susto causado por las casaquillas coloradas y los chafarotes de los salvaguardias, llegó una orden de la Dirección general mandando al Rector que recomendara á los catedráticos la mayor severidad y rigor en los exámenes, y apretar las clavijas á aquellos mal llamados estudiantes

que habían invertido el tiempo del curso en manejar el taco, defraudando las esperanzas de sus familias y sin ningún aprovechamiento para ellos mismos.

De los conducidos ante la Dirección, veintitantos perdieron curso por decreto de la misma, y los cuatro de los sables, no sólo el curso, sino toda la carrera. ¡Y gracias á que era un tribunal esencialmente paternal! pues en otro caso Dios sabe lo que habría llegado á suceder. Y téngase en cuenta que era aquella una época de patriotería, y Director general de Estudios nada menos que D. Manuel José Quintana. Se conservaba todavía la noción clara de lo que debía ser la autoridad.

A los tres días comenzaron los exámenes, que fueron una desolación.

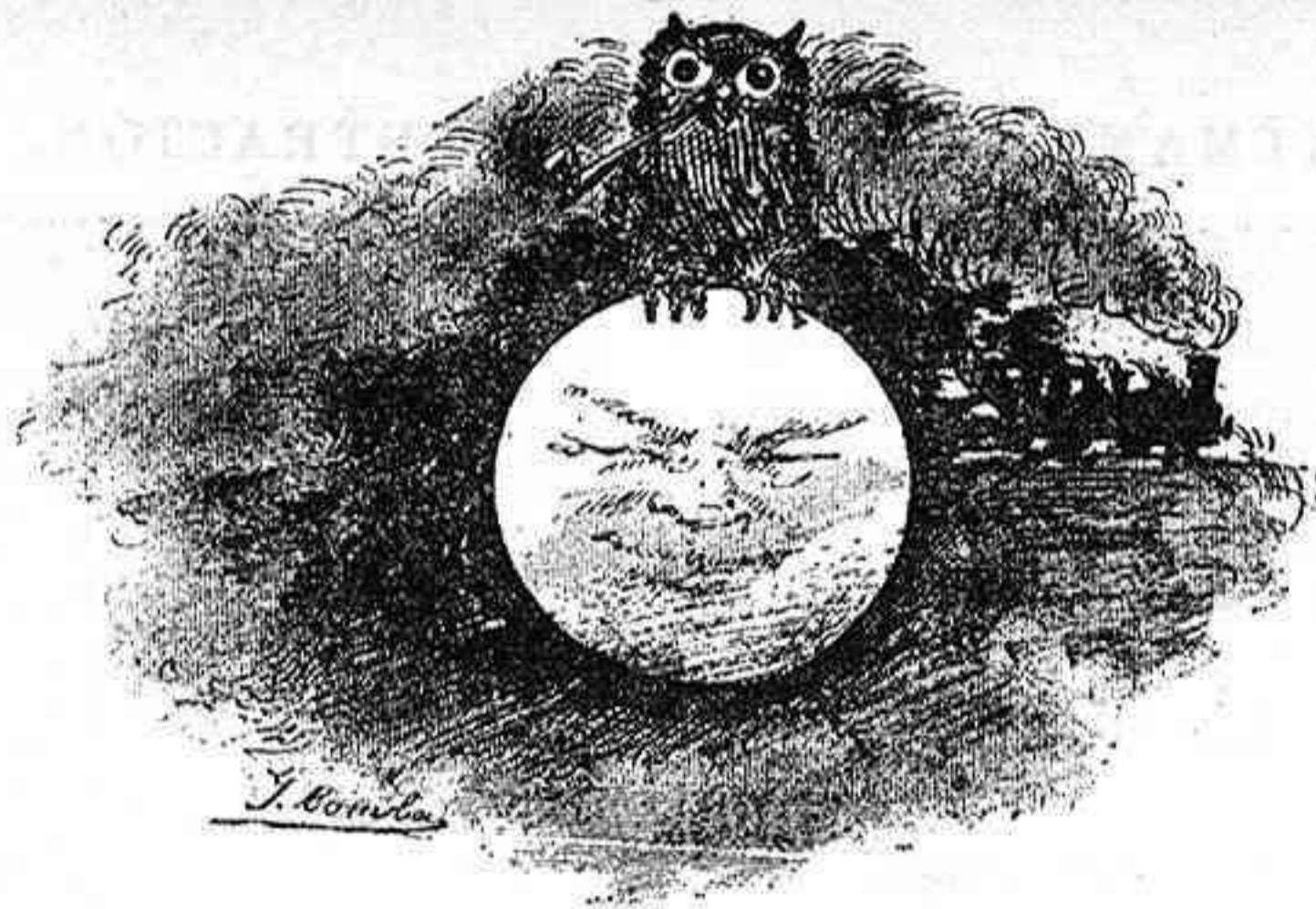
Los lógicos no salimos del todo mal: de los ciento veinticuatro que componíamos la clase, veintitrés conseguimos, á trancas ó barrancas, que nos aprobaran los maestros: los ciento y uno restantes quedaron suspensos de ánimo y de curso, esperando mejores días para el otoño. Fué una lástima y quizás una injusticia, porque ¡había algunos que jugaban tan bien al billar!

Ahora, imitad á los lógicos de mi tiempo y servid de instrumento para un tumulto, con la golosina de tales precedentes y resultados.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



VIDA DE CAMPO.—Cuadro de Therèse de Champ Resiano.



## EL CIELO EN 1893.

¡1893! es decir, un año más para la historia de la humanidad terrestre; un instante imperceptible ante el inmensurable transcurso de la existencia del Cosmos! Soles, y nebulosas recorrerán durante este intervalo miles de millones de leguas, y sin embargo, la inmensa mayoría de los mortales continuará creyendo'os fijos en la estrellada bóveda, porque la vista no alcanza á percibir tan lejanos movimientos, como si la realidad objetiva del vasto Universo respondiese al estrecho molde de tales apariencias!

Pero prescindamos de esta fase de la evolución sidérea y del concepto que á un mundo de pigmeos sugiere, y descendamos, descendamos mucho hasta llegar á la diminuta provincia celeste que llamamos *sistema solar*, donde las masas y distancias se pesan y miden, y donde la primavera y el estío, el otoño y el invierno se suceden con indefectible ritmo, bajo la benéfica influencia de gran luminar.

**SOL.**—Los lectores de estas reseñas que cultivan la bella ciencia de Urania, habrán visto confirmado lo expuesto acerca del astro central en el precedente ALMANAQUE, pues durante el pasado año han podido observarse notables y numerosas manchas, lo cual prueba que, con efecto, las energías solares entraron ya en plena actividad.

En 1893 estas grandes manifestaciones serán, si cabe, más frecuentes y ostensibles; por donde se colige la asiduidad con que ha de perseverarse en la observación que á este particular se contrae, á fin de estudiar día por día, si es posible, las fluctuaciones de aquella actividad, y disponerse á precisar con exactitud la época del cercano máximo.

**MERCURIO.**—Su observación reviste todavía interés de actualidad, en razón de que la particularidad de presentar siempre al Sol la misma cara, según parecía desprenderse de los estudios del eminente Schiaparelli, no se concilia con las observaciones de otro astrónomo no menos hábil y experimentado, M. Trouvelot, quien ha hecho del asunto estudio especialísimo.

Los aficionados que dispongan de un instrumento cuya abertura libre no baje de 108 milímetros, tienen, pues, nuevo y fecundo campo de exploraciones.

El planeta será observable, durante la aurora, en los cuatro ó seis días anteriores y posteriores á los siguientes: 28 Abril, 26 Agosto, 14 Diciembre; y durante el crepúsculo:

14 Marzo, 11 Julio, 5 Noviembre. La época más favorable para los habitantes del hemisferio norte, será el 11 de Julio, en cuyo día Mercurio se pondrá cerca de dos horas después que el Sol. Para la América del Sur, el 5 de Noviembre.

**VENUS.**—No será visible hasta los últimos meses del año, y tan sólo durante el crepúsculo. La observación será más fácil en el hemisferio austral que en el nuestro. La duración de la rotación de Venus es también un problema que no se halla resuelto todavía, y ofrece, por consiguiente, dilatado campo á la investigación.

**MARTE.**—De Enero á Marzo se hallará en condiciones bastante buenas para ser observado durante las primeras horas de la noche, si bien á causa de ser á la sazón su distancia á la Tierra muy considerable, será preciso emplear un instrumento de gran potencia. Durante este tiempo correrá en las constelaciones de Piscis y Aries.

**JÚPITER.**—En los dos primeros meses del año, el inmenso planeta brillará al Sur de la constelación de Piscis, y de Julio á Diciembre en la de Tauro, deslizándose paralelamente á la recta que une las estrellas  $\xi$  y Aldebarán, en la dirección de  $\tau$ . La oposición ocurrirá el 18 de Noviembre, y su mayor altura sobre el horizonte ( $69^\circ$ ) el 16 de Septiembre, en cuyo día saldrá á  $7^h 59^m$ , y pasará por el meridiano á  $4^h 12^m 56^s$  de la madrugada siguiente.

Apenas transcurre año sin que Júpiter ofrezca nuevo é interesante motivo de estudio. En el de 1891 ha recrudecido la enigmática mancha roja, y han aparecido las dos manchas oscuras longitudinales de que tienen ya noticia los lectores de *La Ilustración* (1). Es muy posible que alguna sorpresa de este género nos tenga preparada para sus próximas visitas, é importa, por lo tanto, insistir en la observación de aquel misterioso mundo, lo cual ha de ser tanto más fácil, cuanto que basta para ello emplear un instrumento de modestas dimensiones, un antejo de 75 milímetros de abertura, por ejemplo, con aumento de 100 á 120 diámetros.

Los eclipses de los satélites y los pasos de sus sombras

(1) Véase el número de 8 de Noviembre de 1891.



sobre el disco del planeta, que podrán observarse á horas bastante cómodas, se exponen á continuación. Como de costumbre, los satélites van indicados con números romanos, y las horas se refieren al meridiano de Madrid.

## ECLIPSES DE LOS SATÉLITES.

Enero	4	I	á	9 <sup>h</sup>	39 <sup>m</sup>	32 <sup>s</sup>	emersión
»	6	III	á	5	55	15	e
»	13	I	á	6	4	15	e
		III	á	8	8	22	inmersión
				9	57	0	e
»	20	I	á	8	0	1	e
»	23	II	á	7	36	38	i
				8	56	49	e
»	27	I	á	9	55	44	e
»	30	II	á	9	14	10	e
Febrero	5	I	á	6	20	18	e
»	12	I	á	8	15	50	e
»	17	II	á	6	8	0	e
»	18	III	á	6	4	24	e
»	25	III	á	8	24	28	i
Septiembre	11	II	á	10	8	25	e
»	14	I	á	9	47	8	i
»	18	II	á	10	29	53	i
				12	43	49	e
»	28	III	á	8	52	35	i
				10	21	39	e
Octubre	7	I	á	9	57	37	i
»	13	II	á	7	33	8	i
»	20	II	á	10	8	12	i
»	23	I	á	8	14	57	i
»	30	I	á	10	9	31	i
Noviembre	8	I	á	11	32	53	i
»	10	III	á	8	54	50	i
»	14	II	á	7	10	53	i
»	15	I	á	8	27	46	i
»	24	I	á	6	59	39	e
Diciembre	10	I	á	5	19	5	e
»	16	III	á	4	59	4	i
				6	34	49	e
»	17	I	á	7	14	37	e
»	23	III	á	9	9	54	i
				19	37	31	e
»	24	I	á	9	10	15	e
»	31	I	á	11	5	59	e

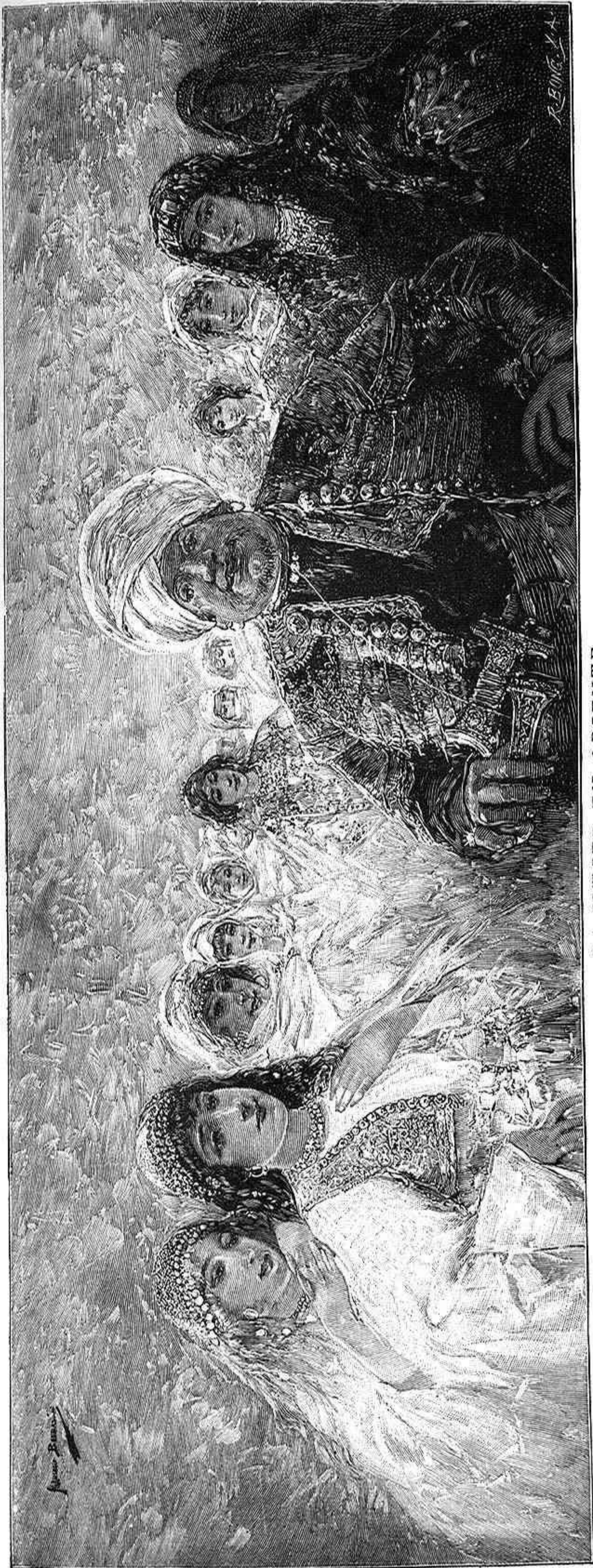
## PASOS DE LAS SOMBRAS.

Enero	5	I	á	6 <sup>h</sup>	51 <sup>m</sup>	salida
»	12	I	á	6	33	entrada
				8	46	sal.
»	19	I	á	8	29	entr.
»	21	I	á	5	11	sal.
»	28	I	á	4	54	entr.
				7	6	sal.
»	31	III	á	6	14	entr.
				8	14	sal.

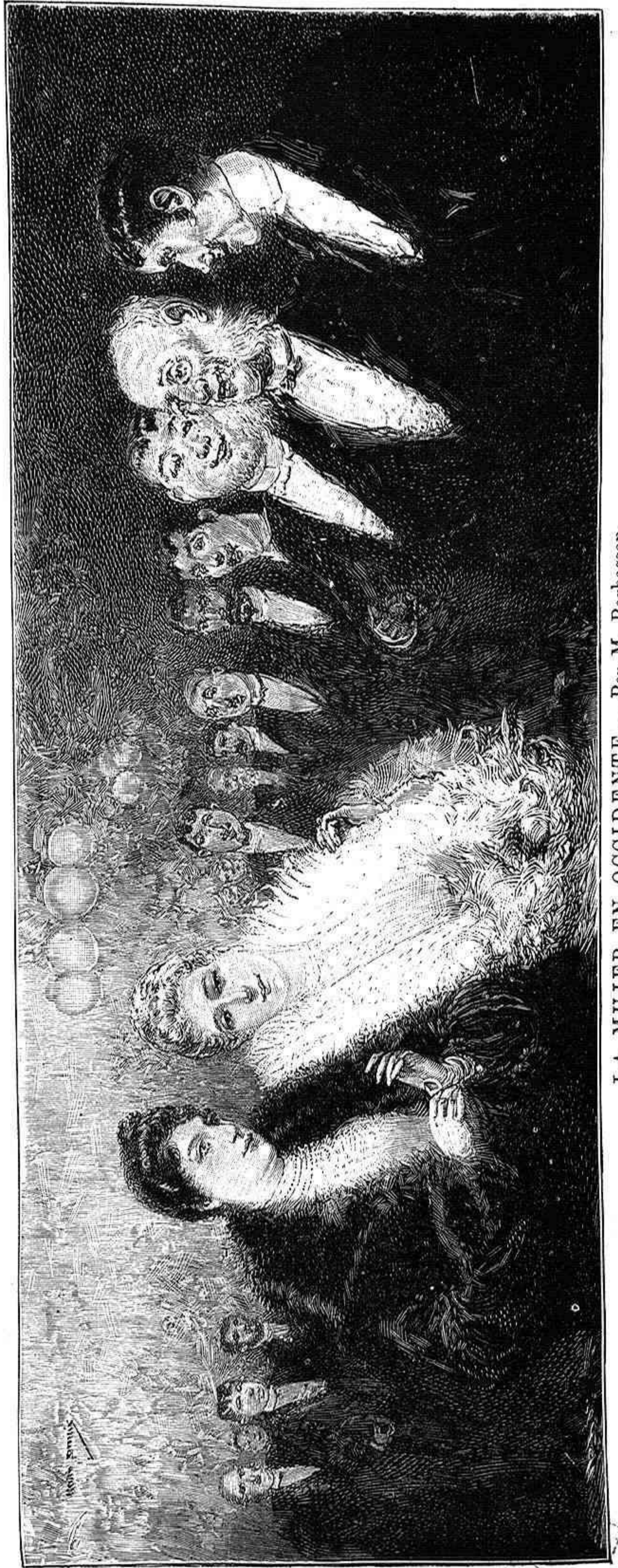
Febrero	4	I	á	6	49	entr.
				9	2	sal.
»	11	I	á	8	45	entr.
»	13	I	á	5	26	sal.
»	20	I	á	7	22	sal.
»	27	I	á	7	5	entr.
Septiembre	6	I	á	10	43	entr.
»	10	III	á	10	58	entr.
				12	43	sal.
»	15	I	á	9	18	sal.
»	22	I	á	8	59	entr.
				11	12	sal.
Octubre	8	I	á	9	28	sal.
»	15	I	á	9	10	entr.
				11	22	sal.
»	16	III	á	8	45	sal.
»	23	III	á	11	0	entr.
				12	46	sal.
»	31	I	á	7	26	entr.
				9	38	sal.
Noviembre	7	I	á	9	21	entr.
				11	33	sal.
»	16	I	á	5	43	entr.
				7	56	sal.
»	21	III	á	4	48	sal.
»	23	I	á	7	38	entr.
				9	50	sal.
»	28	III	á	7	1	entr.
				8	50	sal.
»	30	I	á	9	33	entr.
				11	45	sal.
Diciembre	2	I	á	4	1	entr.
				6	14	sal.
»	5	III	á	11	2	entr.
				13	51	sal.
»	9	I	á	5	56	entr.
				8	8	sal.
»	16	I	á	7	51	entr.
				10	3	sal.
»	18	I	á	4	32	sal.
»	23	I	á	9	46	entr.
				11	58	sal.
»	25	I	á	4	14	entr.
				6	27	sal.

Serán muy notables los eclipses del segundo satélite, por la circunstancia, que rara vez se presenta, de ser visibles la inmersión y la emersión en un mismo fenómeno. Entre los pasos de las sombras entrañarán excepcional interés los del tercero, por su proximidad al borde polar del disco. Durante las travesías del satélite, éste aparecerá como un punto blanco, detrás de la sombra en los fenómenos que ocurran antes del 18 de Noviembre, y delante de la misma á partir de la expresada fecha. La figura adjunta representa la imagen del planeta invertida, tal como se ve en un ante-ojo astronómico, y la situación respectiva del aludido satélite y de su sombra hace relación al primer caso.

La sombra del primer satélite correrá junto al borde exterior de la banda ecuatorial del hemisferio Sur. La del segundo, entre dicho borde y cualquiera de las dos manchas



LA MUJER EN ORIENTE.



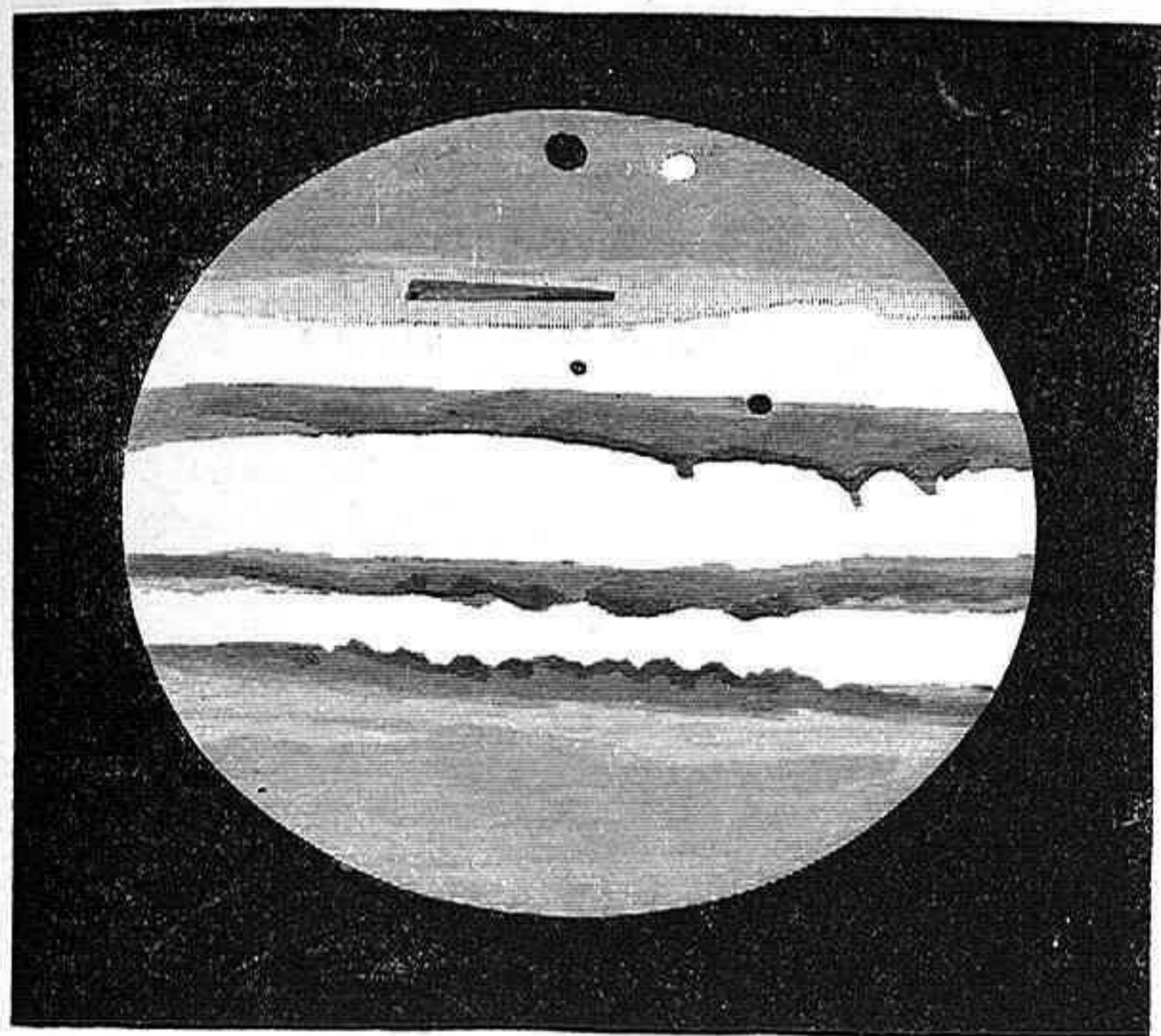
LA MUJER EN OCCIDENTE.—Por M. Barbassan.







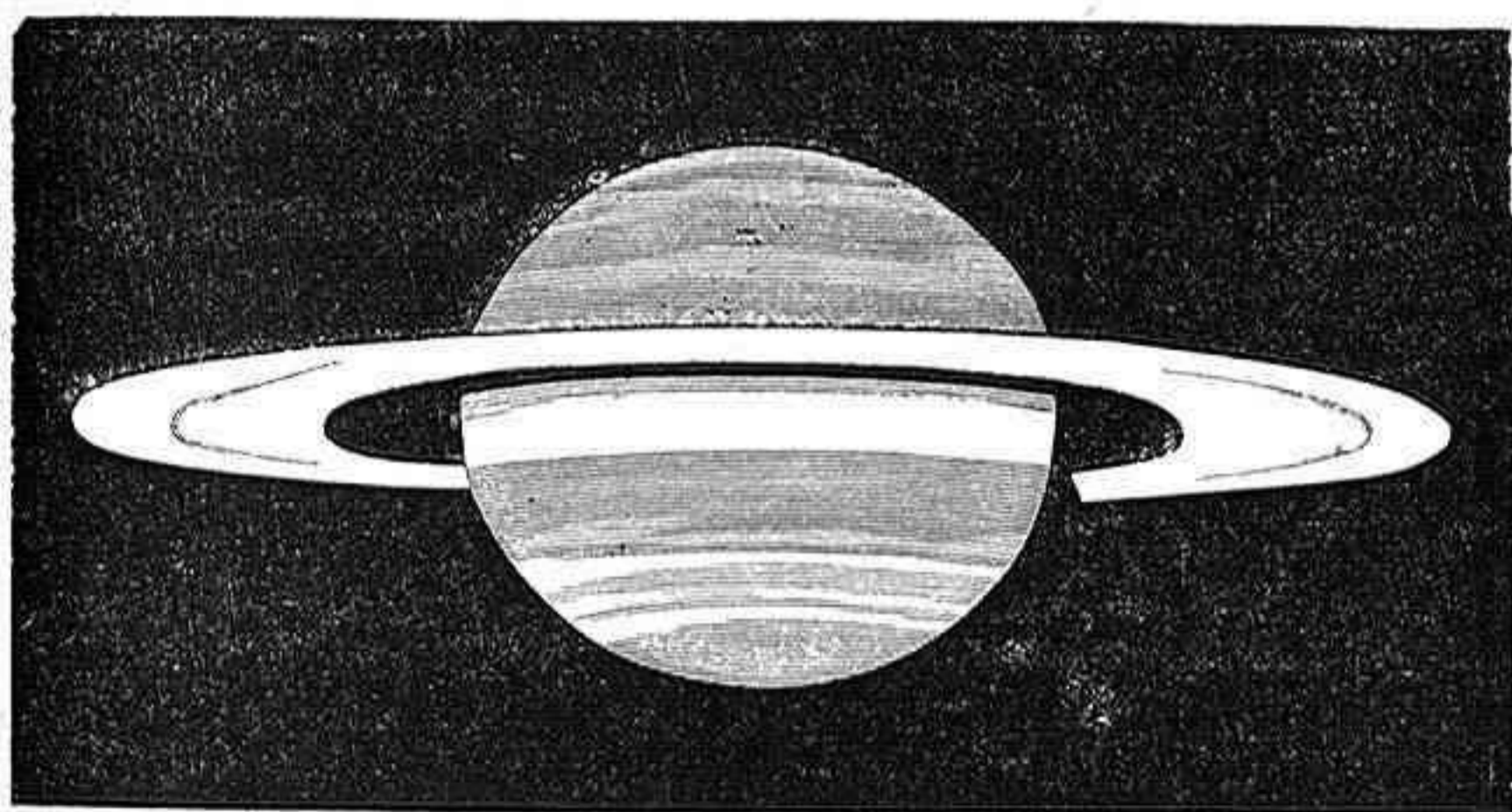
obscuras longitudinales de que antes se ha hablado; todo lo cual se indica también en la propia figura, que está trazada,



naturalmente, con arreglo á uno de los aspectos de 1891. No habrá eclipses del cuarto satélite, ni su sombra se proyectará sobre el globo de Júpiter.

**SATURNO.**—De Enero á Julio brillará en la constelación de la Virgen, ocurriendo la oposición el 29 de Marzo.

En la tarde del 8 de Abril pasará al Sur y muy cerca de la estrella de tercera magnitud de la misma constelación designada con la letra  $\nu$ , por manera que al anochecer aun podrán verse ambos astros dentro del campo del antejo, separados tan sólo por una distancia de 6', ó sea como una quinta parte del diámetro aparente con que se ve la Luna. En dicho día su paso por el meridiano se efectuará á 11<sup>h</sup> 26<sup>m</sup>, se pondrá á 5<sup>h</sup> 25<sup>m</sup> de la madrugada, y su máxima altura aparente sobre el horizonte será de 48° 38'.



Como no podía menos de suceder, dada la admirable precisión de las teorías astronómicas, la observación ha confirmado plenamente cuanto se había previsto acerca de los diversos aspectos que debía presentar el anillo en el pasado año, siendo de ver, sobre todo, el finísimo trazo luminoso que ofrecía el 22 de Mayo, fenómeno que no volverá á reproducirse hasta 1905. De aquí á entonces será visible la

cara septentrional del mismo, que ha permanecido oculta desde 1877. La figura que acompaña representa el aspecto que ofrecerá el globo del planeta y su curioso apéndice á mediados de Abril.

**URANO Y NEPTUNO.**—El primero se encontrará en la constelación de Libra; el segundo en la de Tauro, al Nordeste y á muy corta distancia de Aldebarán.

**LUNA.**—Las épocas más favorables para observar la Luna á horas cómodas, ó sea en el cuarto creciente, serán los dos ó tres días anteriores y posteriores á los siguientes: 25 Enero, 23 Febrero, 24 Marzo, 23 Abril, 22 Mayo, 21 Junio, 20 Julio, 19 Agosto, 18 Septiembre, 17 Octubre, 16 Noviembre, 16 Diciembre. Las mejores circunstancias, por la mayor proximidad del astro á la Tierra y por su mayor altura sobre el horizonte, se presentarán entre el 20 y el 24 de Marzo.

**ECLIPSES DE SOL Y LUNA.**—En 1893 se dará el raro caso de no ocurrir ningún eclipse de Luna. Habrá dos de Sol, uno total y otro anular; el primero, el 16 de Abril; será el único visible en España, pero tan sólo como parcial, y la máxima fase no interesará más que una quinta parte próximamente del disco solar á las 4<sup>h</sup> 15<sup>m</sup> de la tarde.

**MEDIDA DEL TIEMPO.**—En los Almanagues de los años anteriores he expuesto reglas sencillas y procedimientos variados para arreglar al *tiempo medio* la marcha de un reloj, y creo, por consiguiente, innecesario repetir lo que allí dejé explicado y sin dificultad se comprende.

Lo que no se comprende en modo alguno es que hallándonos en los postreros años del siglo del vapor y de la electricidad, existan todavía localidades españolas de primero y segundo orden, cuyos relojes públicos continúan en tranquilo desacuerdo con el Sol. El fenómeno es digno de seria reflexión, no por la materialidad del desacuerdo, cuyo alcance es evidentemente limitado, sino por lo que tal hecho significa, pues pone de relieve todas las deficiencias de la pública instrucción, deduciéndose en suma que nuestro país marcha, no á la cola, sino detrás de la cola del progreso, entendiéndolo en sentido estricto y no rebuscado, pues hasta hay que hacer esta distinción aquí, donde es tan frecuente emplear esta palabra en un sentido enfático y puramente artificial.

El remedio de un estado de cosas tan deplorable salta á la vista, pero la aplicación no llega, sin duda porque falta todavía despejar la incógnita en un problema como el siguiente, que es en el fondo el más trascendental para el porvenir de nuestra patria: dados los hombres que pueden intervenir en la reforma radical de la enseñanza, averiguar quiénes son capaces de acometerla con más luces por conocer mejor todo el alcance de la ciencia contemporánea. El problema es de segundo grado, y admite por lo tanto dos soluciones, ambas reales y positivas, á saber:  $x = NR$  y  $x = B$  y  $F$ .

JOSÉ J. LANDEBER.





# CUENTOS

DEL GENERAL

## LA VISITA DE LOS MARQUESES

Con decir que era el día de la fiesta titular del pueblo, está dicho todo; porque aquella era la romería más concurrida y más famosa de los contornos, y aquel pueblo uno de los más fértiles y pintorescos de la montaña de Santander.

Sentado en la pendiente de una loma, con sus casas dispersas y ocultas entre cajigas, castaños, nogales y cerezos, semejaba más bien que un pueblo con arbolado, un bosque con casas. A lo lejos, y en las ardientes mañanas de verano, aquel pueblo parecía como dispuesto á deslizarse con suavidad por la pendiente para tomar un baño, en el, si no abundoso, sí fresco y transparente río, que desprendiéndose del Valle de Pas, después de haber refrigerado á multitud de nodrizas, cesantes unas y en agraz las otras, resbala, buscando la tumba común de los ríos, en una estrecha cañada, á la que,

sin duda por adulación ó por cariño, han bautizado los montañeses con el pomposo nombre de Valle de Toranzo.

Era un día del mes de Agosto; la luz brotó por el Oriente con todo el encanto de una mañana de fiesta, porque digan lo que quieran los sabios sueltos ó que escriben en los periódicos, la luz de los días festivos es distinta de la luz de los días de trabajo; y en aquel apareció como diciendo: aquí está lo mejor del baile.

Y con un lujo de amabilidad y con un refinamiento de poesía no comunes, ya jugueteaba sobre las espumas del río, ya iluminaba en su vuelo á las abejas, convirtiéndolas en chispas de fuego que se cruzaban; ya arrastrándose, venía á esmaltar la hierba de los prados, ó á reflejarse sobre un fragmento de vidrio, del que hacía brotar un sol pequeñito, pero deslumbrador, en mitad de la carretera.

Más alegre que la risa de los niños y más precipitado que espantada banda de gorriones, se desprendía por los arcos del humilde campanario el armonioso repique, que iba por el pueblo despertando á los vecinos y por la montaña sacando á los ecos de sus casillas.

En todas las casas había un movimiento inusitado; del fondo del cofre sacaban las muchachas los vestidos más lujosos y los abanicos y pañuelos para la cabeza más abigarrados, no sin consagrar un recuerdo al indiano pariente á quien, por lo general, debían esas galas.

Por las carreteras llegaban apresurados carros y carretas, tirados por bueyes y por burros, llevando las improvisadas fondas ó los puestos del comercio trashumante,

En encontradas corrientes iban acercándose á la iglesia curas y feligreses: los muchachos recorrían en grupos las calles y parecían vestidos de nuevo, hasta los que tenían el mismo traje que la víspera. Y espantados de aquel rumor los gorriones y las golondrinas y los vencejos, revoloteaban en el aire sin encontrar lugar seguro donde posarse.

Pero en ninguna casa la agitación doméstica era tan activa como en la de D.<sup>a</sup> Brígida Sarmiento, una de las principales de aquel pueblo. Doña Brígida era una viuda cincuentona, fresca de carnes, de rubicunda cara y abultado vientre, inofensiva si las hay y de carácter tan dulce, que de ella decían siempre sus vecinos, que se pasaba de buena. Jamás tuvo querrela con alma nacida, y ningún pobre llegó á sonar la campanilla de la cancela, que no quedara socorrido, aunque no fuese sino con un pedazo de pan.

Doña Brígida era muy feliz, y pasaba la vida más tranquila que ha soñado viuda alguna. Salía de casa únicamente para ir á la iglesia cuando llamaban á misa ó tocaban al rosario por las tardes; y todo su encanto eran sus gallinas; porque, eso sí, no había gallinas como las suyas en veinte leguas á la redonda. Y eso lo decía á voz en cuello la Tía Camorra todos los jueves que iba á Torrelavega al mercado para traer en su carrito los encargos de los vecinos.

Doña Brígida se vivía, como se dice vulgarmente, contemplando á sus gallinas: hasta el regato se oían sus gritos cuando el milano se cernía sobre aquella tribu alada. Y era su encanto que al cruzar por el corral, pollas, gallinas y gallo, vinieran á rodearla, cacareando alegremente y picoteándola el delantal y la falda como si la dijeran:—«Á ver qué cosa hay para nosotras.»



Para la fiesta del pueblo, el Sr. Marqués, la señora Marquesa y la Srta. Carmen, habían ofrecido á D.<sup>a</sup> Brígida venir á su casa uno ó dos días, y como el difunto de D.<sup>a</sup> Brígida y ella misma, debían tan grandes favores á los Marqueses, y además eran unos señores tan buenos y tan amables, D.<sup>a</sup> Brígida se sentía satisfecha, feliz y orgullosa con aquella distinción, porque tan buena como era, no dejaba de tener ese fondito de malevolencia que tienen siempre todas las hijas de Eva; y allá en su interior sentía un regocijo un si es no es reprochable, pensando en la envidia que iban á tenerla D. Nicolás el del Molino, las hijas del Alcalde, el Tío-Pedro, que se tenía por gran personaje, y la Tía Faustina, que siempre contaba de un viaje á Santander en el que había tratado íntimamente á la mujer de un cónsul.

Por eso D.<sup>a</sup> Brígida y tres chicas sobrinas suyas que la servían, no daban tregua al trabajo y á los preparativos, y las alcobas estaban listas y todos los cacharros y la vajilla del comedor, limpios y como nuevos, y desde la solana hasta el pajar todo se había barrido y sacudido cuidadosamente.



Una nubecilla blanca apareció sobre la carretera: se oyó el rodar de un carruaje y el ruido de los cascabeles de los caballos.—Tía, tía, que vienen.....—gritó Regina, que estaba de atalaya, y pocos momentos después los Marqueses hacían su entrada solemne en casa de D.<sup>a</sup> Brígida.

El *landeau* fué colocado bajo el colgadizo que servía para

los carros, y los caballos en el establo de las vacas, que se habían enviado al monte para dejar libre su sitio.

Doña Brígida condujo á los huéspedes hasta la sala, y allí, quieras que no, sacudió sus trajes, les hizo tomar una copilla de Jerez con unos bizcochos, y en seguida, poniéndose su pañuelo negro á la cabeza y para que el tiempo no se perdiera inútilmente, los llevó á la plaza, centro de todo regocijo en aquel día.

Allí había mucha gente, mucho calor, muchos gritos; las cabalgaduras y los animales tirando carretas, iban y venían cruzando entre la muchedumbre con tan poco miramiento como si aquello fuera un desierto. Y aunque no mediaba el día, ya el baile estaba armado, y al aire libre y sin más abrigo que la sombra de los árboles, hombres y mujeres bailaban unos frente á otros en dos largas hileras, sin tocarse, y *triscando*, como allí se dice, los dedos para imitar el ruido de las castañuelas. Y eso, al son de los panderos que manejaban desesperadamente dos chicas del pueblo, cantando á grito herido y con envidiables pulmones, alegres coplas de este género:

«¡Válgame Dios, marido,  
Qué feo erés;  
Ya no tiene remedio,  
Mujer, qué quierés!»

Y luego:

«Adiós, que me despido,  
Adiós, que me voy,  
Si no me has conocido  
No digas quién soy.»

Ni por poco tiempo consiguió D.<sup>a</sup> Brígida que sus huéspedes disfrutaran de aquella diversión: se empeñaron en volver á la casa, y como era ya la hora del almuerzo no le pareció mal á la viuda.

Pero antes de salir de aquel emporio del comercio, la señorita Carmen, hija de los Marqueses, que contaría de edad unos trece años, se empeñó en comprar una sortija y la compró. Era de reluciente cobre con una esmeralda de vidrio, que en Madrid hubiera costado cinco céntimos, y allí se la hizo pagar el joyero por una peseta.



Alegre fué el almuerzo: Doña Brígida estaba contentísima; los Marqueses y Carmen comentaban cuanto habían visto, y preguntaban y se prometían pasar una tarde muy divertida y marcharse al siguiente día.

Como cosa muy natural, se habló de la sortija que había comprado la niña. La Marquesa quiso verla; pero por más que en uno y otro y otro bolsillo la buscó cuidadosamente la chica, todo fué inútil. La alhaja había desaparecido y en toda la casa no pudo ser hallada. Quizá se habría caído en la calle, y de tantos transeuntes, no faltaría alguno que la hubiera levantado.

Pasó la tarde, cumpliéndose el programa de diversión y entretenimiento que se habían fraguado los Marqueses; y á las ocho de la noche, contentos, aunque cansados, se sentaron á cenar.

Allí les aguardaba una sorpresa. La viuda presentó ceremoniosamente á Carmen la perdida sortija.

Lo primero que se les ocurrió á los huéspedes fué pre-



guntar dónde la había hallado; y D.<sup>a</sup> Brígida, como quien da una lección de Historia Natural, refirió que en el buche de una gallina de las que se habían matado para la cena; porque las gallinas y los pollos se tragan los objetos brillantes, con tal de que sean pequeños; y después, aunque se pase algún tiempo, se les encuentran en el buche ó en la molleja.

Celebróse mucho el hallazgo y la noticia, y los Marqueses se retiraron á descansar.

Á la mañana siguiente, D.<sup>a</sup> Brígida escuchó en la alcoba de la Marquesa hablar muy alto, y que la señora reñía, y que la doncella que las había acompañado, respondía sollozando, y se oían las voces del Marqués y de Carmen, interviniendo también en aquella cuestión.

No le costó gran trabajo saber de lo que se trataba, porque el Marqués, tomando un aspecto grave, vino á encontrarla, diciéndole en pocas palabras, que la Marquesa había perdido una sortija á la que tenía extraordinario cariño, porque además de ser de gran valor, era un recuerdo de familia. La había buscado inútilmente y no quedaba más esperanza que la de encontrarla en el buche de alguna gallina; porque la Marquesa no se resignaba con la pérdida de la sortija, y el Marqués estaba dispuesto á pagar el precio de todas las gallinas que había en el patio, porque era preciso ver si alguna se había tragado aquella alhaja.

Cuando D.<sup>a</sup> Brígida oyó que se trataba de matar á todas sus gallinas, no supo qué creer: le parecía que estaba soñando; que el Marqués decía aquello de chanza; que no era verdad, ó que estaba loco, cuando se atrevía á proponerle semejante cosa; y se dibujó en su boca una sonrisa de estupidez, mientras sus ojos se abrían desmesuradamente. Pero un momento de reflexión le bastó para comprender que aquella era una espantosa verdad; quiso, haciendo un esfuerzo salvar á sus queridas gallinas, alegando que podía haberse perdido la sortija en la plaza y aun podría encontrarse.—Nada, nada—interrumpió el Marqués, en un tono que anunciaba una resolución irrevocable;—no sea usted preocupada, D.<sup>a</sup> Brígida; para usted lo mismo son estas gallinas que otras, y éstas las pagaré muy bien y se las repartiremos á los pobres, que bastante nos lo agradecerán. La Marquesa dice que ayer en la tarde, cuando entró á esta casa, traía la sortija y se la quitó para lavarse las manos y la olvidó después; de modo que donde ha desaparecido es aquí; conque resuélvase usted y vamos á que los criados comiencen á coger algunas gallinas, porque nosotros debemos marcharnos de seguida.

Una hora después, D.<sup>a</sup> Brígida volvía de la iglesia, á donde había ido á refugiarse para no presenciar el terrible acontecimiento.

Procuró tomar un aspecto de serenidad que estaba muy lejos de sentir, y encontró en su casa á las sobrinas medio llorosas, pero procurando también disimular. Los Marqueses estaban en su alcoba haciendo los últimos arreglos para la marcha: el *landeau* en la puerta; el cocheró en su sitio; el lacayo cerca del estribo y los caballos pateando desesperados por las moscas. Doña Brígida, haciendo un esfuerzo, preguntó á las sobrinas:—¿Pareció?—¿Qué había de parecer!

—contestó una de ellas con mal humor.—La viuda se dirigió entonces lentamente al patio en que estaban antes las gallinas. Pero al llegar allí sintió que se anudaba su garganta y sus ojos se llenaban de lágrimas. Una de las chicas la seguía sin decir palabra; aquel patio, otras veces tan animado, estaba silencioso; había plumas por todas partes. ¡Cuántas plumas—exclamó D.<sup>a</sup> Brígida!—Con razón—dijo la chica—como que el cocheró y el lacayo, á palos, mataban á esos pobres animalitos.

Doña Brígida se inclinó, levantó del suelo un grupito de plumas suaves y blancas como un poco de nieve y las guardó como una reliquia entre las hojas de su libro de misa. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus encendidas mejillas, sin duda las primeras que había derramado después de la muerte de su marido. En este momento los Marqueses salían para tomar el carruaje. La viuda limpió precipitadamente sus lágrimas, y puso una cara de satisfacción que no dejara adivinar lo que ella sentía. ¿Cómo darles un disgusto por unas gallinas á aquellos señores tan buenos, que le habían hecho el favor de venir á pasar un día en su casa?

La despedida fué rápida, porque la Marquesa no quería hablar de lo pasado, y el Marqués no encontraba la manera de preguntar á D.<sup>a</sup> Brígida cuál era el precio de las gallinas.

—Le enviaremos un regalo que valga doble ó el triple—había dicho la Marquesa—porque ella imposible que quisiera recibir el dinero.

Y en eso tenía mucha razón; porque apenas el Marqués insinuó algo, D.<sup>a</sup> Brígida le interrumpió diciéndole con resolución:—No, señor; de eso

no me hable el señor Marqués, que más que eso y todo, se lo hemos debido, mi esposo, que en paz descansa, y yo.

Entró el Marqués



en el coche, y ya iba á subir el lacayo al pescante, cuando la Marquesa lanzó una alegre carcajada.—¿Qué pasa?

—dijo el Marqués.—Y ella, pudiendo apenas

contener la risa, exclamó como dirigiéndose á doña Brígida.—Que soy una tonta; al abrir el portamonedas, me encuentro con la sortija, que la guardé aquí y lo había olvidado.

Chascó el cocheró la fusta; partieron los caballos y el carruaje desapareció á poco entre uno de los recodos de la carretera.

EL GENERAL RIVA PALACIO.



## ORIENTAL

Era Sophí de Persia el noble anciano  
 Hamín Shah; de la guerra las fatigas,  
 El desvelo incesante, los peligros  
 Que le brindara la fortuna esquivada,  
 Y esos mil agujones que en el fuerte  
 Clavan odio y doblez, miedo y envidia,  
 Ni turbaron la paz de su conciencia,  
 Ni extinguieron de su alma la energía.  
 Nunca sordo á la voz de los deberes,  
 Pero sí á la bajeza y á la intriga,  
 Su palacio es refugio á todas horas  
 Del que ayuda ó consejo necesita,

Y no en balde grabó sobre su escudo  
 Esta palabra nada más: justicia.  
 Debiera ser feliz, pero le roe  
 Dolor oculto que en su pecho anida  
 Como serpiente que al amparo vive  
 De corpulenta y elevada encina,  
 Y ese dolor arranca de sus hijos,  
 Contra cuya maldad en vano lidia.  
 ¡Padre desventurado! puso en ellos  
 Cariño y esperanza y alegría;  
 Creyó engendrar leones, y son tigres;  
 ¡Da la tierra feraz plantas malditas!

Una noche de invierno, mientras duerme  
 Triste y callada la ciudad tranquila,  
 Un oficial de guardia que le busca  
 De Hamín Shah hasta el lecho se aproxima  
 Despierto está el Sophí cual de costumbre,  
 Y—habla, diciendo, pues la urgencia obliga—  
 Sentándose y sentándole á su lado  
 La relación siguiente oyó con ira:  
 —Señor, la casa de Yusuf el rico,



Que vive solo en ella con sus hijas,  
 Dos hombres asaltaron hace poco  
 Maldades cometiendo que horrorizan.  
 Casi muerto Yusuf, y atropelladas  
 Las infelices jóvenes, tu vista  
 Y tu presencia contendrán acaso  
 El furor de la plebe allí reunida.  
 —¿Dónde están los malvados?

—Prisioneros

Los tengo en mi poder.

—¿Á qué familia

Pertenece?

—Lo ignoro: sus disfraces

Que se avergüenzan de su acción indican.

—¿No han robado?

—Ni joyas ni monedas.

—Aun sin decirlo tú lo presumía.

Vamos pues, y á la par que de la culpa  
 Del castigo se extienda la noticia.

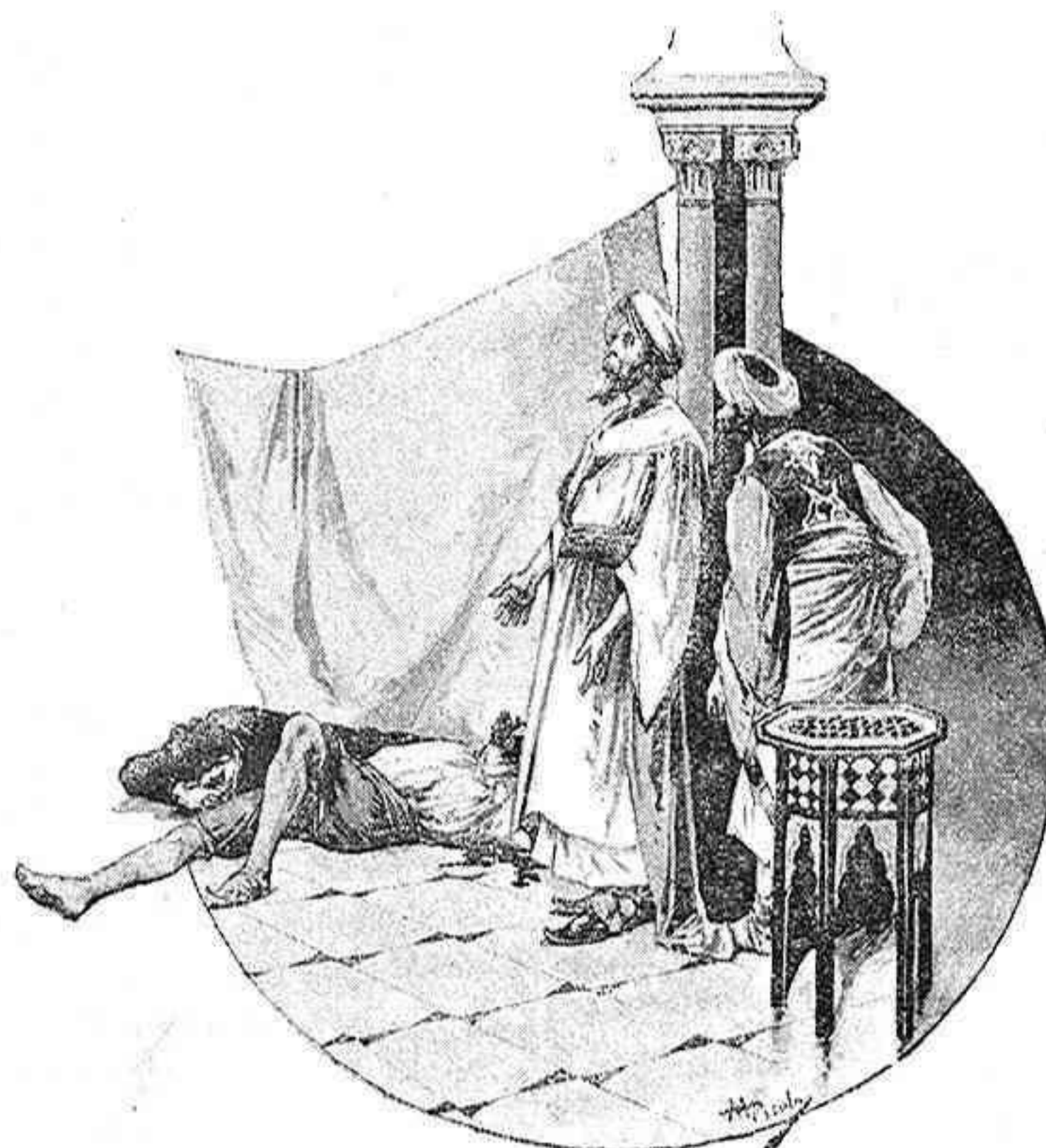
Penetró de Yusuf en la morada  
 El noble Hamín, y en silenciosa fila  
 Penetraron tras él cuantos curiosos  
 La sangre husmean y el delito atisban.  
 Tendido en un diván estaba el padre  
 Que asisten dos mujeres, casi niñas,  
 Y los tres del Sophí viéndose cerca  
 Á sus plantas cayeron de rodillas.  
 Alzó Hamín en sus brazos al herido,  
 Acostóle con plácida sonrisa,  
 Y besando á las jóvenes la frente:  
 —Vengo aquí, dijo, para hacer justicia.  
 Dos miserables del hogar sagrado

Nublaron la quietud con su lascivia,  
 Desoyendo las súplicas de un viejo  
 Siempre de apoyo y de obediencia dignas.  
 Van á morir; mas porque en nadie vean  
 De cólera ó piedad muestras distintas,  
 Apáguense las luces de esta sala,  
 Y cubiertos de gasa muy tupida,  
 Pues ante el Juez su crimen confesaron,  
 Púrguenle con valor ante sus víctimas.

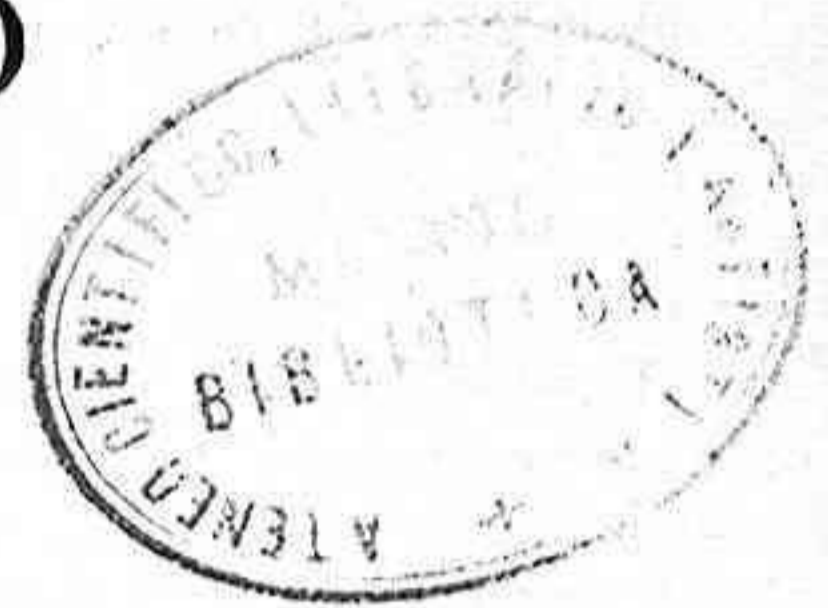
Todo en la obscuridad y en el silencio  
 Quedó un instante; muda y pensativa,  
 De la horrible tragedia el desarrollo  
 La muchedumbre atónita seguía.  
 Luego un rumor confuso fué avanzando  
 Como de gentes que al andar vacilan;  
 Luego de algo que lucha y se desploma  
 Sintióse la tremenda sacudida,  
 Y una voz que exclamó:—Lo mismo acaben  
 Cuantos del mal cultiven la semilla.—

Después las luces á brillar volvieron;  
 Levantóse el Sophí, rasgó de prisa  
 La tela que los rostros ocultaba  
 De aquellos dos cadáveres, y fija  
 La mirada en el cielo:—¡No son persas!—  
 Murmuraron sus labios con delicia.  
 —¿Qué sucede, Señor?—dijo á su oído  
 El Gran Visir, que el gozo no se explica.  
 —Que ya debo al Profeta una ventura,  
 Compensación quizá de mis desdichas.  
 Creí fueran autores de esta infamia  
 Mis hijos, y ¿comprendes mi agonía?  
 Dios de mí se apiadó; pude ser justo  
 Sin ser al mismo tiempo parricida.

MANUEL DEL PALACIO.



# EL PARNASILLO



que pase ahora por delante del local donde se halla establecida la contaduría del Teatro Español—antes del Príncipe—no imaginará que aquel obscuro y limitado recinto fuese hace años, hace muchos años, el centro donde se congregaban y reunían cotidianamente todas las celebridades literarias, artísticas y políticas de la época.

En tan reducido espacio, de seis de la tarde á diez de la noche en invierno, y de ocho á once en verano, acudía allí entonces á tomar café ó helados, á departir sobre literatura y otras mate-

rias, cuanto había en la corte de más célebre y famoso.

Describamos la escena, y después trataremos de los actores.

El *café del Príncipe*—pues así se llamaba el triste y obscuro antro—se componía de una sala no muy larga, aunque sí muy estrecha, terminada por un mostrador, donde los dueños del establecimiento—una mujer ya no joven, y un hombre ya viejo—entregaban lenta y pausadamente á tres mozos, por el nombre y no por la edad, lo que pedían los parroquianos.

Á la izquierda veíase otro zaquizamí miserable, amueblado con tres mesas, sitio predilecto de los que no gustaban del bullicio, de la algazara, del calor que se sentía en la estancia principal.

El adorno de ésta no podía ser más sencillo, más modesto, más humilde.

Componíase de doce ó catorce mesas de pino, pintado de color de caoba, y alrededor de ellas unas cuantas groseras sillas con asiento de paja, de las llamadas de Vitoria.

La iluminación consistía en humeantes quinqués de aceite, porque á la sazón no se usaban todavía el gas ni el petróleo; y dos ó tres espejos, con marcos de nogal, constituían todo el adorno, todo el lujo del *Parnasillo*.

Este era el nombre que familiar y vulgarmente se daba al *café del Príncipe*, por verse favorecido de diario con la presencia, así de los más insignes poetas, como de los que empezaban á la sazón á darse á conocer en el cultivo de las letras y de la poesía.



Quien no lo haya visto no puede imaginar el cuadro brillante que ofrecía aquella asamblea donde figuraban todas las notabilidades en los distintos ramos del saber humano.

Los individuos de la Academia Española, los de la de San Fernando, autores dramáticos, periodistas y aficionados á la literatura componían la inmensa reunión, que hasta encontrar asiento se agolpaba en grupo informe en el centro de la sala.

Como ésta se comunicaba por medio de puerta de cristales con la escalera del teatro, durante los intermedios de la función crecía considerablemente la concurrencia, pues los espectadores de las *lunetas*—según se llamaban en aquel tiempo las que hoy decimos butacas—venían allí á saludar á los amigos, á comunicarles sus impresiones sobre la obra que se representaba, ó, en fin, á acalorar mas con el humo de algunos cigarros aquella atinósfera asfixiante.

Cuando se estrenaba un drama de García Gutiérrez ó una comedia de Bretón de los Herreros, las noticias de los afortunados que habían logrado asiento eran acogidas con avidez.

—El acto primero se ha oído fría mente—decía éste.

—El final del segundo ha alborotado—expresaba aquél.

Y de aquí se originaban disputas y discusiones ardientes sobre el género á que la obra pertenecía, el talento del poeta, y el mérito de la composición.

Escuchábase siempre allí el eco de las conversaciones, el choque de los vasos sobre las mesas, el rumor de los que entraban y salían, los gritos de entusiasmo de los que publicaban el éxito de una composición ó de un actor.

Si bien ya no eran tales disputas las de *chorizos y polacos*, de que habló Moratín, sin embargo, los partidarios de Julián Romea y de Carlos Latorre solían sostener rudas batallas en defensa de sus ídolos respectivos.

Matilde Díez y Bárbara Lamadrid, las dos principales actrices de la época, tenían también ardientes admiradores, y no carecía de ellos Teodora, hermana de la segunda, que descubría ya entonces lo que había de ser más tarde.



El *café del Príncipe* comenzaba á poblarse desde las tres de la tarde en adelante, pues como los habitantes de Madrid comían á las dos y cenaban de once á doce de la noche, eran muchos los que iban á tomar café y á charlar un rato en seguida con los amigos y conocidos.

Desde semejante hora no se veía un instante desocupado el recinto, porque al anochecer, de vuelta de paseo, entraban á saborear un sorbeté ó un vaso de leche amerengada las familias de la clase media.

Pero el período de gran movimiento, de gran animación, era de siete á ocho de la noche, antes de que se levantara el telón en el antiguo *Corral de la Pacheca*.

Lo he dicho arriba y lo quiero repetir: ni una sola de las notabilidades literarias dejaba de asistir algunos minutos ó algunas horas á aquella especie de Areópago.

El primero de todos era Bretón de los Herreros, sin quitarse nunca las gafas para ocultar la falta del ojo izquierdo: venía detrás Ventura de la Vega, poeta y diplomático, que despachaba expedientes por la mañana en el Ministerio de Estado, y por la noche escribía inspirados versos en la soledad de su aposento: no tardaba en aparecer Juan del Peral, tan feo como elegante, tan holgazán como ingenioso; más conocido por sus aventuras amorosas que por sus composiciones dramáticas.

Dos poetas egregios, que por fortuna aún viven, José Zorrilla y Ramón Campoamor, con sus melenas negras como el ébano el primero, y rubias como el oro el segundo, venían á animarlo todo con su viveza y su alegría.

Zorrilla acababa de estrenar *El Zapatero y el Rey*, y Campoamor de publicar su primera *Dolora*, y ambos eran objeto de verdaderas ovaciones.

D. Juan Nicasio Gallego dejaba oír su voz estentórea, aplaudiendo ó censurando con autoridad irrecusable; y Gil y Zárate, al lado de su hermano Isidoro, reñía á éste cariñosamente porque no empleaba su inteligencia sino en traducciones de comedias francesas.

García Gutiérrez, que no se reía nunca, formaba grupo con Rodríguez Rubí y Eusebio Asquerino, cuyo humor festivo contrastaba con el del autor de *Simón Bocanegra*; Florentino Sanz andaba de aquí para allí, sin sentarse nunca, derramando los tesoros de su vena cómica, que no sólo ostentaba en la escena; Adelardo López de Ayala en los principios de su doble carrera literaria y política se hacía notar por su gallarda presencia y su peregrino talento; en fin,

Manuel Cañete, convencido de que no era autor dramático, proclamaba las excelencias de la crítica para corregir los extravíos teatrales.



No he nombrado todavía á dos de los más asiduos concurrentes al *café del Príncipe*, á quienes debí citar de los primeros: — al egregio, al inmortal poeta D. José de Espronceda y á su inseparable amigo y compañero D. Miguel de los Santos Álvarez.

Ambos eran acogidos siempre con vivas demostraciones de agrado y simpatía: el uno por la brillantez de su imaginación, que prestaba interés á sus ideas y opiniones; el otro por el gracejo y el donaire de que hacía gala, sin ridícula afectación y con verdadera naturalidad.

Espronceda poseía cuanto se necesita en sociedad y en el mundo para ocupar puesto preferente: su fisonomía noble y expresiva; su cabeza *byroniana* — si se admite la frase; — su figura elegante y *distinguida*, según decimos ahora, todo reunido contribuía á la posición excepcional que había conquistado.

Como poeta inspirado, vigoroso, enérgico, no tenía rival: había dado pruebas de escribir en prosa con no menos fortuna que en verso, y por su carácter independiente, generoso y leal era admirado y respetado de todos.

La casualidad me hizo conocer á Espronceda cuando yo acababa de cumplir diez y seis años y él pasaba de los treinta.

Era yo entonces un pobre muchacho, tímido y desconocido, que ocultaba como un crimen sus aficiones literarias; que escribía para mí solo, sin atreverme á leer los humildes ensayos ni á las personas de mayor confianza.

Excitáronme en Espronceda la benevolencia, la bondad que me demostró desde el principio, y una noche — en una tertulia á que concurríamos los dos — me arrancó la confesión de que tenía escrito un drama.

—Mañana me lo leerás — me dijo en un tono que no admitía réplica.

—Le voy á fastidiar á usted — repuse poniéndome sucesivamente pálido y colorado.

—No importa — añadió; — me lo leerás.

Y en efecto, á la tarde siguiente, cortado, trémulo, balbuciente, le dí á conocer mi primera obra dramática: *Emilia*.

Cuando hube terminado, me dijo solamente:

—Esta noche te presentaré á Romea, y quizá mañana le daré á conocer tu obra yo mismo: pues no lo digo por adularle, pero lees malditamente.

Con efecto, pocas horas después, acompañado de mi ilustre padrino, entraba en el famoso saloncillo del gran artista, lleno de miedo, de zozobra, de emoción.

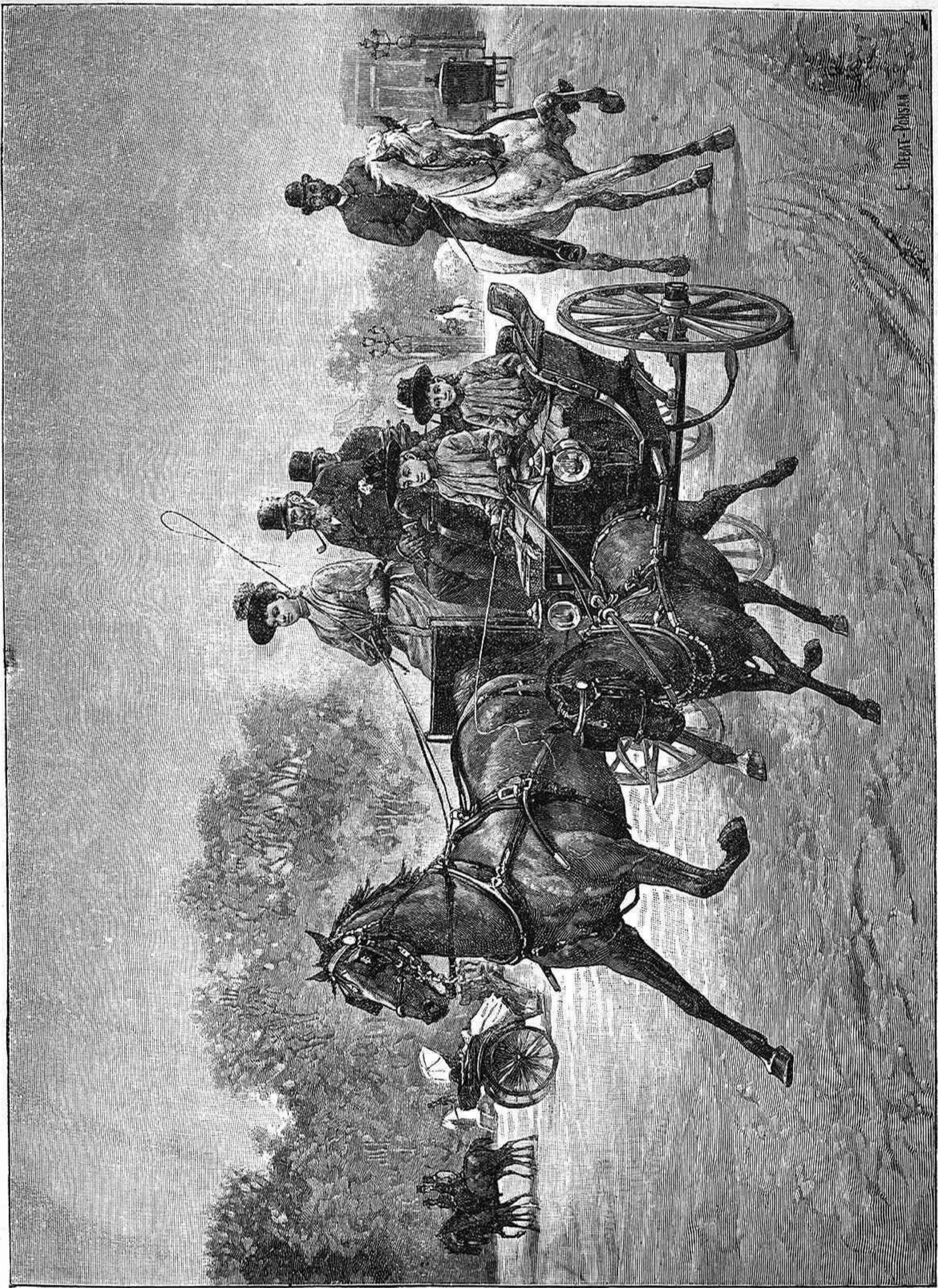
La acogida que me hizo Romea no pudo ser más afectuosa y cordial.

—Temprano empieza usted la batalla — exclamó estrechándome las dos manos; — pero confío, por lo que me dice Pepe, que tendrá fuerzas para alcanzar la victoria.

Á la tarde siguiente leía Espronceda mi drama en la morada de Julián Romea.

¡Con cuánta expresión, con qué voz tan maravillosa, con





Á LAS CARRERAS.—Cuadro de E. Debat Ponsan.

REPUBLICAN LIBRARY  
BIBLIOTECA  
ARTIST

qué acento tan dramático, dió á conocer mi primera tentativa escénica! ¡Cómo hizo resaltar las principales situaciones de la composición! ¡Cómo puso de relieve lo que podía prestarle interés!

Cuando hubo concluido la lectura, Romea, que había permanecido impassible, inalterable, durante ella, se levantó, y me dijo únicamente:

—Bien, joven, bien.

Después de un momento, añadió, dirigiéndose al autor de *El Diablo Mundo*:

—Vamos á repartirla, ¿te parece?

Y habiendo contestado su interlocutor sólo con un movimiento de cabeza, procedió en seguida á escribir en un papel, con su letra clara y excelente, los nombres de los personajes y los de los actores encargados de representarlos.

Eran aquellos su mujer la famosa Matilde Díez, Teodora Lamadrid, la característica Jerónima Llorente, Julián, su hermano Florencio y un actor que no ha conocido la presente generación, y al cual la prensa llamaba siempre el *concienzudo* Sobrado.

Quince días después se ponía en escena *Emilia*, con éxito debido, más que nada, á lo admirable del desempeño.

Matilde Díez, en la plenitud de sus facultades y de su talento, electrizó al auditorio; Teodora Lamadrid empezó á descubrir que era algo—mucho más—que dama joven; y Romea, en un papel de no gran lucimiento, supo convertirlo en una verdadera creación.

Pueden imaginarse mi temor primero, mi júbilo después. Pero no se hallaba menos agitado, menos conmovido que yo el que fué mi protector y mi Mecenas.

Cuando el público pidió el nombre del autor, Espronceda se acercó á mí, me estrechó cariñosamente entre sus brazos, y me dijo en un tono que no he olvidado jamás, ¡tales eran su efusión y su sinceridad! :

—¡Anda, chiquillo, que hemos triunfado!

Después, al volver al cuarto de Romea, loco de alegría y de satisfacción, fué presentándose sucesivamente á cuantos estaban allí, y más tarde, concluido totalmente el espectáculo, bajó conmigo al *café del Príncipe*, y repitió la misma operación con los que allí estaban todavía.

—Desde hoy—agregó al separarnos—tienes tu puesto ya en *El Parnasillo*.



En efecto, volví á la noche siguiente, y todas las demás, tomando parte en las discusiones literarias; haciendo amistades que sólo han terminado con la muerte; contrayendo vínculos que no se han disuelto jamás.

No se imagine ni se crea que al *café del Príncipe* asistían sólo poetas y escritores: muchos personajes del gran mundo venían con frecuencia á cultivar el trato de los hombres de talento.

El Marqués de Santiago, el de Povar, el Conde de Salvatierra, el Duque de Villahermosa y otros muchos formaban parte á menudo de la bulliciosa y alegre reunión.

También durante los entreactos de las obras que se ponían en escena solían entrar personajes y hombres políticos importantes á departir con sus conocidos, ó á contemplar el cuadro que ofrecía el ahumado salón, lleno enteramente, hasta el punto de que á veces no era posible penetrar en él.

Los únicos seres humanos que no se permitían satisfacer su curiosidad eran las mujeres, las cuales, á lo sumo, se detenían delante de la puerta por la parte exterior, diciéndose unas á otras:

—Mira, aquél es el Duque de Rivas, autor de *Don Álvaro*.

—Aquél es Roca de Togores, autor de *Doña María de Molina*.

—Aquél Eulogio Florentino Sanz, autor de *Don Francisco de Quevedo*.

¡Ay! ¿Por qué con el transcurso de los años, con las vicisitudes de los tiempos, desapareció aquel centro, donde se creaban amistades sólidas, donde se establecían relaciones íntimas, donde literatos y artistas vivían en excelente armonía, en perfecta comunidad de ideas?

Lo más triste, lo más doloroso, es que de aquella pléyade de autores, de poetas y de periodistas, sólo viven aún Ramón de Campoamor, José Zorrilla, Miguel de los Santos Álvarez y

RAMÓN DE NAVARRETE.



# SONETOS

I.

## El Pesimista.

Como el cielo oscurecen nubes densas,  
Te anubla el alma condición sombría;  
Tu espíritu de todo desconfía,  
Y aun tomas los halagos por ofensas.

Ofrece al corazón dichas inmensas  
La magia de risueña fantasía:  
Viene tras de las penas la alegría,  
Y no todo es perverso, como piensas.

Tan sólo ves del mundo la amargura;  
Que quien todo de sombras lo reviste,  
No halla ilusión, ni gloria, ni ventura....

Huyen de ti la calma y el contento,  
Y en esa lucha dolorosa y triste  
Tu verdugo es tu propio pensamiento.

II.

## El Optimista.

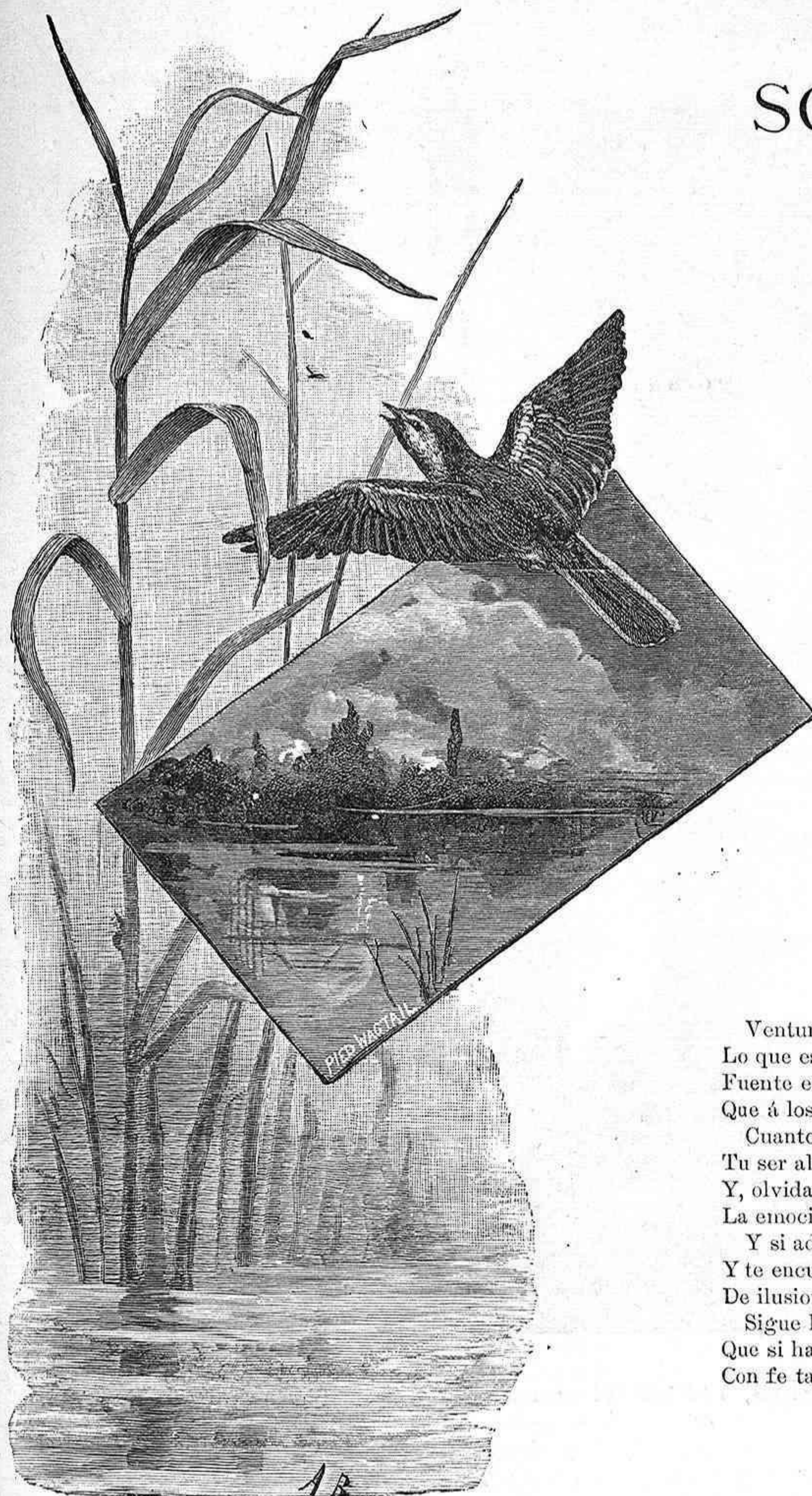
Venturoso mortal, sólo te inspira  
Lo que es hermoso, espléndido y ameno:  
Fuente es de dicha la ilusión del bueno,  
Que á los encantos del vivir conspira.

Cuanto bondad y júbilo respira  
Tu ser alienta, de malicia ajeno;  
Y, olvidado del mal, hierve en tu seno  
La emoción del que siente y del que admira.

Y si admirar y amar es tu destino,  
Y te encubre lo pérfido y lo inmundo  
De ilusiones sin fin velo divino,

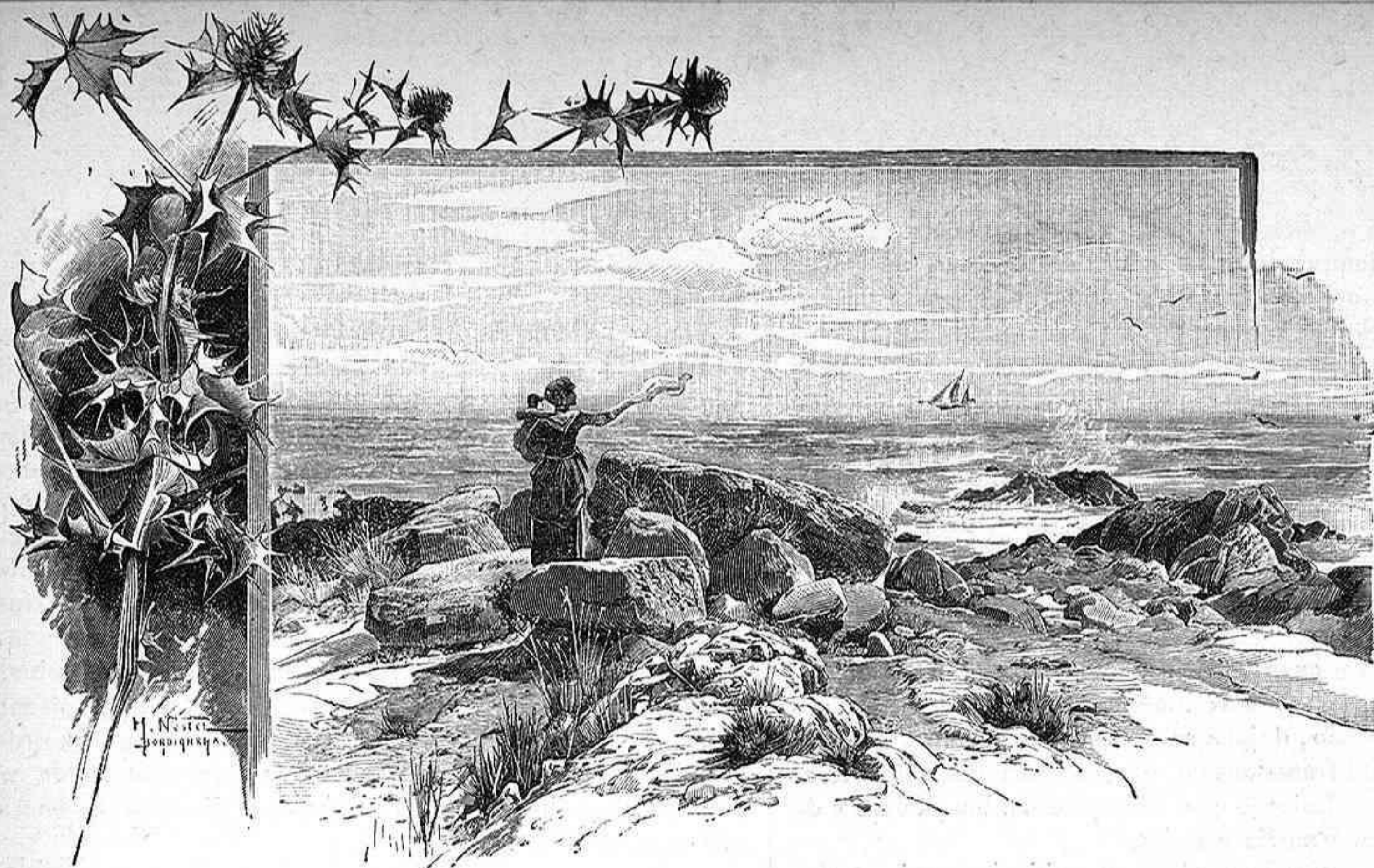
Sigue la luz del bien y la esperanza;  
Que si hay alguna dicha en este mundo,  
Con fe tan sólo y con amor se alcanza.

EL MARQUÉS DE VALMAR.





¡BUENOS DÍAS, PIERROT!—Por Miss Ethel Wright.



## NOTAS DEL ACASO

### I.

En un rincón solitario, á medio tiro de fusil de una pequeña ensenada defendida de los vientos por un círculo de montes, levantábase una casita blanca, emboscada entre salgones y nogales y tapizada de trepaderas multicolores. Oíase desde allí, venido de abajo, el barullo del mar, que gemía á veces con un largo sollozo melancólico, y bramaba otras con un clamor trágico; pero que, gimiendo ó bramando, su voz arrullaba siempre aquella casita blanca, tapizada de trepaderas multicolores y emboscada entre salgones y nogales.

### II.

Allí nació Carmen durante uno de los viajes redondos de su padre, un bravo marinero de contextura sólida, brazos y pecho de atleta, rostro ingenuo rodeado de una sotabarba negra, lucida, enmarañada, y liso de alma como un mástil. Llamábase Francisco ó *Quico*, que por ambos nombres respondía.

Contaba él, y era su idea fija, encontrarse á la vuelta con un grumetillo en ciernes, ágil y travieso, que con el tiempo fuera capaz de coger un rizo con un vendaval por la popa; pero se encontró con una niña fuerte, llenota, robusta; un bloque de carne blanca y rosada como un rollo de espuma teñido por la aurora, y tan bonita, que el hombre no echó de menos el cambio, sobre todo después de pasarse todo el santo día haciendo saltar á la pequeñita entre sus manazas callosas, y obligádola á meter los piececitos rechonchudos entre la breñosa barba curtida por mil nordestes duros y rachas achubascadas.

La muerte prematura de la madre de Carmen cortó brus-

camente la serie de viajes de él, que, diciendo adiós para siempre al barco donde tantos años navegó, entregóse al cuidado de la niña todo el tiempo que le dejaba libre la pesca de altura, á la que se dedicara para ayudar al sostén de aquel ser pequeñito y de aquella casita alegre y bien soleada y cubierta de flores como novia que á desposarse va. El único sentimiento que de vez en cuando le escarbaba, era no remontarse en las costeras del besugo y bonito, algunas millas más allá del abra, para descortinar el horizonte y encontrarse de lleno brazo á brazo con su antiguo compañero, cuyo mirar y genio comprendía tal vez ó mejor que el de su hija.

### III.

Todo iba marchando á las mil maravillas. Carmen crecía y se desarrollaba que era una bendición. Entre quiñones de limonaje y pesca, *Quico* había llegado á reunir un buen peculio, que cada día que pasaba aumentaba de volumen, escondido entre jarcia y velamen viejo retirado por inútil en el desván de la casita. Para que todo corriese como la seda, la muchacha, que ya entraba en los diez y siete años—veinticinco por lo hermosamente hechos—se vió solicitada por un primo suyo, joven y buen mozo, que en la República Argentina ocupaba brillante posición, con todas las trazas de llegar á ser un capitalista de fuerza. Hubo consultas, mediaron cartas y retratos, emitieron parecer los notables del pueblo; dos indianos con dinero, el cura, el maestro de escuela, la tertulia de la botica en pleno, votaron por que no se desdijese al pretendiente; positivamente el casamiento se llevaba á cabo. El inconveniente del viaje no era cosa mayor, sobre todo para *Quico*, que arregló todos los detalles de la



marcha con la secreta alegría de volverse á encontrar, durante algún tiempo, sobre los lomos del Océano, del verdadero, no de aquel otro gruñón y cascarrabias que se pasaba todo el año echando espumas sobre los acantilados y morros roqueros de la costa. Claro está que se embarcaron con la promesa de que, pasado algún tiempo, volverían todos en viaje de placer, siquiera por sacudir el polvo á la casita blanca escondida entre salgonos y nogales y tapizada de trepaderas multicolores. Un día zarparon.....

## IV.

Llevaban unos cuantos días de viaje plenamente engolfados. Eran las once de la mañana, y un buen sol de verano, sol de Junio, dejaba caer sus rayos calientes sobre el entrepuente del trasatlántico, que oscilaba mansamente al acompasado movimiento que le imprimían los paletazos de la hélice puesta á media marcha.

Á bordo y hacia la proa oíase un ruido infernal, un vocerío intenso que no se interrumpía, compuesto de gritos, lloriqueos, exclamaciones, cantares. La campana, dando la señal del almuerzo, había arrojado sobre aquella parte de la cubierta un amontonamiento de seres humanos informe y degradante que en promiscuidad repulsiva asustadora, corría de un punto á otro con las cacerolas de zinc en las manos. Eran emigrantes que huían del patrio terruño en busca de una fortuna..... ¡Una fortuna..... pobres!.....

Casi al mediodía, y cuando el calor era más intenso, comenzó á debilitarse el bullicio que reinaba sobre cubierta, y de allí á poco un silencio tétrico se extendió por todo el buque, hasta el punto de oírse perfectamente el cadencioso respirar de la máquina.

Por la escotilla de la cámara de segunda surgió un grupo extraño: una joven pálida como la cera batida, recostada en una silla y llevada en brazos por dos robustos marineros, seguidos por el médico y el capellán, y por otro pasajero que, con los brazos caídos y el gesto alhelado, andaba con paso tambaleante é inseguro. El grupo hizo alto en la sobrecubierta de popa defendida del sol por amplia lona tendida en toldo; y con grandes cuidados depositaron á la enferma en el centro del piso, mientras el pasajero citado se dejaba caer como una masa inerte contra el pivote de la brújula.

## V.

No hubo remedio para la triste criatura. La tifoidea, cebándose traidoramente en aquel hermoso cuerpo, á más bello destino llamado, acabó con Carmen y con las energías de *Quico*, que recibió de rebote en sus pupilas antes de perderse en el azul del cielo, la última mirada de la pobre niña. Insensible al parecer, cogido de un mutismo feroz, hurraño, asistió al acto de colocar á su hija sobre la tabla féretro que habíala de acompañar en su viaje á través del Océano. Únicamente, cuando por un rasgo delicado del capitán, la vió envolver en blanquísimo lienzo, sobre el cual se arrolló como una mancha de oro y sangre la bandera española, salió de su garganta un rugido y cayó de rodillas, moviendo epilépticamente los labios, que no articularon palabra alguna.....

## VI.

Venía el viento de proa arbolando la mar, enroscándose en la jarcia y haciendo gemir los masteleros. La campana de á bordo, lentamente agitada, mezclaba sus notas metálicas y plañideras al mugido constante del oleaje, que se estrellaba hirviente y espumoso contra las amuras del barco. Los balances acentuábanse cada vez más. Las nubes, entonadas de un color plomizo sucio, iban acumulándose hacia el horizonte, cortado aquí y allá de claridades súbitas denunciadoras de un día más que despertaba. Los tripulantes comenzaron á surgir de las escotillas, distribuyéndose por sus puestos, graves y silenciosos. El segundo contra-maestre se acercó, y con voz grave y emocionada, que contrastaba con la rudeza de sus facciones, dió algunas órdenes. En la mano traía algo que parecía guirnalda, tejida con algas, y depositóla sobre la cabeza de la difunta. ¡El mar no ofrece otras flores!

## VII.

Allá quedóse el cuerpo de Carmen dando vueltas en el remolino que formaba el agua azotada por la hélice del vapor, que siguió su marcha inalterable y majestuoso.

El pasaje, borrada la primera dolorosa impresión, había vuelto á su vida normal. De *Quico* nadie se acordaba apenas, pasando inadvertido entre los marineros con los cuales formaba rancho.

La tarde era de calma; el poco aire que reinaba no lograba rizar el mar. La escasa lona tendida colgaba flácida del aparejo. Sólo funcionaba el viento almacenado en las calderas del vapor. La dotación, tendida sobre el castillete de proa, fumaba distrayendo los ocios con recuerdos de tierra é historietas que algún narrador contaba con cierta gracia. Los ojos cerrábanse amodorrados por el silencio, por el calor. *Quico* había trepado por una escala hasta ponerse á horcajadas sobre una verga. Desde allí parecía contemplar con delicia la línea azul del cielo que en el horizonte se fundía con las aguas. De pronto viósele perder el equilibrio, dar media vuelta, atravesar como una bala el espacio y desaparecer engullido por el Océano. Una sábana de aguas se cerró sobre él; y cuando la marinería ansiosa echóse sobre las bordas para distinguir al naufrago y prestarle socorro, del cuerpo de *Quico* no quedaba ni rastro.

## VIII.

La embarcación, fuertemente impelida por el motor que en sus entrañas llevaba, cortaba las ondas, que se diseminaban espumosas contra el tajamar; el crepúsculo vespertino avanzaba, y en el firmamento parpadeaban ya las primeras estrellas viendo aquel buque que pasaba cubierto de hombres arrodillados que rezaban, de una tremenda emoción cogidos, por las almas de aquellos que ya no volverían á ver la casita escondida entre salgonos y nogales y tapizada de trepaderas multicolores.....

V. LASTRA Y JADO.

# PALOMINEMOS

POR EL DR. THEBUSSEM

En el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* del año de 1891, publiqué con el nombre de *Artículo Nominal* un ligero escrito tratando superficialmente de los apellidos castellanos. Muy distante me hallaba de que tales renglones pudiesen causar á nadie pesadumbre ó enojo, cuando recibo carta con la firma, para mí desconocida, de *Un Bachiller*, en la cual se muestra quejoso y enfadado con algunas de mis proposiciones.

Fijaré la cuestión con la amplitud y claridad posibles como si se tratase de un litigio de importancia, aun cuando el asunto no pasa, á mi ver, de juicio verbal con avenencia de las partes.

El periodo de mi artículo que ha escocido á la contraria es el siguiente:

«La *Gramática* de la Academia Española dijo en su edición de 1874, pero no lo repitió en la de 1880, que en la ortografía de los apellidos se respetase la práctica de las familias, pero sin adoptarla como ley. Es, pues, lícito escribir *Velásques* con S ó *Velázquez* con Z, *Faxardo* con X ó *Fajardo* con J, etc.

»¿Autorizará este buleto de la Academia para que con una palabra se formen dos? Y hago esta pregunta para decir que considero al apellido *Palomino* (salvo el parecer de los reyes de armas) como derivado del *pollo de la paloma*. Ni dicho nombre despierta ideas mal olientes, ni pasa de ser vulgaridad aquello de que

*Palomino* que no sea Rendón  
Es *palomino* de camisión.

»De manera que si tal nombre de familia, hidalgo é ilustre en artes y letras, siempre ha constituido una sola palabra, ¿será lícito, como hacen algunos, convertirlo en dos escribiendo *Palo Mino*? ¿No pierde más que gana el apelativo con la voz *Mino* usada solamente para llamar á los gatos? Creo que si á los *Palominos* se les otorga este privilegio de división, no deberá negársele á los *Benavides*, *Magallanes*, *Corominas* y *Marmolejos* el derecho de firmarse *Marmo-Lejo*, *Coro-Mina*, *Maga-Llanes* y *Bena-Vides*.»

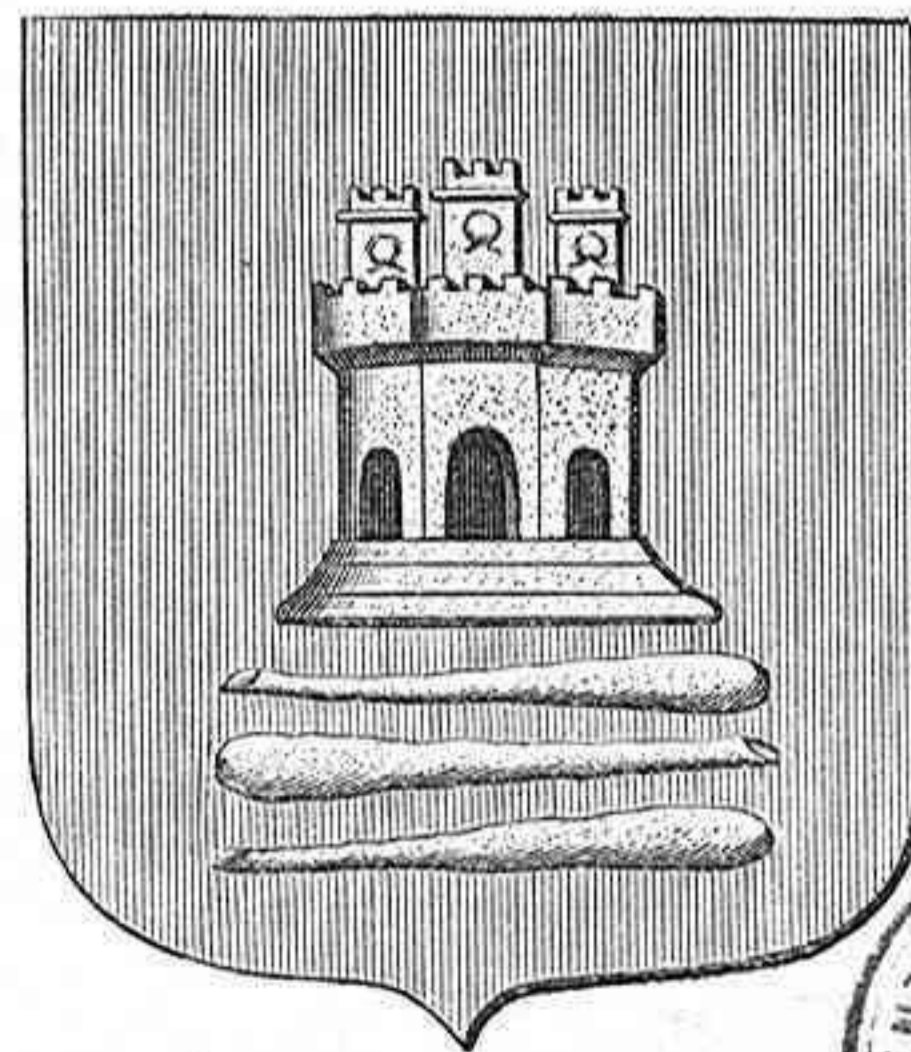
De estos renglones, y después de mucha prosa que parece no venir al caso, deduce mi *Bachiller* los corolarios que copio:

«1.º Que los apellidos son cosa privada, y que el Doctor Thebussem no ha debido ocuparse públicamente de semejante materia:

»2.º Que el Doctor trata de ridicularizar á los *Palominos*, los cuales están en su derecho escribiendo su apellido con la partícula *DE*, ó como lo crean conveniente; y

»3.º Que aun siendo mucha la sabiduría del Dr. Thebussem (*mil gracias por la flor*), ignora que *Palomino* es un apellido y *Palo-Mino* es otro, pues este último, según podría demostrar con documentos oficiales, se funda en que Nuño Royz y sus dos hermanos, en cierta batalla dada contra los moros, *minaron* el castillo enemigo, valiéndose para ello de unos *palos*. Que la formación del apellido se origina en dicho suceso, y se deriva del verbo *minar* y de *palo*, De aquí *Palo-Mino*, ó *Palo-Minó*, con acento en la última letra. Si Thebussem conociera el escudo de armas de *Palo-Minó*, sabría que lleva, como recuerdo de su hazaña, un *castillo y tres palos de oro en campo gules*, con una letra que dice:

Los tres hermanos minaron  
Y el castillo conquistaron.



»Nada, pues, tiene que ver el chistoso *mino* de los gatos que inoportunamente saca á colación el Doctor, con este formal asunto.»

Hasta aquí lo alegado por el *Bachiller* mi señor. Yo ignoraba, y ya lo sé para otra vez, que los apellidos son cosa privada y que no es lícito tratar públicamente tal materia. De modo que los libros de genealogías y linajes, y hasta las *Memorias* de Ríos y Godoy Alcántara, premiadas por la Academia Española, son obras que debieran incluirse en los expurgatorios. (Traslado á la Academia y al Tribunal de la Rota).

Aun cuando mi contendiente no marca la época en que *Nuño Royz* y hermanos minaron el castillo, creo, por lo poco que se me alcanza de lingüística, que mejor que *minar* hubieran dicho las gentes de aquel tiempo moruno

afoyar,  
foradar,  
frezar,  
furacar,  
socavar,  
zahondar, etc.,

y por consecuencia el nombre de familia hubiera sido

*Paloafoyo*,  
*Paloforado*,  
*Palofrezo*,  
*Palofuraco*,  
*Palosocavo*,

*Palozahondo*, etc.; palabras todas, no solamente limpias é inmaculadas, sino también altas, sonoras y significativas.

Abandonando estas inútiles disquisiciones, debemos fijar como punto de partida que hay dos linajes de *Palomino*: los nacidos de la *paloma*, y los oriundos de la *mina*, ó sean animales y minerales. El plural de los primeros, fácil de formar, es *Palominos*. No así el de los segundos, pues como la mitad del apellido es verbo, según leamos *mino* en presente de indicativo, ó *minó* en pretérito perfecto, el plural deberá ser *palominan* ó *palominaron*. Mientras no se determine cuál de ambos sea el gramatical (cosa que ni el mismo *Bachiller* sabe), dividiré interinamente á los *Palominos*, para los efectos de este artículo, en ovíparos y vivíparos. De los primeros, que son los conocidos por mí y los que siempre he hallado en la historia, dicen los nobiliarios lo que sigue:

**PALOMINO.**—A mediados del siglo xv floreció y se distinguió en las armas Juan Alonso Palomino, padre de tres esforzados guerreros que se señalaron al servicio del rey Don Enrique IV, llamados Pedro, Gonzalo y Rodrigo Palomino, de quienes descienden los hijosdalgo de Andújar de este apellido. Hacia la misma época florecían en Madrid varios caballeros de este mismo apellido, siendo uno de los principales Juan Palomino, cuya casa era entonces de las más antiguas y calificadas. Las armas de Palomino son: escudo de oro partido por un palo ó bastón de sinople, acompañado de dos calderos de sable; bordadura de gules y ocho aspas de oro.

A estos *Palominos* (cuyo blasón discrepa del señalado por el *Bachiller*) entiendo que pertenecen los individuos siguien-

tes, que acabo de entresacar de algunas obras que he tenido á mano:

El Coronel Palomino: Sostuvo un desafío en Castel Gandolfo, con el célebre Diego García de Paredes, siendo jueces el Gran Capitán y Próspero Colona. De una cuchilla la cortó Paredes á su adversario el brazo derecho, que cayó al suelo con la espada, la cual recogió Palomino con el izquierdo, según nos refiere D. Tomás Tamayo de Vargas.

El Bachiller Francisco Palomino: Tradujo al castellano en 1529 la *Batalla ó pelea del ánimo*, que compuso en versos latinos el poeta Aurelio Prudencio Clemente.

Diego Palomino: Autor del dibujo titulado *Traza que acompaña á la relación de las provincias que hay en la conquista de Chuquimayo*, hecha por Diego Palomino su descubridor, en el año 1549. (Original en la Real Academia de la Historia).

Juan Alonso Palomino: Esforzado capitán, que tanto y tan bizarramente figuró con Almagro y Pizarro en Panamá y el Cuzco, y que falleció en 1553.

Don Gómez Palomino: Veinticuatro de Jaén en 1588.

Pedro Palomino: Asistió á la armada *Invencible*, á bordo de la nao *Santa María del Juncal*, mandando treinta y siete soldados del tercio de D. Agustín Mexía, el año de 1588.

El Licenciado Diego Palomino: Escribió un *Epilogo y breve historia donde se prueba ser la ciudad de Tarifa la Curteya de los antiguos*, de donde fué obispo San Hiscio. (MS. en la Bib. Colombina).

Alonso Palomino: Figura entre los poetas que cantaron la beatificación de Santa Teresa de Jesús, según resulta del *Compendio de las solemnes fiestas*..., escrito por Fray Diego de San Joseph, é impreso en Madrid el año de 1615.

Don Antonio Palomino de Castro: Autor de los importantes libros *Explicación de la idea que se ha discurrido y ejecutado en la pintura del presbiterio de la iglesia de San Juan* (Valencia, 1700) y de *El Museo pictórico y Escala óptica* (Madrid, 1715 y 1724).

Don Alonso Palomino: De ilustre linaje de Zamora y regidor perpetuo de dicha ciudad en 1749.

Pedro Palomino: Nombrado, por su experiencia y fidelidad, lector de las listas del correo de Madrid en 1756.

Don Juan Fernando Palomino: Grabó en 1787 el mapa de las carreras de postas de España, dedicado al Conde de Floridablanca por D. Bernardo Espinalt y García.

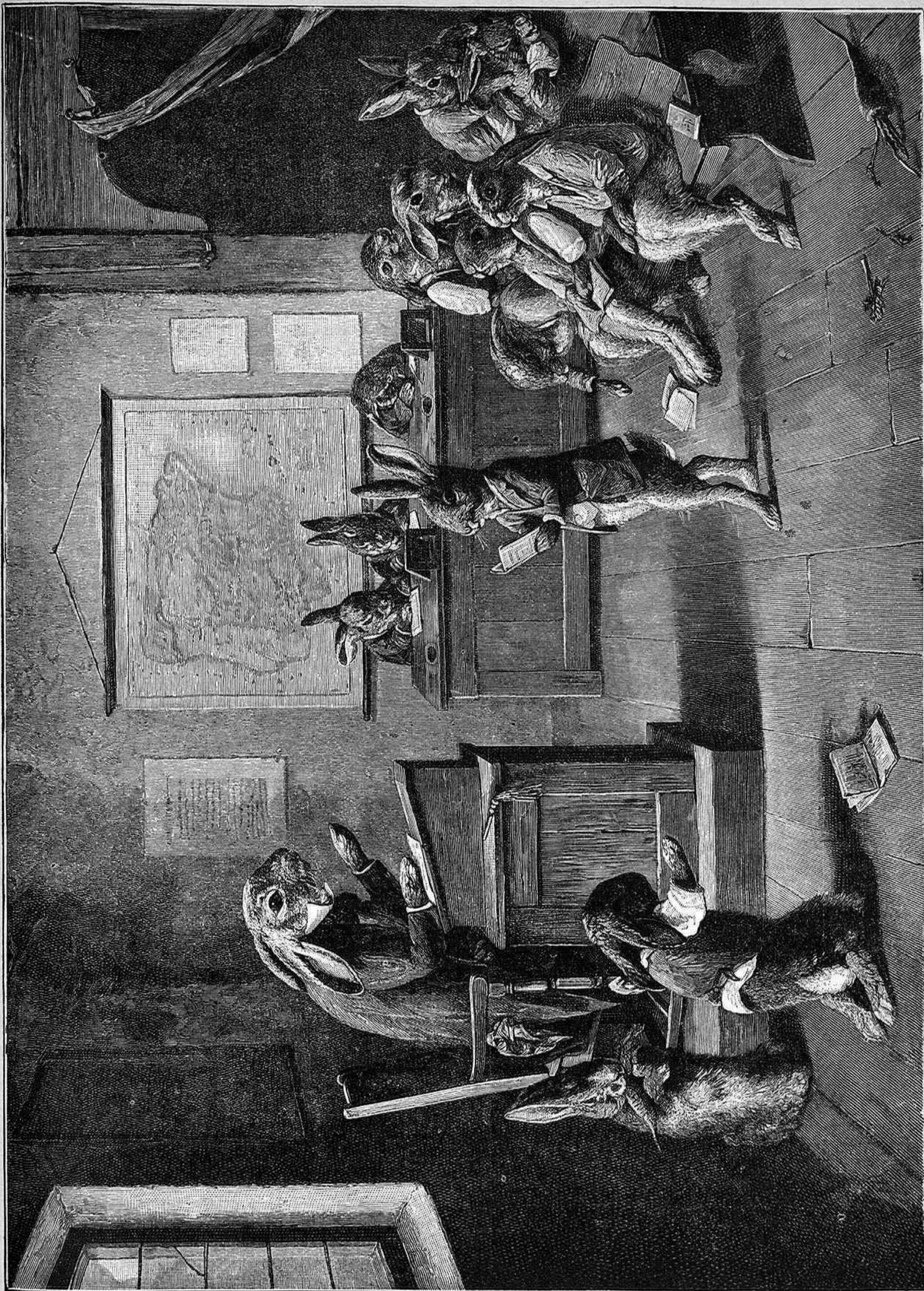
Don Tomás Palomino: Escribió en 1796 una obra, que no llegó á imprimirse, intitulada *Puntos históricos de Xerez de la Frontera*.

Manuela Palomino: Natural del Puerto de Santa María, y graciosa del teatro de Sevilla en 1812.

Existen voces prolíficas para la formación de apellidos. Del *Pino* y de su fruto parece que se derivan Pinal, Pinar, Pinazo, Pineda, Pinedo, Pinillo, Pinilla, Piña, Piñal, Piñana, Piñeiro, Piñera, Piñero, etc.; de la *Higuera*, Higueros, Figueras, Figueral, Figueira, Figueredo, Figueroa, Figuerola, etc.; del *Manzano*, Manzanas, Manzanedo, Manzanilla, Manzanera, Manzaneque, Manzanares, etc., y del *Palomo* no tan sólo deben venir los ya citados Palominos, sino también estos individuos que siguen:

Mosen Joseph Paloma: Autor del MS. titulado—*Catálogo de los obispos y arzobispos de Valencia* en 1763.





UNA ESCUELA..... SISTEMA ANTIGUO.—Por J. Jiménez.



Juan Palomar: Capitán que se hallaba encargado en 1581 de levantar gente para la conquista de las Azores.

Francisco Palomo: Individuo del cabildo de Mérida de Yucatán en 1563.

Manuel Palomo: Afamado torero de á pie, según reza el cartel de las fiestas celebradas en Sevilla por abril de 1763.

Don Francisco de Borja Palomo: Distinguido escritor y catedrático de la Universidad de Sevilla, que falleció hace pocos años.

Juan Palomo: El célebre de *yo me lo guiso y yo me lo como*.

Jacinto Palomares: Autor del *Destierro de pronósticos y discursos sobre los días caniculares y eclipses de sol y luna, dirigidos á Dios*—Tarragona, 1613.

Don Francisco Xavier de Santiago Palomares: Compuso el afamado libro *Arte nueva de escribir*—Madrid, 1776.

Diego Palomeque: Autor de una poesía del *Cancionero* del último tercio del siglo xv y principios del xvi, que procedente del Colegio mayor de Cuenca, pára hoy en la biblioteca de cámara de S. M. el Rey de España.

Don Antonio José Palomeque: Regidor de Toledo en 1761

Don Lucas Palomeque: Director general de Correos desde 1799 á 1806.

Juan Palomeque el Zurdo: Armó caballero á Don Quijote y ayudó á mantear á Sancho Panza.

El Licenciado Palomeque: Seudónimo del célebre bibliófilo Gallardo.

Y suponiendo que la lista anterior, que sería fácil aumentar, basta y sobra para honrar y enaltecer á los apellidos que en ella se contienen, y á cuantos del *Palomo* descendían, debo repetir al Sr. *Bachiller* la opinión del gran filólogo Benot, el cual dice *que los vocablos son organismos vivientes.....; que tienen su historia....., y que sólo es lícito usarlos en las acepciones con que el progreso de los tiempos los ha consagrado*.

La eufonía, que se resiste al destrozo de vocablos hechos y derechos, convida y aprieta muchas veces á formar una palabra con las dos ó más que la constituyen. Por eso las conglutinan el uso y el Diccionario, escribiendo

Besalamano (sustantivo),

Cortafrió,

Cortaplumas,

Ferrocarril,

Malcomer,

Malparir,

Paraguas,

Paternóster,

Portafusil,

Quitasol,

Sacabocado,

Tedéum,

Tirabotas,

Veintiocho, etc., etc.

La generalidad de los apellidos compuestos se escriben también con un vocablo, según lo practican los franceses en Lacroix, Lachambre, Lavigne, Legrand, Lenoir, etc.; y los españoles en

Casanova,

Casasola,

Castrofuerte,

Lacalle,

Lafuente,

Latorre,

Montemayor,

Parraverde,

Sampelayo,

Sanjurjo,

Santisteban,

Sotolongo,

Valdecañas,

Valdepeñas,

Valderrama,

Villafranca,

Villanueva, etc., etc.

Y hago esta observación para manifestar que, teniendo en cuenta la nueva etimología señalada á los *Palo-Mino*, pudieran éstos sustituir, previos los requisitos legales, el verbo *minar* por los sustantivos *mina*, *minador* ó *minero*, y apellidarse *Palo-Minero*, *Palo-Minador* ó *Palo-Mina*. De este modo resultaba claro el origen histórico del nombre, y sin equivocarse en la oratoria un Palomino con otro Palo-Mino, que algo debe ir de Pedro á Pedro y del plural *Palominos* de los primeros, al *Palo-Minan* ó *Palo-Minaron* de los segundos.

Yo me figuro (y quizá sea un disparate lo que voy á decir) que además de la eufonía *del oído*, existen otras especies de eufonías que pudieran llamarse físicas, morales ó intelectuales. La pintura ó la escultura en que el mejor artista nos representase el cadáver desnudo, lívido y sanguinolento del ajusticiado, parece que debiera ser repulsiva á nuestros ojos. Y sin embargo, la costumbre y las creencias religiosas nos hacen amar, besar, adorar y venerar la bendita imagen del Crucificado, separando del ánimo hasta la más ligera sombra de asco, de horror y de repugnancia.

Ni en la ostra, ni en el embuchado, ni en la trufa, ni en el jamón, hay más hermosura que aquella que le conceden y tributan los gastrónomos.

Me parece imposible que á un paladar virgen pueda agradarle, de buenas á primeras, el tabaco, la mostaza, el Roquefort ó el vino manzanilla.

Por causas que pueden relacionarse con estos ejemplos, llegan las palabras á tener su sitio, su ocasión y su lugar acomodado en el trato social de cada época, la cual marca por torpes á tales ó cuales vocablos, cuando no se usan del modo conveniente. Quizá tachasen hoy de escasa atildadura á la persona que hablando con damas de esmerada crianza dijese *pata*, *barriga*, *parto*, *capón*, etc., á no introducir dichos términos en locuciones semejantes á *la PATA la llana*, de *cuarenta para arriba no te mojes la BARRIGA*, el *PARTO de los montes*, á *quien te da el CAPÓN, dale la pierna y el alón*, etc.

La nomenclatura de los sexos es otro de los escollos de la lengua castellana. *Hembra* significa mujer, y *macho* no quiere decir varón. En las clasificaciones de la estadística se divide la gente en *varones* y *hembras*. Los códigos usan las mismas palabras, y además las de *marido* y *mujer*. La doctrina cristiana, las cárceles, los presidios, los hospitales, los baños de mar y río, y los templos, cuando para ciertas

funciones conviene la separación de sexos, los llaman *hombres* y *mujeres*. Los ferrocarriles, teatros, fondas, bailes, saraos y anuncios de tiendas, usan las palabras *señoras* y *caballeros*. Las de *dama* y *galán*, apenas tienen uso fuera de los cómicos. Existe la escuela de *niñas* llamada *amiga* y no hay el recíproco *amigo* para los *niños*. Son vulgares los colegios y academias de *señoritas*, y no los hallamos de *señoritos*.

La epístola de San Pablo dice que ni el *varón* ni la *mujer* tienen señorío sobre su cuerpo; y vos *varón* (añade) compadeceos de vuestra *mujer* como de vaso más flaco..., y vos *esposa* habéis de estar sujeta á vuestro *marido*.

Cuando el sacerdote se dirige á los contrayentes, ya no les da el dictado de *varón* y *mujer*; sino que pregunta á la SEÑORA Fulana si quiere por *esposo* y *marido* al SEÑOR Mengano; y al SEÑOR Mengano, si recibe por *esposa* y *mujer* á la SEÑORA Fulana.

Esta misma es la cortesía social de nuestros tiempos. No se ofenderá ni la dama ni el caballero á quienes se diga:

¡Es V. la MUJER más hermosa del baile!

¡Es V. el HOMBRE más elocuente del Congreso!

Pero si ya sentados á la mesa del banquete ó ya en el salón, y dirigiéndonos á las mismas personas manifestamos que

¡esta MUJER lo ha dicho!

ó bien que

¡este HOMBRE fué testigo!

peca en ordinariéz el uso de las voces *hombre* y *mujer*, que deberán sustituirse por las de *señora* y *caballero*.

Nunca resultan más patentes las eufonías que acabamos de indicar que cuando se aplican á los apellidos. Si al sujeto llamado *Martínez*, pongo por caso, le decimos *carrasquilla*, *negrete*, *toro*, *lerdo*, *cabeza de vaca*, etc., se juzgará injuriado con la significación gramatical de tales vocablos, que casi desaparece, ó del todo se borra, cuando llegan á constituir nombres de familia. Sucede entonces que la nobleza del linaje da lustre y esplendor á la palabra. Por dicho motivo, lejos de sonar mal, producen agrado y hasta envidia los nombres de

Diego Porcelos,  
Pedro Jirón,  
Marqués de Cañete,  
Juan de Padilla,  
Alonso de la Cerda,  
Pedro Faxardo,  
Juan de Mena,  
Iñigo Ladrón,  
José Zorrilla,  
Pedro Crespo,  
Andrés Marmolejo,  
Fernando de Herrera,  
Francisco Verdugo,  
Diego Zapata,  
Martín Abarca, etc., etc.

En estas locuciones nos olvidamos completamente de la humildad y bajeza del *cerdo*, que da origen á Porcelos; del vestido *desgarrado*, que es Jirón; del apestoso *albañal*, que es Cañete; de la triste *sartén*, que es Padilla; del *pelo* de las caballerías, que es la Cerda; del *cubilete* de hojaldre, que es Faxardo; de la *vitola*, que es Mena; del *cuatrero*, que es

Ladrón; de la *mala mujer*, que es Zorrilla; de lo *retorcido* ó *irritado*, que es Crespo; de la *columna*, que es Marmolejo; de la pobre *cuchara*, que es Herrera; del *ejecutor de la justicia*, que es Verdugo, y de los *groseros calzados* que Zapata y Abarca significan.

Si pretendiésemos mejorar ó enaltecer los nombres anteriores por medio del más escrupuloso eufemismo, creo que no se conseguiría más que ridiculizarlos, incurriendo en herejía semejante á la de perfumar con almizcle ó esencia de rosa el vino Jerez ó las aceitunas de Sevilla. Hagamos, sin embargo, la probatura llamando

á Porcelos, *marrano*;

á Jirón, *remiendo*;

á Cañete, *acueducto*;

á Padilla, *perol*;

á la Cerda, *crin*;

á Faxardo, *pastel*;

á Mena, *marca*;

á Ladrón, *estafador*;

á Zorrilla, *raposita*;

á Crespo, *rizado*;

á Marmolejo, *columna*;

á Herrera, *trinchante*;

á Verdugo, *matador*;

á Zapata, *chinela*;

á Abarca, *pantuflo*, etc., etc. ¿Cuál sería el resultado de tales sustituciones? Creo que negativo, absurdo y contra-productente.

Es de advertir que al *ejecutor de la justicia* le causa enojo que le llamen *Verdugo*, así como á los de este apellido les fastidiaría verse obligados á cambiarlo por el de *Ejecutor*. El poder de la eufonía es tal, que todo el atractivo y encanto inspirado por una *Leonor* joven, bella, rica, buena y elegante, podía desaparecer repentinamente del corazón de muchos hombres al saber que su alcurnia era *Tocino*, *Degollada*, *Camisón*, *Taravilla*, *Manteca*, *Mantecón*, *Barriga*, ú otros vocablos por el estilo, que por cierto no extrañarán los habitados á oírlos como nombres de familia, puesto que á nosotros no nos disuenan los diminutivos y despectivos de

Arenilla,  
Calvete,  
Calleja,  
Campillo,  
Carrillo,  
Castillejo,  
Canaleja,  
Canaleta,  
Carrasquilla,  
Castrillo,  
Cepillo,  
Colmenarejo,  
Gordillo,  
Manzanilla,  
Morilla,  
Morillo,  
Morito,  
Murillo,  
Palazuelo,  
Pardillo,  
Parrilla,





ENTRE ÍNTIMOS.—Cuadro de René Reinicke.

Peñuela,  
Pinillo,  
Pozuelo,  
Quintanilla,  
Ronquillo,  
Sotillo,  
Torrecilla,  
Vallecillo,  
Vallejo,

y otros muchísimos semejantes, que con facilidad se vienen á la memoria.

Los cambios de palabras que han de representar una misma idea, se verifican lentamente por el uso, patrocinado en ocasiones por la ley. Entre los nombres ya suprimidos ó á quienes se pretende suprimir, recuerdo los siguientes:

La *Tienda* se convierte en Casa, Depósito, Almacén ó Establecimiento;

la *Taberna*, en Despacho de vinos;  
la *Posada*, en Fonda;  
la *Fonda*, en Hotel;  
el *Mancebo*, en Dependiente;  
el *Cagatinta*, en Empleado;  
el *Escribano*, en Notario;  
el *Tendero*, en Mercader;  
el *Mercader*, en Comerciante;  
el *Comerciante*, en Banquero;  
el *Banquero*, en Capitalista;  
el *Administrador*, en Apoderado;  
el *Maestro de Escuela*, en Profesor de instrucción primaria;  
el *Oidor ó Golilla*, en Magistrado;  
el *Contador de Hipotecas*, en Registrador de la Propiedad;  
el *Boticario*, en Farmacéutico;  
el *Tagarote*, en Amanuense;  
el *Clérigo de Misa*, en Presbítero;  
el *Carcelero*, en Jefe de Establecimiento Penal;  
el *Mozo*, en Camarero, etc., etc.

Creo que las profesiones que no tienen ejecutoriado el cambio podían pedirlo al Gobierno, como hicieron los *Mozos de oficio* de la Administración de Correos de Madrid, obteniendo en 27 de Febrero de 1841 una orden del Regente del Reino para titularse AYUDANTES, como más propio de las funciones que ejercen y MÁS DECOROSO según rezaba textualmente el mandato del celeberrimo Duque de la Victoria.

Antes que se me olvide debo recordar á mi digno adversario el Sr. *Bachiller*, que no he ridiculizado el uso de la partícula DE antepuesta á ciertos apellidos castellanos. La costumbre hace ley en esta materia, y es de notar que los *Palominos*, antes citados, nunca la escribieron. Advertí que no significa nobleza, y que si es correcto decir Juan de Mariana ó Antonio de Solís, colocando la partícula entre nombre y apellido, no lo es declarar que DE Mariana ó DE Solís aseguran tal ó cual cosa. Atestigué para ello con el *Quijote*; y como se tacha mi cita de poco concreta, manifestando que Cervantes habló *ligeramente y de pasada*, demostraré que en otros capítulos de su obra trató el punto con la mayor calma y profundidad. Veamos la prueba, que

ofrezco ampliar si el *Bachiller* mi señor no resulta convencido:

«Llamábase el capitán Rui Pérez DE Viedma.»  
«Éste que aquí veis es el capitán Viedma.»

«Este buen hombre es el famoso Ginés DE Pasamonte».....  
«Sepa que soy Ginés DE Pasamonte»....  
«¿Y cómo se intitula el libro?..... *La Vida de Ginés DE Pasamonte*».....

«Ayudó Sancho á la soltura de Ginés DE Pasamonte».....  
«Respondió por todos Ginés DE Pasamonte».....  
«Pero la suerte fatal..... ordenó que Ginés DE Pasamonte».....

«Aquel Ginés DE Pasamonte..... este Ginés DE Pasamonte», etc.....

«Respondió Ginés.....; dijo Ginés.....; Ginés, que no era muy agradecido.....; en resolución Ginés.....; este Ginés», etcétera.....

«Alzó la vara el comisario para dar á Pasamonte.....; respondió Pasamonte.....; la escopeta de Pasamonte.....; Pasamonte, que no era nada bien sufrido», etc.....

Vemos que Cervantes no tan sólo omite siempre la partícula al citar al galeote por su nombre de pila ó por su apellido, sino que para remachar el clavo le hace decir: *Ginés me llamo y Pasamonte es mi alcurnia*. Yo deduzco de aquí que el DE no era parte integrante del Pasamonte, como tampoco lo es de ninguna prosapia española. Los Castros, Lunas ó Guzmanes, se llaman Guzmán, Luna ó Castro, y no DE Castro, DE Luna ó DE Guzmán.

El sabio Menéndez y Pelayo, en su curioso y eruditísimo estudio sobre el *Romanticismo francés*, dice lo que sigue: «Suprimo constantemente delante de los apellidos franceses que la llevan la engorrosa partícula DE, que en Francia tiene cierto sentido nobiliario, pero que entre nosotros no tiene semejante significación, ni otra ninguna como no sea la de procedencia. Los franceses mismos la suprimen cuando se trata de los nombres consagrados y verdaderamente ennoblecidos por la gloria, y dicen á secas *Chateaubriand, Lamartine*, etc.»

Quedo tan reconocido á la clara y correcta explicación del origen de los *Palo-Mino*, que no puedo menos de corresponder al garbo del erudito *Bachiller* con algunas etimologías que acabo de hallar en un cronicón, y que tenía reservadas para los doctos académicos Fernández-Guerra, Saavedra y Padre Fita, que de seguro las ignoran, como es probable que ignoren la *mina* y el *palo* de los nuevos *Palo-Mino*. Allá van las copias de mi librote:

CARACENA.—Este linaje era Yañez. E trocaron el su nombre en tiempo de D. Sancho III, porque habiendo deseado el monarca cenar un cordero, é non le hallando en el real christiano, fueron á buscallo al campo moro. E de los ocho omes que acometieron la empresa, siete finaron muertos por los moros, é uno solo retornó con el cordero. Sópolo el rey é acuitado dijo: ¡*Cara-cena!* Et entonces Yañez, por memoria de la fazaña, llamóse *Caracena*. E sus descendien-



tes fueron ricos omes, é llevan por armas el cordero de plata en campo de goles.

CORTEGANA.—Le decian Merelles. E reinando D. Enrique I, contendian unos capitanes cual dellos era más forzado, é para mostrar su brio daban recias cochilladas á un grande álamo. Vió el rey las cochilladas é señalando la más grande dijo: *¡Este Corte gana!* Et por tal causa tomó Merelles nombre de *Cortegana*. Et su escudo es árbol sinople tronchado, en campo d'oro.

MORALES.—Los llamaban Orlandos. Et hallándose en emboscada con el santo rey Fernando en la conquista de Sevilla, divisaron las huestes christianas un árbol corpulento é muchos moros bajo él. Et unos contendian que era encina, é otros que era olivo. Et Orlando acorrió para vello é saber la verdad del árbol, é fizo huir á los moros é tornó malferido con un tronco que vido el Monarca San Fernando, el cual dijo: *¡Moral-es!* Onde nació nombre de *Morales*, con armas de tres frutas de mcra de goles en campo de plata.

PONCIO PILATO.—En libro hebreo de grande antigüedad, se apunta que este juzgador nació en la tierra del *Poncio*, questá en Indias, é que al padre le decian *Pi*, é á la madre, que era esclava de la Mesopotamia, *Lato*. Et juntado él el nombre de su nacion, é el de su padre, é el de su madre, llamóse *Poncio Pilato*. E sus armas son un lavamanos de plata en campo de sable.

Opino que esta escuela abrirá nuevos horizontes á la filología, á la lingüística y á la charada, y que no faltarán sabios profundos que hallen las profundas raíces de Orovio, Calzada, Espartero, Cánovas, Serrano, etc., en *Oro-Vió*, *Calza-Da*, *Es-Partero*, *Cano-Vas*, *Se-Rano*, etc.

Volviendo á los Palominos, diré que no me ha pasado por las mientes ridiculizar á dicho linaje, cuando no hay razón ni causa para ello. Creo que no me hubiera reído—pongo por ejemplo—del ilustre *Don Alonso Palomino*, regidor perpetuo de Zamora, aun cuando su rostro fuese pálido y su cabeza se encontrase plagada de canas. Pero si nuestro *Don Alonso* se teñía de carmín las mejillas y de negro el cabello con la intención de aparecer más garrido y lozano, quizá me hubiese sonreído de su debilidad. Y por debilidad completamente igual desle otro punto de vista, juzgaría también la del regidor zamorano si hubiese tenido el antojo de firmarse *Alonso de Palo Mino*, con su DE, su PALO y su MINO.

Esto no quiere decir que yo niegue ni intente coartar la autonomía de los *Palo-Mino* para firmarse como gusten. Por mi parte pueden descuartizar el apellido convirtiéndolo en PA..... LO..... MI..... y NO. Autoridad tienen para ello, y la misma ley de supresión de vincu'aciones podrá favorecer y sancionar sus antojos. Haya para todos libertad de obrar y libertad de reir, y *laus Deo*.

Terminaré declarando que si tuviera necesidad de cambiar de apellido, y me dejasen la elección del nuevo, tomaría el oviparo, volátil é indiviso de PALOMINO, fundándome para ello en las doce razones siguientes:

(PRIMERA)

Por ser eufónico é ilustre, y no despertar ideas sucias, ridiculas ni desagradables:

(SEGUNDA)

Por señalarle los más afamados nobiliarios, elegante blason partido en pal, con calderas de sable y espas de oro:

(TERCERA)

Por haberlo usado gentes distinguidas en armas, letras y artes:

(CUARTA)

Por hallarse en consonancia con el símbolo de la tercera persona de la Santísima Trinidad y con la célebre Virgen de la *Paloma*, tan popular en Madrid:

(QUINTA)

Por ser *Palomino* tipo de perpetua juventud, que nunca llega á zumbón ni á zarandali:

(SEXTA)

Por su afinidad con los Colombos, ascendientes del gran Cristóbal Colón:

(SÉPTIMA)

Por recordar al profeta Jonás, que en hebreo significa *paloma*:

(OCTAVA)

Por su concomitancia con el *estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae*, del evangelista San Mateo:

(NOVENA)

Por su contacto con la *paloma* del arca de Noé, y con cuantas *palomas* mensajeras han existido y existen en el orbe:

(DÉCIMA)

Por tener su raíz ú origen á mayor altura que *Toro*, *Conejo*, *Gazapo*, *Ternero*, *Corzo*, *Lobo*, *Becerra* y otras alimañas semejantes que sirven de apellido:

(UNDÉCIMA)

Por ser *paloma* voz de cariñosa ternura que se emplea con las mujeres de genio apacible, y hallarse oportunamente usada por Don Juan Tenorio, cuando llamó á Doña Inés de Ulloa

Hermosísima *paloma*  
Privada de libertad:

(DUODÉCIMA)

Y finalmente, porque si existe un apellido imperecedero y de buena fama en el universo mundo, éste ni es ni puede ser otro que el homónimo de aquel celeberrimo

!!!PALOMINO DE AÑADIDURA!!!

con que se regalaba los domingos el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra, año de 1892.



# ¡TIERRA!

(12 de Octubre de 1492.)

¿A dónde va la nave  
Que dando al viento la gallarda vela  
Corre rozando el agua como un ave?...  
Nunca sobre ese mar inexplorado  
Bajel alguno señaló su estela,  
Ni en él ningún mortal penetró osado  
Hasta que en esa frágil carabela  
Un hombre le lanzó soberbio reto  
Y partió de las costas españolas  
Decidido á arrancarles su secreto  
Á la tierra, á los siglos y á las olas.

¿Cómo á surcar se atreve un navegante  
Sin dirección ni guía  
La insondable extensión del mar de Atlante?  
¿Dónde la nave encontrará su puerto?  
¿Quién en tan débil leño se confía  
Á las iras del líquido desierto?  
¿Qué playa va á buscar? ¿Cuál es su meta?  
Quizás ya no está lejos el sombrío  
Confín, por nadie visto, del planeta

Donde el Señor su cólera desata,  
Ruge soberbio el aquilón bravío  
Y el mar, como una inmensa catarata,  
Se vierte en los abismos del vacío.  
¡Pobre bajel! ¿Y aun sigue su carrera?  
¿Y aun avanza y avanza  
Sin temor al peligro que le espera?  
¡Oh, qué ciega y rebelde es la esperanz.!  
¡Más allá!.... ¡Más allá!.... Sí, ¿pero dónde?  
¿En dónde está la tierra prometida  
Que el Océano esconde,  
Virgen jamás por nadie conocida?  
El mar, engañoso como sirena,  
Dilátase dormido y transparente;  
La onda mansa y serena,  
Claro y radiante el sol, rota la bruma,  
La nave se columpia lentamente  
Y las olas le ponen con su espuma  
Un ceñidor nevado y reluciente.

¿Quiénes son esos hombres que en su empeño  
Alegres, despreciando la existencia,  
Corren tras un fantasma, tras un sueño?



Son hijos de una tierra generosa  
 Que jamás al valor llamó demencia,  
 Ni halló ninguna empresa peligrosa;  
 Tierra cuya constancia,  
 Tras lucha siete siglos sostenida,  
 Vió del Islam la indómita arrogancia  
 Sin fuerza y sin poder rodar vencida;  
 Y premiando su esfuerzo la fortuna  
 En la ciudad del Darro y de las flores  
 Sobre la ya menguante media luna  
 Abrir la cruz sus brazos redentores;  
 Son los hijos de España, son la gente  
 Que hallando estrecho el viejo continente  
 Al brazo y al valor de sus soldados,  
 Busca tras de las olas  
 Nuevos pueblos y mundos ignorados  
 Que abrir á las hazañas españolas.

—  
 ¿ Los hallará? ; Quién sabe!  
 ¿ Sondó nadie la líquida llanura  
 Que hoy por primera vez hiende esa nave?  
 Pero hállelos ó no, sueño ó locura,  
 Quien consiga volver de la jornada  
 Podrá siempre decir de su bravura:  
 « Donde nadie llegó, lejos, muy lejos,  
 En una inmensidad nunca sondada  
 Que finge arder del sol á los reflejos;  
 Ya cerca de la raya cristalina  
 En que se juntan cielo y oceano,  
 Y mundo, espacio y mar, todo termina,  
 Allí llegó mi empuje sobrehumano;  
 Soldado al mismo tiempo y misionero,  
 Allí llevé la cruz y la tizona,  
 El santo leño y el invicto acero:  
 Si el mundo no encontré que perseguía  
 En la desierta zona  
 Donde se extingue tras el mar el día,  
 ¿ Quién me quita lo grande del intento?  
 Palmas pide el valor, no la victoria;  
 Quien mide por el triunfo el ardimiento  
 Confunde la fortuna con la gloria.  
 Mi empresa soberana  
 Sólo desdenes mereció y olvido;  
 ¿ Mas qué me importa á mí la gloria humana?  
 ¿ Qué mortal me ha seguido  
 En todos mis empeños y pesares?  
 Sólo testigo de mi fe divina,  
 De mi afán, de mi lucha y mis azares  
 Lo fué Dios desde el solio en que domina  
 La inmensidad augusta de los mares.»

—  
 Mas no; no es sólo Dios quien en su empresa  
 Sigue piadoso al pobre navegante  
 Del mar juguete, de las olas presa;  
 También le va siguiendo otra mirada  
 Fija, ansiosa, anhelante,  
 Á veces por las lágrimas nublada.  
 ¿ Quién es esa mujer? Sólo *ella* espera

De un loco en la promesa confiada,  
 El éxito feliz de su quimera.  
 Ella, la reina altiva y envidiada,  
 Á quien sirven de pajes campeones  
 Que conquistaron reinos en un día;  
 La que rige sus rápidos bridones  
 Con rendajes de plata y pedrería;  
 La que un imperio á su poder sujeta  
 Y es dueña de los mágicos jardines  
 Que alzó Alhamar por orden del Profeta;  
 La que habita los ricos camarines  
 Donde el agua en cien vivos surtidores  
 Destrenza su cascada cristalina  
 Sobre tazas de mármol y de flores,  
 Reflejando su líquido tesoro  
 En la espaciosa fuente alabastrina  
 Y en la labor del arabesco de oro;  
 Ella, que tiene por vasallos reyes  
 Y por siervas sultanas poderosas,  
 Que á principes y pueblos dieron leyes  
 Desde aquellos dorados alhamies  
 En que un rey, generoso con su dama,  
 Puso lechos de rosas  
 Dignos de la mansión de las huries  
 Donde el amor abrasa con su llama;  
 Con pieles de panteras les dió alfombra,  
 Talló en marfil las bellas celosías  
 Que al calado ajimez prestan su sombra;  
 Púrpura y perlas, oro y sederías  
 Juntó sobre el soberbio cortinaje,  
 Y á su voz, como á un mágico conjuro,  
 Orgullosa de verse en tal paraje,  
 Hasta la piedra del labrado muro  
 Obediente al cincel tornóse encaje:  
 Ella, de tal edén reina y señora,  
 No piensa en el imperio sometido  
 Que tantas maravillas atesora,  
 ¡ Y piensa en aquel pobre visionario  
 Que al mar de Atlante se lanzó atrevido  
 Para buscar un mundo imaginario!....

—  
 Pobre extranjero, del delirio presa,  
 Que mundos á los reyes ofrecía:  
 ¿ Qué fué de aquella espléndida promesa?  
 ¿ Quién ya crédito presta á su locura  
 Ni en su vuelta confía  
 De la audaz aventura?...  
 ¿ Quién?... ¡ Ah! La Reina espera todavía.  
 Ella vió que aquel hombre no engañaba;  
 Vió la sublime fe que del marino  
 En los ojos, firmísima, brillaba,  
 Y contagióse á su fulgor divino;  
 Ella presiente ya la maravilla  
 Y sabe que la cruz del Almirante  
 Junta con las banderas de Castilla  
 Han de brillar en apartada zona  
 De un Nuevo mundo en la ignorada orilla  
 Para dar otro imperio á su corona;  
 Ella sabe que vuelve el navegante,



Que existe el mundo que encontrar confía;  
 Porque de no existir lo crearía  
 Aquel cuyo poder á todo alcanza,  
 El que creó los astros y los soles,  
 Por darlo de Colón á la esperanza  
 Y al valor de sus bravos españoles.

—  
 Ella lo sabe, sí; no es engañosa  
 La voz que á cada instante se lo augura,  
 Para ella más que todas melodiosa;  
 ¡Ah! cuantas veces en la noche oscura,  
 Cuando con beso suave  
 Cierra el sueño sus párpados de rosa,  
 Surge á su vista la gallarda nave;  
 Ve en sus jarcias las velas desplegadas;  
 Ve humillarse las olas á su paso  
 Por su audacia vencidas y asombradas;  
 Ve, detrás de su manto transparente,  
 Allá por donde el sol se hunde en ocaso,  
 Una costa surgir resplandeciente;  
 Costa donde la eterna primavera  
 Tiende perenne manto de follaje,  
 Donde el ave por valle y por ladera  
 Luce rayos de sol en su plumaje,  
 Donde la luz más viva reverbera,  
 Donde bosques gigantes y sombríos  
 Se alzan como soberbias catedrales,  
 Donde arroyos y ríos  
 Llevan oro disuelto en sus cristales;  
 Ve que la nave que al azar navega  
 Dejando sobre el mar luciente raya,  
 Se acerca hacia esa costa, corre, llega,  
 Toca por fin la suspirada playa,  
 Y hasta piensa escuchar, vago y distante,  
 Sin duda por el eco repetido,  
 Un grito penetrante,  
 Que del mar á través llega á su oído.....,  
 El grito vencedor y soberano  
 Con que el hombre, que á todo movió guerra,  
 Desde la extremidad del Oceano,  
 El mundo al completar, exclama «¡tierra!»

—  
 Y á fe que el sueño fiel no le mentía:  
 Aquel grito sonó sobre los mares,  
 ¡Y aun parece que suena todavía!  
 ¡Tierra! ¡Bien haya el grito  
 Que viene á compensar tantos pesares  
 Y á quedar sobre el mar por siempre escrito!  
 La noche negra y fría  
 Extiende por doquier su sombra espesa,  
 Como queriendo ¡impía!  
 Retardar el placer y la sorpresa;

Mas pronto viene el alba nacarada:  
 El sol rompe las nieblas y la bruma,  
 Y ve de aquellos héroes la mirada,  
 Saliendo como Venus de la espuma,  
 Surgir la tierra virgen codiciada.

—  
 Vedla. ¡Bendita sea!  
 Allí está sobre el lecho nacarino  
 Que le forma de conchas la marea;  
 Allí está con sus bosques dilatados,  
 Su perpetuo verdor, su aire marino,  
 Sus altas cumbres y frondosos prados,  
 Inmaculada, cándida, sencilla,  
 Viendo por vez primera aquellas naves  
 Que se acercan veloces á la orilla  
 Volando sobre el mar como las aves.

—  
 ¡Oh momento solemne! El europeo  
 En la nueva región pone su planta;  
 Alegre clamoreo  
 Sube hasta el cielo azul donde el sol brilla;  
 Una cruz en los aires se levanta;  
 El pendón de Castilla  
 Álzase de las naves en la popa  
 A la mirada de la absorta gente;  
 Por labios de Colón, la vieja Europa  
 A su hermana menor besa en la frente,  
 Y la promesa mágica cumplida  
 De nuestra madre tierra en el regazo,  
 La gran familia humana dividida,  
 Se une al fin y se junta en un abrazo.

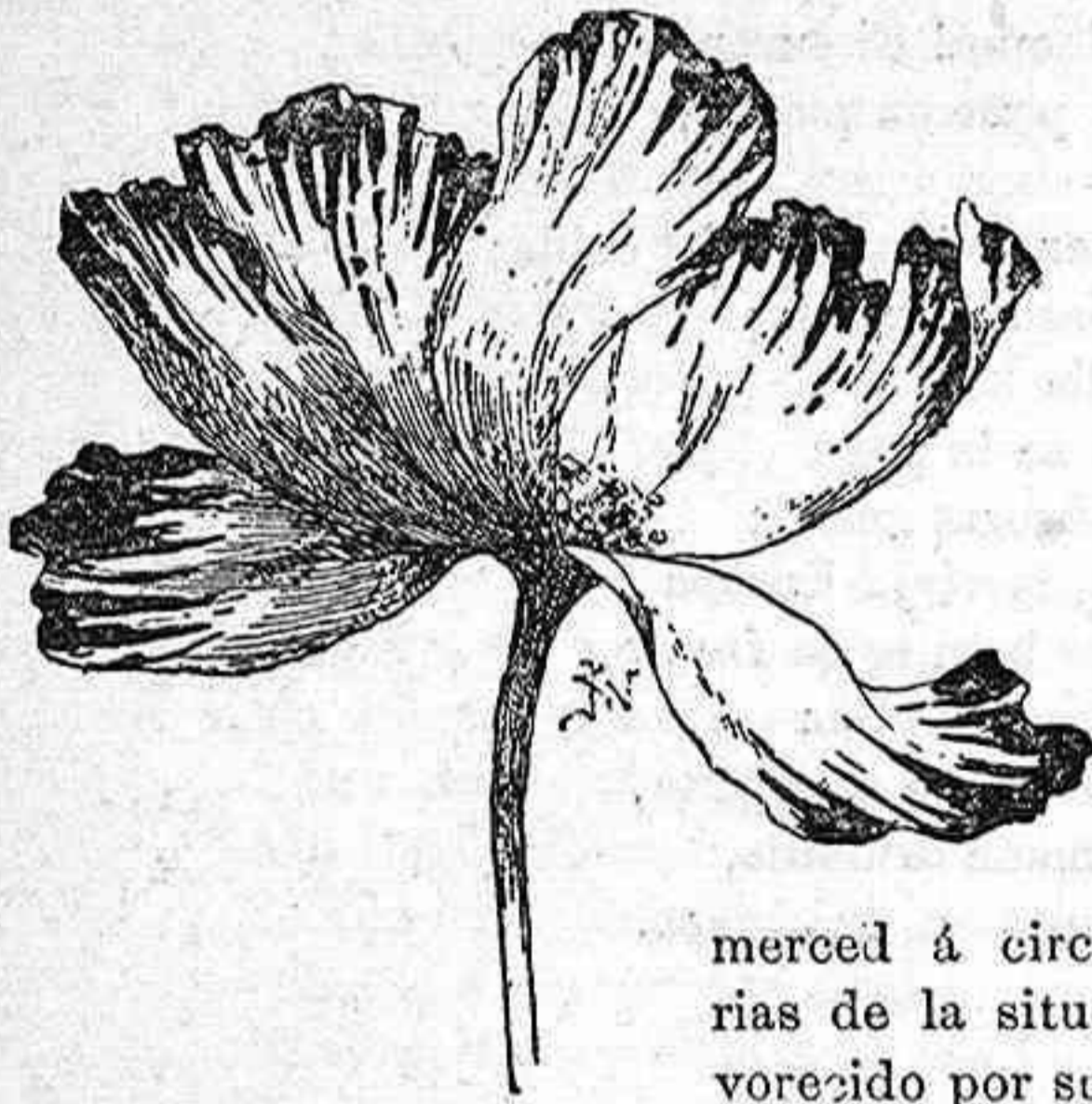
—  
 La obra del Hacedor está completa;  
 La cruz abre sus brazos protectores  
 Por todas las regiones del planeta:  
 Ya no hay un mundo de otro separado;  
 La religión del Dios de los amores,  
 La que alienta y consuela al desgraciado,  
 Por todas partes su fulgor difunde,  
 Y de un polo á otro polo  
 La humanidad se mezcla y se confunde  
 Y forma un solo hogar y un pueblo solo.  
 De Dios la obra divina  
 Es Colón quien completa y quien termina.  
 «¡Fiat!» dijo el Señor con voz de trueno,  
 Y América surgió de la honda brava;  
 «¡Tierra!» dijo Colón, y de su seno  
 Arrebatóla al mar que la ocultaba.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

San Sebastián, Agosto de 1892.



# LA RECOMPENSA



I.

En cierto colegio monjil de las cercanías de Madrid había hace más de veinte años dos educandas que se querían muchísimo. El sentimiento de amistad que les unía nació

merced á circunstancias extraordinarias de la situación de ambas, fué favorecido por sus caracteres y acabó de

consolidarse en la batalla de la vida.

La mayor, que se llamaba Susana, tenía diez y seis años: era huérfana de padre y madre y dueña de una gran fortuna. Un tío, que le servía de tutor y curador, se la confió á las monjas, quienes, sabedoras de la riqueza de la niña, procuraron ante todo despertar en ella vocación religiosa; mas persuadidas pronto de que no era catequizable, pusieron gran empeño en educarla de modo que su ilustración y buenos modales redundaran en honra del convento. Gracias á la inteligencia de Susana, las madres vieron coronados sus desvelos por el resultado más lisonjero. Era primorosa en cuantas labores ponía mano, escribía admirablemente, pintaba flores con gusto de artista, cantaba como un ángel, bordaba como una madrileña del siglo XVII, hablaba francés como si hubiese nacido en Orleans, y finalmente, para cuanto fuese brillar, lucirse y cautivar, tenía maravillosas aptitudes, gracia irresistible y atractivos de gran señora. Según malas lenguas, porque el tutor quería seguir con la administración de los bienes, y según otros, porque deseaba para la pupila brillante y completa educación, era cosa resuelta entre aquel caballero y las respetables madres que Susana permaneciese en el convento hasta los diez y ocho años. Gentes menos maliciosas afirmaban que, dada la belleza de la colegiala, lo que el tutor procuraba era recogerla lo más tarde posible, sabiendo que no hay nada tan difícil de

guardar, dirigir y encarrilar, como una mujer rica y bonita.

La segunda educanda tenía un año menos que Susana y se llamaba Valeria. Su origen era un misterio que pudiera servir de base á una novela. Un anciano, que dijo ser su padre, la llevó al convento cuando apenas tenía cinco años, y por espacio de ocho fué á verla todos los meses: luego no volvió á presentarse allí para nada, ni escribió siquiera á la que llamaba hija; pero durante otro año envió puntualmente dinero con que atender á cuanto gastaba, y al siguiente, es decir, al llegar Valeria á los quince, dejaron las monjas de recibir las mensualidades de costumbre. Otro año entero siguió Valeria recibiendo los mismos cuidados que si pagasen por ella, hasta que, cuidadosas las madres de sus intereses, determinaron poner fin á una situación de que nada bueno esperaban. ¿Quién era Valeria? Lo ignoraban. Mientras recibieron lo que su educación costaba, no pensaron en averiguaciones: tal vez de hacerlas hubieran tenido que rechazarla; pero apenas empezó á serles gravosa comenzaron á rumiar ideas de desconfianza y á sentir un recelo muy parecido al miedo. Las visitas cortas y tardías de aquel anciano misterioso, su desaparición y luego el extraño modo de remitir fondos sin escribir palabra, todo indicaba algo extraordinario, anómalo, y que trascendía á pecaminoso. Al mes siguiente de no recibir dinero estaban persuadidas de que Valeria no era de origen limpio y confesable, y de que su compañía pudiera constituir un peligro para las educandas que tenían familias conocidas, siempre puntuales en el pago de cuanto sus hijas gastaban. Más claro: la prudencia aconsejó á las monjas no continuar manteniendo y enseñando á una señorita que era juntamente carga pesada y causa probable de responsabilidad; porque una de dos: ó sus padres habían muerto y la niña iba á quedarse allí gratis para siempre como flor olvidada, y flor que costaba más que una *victoria regia* cultivada en Europa, ó dichos padres, por no poder confesar que lo eran, se desentendían de ella, y en tal caso, ¿quién iría á recogerla.... y pagar? ¿Se presentaría tal vez preguntando por Valeria señora falsificada, una aventurera despreciable, una.... ó lo que fuera peor, un juez? Sólo pensar en ello les ponía á las madres carne de gallina. Movidas por estas consideraciones, que se discutieron entre las de más autoridad y consejo, la



ALEGRÍA CAMPESTRE.—Cuadro por F. Vinea.



priora, abadesa, ó lo que fuese, mandó llamar á Valeria, y suavemente, con gran dulzura, le dijo que la situación era insostenible; que habían consultado con el Sr. Obispo; que éste no resolvía sus dudas; que la responsabilidad del convento era tremenda; que allí había un misterio indescifrable; que no podían continuar así, y otras muchas cosas, todas las cuales venían á compendiarse en estas horribles frases: «Hija mía, lo sentimos mucho..... Profesar no puedes por carecer de dote; seguir aquí tampoco, por falta de otros requisitos..... Nosotras todas te encomendaremos al Señor en nuestras oraciones, pero en el colegio es imposible que sigas. Te damos ocho días de plazo para que digas á quién llamamos, dónde quieres que te lleven, ó cosa parecida. Y si no dices nada..., pues ya nos ha aconsejado el Padre Dulzón que demos parte al Gobernador para que resuelva.»

¿Á quién había de llamar? ¿Dónde había de ir la sin ventura? ¡El Gobernador! ¿Qué podría hacer sino enviarla á un asilo de beneficencia ó dejarla en medio de la calle? Oyó aquello como reo de muerte que escucha su sentencia; se arrodilló á los pies de la madre, suplicó, le regó las manos con lágrimas, le besó el hábito, y al fin cayó al suelo desmayada. Hubo que llevarla á la enfermería, donde pasó tres días con fiebre y delirio. Al cuarto se alivió algo, y lo primero que pidió fué que llamasen á Susana; mas parapetadas las monjas en que el reglamento prohibía á las educandas entrar en la enfermería, negaron el favor.

Susana, sabedora de lo que ocurría, movida del cariño y conocedora del terreno que pisaba, regaló á una monja que hacía de *pasanta* una crucecilla de plata y le rogó que, á cambio del obsequio, llevase á Valeria un regalito, consistente en un huevo de marfil, dentro del cual había un rosario. Lo que ignoraba la monja era que, bajo el algodón en rama donde descansaba el rosario, iba escondido un papel en que estaban escritas estas palabras: «No digas que estás mejor; procura ganar tiempo y no tengas miedo. El domingo debe venir mi tutor, y yo haré que ponga remedio. Confía en mí.»

¿De qué nació el cariño que aquellas dos muchachas se profesaban? Primero, del misterioso engranaje que formaban las semejanzas y diferencias que existían en sus caracteres. En bondad de corazón y lucidez de inteligencia, eran iguales; de modo que podían quererse y estimarse. Segundo, en lo vario de sus genios, de suerte que mutuamente se buscaban, deseosas, por instinto, de hallar á sus facultades contraste y complemento. Susana era bulliciosa y alegre; Valeria, tranquila y melancólica; la ligereza y vivacidad de una hallaba compensación y freno en la sensatez y reposo de otra: lo que al parecer debiera separarlas era precisamente lo que les unía. Pero aun estaba su amistad asentada en fundamento más firme.

Susana, demasiado convencida de su hermosura, era de condición altiva y se había hecho antipática á todas sus compañeras: Valeria, amargada del abandono y olvido en que vivía, y sin que aquel amargor se convirtiera en envidia, consideraba como un peligro su belleza, no alardeaba de bonita, sentía la incertidumbre de lo porvenir, y privada de esperanzas, era humilde. Desde que se conocieron fué la sola compañera de Susana capaz de escuchar, sin sonreír burlescamente, sus primeros arranques orgullosos propios de señorita mimada por la Naturaleza y la Fortuna, y acabó por

ser la única confidente de sus ambiciosas ilusiones. No las compartía, pero no las ridiculizaba. Susana hallaba en ella un corazón amigo, que aun contrariándola mostraba comprenderla, distante por igual de la adulación y de la envidia; porque en su humildad no había sombra de bajeza. Ni Susana la hubiera tolerado, pues era tan altiva á lo grande é incapaz de pretender que la atribuyesen cualidades que le faltaban, como celosa de que se reconocieran las que estaba segura de tener. Valeria era sincera sin dureza, cariñosa sin lisonja, y así se armonizaban las condiciones morales de ambas, sin que hubiera podido precisarse cuál valía más, si la orgullosa cuando sabía ceder, ó la humilde cuando sabía imponerse. Milagros del corazón, que dobla lo fuerte y se somete á lo débil.

Llegado el domingo fué el tutor á visitar á su pupila, y ésta, después de referirle lo que ocurría, le dijo en sustancia, poco más ó menos, lo siguiente:—No me importa estar aquí un año más: tarde usted lo que quiera en ponerme al tanto de lo que es mío, administre usted como le acomode, pero quiero que pague usted cuanto Valeria debe al colegio, de modo que continúe tan considerada como antes: quiero también que haga usted esos pagos á nombre del caballero que antes venía á verla, para que nadie le eche en cara su pobreza; y deseo, por último, que salgamos juntas del colegio y vivamos luego como hermanas: es decir, que venga á mi casa, porque de vivir como hermanas me encargo yo.—Si fué por mira interesada ó en acatamiento de aquel impulso de caritativa amistad, nadie lo sabrá nunca, pero lo cierto es que el tutor accedió al ruego, y pasados unos cuantos meses ambas educandas salieron el mismo día del colegio, yendo Valeria á vivir á casa de Susana.

## II.

La intimidad del hogar fomentó el cariño nacido en el convento. Dos mujeres vulgares se hubieran dejado insensiblemente sojuzgar por las circunstancias anormales de la situación. En Susana y Valeria sucedió lo contrario: ellas se impusieron á la índole del caso. Ni la protectora imperaba como ama, ni la protegida parecía dominada como sierva. El afecto, más aun, la buena educación y delicadeza de sentimientos, hacían las humillaciones imposibles. Valeria no era en la casa una amiga benévola acogida, no era una *demoiselle de compagnie* tratada con consideración: era la hermana menor. Ambas poseían ese maravilloso arte de ceder á tiempo y resistir con dulzura, ante el cual se allanan los disgustos y rozamientos que producen inevitablemente las pequeñeces de la vida.

Ni aun la belleza podía mover discordia entre ellas, porque sus atractivos ofrecían caracteres opuestos. Susana era grande, blanca, gruesa, rubia, y á pesar de su edad y su doncellez tenía aspecto de Venus flamenca, perezosa y carnal. Valeria era pequeña, morenilla, delgada, pelinegra, tipo de mística española, poca materia y mucho espíritu; un fraile de Zurbarán hecho hembra. Los ojos azules de Susana alborotaban los sentidos; los ojos negros de Valeria alejaban toda idea de posesión. No había entre ellas rivalidad posible. El hombre que se prendase de una no podía racionalmente enamorarse de otra. Gracias á la fortuna y

desprendimiento de Susana vivían con lujo, iban á bailes, teatros y saraos; viajaban, tenían coche, vestían con exquisita elegancia, trayendo para ambas de París la mayor parte de las galas, y en una palabra, capricho sentido era en ellas gusto satisfecho. Servíales de acompañante una hermana del tutor de Susana, señora entrada en años, pero tan amiga de divertirse, que nunca ponía obstáculo ni entorpecimiento á cuanto las muchachas fraguaban para lucir y brillar. Lo único que le disgustaba era ver que las galanteasen, con la circunstancia extraordinaria de que su enojo no estallaba cuando ellas coqueteaban, sino cuando se presentaba alguien que asiduamente las cortejase. Un observador cuidadoso hubiera podido notar que les dejaba tontear frívolamente, permitiéndoles oír piropos y requiebros atrevidos, mientras quien se los decía no pasaba de halagar su inocente vanidad de niñas bonitas, pero que en cuanto alguien les buscaba con frecuencia, mostrando afán de serles agradable, D.<sup>a</sup> Gregoria ponía empeño en estorbarlo, sobre todo si se trataba de Susana. En una palabra, aquella señora, obediente á las instrucciones del tutor, su hermano, toleraba cuanto podía contribuir á que las jóvenes tuviesen fama de coquetas é insustanciales, y en cambio desarrollaba un mal humor inaguantable y una astucia increíble apenas surgía la posibilidad de que un hombre ganara terreno en el corazón de Susana. El tutor y su hermana la dejaban gastar cuanto quería, hacían la vista gorda en presencia de sus devaneos, pero ante la idea de una pasión seria mostraban profundo desagrado. Indudablemente se habían propuesto no reprenderla si tiraba el dinero, para que cuanto más derrochase con mayor facilidad pudieran ellos englobar sus robos en los gastos, y al mismo tiempo, estorbando que se casase, dilatar la época de la rendición de cuentas.

Quien primero les descubrió el juego fué Valeria: comunicó á Susana la sospecha y trataron ambas de ponerse á la defensiva, mas por desgracia era tarde para evitar gran parte de los males que temían. Pronto comprendieron que les era forzoso, primero, vivir con menos ostentación, porque las rentas iban mermando considerablemente, y segundo, andarse con pies de plomo en lo que se refería á dejarse galantear, porque entre sus propias imprudencias y la malignidad del tutor y su hermana, iban ellas cobrando reputación de frívolas y ligeras. Desde entonces vivieron con relativa economía, y fueron verdaderamente sensatas.

Algún tiempo después, en la tertulia de unas amigas, conocieron á dos hombres jóvenes, íntimos amigos y compañeros de carrera. Ambos eran dignos de ser queridos. Uno de ellos, Pepe Gutiérrez, se prendó de Susana, que por primera vez tomó el amor en serio, fué correspondido, y entraron en relaciones, procurando que permaneciesen ignoradas del tutor: únicamente cuando ella adquirió el convencimiento de que su novio, comandante de ingenieros, era el hombre que valía mucho como inteligencia y como carácter, le autorizó á que la pidiese en matrimonio. La situación de Valeria era más libre y desembarazada, pero no envidiable. Por pobre estaba libre de los cuidados que da el oro; por abandonada no había menester consentimiento de nadie; mas ¿de qué le servía aquella independencia si el compañero de Gutiérrez no se fijaba en ella? Pérez frecuentaba la casa de Susana porque iba con Gutiérrez á todas partes: eran inseparables; estaban unidos por una amistad nacida en los

bancos de la escuela de primeras letras, fortificada en el colegio militar, y, por último, arraigada en sus corazones, gracias á la vida que hacían juntos en plena juventud. Á Pérez le gustó Valeria desde que la conoció; pero ¿á qué requebrarla ni poner seriamente en ella los ojos si ambos eran pobres? La muchacha no tenía nada: él sólo su haber de capitán. ¿Qué venturas podía ofrecerla? Ni siquiera dijo á Gutiérrez la simpatía que le inspiraba Valeria. Tan bien supo disimularla, que la misma interesada tomó la indiferencia por franco y declarado desvío. Susana fué la única que adivinó el doble secreto de aquellas dos almas: unos cuantos detalles bastaron á su penetración para comprender que Valeria y Pérez se querían. Convencerse de ello y formar propósito de favorecerles, todo fué uno. Tanto le convidó á comer colocándole junto á ella, tantas veces les dejó solos á tiempo de que se les transparentara el alma, tales cosas hizo para que mutuamente se conociesen y apreciaran, que al fin llegaron á entenderse. Susana, que años atrás había evitado á Valeria la desgracia de verse arrojada del colegio y que luego la trató como á hermana, se erigió de nuevo en protectora cariñosa. «Nos casaremos el mismo día—le dijo—yo primero, y luego seremos padrinos de tu boda. Si nosotros habíamos de gastar veinte, nos contentaremos con diez, partiré contigo lo que tenga....., es decir, ¿para qué hacer números ni cálculos? viviremos juntos y..... Cristo con todos.» Claro está que Valeria, deshecha en lágrimas de gratitud, aceptó aquella nueva demostración de cariño, aunque en el fondo de su alma, y con aprobación de su futuro marido, estuviese resuelta á no aceptar favores que, por excesivos, redundaran en perjuicio de su amiga.

En la primer entrevista que tuvo Pepe Gutiérrez, el novio de Susana, con el tutor de ésta, se convenció de que la mujer á quien quería unirse estaba completamente arruinada, mejor dicho, de que había sido robada á mansalva. Era inútil soñar con restituciones ni pleitos. El canalla tenía las cosas preparadas con tal maña, que, según cuentas, escrituras y comprobantes, aun resultaba la pupila debiéndole algunos miles de duros. Una vez más, la maldad había hecho mofa de la ley. De las condiciones morales de Gutiérrez y del amor que su novia le inspiraba, pueden dar idea estas palabras con que comunicó á Susana el resultado de la entrevista. «Mira, nena, coche ni muchos vestidos no tendrás, porque ese hombre es un ladronazo.....; por ti..... lo siento, por mí, casi me alegro para que veas que te quiero de verdad. Lo esencial es que podemos casarnos cuando se nos antoje.»

En Susana pudo más la alegría del amor probado que la tristeza por la riqueza perdida, y arrojándose en brazos de su Pepe, repuso: «Yo también me alegro porque así conozco lo que vales. No me equivoqué al quererte.»

Valeria, que hubiera procurado luego de casada sustraerse á la protección de Susana siendo rica, consintió en vivir con ella viéndola arruinada, y ambas bodas se verificaron la misma mañana, á mediados de 1873, cuando España estaba en plena guerra civil.

La doble luna de miel fué cortísima. Seis meses después los dos maridos eran destinados al ejército del Norte y salían de Madrid dejando á sus mujeres poseídas de la más amarga tristeza, y embarazadas del mismo tiempo.





LA ORACIÓN DE LA MESA.—Cuadro de Eppo.

## III.

Hacia los primeros días de 1874, la desgracia cayó sobre ellas en forma irremediable y terrible.

Un extraordinario de un periódico les dió repentina y brutalmente la noticia. Ambas estaban viudas. Oyeron vocar el papel, mandaron comprarlo, y sin poder llorar ni gemir, secas las gargantas, enjutos los ojos, atarazada el alma por la desesperación y la sorpresa, leyeron lo siguiente: «Pamplona, 9 Enero. 10,15 mañana.—El titulado brigadier Garzuaga fué ayer batido en Puente-Rey con pérdida de más de 300 hombres, caballos, armas, carros y municiones.

»Las fuerzas liberales han experimentado también sensibles pérdidas. El brigadier Queralt está herido de gravedad. El coronel Quintana levemente. El comandante de ingenieros D. José Gutiérrez Riela y el capitán del mismo cuerpo D. Andrés Pérez Deza han muerto heroicamente en el campo del honor. Las bajas de la clase de tropa no pueden precisarse todavía.»

Movidas de un impulso igual y simultáneo, se arrojaron una en brazos de otra; rompieron á llorar, y al mismo tiempo que sufrieron en el alma las garfiadas del dolor moral, sintieron ambas en el seno los inquietos latidos de dos seres que antes de nacer eran huérfanos.... Primeras impresiones de amor, dulzuras de pasión satisfecha, esperanzas para lo porvenir, todo que lababa destruido, todo parecía mentira; únicamente la desgracia era verdad.

Á fin de Marzo, con diferencia de veinticuatro horas, parieron un niño cada una en la misma habitación, tragándose las lágrimas y los quejidos, animándose mutuamente á tener valor, buscando en su cariño fraternal el único consuelo que les quedaba. Los recién nacidos no se les parecían: ambos eran pelinegros y muy blancos, señal de que habían de ser morenos como sus pobres padres, que dormían para siempre entre los peñascales ensangrentados de Navarra.

Ya no tenían ventura que esperar aquellas infelices mujeres: ni aun la de sufrir unidas. Juntas crecieron en el convento cuando niñas; juntas, mientras pudieron gastar riqueza y derrochar alegría, fueron ligeras y frívolas como su propia juventud; al mismo tiempo fueron amantes, casadas, viudas y madres: sus dichas y sus penas estaban tan hermanadas como ellas mismas; pero había llegado la hora de que se rompiese el misterioso paralelismo de sus vidas.

El parto de Valeria había sido rápido y feliz; el de Susana trabajoso y de fatales consecuencias. La fiebre puerperal que se apoderó de ella fué intensísima, y halló su organismo tan conmovido y debilitado por los recientes infortunios y penas, que no tuvo fuerzas para resistirla. Sintiendo morir, llamó á Valeria y la habló de este modo:

—No te hagas ilusiones—dijo sonriendo con una serenidad que daba miedo—esto se acabó.

Quiso su amiga interrumpirla gastando bromas y mostrando esperanzas, mas ella continuó:

—Óyeme bien. Ya sabes lo que te quiero.... No tengo parientes, y puede que sea mejor.... Mi hijo va á quedar solo en el mundo; te lo confío.... tú serás su madre.... júrame que le querrás y le cuidarás.... como....

—Calla, mujer. ¡Qué has de morirte! ¿No has de resistir esto, tú que eres más fuerte que yo? Te pondrás buena y seremos felices... es decir, viviremos para los niños, porque felices ya no podemos ser....; pero si te murieras, que no te morirás, por el recuerdo de todo el bien que me has hecho, te juro que tu hijo... vamos, como si fue a mí.

—¡Pobre Valeria! ¿Qué será de ti con dos criaturas?... Esto va muy aprisa. Escucha. En aquel cajón de la mesa que usaba Pepe, hay ocho mil duros en papel del Estado, que vienen á dar ocho mil reales al año. Allí están también los mil duros que sabes que teníamos ahorrados. Por último, en el cajón de más arriba encontrarás las escrituras de propiedad de mi casa de Rivaria. Yo no he estado allí nunca, pero sé que es un caserón con un huerto: los labriegos que lo tienen arrendado no pagan hace la mar de tiempo. Quizá por esto no se quedó mi tutor con la finca. Los títulos de la Deuda y el dinero de los ahorros los coges en cuanto me cierres los ojos, y ahora manda venir un escribano. Quiero que la casa sea legalmente tuya para que nadie pueda molestarte. Ya sabes con lo que cuentas. Lo principal es que no teniendo nada el niño.... no habrá quien piense hacerse cargo de él.

Valeria quiso resistir por animarla, pero ante la energía con que expresaba el deseo, cedió.

Vino el notario: Susana hizo una declaración reconociendo que cuanto había en la casa era de Valeria, y que en pago de una deuda que confesaba, le daba la finca de Rivaria. Del niño no se habló palabra. ¿Quién había de solicitar su tutela siendo pobre?

Pocas horas después, como si se hubiese esforzado en vivir hasta ultimar lo hecho, Susana moría en brazos de Valeria. Ella la amortajó; ella la veló, pasando la noche arrodillada á los pies del cadáver.

De rato en rato se levantaba para ir á ver á los niños. ¡Qué contraste el formado por la vida y la muerte que allí se mostraban con toda la brutal realidad de los hechos! ¡Qué lástima de mujer, tan hermosa y tan buena! ¿Qué falta hacía á nadie arrancarle la existencia como se descuaja una planta? ¿Ni qué falta hacían en el mundo aquellos angelitos?

Valeria les contemplaba envolviéndoles en miradas de ternura, iguales para ambos, cual si se le hubiese duplicado el cariño de madre, y á pesar de la tristeza que sentía no le era posible sustraerse al influjo de una observación que ya había hecho y que ahora, hasta contra su voluntad, se le iba entrando al pensamiento y agitándolo con desvarios de la imaginación.

Cada vez que se acercaba á las camitas donde estaban acostados y se fijaba en ellos, aquella observación se confirmaba con más fuerza. Los niños se parecían muchísimo: ambos eran muy blancos, de pelo y ojos negros, chatillos, gorditos, casi de igual volumen. Claro estaba que andando el tiempo habrían de diferenciarse física y moralmente, revelando su distinto origen; pero entonces, á los pocos días de nacer, casi hubieran podido pasar por mellizos. Á Valeria le parecía el suyo mil veces más hermoso y mejor formado, y sin embargo, hubo un momento en que pensó: «Vaya, que se parecen mucho, son casi iguales, tan semejantes, que si dejara de verle unos cuantos meses...., no acertaría con el mío; es decir, míos son los dos, en fin, con el que yo he parido.»



Luego, en el largo monólogo de aquella noche interminable cruzaron por su mente recuerdos de la juventud, memoria de gratitud hacia Susana, latidos de dolor renovado por la pérdida del hombre á quien había querido, é ideas de miedo y de responsabilidad ante la carga que para ella representaba el porvenir de aquellos niños.—«¿Sabré corresponder—se decía—á todo lo que Susana ha hecho conmigo? ¿Podré pagar al hijo lo que debo á la madre? ¿Llegará un momento en que las circunstancias me obliguen á favorecer al mío en perjuicio del suyo? El poco dinero que queda entre mis manos no es *nuestro*, yo nada tengo... ¿Me asaltará algún día la tentación del despojo....., será más fuerte mi amor de madre que el recuerdo de la gratitud y el cumplimiento del deber?» Y al mismo tiempo que discurría todo esto, en su pensamiento iban hermanándose y confundándose, hasta compenetrarse, aquella observación insistente del parecido de los niños, y aquella idea extravagante favorecida por las condiciones de la realidad. Sus propias palabras eran la síntesis de la situación: «Si dejases de verlos unos cuantos días, no sabrías cuál es el tuyo.»

.....

¿Fue propósito razonado de alma grande, fruto de una extraordinaria elevación de espíritu? ¿Desarreglo de inteligencia trabajada por una idea fija? ¿Acaso sugestión de ese algo misterioso que á veces nos aproxima por el anhelo del bien á la divinidad? Nadie lo sabrá nunca: lo cierto es que aquella idea le fué labrando surco en el pensamiento y acabó por arraigar en él de tal suerte, que se enseñoreó de su voluntad, y la puso por obra. ¿Quién dirá si Valeria llegó por gratitud á la locura, ó á la suma piedad por el sentimiento del deber? Aquel la juzgue que sepa buccar en las reconditeces del alma.

#### IV.

Luego de enterrada su amiga, Valeria se marchó á Galicia con los niños, aposentándose en la casa de Rivaria. Su primer cuidado, después de arregladas las cosas necesarias

á la vida, fué observar la índole y carácter de los colonos, marido y mujer, de quienes Susana había dicho que nunca pagaban el arrendamiento. Afortunadamente él, como buen gallego, era muy listo, y ella se pasaba de buena. Valeria se propuso aprovechar las cualidades de ambos, y entretanto, poseída por su idea fija, procuraba ver poco á los niños; iba lentamente desentendiéndose de ellos; casi no les miraba, mostrando una fuerza de voluntad increíble.

Había en el lugar un acaudalado caballero á quien por lo caritativo llamaban sus vecinos *el Santo*, y en éste se fijó principalmente Valeria para realizar su propósito. Le dijo que viéndose obligada á emprender un largo viaje por mar, y no atreviéndose á llevar consigo los pequeñuelos, quería confiarlos á su cuidado; le dió dinero para cuanto necesitasen durante cierto tiempo, y dispuso que el labriego y su mujer le obedecieran ciegamente. Por último, obrando astuta y sagazmente, tuvo la horrible precaución de ocultar los nombres de los niños, ardid en que estaba fundado su propósito: hecho todo lo cual desapareció del pueblo. Cerca anduvo de arrepentirse por su condescendencia aquel santo varón, casi se asustó de haber aceptado tamaña responsabilidad, pero jamás llegó á preocuparse formalmente: primero, porque su compromiso era sólo verbal y no había pruebas que pudieran perjudicarlo; segundo, porque ¿quién habría en la comarca capaz de perseguirle ni acusarlo? Sobre todo, sin saber la causa, sin que él se diera cuenta de ello, Valeria le había inspirado simpatía profunda y confianza ciega. Estaba persuadido de que aquella mujer era mediadora de buena fe ó víctima en una de esas intrigas amorosas, donde es preciso el misterio para estorbar la iniquidad. Lo principal para él era que, con caer las criaturitas en sus manos, se habría casi seguramente

evitado un crimen. Resta sólo decir que al darse cuenta de que ignoraba los nombres de los niños llamó Juan al que le pareció mayorcito, y Pedro al que supuso menor.

De esta suerte comenzaba á lograrse la confusión que Valeria deseaba.

Cada tres meses *el Santo* recibía en pliego certificado un



EN FAMILIA.—Por Albert Fourie.



billete de Banco cuyo valor bastaba á cubrir los gastos ocasionados por los niños: lo que jamás recibió fué carta, mensaje, ni visita, que le hablase de la desaparecida. Cuantas tentativas hizo para saber su paradero fueron inútiles. Así pasaron cinco años.

En tan largo lapso de tiempo, Valeria estuvo muchas veces á punto de renunciar á su tremendo sacrificio: en más de una ocasión le faltó poco para volver á la aldea, exigir que le devolviesen los niños y escudriñarles el cuerpo para distinguirlos, hasta recobrar la certeza de cuál era el ajeno y cuál el suyo. Su vida fué un martirio insoportable, mas lo padeció sin volverse atrás. Fuese extravagancia de entendimiento perturbado, fuese abnegación premeditada, había en su conducta una grandeza heroica, algo casi sobrehumano que consistía en imponerse el doble sacrificio de privarse de su hijo, y aceptar por tal al que no lo era, para que esta ignorancia la hiciese luego tratar á ambos con el mismo cariño. Ella ignoraba que alma de su temple jamás hubiera perjudicado al ajeno en provecho del propio, mas quería colocarse en tales condiciones, que hasta le fuesen imposibles la preferencia y la injusticia.

¿Quién podía prever la suerte que les estaba deparada? ¿Qué haría ella, por ejemplo, el día en que por los azares del mundo fuese preciso anteponer en su corazón uno á otro, darle mayores facilidades de éxito, ó salvarle de un peligro? ¿Á quién acudiría primero? ¿No juró confundirles en el mismo cariño? ¿pues que mejor manera de realizar el juramento que conseguir la imposibilidad de quebrantarlo? Según su corazón, que estaba sorbido y dominado por la gratitud, todo aquello y más debía á Susana, que la libró de ser arrojada del convento, la trató como hermana, y finalmente, la unió al hombre de quien estaba enamorada. ¿Qué hubiera sido de ella sin Susana? ¿Hasta dónde hubiera rodado impulsada por vientos de desgracia?

Por fin, al comenzar el sexto año de separación, Valeria estuvo enferma, y entonces, aterrada ante la idea de morir, sintió doblegarse su entereza. Apenas convaleciente, corrió á la aldea. Su viaje le pareció un tormento, más largo que el de los cinco años transcurridos. ¿Vivirían los dos niños? ¿Cómo los encontraría? ¿Cuál sería su índole? ¿Cuál mostraría mejores sentimientos? ¿Cuál la querría más? De fijo el suyo .... Pero ¿cómo le conocería? ¡Sacrificio inútil!, batalla estéril contra la flaca condición humana! Aun no habían llegado aquellos seres á la edad en que se revelan el corazón y la inteligencia, y ya instintivamente ambicionaba que su hijo fuese superior al hermano pegadizo.

Le parecía que el coche no iba bastante aprisa, que los árboles de las laderas del camino eran siempre los mismos, que á lo lejos el horizonte huía prolongando la separación, hasta que al volver un recodo próximo á la aldea, descubrió dos niños vestidos con relativo esmero. Estaban jugando bajo un gigantesco grupo de castaños, saltando sobre un espeso tapiz de musgo aterciopelado, donde el sol y la sombra del ramaje formaban maravillosos arabescos. Al llegar el carruaje cerca de aquel sitio, mandó parar, bajó, y acercándose á los niños los envolvió en una mirada indefinible: les conoció porque á su lado estaba la mujer del colono. Valeria,

indecisa, clavó en ellos los ojos, quiso dirigirse primero á uno luego á otro, vaciló, se le llenaron las mejillas de lágrimas, y por último, extendiendo abiertos los brazos, cogió á los dos al mismo tiempo, les atrajo contra su pecho....., los apartó, tornó á mirarlos, y enloquecida de dudas y alegrías, apretándoles de nuevo contra sí, abarcando juntas las cabezas, se las cubrió de besos y caricias mientras la aldeana que la reconoció en seguida, gritaba con su dulce acento gallego:— «Juan, está quieto;—Pedro, non te vayas.»

La mujer de alma grande había logrado su propósito. No sabía cuál era su hijo.

## V.

Pasaron años. Desde que Valeria recogió los niños de manos del *Santo* hasta que se hicieron hombres no le causaron más penas que los disgustillos que dan de sí la infancia y la primera época de la juventud: jugarretas, trastadas, bromas y travesuras. Llegada la edad de la razón, Juan y Pedro fueron buenísimos para ella. Sus corazones no cesaban de brotar y consagrarle nuevos tesoros de ternura. ¿Quién la quería más? Era imposible averiguarlo. Del carácter sensato y juicioso de uno, de las genialidades prontas é irreflexivas de otro, surgían continua é inesperadamente pruebas de amor filial. Ella, en tanto, hoy mimaba á Juan, mañana prefería á Pedro, igual cariño profesaba á los dos, pero cariño ciego, vacilante, inseguro, como si viviese condenada á la incertidumbre de su propia sinceridad. Ambos ante su conciencia eran hijos suyos, mas siempre le quedaba en el fondo del alma la duda, la esperanza de que el mejor fuese el que ella había llevado en las entrañas.

Valeria, exclusivamente dedicada á estudiar aquellas dos almas, hizo un descubrimiento que la llenó de angustia. Ambos tenían novia y la querían, no con un sentimiento vulgar y pasajero, sino con pasión digna de ellos. Aquella era la ocasión de probarles. Había pagado su deuda haciéndoles buenos y felices: ninguno tenía derecho á proferir la menor queja: ella lo tenía á saber cuál era su verdadero hijo; y se forjaba la ilusión de creer que lo sería el que mostrase quererla más. En otro tiempo la cegó la gratitud: ahora la cegaba el ansia de cariño.

Luego de haber madurado su propósito con la astucia propia de su índole y su carácter, les juntó un día y les dijo:

—Os llamo porque ocurren grandes novedades. Estamos medio arruinados. No podemos seguir viviendo con la holgura relativa que hemos disfrutado hasta ahora. Es necesario que uno se separe de mí, y de su hermano. Tengo la seguridad de conseguir un buen destino para Ultramar. Mientras cambia la fortuna es preciso que uno de vosotros se vaya muy lejos y ayude á los que aquí quedemos. ¿Quién quiere separarse de mí? ¿Quién se quiere quedar? Resolvedlo vosotros y decídmelo mañana.

Oyéronla ambos en silencio y aquella misma noche se reunieron á deliberar. Valeria, descalza para no ser sentida, fué hasta la puerta del cuarto donde estaban, y pegando la oreja al ojo de la llave escuchó todo lo que hablaron.

—¿Has oído á madre?—dijo Juan.

—Sí—repuso Pedro.

—¿Y qué dices?



—Que no me voy.  
 —Ni yo tampoco.  
 —¿Por qué?  
 —Porque no me separo de ella..... ni de ti.  
 —Lo mismo digo.  
 —Pues ella dispone que se vaya uno.  
 —Ya la haremos ceder.  
 —¿Y si no cede?  
 —Estoy dispuesto á ganar un jornal, á arrancar piedras con los dientes, á todo, menos á separarme de ella.  
 —Tienes razón. Igual pienso yo. Aquí á su lado soportaré escasez, pobreza, lo que venga: yo también renuncio á la mujer que amo; pero ¿irme lejos, exponerme á que mi madre se muera sin verla? ¡Eso no! Aunque ella lo mande. Si quieres, márchate tú.  
 —Y ¿por qué he de ser yo el sacrificado? ¿No soy tan hijo suyo como tú?  
 Aquellos dos muchachos que se querían entrañablemente, que jamás habían reñido por nada, ni de niños ni de mozos, estuvieron á punto de venir á las manos. Con todo transigían, todo lo aceptaban menos lo que pudiera significar despego hacia su madre. Cruzáronse entre ellos algunas pa-

labras fuertes, algunas frases agrias, pero al fin pudo el cariño más que ningún otro sentimiento, y Juan dijo:

—Mira, no añadamos á la pesadumbre que ya tenemos la pena de enfadarnos uno con otro. No hay remedio: si madre lo manda, uno tendrá que sacrificarse. Que ella lo designe, y ése que baje la cabeza, obedezca y se resigne sin chistar ¿Convienes en ello?

—Convenido, ella decidirá.

Y abriéndose mutuamente los brazos lloraron juntos, como dos niños.

Valeria les escuchó henchida el alma de alegría. Aquel fué el único momento egoísta de su vida. Todas sus penas hallaron resarcimiento, todos sus dolores tuvieron premio. Luego, andando de puntillas, se alejó de junto la puerta, y á los pocos días, con fingida tranquilidad, dijo que las circunstancias habían variado y que la separación no era precisa.

Nunca supo quién era su verdadero hijo, pero adquirió el convencimiento de que ambos adoraban en ella. En un mismo culto la confundían el que llevó en las entrañas y el que formó con la bondad de su alma.

Aquella doble maternidad fué la recompensa de su vida.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

## ¡INDEPENDENCIA!

### SONETO

Del bosque umbrío en el agreste seno;  
 De la montaña en la sublime alteza,  
 Admiro absorto la eternal grandeza,  
 É impulso siento de arrogancia lleno.

Tascar no quiere del favor el freno,  
 Rebelde á la lisonja, mi entereza;  
 Ni busco del avaro la riqueza,  
 Por propio mal y en beneficio ajeno.

Desprecio á la fortuna cortesana,  
 Que en el extraño bien me brinda el mío,  
 Ó del poder la pompa leve y vana:

¡Dentro de mí, vivir tan sólo ansío,  
 Gozando independenciam soberana,  
 Sin siervo ni señor, en mi albedrío!

NILO MARÍA FABRA.





## Calendario perpetuo

Yo siempre te encuentro el mismo,  
 Almanaque Americano:  
 Una fecha, un mes, un día,  
 Una efeméride, un santo;  
 Los días que transcurrieron  
 Y los que faltan del año;  
 Salida y puesta del sol;  
 La luna llena, ó en cuartos;  
 Y á espaldas de cada hoja  
 El *acertijo* embrollado,  
 La *charada*, puesta en verso,  
 Ó el *saltillo de caballo*,  
 Ejercicios de paciencia  
 Para los aficionados.

Desde Enero hasta Diciembre,  
 Hoja tras hoja arrancando  
 Con la esperanza de hallar  
 Algo nuevo..... ¡Empeño vano!  
 Los minutos hacen horas  
 Por cada sesenta espacios;  
 Las horas, que forman días  
 En grupos de á veinticuatro;  
 Treinta días, que componen  
 El mes comercial exacto;  
 El año de doce meses,  
 Y el siglo, con sus cien años;  
 Que es un fortunón de tiempo  
 Que pocos logran contarlo.



Si miro dentro del alma  
 El almanaque ignorado,  
 Encuentro lo mismo: El número  
 Que á la muerte va marchando;  
 Una esperanza perdida;  
 Un rayo de sol lejano;  
*Cuartos menguantes* de amor;  
*Cuartos crecientes* de engaño;  
 Santos del día: «*Fastidio,*  
*Amargura, Pena y Llanto,*  
 Mártires y compañeros  
 Patronos del ser humano;  
 Y detrás de cada hoja  
 Del oculto calendario,  
 Ya el *epigrama* sangriento  
 Ó ya el *logogrifo* extraño;  
 La *fuga* de las pasiones,  
 Ó de la moral el *salto*;  
*Acertijos* del deber  
 Que no averigua el más sabio,  
 Y *charadas* del honor,  
 Solubles de cuando en cuando.  
 ¡Siempre lo mismo, almanaque  
 Del corazón desdichado!

—  
 Cada año, cuatro estaciones,  
 Las de la vida indicando.  
 La florida Primavera,  
 Con su cielo despejado,  
 Con sus brisas regaladas,  
 Con sus mañanas de Mayo,

Como la infancia dichosa,  
 Llena de luz y de encantos,  
 De armonías y perfumes  
 Y de caricias y halagos.

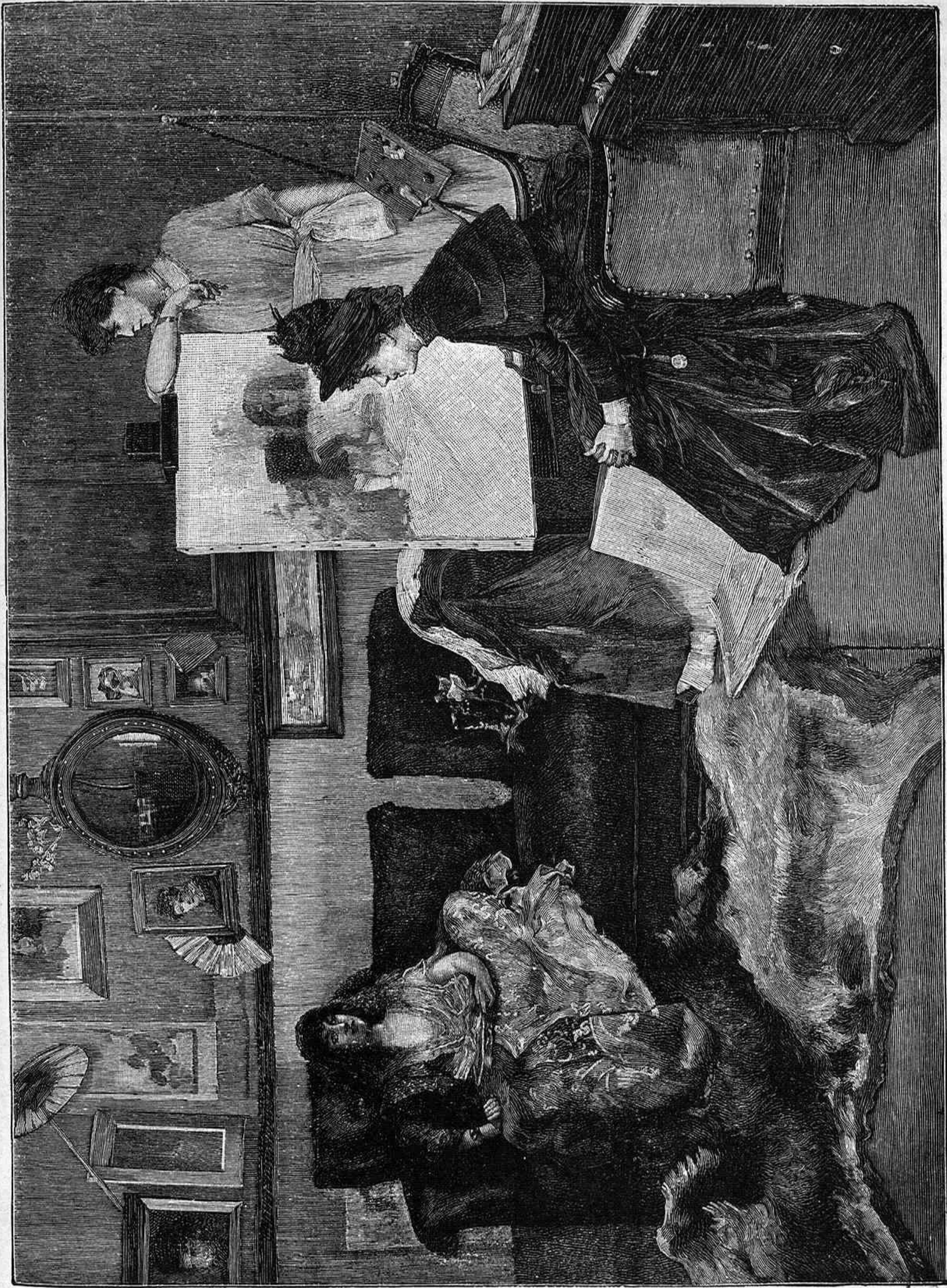
El Estío, con su fuego  
 Y sus frutos sazonados;  
 La vid, jugosos racimos;  
 Rubias espigas el campo.....  
 ¡La edad del amor dichosa,  
 Vida y calor respirando!

El Otoño: Ya las nubes  
 Ocultan el azul claro,  
 Y ya las hojas marchitas  
 Se despiden suspirando  
 Como tristes ilusiones  
 Que del pecho enamorado  
 Arrancó la realidad  
 Al soplo del desengaño.

El Invierno con sus nieves  
 Los montes va coronando;  
 Tiembla la llama en la hoguera;  
 Tiembla la rama en el árbol;  
 ¡También de nieve se cubre  
 La cabeza del anciano,  
 Y la llama de la vida  
 Tiembla con fulgor escaso,  
 Y acercándose á la tierra  
 El cuerpo se va encorvando  
 Como si escogiera lecho  
 Para el eterno descanso!

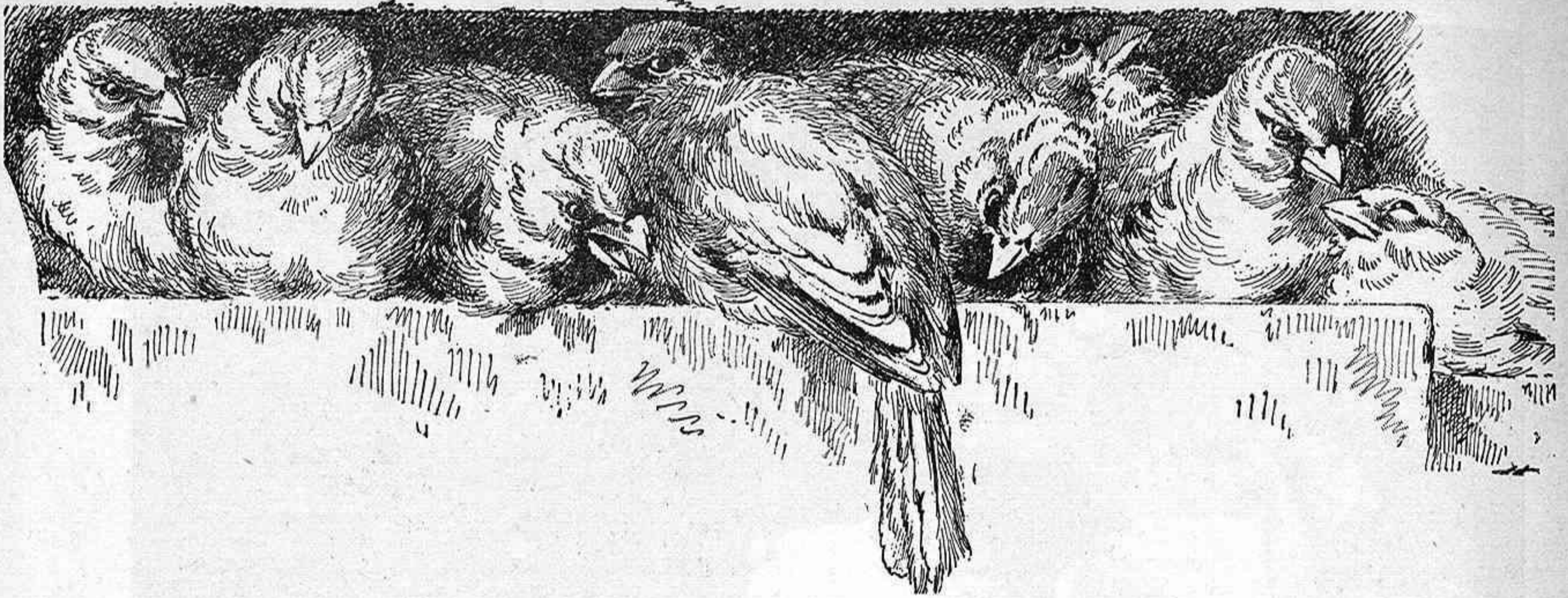
JOSÉ JACKSON VEYAN.





EN EL TALLER. — Por Alfred Stevens.





## A PAN Y AGUA



Y no existe en Madrid el monasterio de bernardos; en su solar se han edificado casas en la manzana comprendida entre las calles *Ancha de San Bernardo* y de la *Garduña*, y calle y travesía de la *Parada*, esta última llamada en otro tiempo calle de *Enhoramala vayas*; han desaparecido también el vecino callejón de *Sal si puedes* y el convento inmediato, convertidos en plaza de los Mostenses; la travesía de las Beatas perdió su antiguo título de calle de *Aunque os pese*, y sólo quedan como recuerdo del pasado, asomando sus copas por la tapia posterior de la manzana del convento, algunos árboles plantados por los frailes; y acaso entre los cimientos de la iglesia, las cenizas de los religiosos que presenciaron á mitad del siglo XVIII los sucesos que voy á referir.

### I.

El Abad, el Prior y Soprior ocupaban la mesa del testero, y la comunidad, por orden riguroso de categorías, las mesas colocadas á lo largo del refectorio; delante de cada religioso había un pan, un cubierto, vaso, plato, servilleta, almofia y una jarra con agua; los monjes, sin cogullas y las capillas puestas, estaban recostados en el respaldo de su asiento, con las manos recogidas bajo el escapulario; y el lector, desde la tribuna, había empezado á leer en latín un sermón de San Bernardo.

El Abad dió un golpe sobre la mesa, y todos los religiosos desdoblaron á la vez sus servilletas, con una simetría de movimientos correspondiente á la uniformidad de sus capillas y sayales; la comida empezó á distribuirse con tan escaso ruido, que parecía un banquete de fantasmas; los signos sustituían á la voz para no turbar el silencio; el que necesitaba pedir vino colocaba sobre la boca, y tocando á la nariz, el dedo segundo de la mano derecha; los huevos se pedían haciendo señal de batir con una mano sobre la palma de la otra, y el pescado, extendiendo una mano y moviéndola de derecha á izquierda para imitar el coleteo de los peces.

Aquel día se notaba que monjes y novicios, zurdos y legos, no atendían á la lectura edificante ni al gusto de la pitanza y la menestra, sino que miraban fijamente á un lego sentado en el suelo, á corta distancia de la mesa, con la servilleta encima de la falda, como castigado á pan y agua; y no le miraban con lástima, sino con irritación, porque en vez de tener el aire humilde de un penitenciado y limitarse á tragar de vez en cuando un bocado de pan y un sorbo de agua, introducía la cuchara en el plato vacío, llevándosela á la boca, como si saborease manjares exquisitos; era indudable que se burlaba del castigo ó creía asistir á un banquete imaginario. Un murmullo creciente y amenazador corrió de mesa en mesa, y el Abad, después de imponer silencio dando un golpe con la mano, dijo al lego castigado:

—¡Hermano Roque!

El lego descubrió su cabeza pelona y sin cerquillo, poniéndose de pie; y añadió el Abad con su acento más suave:

—Mientras la comunidad toma sus postres, póstrese el hermano.

El lego Roque se inclinó hasta tocar con sus manos las fimbrias de su hábito, y cayó de rodillas; poco á poco sus

labios se movieron como si rezase; pero observándole fijamente, más bien parecía que mascaba.

La comida concluyó; los servidores recogieron de la mesa el pan sobrante; descubrieron los religiosos sus cabezas, y la comunidad, después de dar las gracias, marchó hacia el coro cantando un *Miserere*.

## II.

Tener venias llamaban los bernardos al acto de reunirse la comunidad en el capítulo, y después de una exhortación del prelado, al decir éste *hablemos de nuestra Orden*, irse acusando todos, de uno en uno, de las faltas contra sus instituciones y la regla del P. San Benito. Como en la comida del día anterior, la atención estaba fija en el lego Roque, así es que todos pasaban rápidamente por sus faltas; ó era el convento modelo de observancia, ó temían que se dilatase el castigo de un culpable; llegó por fin el turno al hermano Roque, y el silencio que reinaba de ordinario se hizo aún más profundo.

El lego dejó su sitio, se arrodilló en medio de la sala, y dijo con modestia:

—Padre Abad: digo mi culpa del poco silencio que he guardado, del mal ejemplo que dí, y de todas mis faltas, y prometo la enmienda.

—Más tiene que enmendar el hermano—dijeron á un tiempo varios monjes.

—Hablen únicamente los dos religiosos más antiguos—respondió el Abad;—sólo dos pueden clamar contra el que dice su culpa. Padre Hilarión, ¿de qué acusa vuestra paternidad al hermano Roque?

—Le acuso de inobediente y escandaloso; de burlarse del castigo y hacer ademán de comer como todos en el refectorio, cuando está condenado á pan y agua.

—Discúlpese el hermano Roque—replicó el Abad.—¿Es verdad que ayer aparentó comer algo en su plato?

—Me acuso de haber comido realmente.

—¿Y de qué manera pudo ser eso estando el plato vacío?

—No lo estaba.

El Abad tuvo que imponer silencio varias veces á la indignada comunidad durante aquel breve diálogo; el lego prosiguió:

—Su paternidad no ignora que tengo un estómago exigente que no se sacia nunca; nací con hambre, me destetaron á los siete meses, jamás pude comer lo suficiente, y la ración conventual no me satisface. He rezado mucho y hecho penitencia pidiendo á Dios que me harte de una vez para que la necesidad no me conduzca al pecado de la gula, impidiendo que me salve. Como el castigo á pan y agua es pena de muerte para mí, sin duda el Señor, compadecido, se digna llenar mi plato cada vez que me castigan; una voz imperiosa me dice al oído: «Come y bebe»; y yo obedezco y tomo el alimento sobrenatural que se me sirve.

Los murmullos de la comunidad fueron tan recios, que costó algún trabajo al Abad el acallarlos.

—¿Luego el hermano afirma que se efectúa en él un milagro para excitarle á la desobediencia?

—Creo que sólo se producirá para socorrerme.

—¿Y tomáis con delectación esos manjares?

—¡Oh, P. Abad, los platos que me sirven todos saben á gloria!

—Padre Abad—dijo otro monje—el hermano Roque, al salir ayer del refectorio,apestaba á vino que era una vergüenza.

—Conteste á ese cargo el inculpado.

—No puedo negar que el agua de la jarra se convertía en vino al caer dentro de mi vaso.

Al oír esto, los murmullos se trocaron en clamoreo de voces que pedían un castigo.

—Hermano Roque—dijo el Abad—no habréis de convencernos á los que conocemos vuestra ruindad, de que sois un elegido. Seguiréis á pan y agua treinta días. Ahora, alzaos la capa sobre la cabeza, descubrid la espalda, y que el hermano Blas os administre una buena disciplina.

Un movimiento general de satisfacción dió á entender que la comunidad aprobaba la sentencia.

El hermano Blas aplicó la corrección en toda regla, mientras el lego Roque exclamaba humildemente á cada disciplinazo:

—Digo mi culpa, que yo me enmendaré.

## III.

Como el escándalo se repitió en el refectorio, y la indignación de la comunidad iba en aumento, dispuso el Abad que el lego Roque cumpliera en el calabozo su penitencia; pero al segundo día, el carcelero dió aviso al prelado de que á la hora de la comida había oído en el encierro gran ruido de vajilla, y que abriendo la puerta con disimulo, sólo vió al hermano Roque comiendo el pan y bebiendo agua en un rincón.

—Suprimid el plato, el vaso y el cubierto, que son inútiles, y los ruidos de vajilla cesarán—dijo el Abad.

Sin embargo, durante quince días, en vez de cesar aumentaron los ruidos, y aseguraba el carcelero haber oído á través de las rendijas de la puerta vaho de comida.

—¿Ha enflaquecido el lego en este tiempo?—preguntó un día el P. Abad.

—Todo lo contrario—respondió el llavero;—y como la puerta es tan estrecha, temo que no pueda salir de gordo que se pone.

El mismo día del cumplimiento del castigo, no fué el carcelero, sino el médico, el que entró en la celda del prelado para hablar del lego Roque.

—¡Cómo!—dijo el Abad levantándose de su silla de vaqueta muy conmovido.—¿Ha muerto ese desdichado cuando iba á ponerle en libertad?

—Certifico la defunción.

—Tengo remordimientos: bien decía el pobre Roque: «El castigo á pan y agua es para mí pena capital.» Señor médico, ¿ha muerto de hambre?

—Vuestra paternidad puede estar tranquilo: el hermano Roque ha muerto de una indigestión.



## IV.

Cuando estuvo enterrado el lego Roque, las opiniones de la comunidad se dividieron: los unos le tachaban de embaucador; para los más era un hombre sospechoso de haber tenido un demonio familiar; el Soporior y muchos donados creían que era un santo.

—No me fío de los santos modernos—decía el Abad severamente.

Era, sin embargo, general la creencia de que todos los días, á las horas de comer, se oía estrépito de platos dentro de la bóveda donde estaba enterrado el lego Roque. Un día éste se apareció en la cocina, destapó las ollas y cazuelas, y probó todos los guisos, mientras el cocinero, paralizado por el miedo, sólo tuvo fuerzas para rezar un padre nuestro. Desde entonces, las apariciones nocturnas fueron muy frecuentes: una vez creyeron verle sorber el aceite de una lámpara, y otra noche llenar de higos en la huerta la falda del sayal.

El Abad callaba siempre que se le daba noticia de algún prodigio, y todas las noches hacía su ronda, sin encontrar jamás al fantasma. Un día en que le habían molestado con el tema de la santidad del lego, exclamó el prelado con enojo:

—Nuestra Orden tiene santos de sobra para necesitar del lego Roque: la santidad se demuestra con virtudes, y no con fantasmagorías y visiones; y pues el difunto convierte en comedor el suelo de la iglesia, salga del templo, y le enterraremos en el melonar. Dé tres golpes la campana grande, reúnanse la comunidad, abran la bóveda, y llevemos el cadáver á la huerta.

Todos los religiosos se agruparon á la entrada del subterráneo, que parecía hacerles el efecto de una caja de sorpresas; cuatro hermanos sacaron el ataúd, y al divisarle, monjes y legos cuchichearon entre sí con gran viveza:

—Ya veréis cómo es santo y está entero: la caja huele bien—decían los creyentes.

—Sí, pero no es olor á santidad: huele á menestra—exclamaban los incrédulos.

—Le han destapado ya; mirad, mirad: está como cuando le enterramos: ¿dudáis ahora? Vedle incorrupto y explicad ese misterio.

—Nada más fácil: como el hermano Roque era un glotón, en vez de comerse los gusanos al muerto, el muerto se ha comido los gusanos.

El cantor, sorprendido de la falta de ceremonias con que se efectuaba la traslación del cuerpo, dijo al prelado:

—¿Entono el responso?

—¿Creéis que se trata de un entierro? Todo lo contrario: es una resurrección.

Y mojando el hisopo hasta empaparle bien de agua bendita, echó una copiosa rociada sobre la cara del difunto: éste, al recibir aquella aspersion inesperada, se incorporó de repente en su ataúd.

—¡Milagro! ¡Milagro!—gritaron algunos religiosos, mientras que los más se dispersaban aterrados.

—Seguidme—dijo el Abad al difunto.

El cadáver obedeció sin replicar, y la comunidad se dividió en grupos distintos: los unos rezaban, dándose golpes de pecho al pie de los altares; los otros seguían de lejos al prelado y á su triste acompañante, y todos quedaron sorprendidos y aterrados al ver que el Abad se encerraba en su celda con el muerto.

## V.

A una señal del P. Abad, el difunto cerró la puerta; sentóse el prelado en su silla de cuero, y exclamó:

—Caiga el hermano de rodillas, y diga qué dan de comer en el Purgatorio.

—Padre Abad—respondió el lego—estoy tan turbado y aturdido, que acaso no pueda explicarlo.

—Yo se lo contaré en pocas palabras. Conozco á todos los que le ayudaron en su muerte figurada: los hermanos médico, clavero y los donados que cuidan de la bóveda y la huerta. Basta de mentiras. ¿Por qué habéis hecho burla de la muerte?

—Padre Abad, hablo en confesión: la lectura de vidas de santos me ha perdido.

—¿Habéis hallado la perdición en lo que para otro constituye la salud?

—Quise también ser santo.....

—¿Y cómo no imitasteis sus ayunos y mortificaciones?

—Lo he intentado; pero el ayuno es el estado más peligroso para mí; cuando tengo debilidad, el diablo hace de mí lo que quiere por un plato de lentejas. Padre, me he disciplinado fuerte, y cuando los disciplinazos me dolían, en vez de conformarme, juraba por lo bajo. He recurrido á la oración, y me he dormido de rodillas. Tengo vocación de santo, pero me falta la aptitud.

—¿Y pensabais ganar el cielo de ese modo?

—¡Oh! ¡No! Me contentaba con ser un santo de los que se quedan aquí abajo; sólo quería elevarme del suelo algunos pies y hacer los milagros más sencillos.

—Estáis vos y los que os ayudaron al engaño, expulsados de la Orden; y si queréis impedir que os denuncie al Santo Oficio, haced penitencia pública ante la comunidad y confesad vuestro delito.

—Padre Abad, ¡misericordia!

—Nunca.

—Es que me priváis de mis devotos.

—¿Acaso los tenéis?

—Tengo dos donados: el uno besó mi hábito cuando os seguía hacia la celda; el otro me arañó con las tijeras por cortar una tira de mi sayo. ¡Oh, Abad! No sabéis qué duro es hallarse en buena posición, y luego venir á menos.

## Epílogo.

Cinco años después de la expulsión de aquellos religiosos, dos monjes bernardos que viajaban por Andalucía entraron un día en la catedral de Córdoba para presenciar la reconciliación de algunos herejes, castigados á cárcel perpetua y



pan y agua. El gentío les impedía ver y oír; así es que tardaron mucho en distinguir de lejos á los penitenciados. Cuando pudieron lograrlo, se miraron los monjes con sorpresa: habían reconocido en los herejes al lego Roque y compañeros expulsos.

—¿Sabéis por qué delito se les castiga?—preguntó uno de los monjes á una vieja.

—¿Cómo? ¿No habéis oído hablar del santo gordo? Es el del medio—dijo, señalando al antiguo lego Roque.

—Venimos de Madrid.

—¿Y por qué le llaman el santo gordo?—preguntó el otro monje.

Era un ermitaño de la sierra que, al decir de las gentes, se alimentaba con sólo una onza de pan y un vaso de agua, y cada vez engordaba más con ese régimen. Todos aseguraban que comía padrenuestros.

—¿Y los otros penitenciados?

—Á esos se les encontró sentados á la mesa con el santo, cuando fueron á prenderle: los hallaron comiéndose un carnero entre los cuatro.

—¿Y de qué vivían?

—Habían puesto cerca de la ermita una tienda de disciplinas y cilicios é imágenes del santo.

Los monjes se despidieron de la vieja, diciéndose el uno al otro cuando estuvieron solos:

—Ese desdichado se empeñó en seguir la carrera de santo.

—Pero la Inquisición, esta vez, le ha cortado la carrera.

José FERNÁNDEZ BREMÓN.



DOS AMIGAS.—Cuadro de E. Montzaigle.





# MONTFAUCON

(DE VÍCTOR HUGO)

## I.

### Para los pájaros.

Á la hora en que á Occidente la luz del sol bajaba,  
Los dos á solas, cerca del bosque de Angely,  
Con sorda voz y austera solemnidad hablaba  
Bertrand el arzobispo al rey Felipe así:

—«Rey, el altar y el trono son un principio mismo;  
Á un tiempo, pues, y juntos, defiéndanse los dos.  
Á heréticas reformas abramos el abismo;  
Salvar ¡oh Rey! la Iglesia será salvaros vos.

»Sobre el terror que siembra ciméntase el Estado,  
Más fuerte cuanto el pueblo más tenga que temblar;  
La turba siempre al miedo sumisa se ha postrado.  
¿Derechos? Uno solo conozco: el de reinar.

»Para atajar un riesgo lo necesario es justo.  
Son poco ya en defensa de nuestra santa fe,  
Los códigos y jueces del gran Felipe Augusto;  
Precisa es la amenaza sobre la altura en pie.

»Amaga la herejía mi autoridad; la vuestra  
Minando va en silencio la sorda rebelión;  
De arrodillarse el pueblo cansado al fin se muestra,  
Y el templo extraños cismas asaltan en montón.

»¿De qué profundidades que siempre misteriosas,  
Vidente ni profeta ninguno sondeó,  
Esos enjambres vienen de ideas tumultuosas?  
¿Prodújolas la noche, ó el cielo las creó?

»Hablemos con sigilo, y oidme cual prudente:  
Nada hay más formidable—ni el rayo ni el alud—  
Que esos instintos nuevos que bajan de repente  
Sobre la estremecida y absorta multitud.

»De pronto, desde arriba cayendo esas quimeras,  
Pululan, van y vienen, se agitan por doquier,  
Cerrados ojos abren, sacuden almas fieras,  
Se mezclan al ambiente, dilatan su poder.

»Hiriendo en las tinieblas cuanto el mortal adora,  
Sobre el cerebro emprenden una tenaz labor;  
Algo de aquí se llevan, y traen... ¿qué? Se ignora:  
Ese es vuestro peligro, y ese es nuestro temor.

»¿Qué traen?—prosigue.—¡Nada! Tal vez un soplo, un [viento,  
¡Quién sabe! Un ruido de alas que es brisa ó tempestad.  
Y añade—á sus palabras el Rey mudo y atento:—  
Señor, las novedades por siempre desterrad.»

En esto, pensativos llegaban á un sembrado  
Que extenso dilatábase delante de sus pies,  
Y donde con murmullo sonoro y prolongado  
Meciáse en los surcos la ya madura mies.

Allí, sobre los trigos, al sol y al aire expuestos,  
Con traza repugnante y aterrador vaivén,  
En sogas y en horquillas medrosamente enhiestos,  
Horribles espantajos flotar al aire ven.

Las aves, los gorriones, que la dorada espiga  
Seduca con promesas de opíparo festín,  
La alondra, que á las otras con su chillido instiga,  
Gozosas acudiendo, dispútanse el botín;

Pero de pronto, el móvil ejército de trapo  
Las ráfagas del viento sacuden de aquí á allá;  
Una espantosa vida recobra cada harapo,  
Y el bando, temeroso, dispérsase y se va,

—«¿Cuál es—el Rey entonces pregunta—la manera  
De gobernar los pueblos? Sabio Arzobispo, di.»  
Y el campo así guardado, como delante viera,  
Mostrándolo á Felipe, Bertrand dijo:—«Hela ahí.»

## II.

## Para las ideas.

Por eso, dominando la altura y la distancia,  
Desde el ignominioso y obscuro tiempo aquel,  
Se eleva un edificio por cima de la Francia,  
Cual sobre Babilonia distínguese á Babel.

Terrible, hosco y disforme, domina los lugares,  
Montón de arena y barro, del cual huye la luz,  
Monstruoso laberinto de garfios y pilares,  
De toscos botareles y mástiles en cruz.

Los otros monumentos, de la ciudad señores,  
Palacios, torres, templos, que en alto percibís,  
Los dioses son, los héroes, los santos y doctores;  
Él es el monstruo, escándalo y oprobio de París.

Dijérase que arrastra su fúnebre escalera  
Por su pendiente oscura que va en la muerte á dar.  
Todo lo que el granito y el hierro, de la fiera  
Pueden tener, lo tiene su mole singular.

Cada uno de sus bloques, en la penumbra oculto,  
Un vil Molók dibuja del cielo en el azul;  
Cada columna tosca, de algún salvaje culto  
Semeja resto ó sombra de un lívido Irmensul.

Si en sus sillares rudos alguna zarza crece,  
Ó tiende alguna hiedra su inextricable red,  
La sombra de sus hojas dilátase, y parece  
La mano del verdugo, trazada en la pared.

Del Louvre ese cadalso remate y complemento,  
Portada del suplicio, confirmación del mal,  
Caricia hecha á la tumba, sarcasmo al firmamento,  
De los fatales tiempos es cómplice fatal.

Ante el sagrado cielo, de la justicia toma  
El usurpado nombre, que no acertó á ganar;  
Aun más que con Lutecia, confina con Sodoma,  
Y siendo el pudridero se erige en el altar.

Espectro de granito que encierra espectros de hombres,  
Sin advertir si el mundo perece ó sufre al pie,  
Llevando con orgullo sus execrables nombres,  
Se eriza en las tinieblas enfrente á no sé qué.

Á veces, ese osario sombrío y taciturno,  
Como al impulso tiembla de doloroso afán,  
Y mezcla su gemido con el rumor nocturno,  
Los silbos prolongando del lúgubre huracán.

Allí rechina el eje del torniquete horrendo,  
Y estudiarse el progreso, patente en cambios mil,  
Que va desde el cadáver al esqueleto haciendo

Sobre el despojo humano la podredumbre vil.  
Cada insepulto cuerpo sobre una fecha gira,  
De un negro calendaric signo es cada pilar.  
De noche el monstruo crece; cuando la tarde expira,  
Sobre París dijérase que se le ve avanzar.

¡Visión medrosa! Encima de un muro ceniciento  
Levántase algo informe, con desigual temblor,  
Vertiginoso caos, confuso hacinamiento  
De sombra, de silencio, de cólera y de horror.

Pirámide amasada con odio y desvarío,  
Por la armazón de aquella fantástica Babel,  
El tramo da en la escala, la escala en el vacío,  
Y aun el vacío tiene la noche detrás de él.

Si el hombre mereciera respetos á la tumba,  
Si en su montón la muerte pudiera distinguir,  
Las larvas confundidas en trágica balumba  
Nombráranse, legando su historia al porvenir.

Diríase: éste que hubo de quebrantar el rito  
De Pascua, que Ireneo dictara, fué Trifón;  
Este otro es Glánus, reo del infernal delito  
De haber interpretado las obras de Platón.

Aquél, diestro en el arte del brujo de Maguncia,  
Lanzó un Virgilio impreso ¡oh audacia sin igual!  
De aquéllos, cuyos nombres la fama no pronuncia,  
El uno es un poeta y el otro un criminal.

Todo eso, hacia la Roma mirando de otros días,  
Ó anticipando el curso del tiempo destructor,  
Recuerda á sus hermanas las tristes Gemonias,  
Ó á Josafat presiente, ganándole en horror.

Ayer y hoy, día y noche, verano como invierno,  
Allí están los siniestros fantasmas, allí están,  
Por cima de las torres y cúpulas, eterno  
Juguete de agua y nieve, granizo y huracán.

Aquellos esqueletos proscriptos de sus fosas,  
Aquel crujir de hierros que púdreñse también,  
Aquel danzar macabro de sombras misteriosas  
Moviéndose en continuo descomunal vaivén,

Ahuyentan á los almos espíritus del cielo,  
Venidos á la tierra del idéal en pos,  
Para traer al hombre la frase de consuelo,  
Vivificar sus obras ó revelarles á Dios;

Y vese á las ideas más santas y más puras:  
Progreso, bien, justicia, derecho, amor, verdad,  
Como asustadas aves, tornando á las alturas,  
Huir del *espantajo* que alzó la iniquidad.

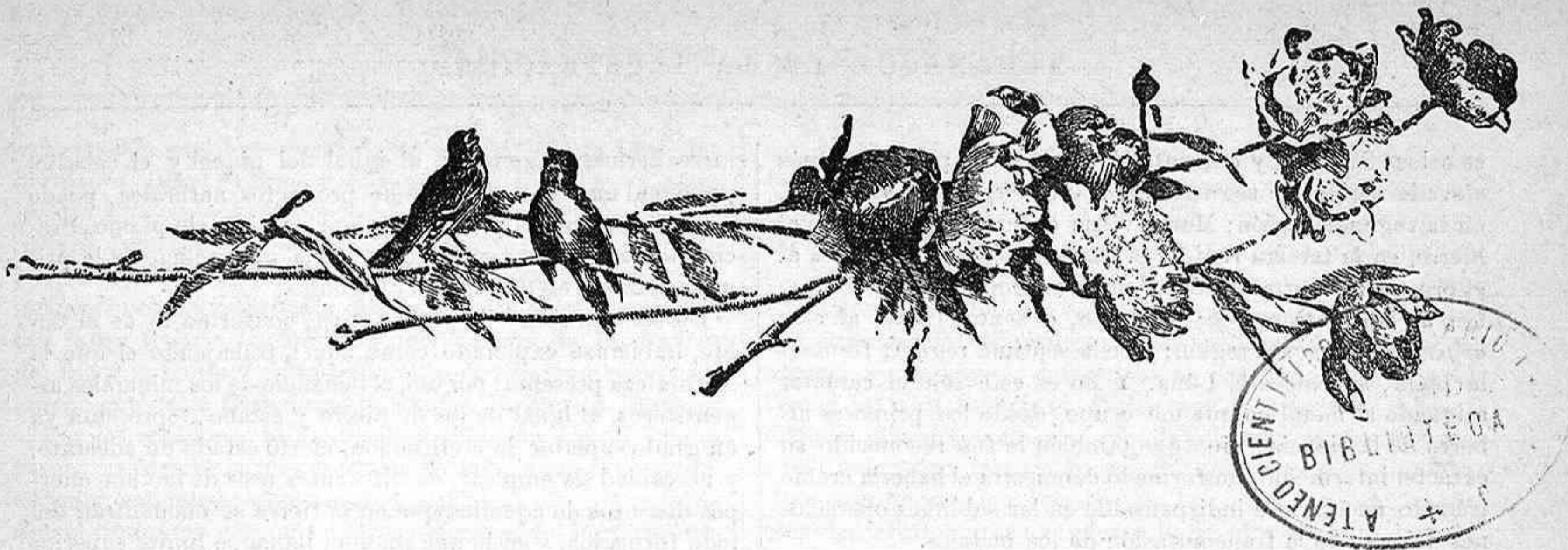
EMILIO FERRARI.



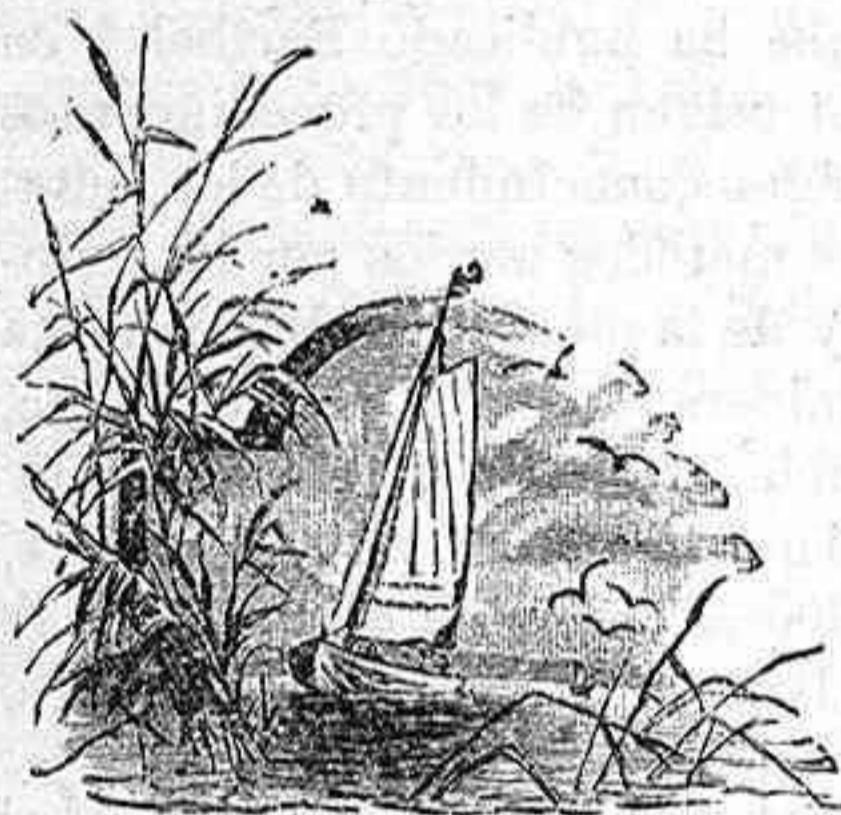


AL BAILE.—Por L. Zie Rendraht.





## UNA PÁGINA DE LA HISTORIA DE LA PLATA



Unido estrechamente al glorioso descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, va el conocimiento de las riquezas naturales de aquel maravilloso suelo de América y las maneras adecuadas para mejor aprovecharlas y utilizarlas, que pusieron

á prueba el alto ingenio de los españoles. Los minerales, las plantas y los raros animales llamaron tanto la atención de los exploradores, como los mismos indios, su gobierno y sus costumbres; así importa mucho seguir paso á paso su labor científica, que va señalando las diversas etapas recorridas en la civilización de aquellos pueblos.

Y aun tal estudio podía llevarnos muy lejos examinando, por ejemplo, las relaciones que existen entre los métodos más antiguos del beneficio de varios metales, usados por los indios americanos antes de la Conquista, y los empleados por los más viejos alquimistas de que se tiene noticia, ó la manera de considerar las virtudes medicinales de ciertas plantas, y el modo de emplearlas. De esta suerte acaso se establecieran lazos de parentesco entre civilizaciones, al parecer desligadas, y podría mostrarse el origen de aquellos fuegos que en gran número iluminaban las cimas de las montañas del Potosí, admirando al viajero que los contemplaba por vez primera, bien ajeno de que procedían de los primitivos hornos en que el indio beneficiaba los minerales de plata.

En la historia de este metal, que es de los que la tienen más completa, han escrito gloriosas páginas los explotadores de minerales argentíferos en América, acaso las de mayor brillo que en la historia científica de España se cuentan, y eso que de antiguo nos viene el perfecto conocimiento de muchos metales y su ordenada explotación, ya próspera

y adelantada en los tiempos de la dominación romana, juzgando en vista de las obras y restos de obras de aquella época, halladas en varias localidades de la Península. Mucho tiempo se ha tardado en hacer justicia á la labor científica de los españoles, en esto respecto del beneficio de los minerales, y aun la teoría de los procedimientos se la atribuyen gentes extrañas, cuando es gloria del famoso ingeniero de Minas D. Fausto Elhuyar; por eso no huelga tratar asunto tan interesante, reivindicando para la ciencia española los descubrimientos que le pertenecen.

Es la plata uno de aquellos siete metales primitivos que en los raros y antiguos escritos de Alquimia encontramos bien descritos, cada uno consagrado al planeta que en su formación en los senos de la tierra ha intervenido con su influencia especial, y como el oro fué el metal del Sol, se consagró la blanca plata á la Luna. Refiérese en los más antiguos escritos de los alquimistas, que Caldeos y Sabeos adoraban á los siete planetas como siete divinidades, «cada uno, dicen, tenía su templo, y en el templo su estatua, hecha del metal que le estaba dedicado: la del Sol era de oro; de plata la de la Luna; Marte la tenía de hierro, Venus de cobre, Júpiter de estaño, Saturno de plomo, y era la de Mercurio, formada de todos los metales, hueca, y llena de azogue.» Otras veces, explicando, cómo hace Celso, los mitos persas, que enlazaban los planetas y los metales, describían una maravillosa escalera, que han de recorrer las almas á través de los astros, escalera que da acceso á siete puertas, cada vez más elevadas: la primera, de plomo, representa á Saturno; la segunda de estaño á Venus; la tercera, de bronce, pertenece á Júpiter; la cuarta, de hierro, es de Hermes; la quinta, de una aleación parecida á la moneda, es de Marte; la sexta, de plata, se consagra á la Luna, y la séptima, de oro, conduce al Sol. Es frecuente hallar otros simbolismos notables, como el que indica Stefano, á cuyo autor es menester considerar como verdadero químico; primero, dice;

se coloca Saturno, y enfrente el plomo en la primera y más elevada región; en segundo lugar Júpiter, frente al estaño, en la segunda región; Marte viene el tercero y enfrente el hierro, en la tercera región; el cuarto es el Sol, y frente á él el oro, en la cuarta región; Venus la quinta, frente del cobre, en la quinta región; Mercurio, el sexto, frente al *vivo argento*, en la sexta región; y en la séptima región, frente á la plata, se coloca la Luna. Y no es este solo el carácter asignado al metal en que me ocupó, desde los primeros albores de la ciencia, sino que también le fué reconocido su carácter intermedio, conforme lo demuestra el haberla creído tránsito necesario é indispensable en las sublimes operaciones del arte de la transmutación de los metales.

La facilidad con que la plata se liga al oro, permitiendo obtener un metal de baja ley, especie de falsificación, en la cual los alquimistas de buena fe creían haber realizado *la duplicación* del rey de los metales; el alearse bien al cobre, que la endurece y da mejores condiciones para el trabajo, y la necesidad de añadir plata á ciertas complicadas mezclas que ora servían para imitar substancias más caras y preciadas, ora parecían consentir ciertas modificaciones de la materia, que debieran llevar, como de la mano, á la codiciada y nunca alcanzada transmutación, fueron parte á que el metal se estudiase con atención y cuidado, y más aún cuando entró en uso para la moneda, la vajilla y determinadas alhajas y adornos. Contribuyó no poco también al estudio de la plata, el hallarse nativa, aunque no en grandes proporciones, y que sus minerales se reducen bien, gracias á la facilidad con que se oxidan los metales que suelen acompañarla, sin que ella experimente modificaciones de ningún género. Su inalterabilidad al aire, ser dúctil, maleable, blanda, capaz de unirse á otros cuerpos, ya sin cambiar su hermoso color blanco y brillante, ya sin alterar de modo sensible el de los demás, hicieron mucho en los trabajos realizados para su mejor beneficio y para darle el carácter de metal precioso, considerándola, si así vale decir, uno de los primordiales cuerpos, muy cercana del oro, aunque ni tan fija, ni tan hermosa como aquel codiciado cuerpo, emblema de lo permanente é inalterable, símbolo de la materia primera de que todas las más fueron formadas, y á la cual debían volver, cuando se lograra sustraerlas de sus propiedades características y de aquellas cualidades que mejor las determinan y por las cuales las definimos y nos son conocidas.

Si la plata, atendiendo á su valor, representa hoy algo precioso y muy estimable, su función, en cuanto cuerpo simple de la Química, la aparta no poco del oro y del platino, á cuyos metales la aproximan su maleabilidad y ductilidad. Semejante al plomo, á quien la unen lazos de verdadera fraternidad y acaso comunidad de origen, en formar sales halogénicas insolubles y descomponer el ácido nítrico, le aparta de él, aproximándola al oro y al platino, la inalterabilidad de su óxido y la resistencia á oxidarse á la elevada temperatura de los hornos de copela, en cuyo caso se limita á absorber el oxígeno, como la esponja de platino absorbe el hidrógeno. Esto, no obstante, la Naturaleza contadas veces presenta la plata separada del plomo, porque hasta la nativa yace siempre cerca de la galena: á los sulfuros y sulfoarseniosos de plata, á la plata córnea, á la ágria, acompaña siempre el plomo sulfurado, sulfoarseniado, cromado, clorurado ó vanadatado, y así, ambos metales pueden conside-

rarse hermanos gemelos, al igual del níquel y el cobalto, porque al menos, tratándose de productos naturales, puede decirse que no hay plomo sin plata, ni plata sin plomo. Precisamente, en la mayoría de los casos, el beneficio de la primera consiste en desplatar el segundo.

De ser abundante la plata nativa, conforme lo es el cobre, hubiérase explotado como aquél, trabajando el que la Naturaleza presenta; por eso, el beneficio de los minerales argentíferos, al igual de los de hierro y estaño, representa ya un grado superior de civilización, cierto estado de adelanto, y necesidad de emplear, en diferentes usos de la vida, cuerpos distintos de aquellos que en la tierra se encuentran del todo formados, y en lo que pudiera llamarse límite superior de su desarrollo. El empleo del fuego aplicado á los minerales, que reveló el primitivo medio de beneficiar los de estaño y algunos de cobre, fué sin duda el que reveló asimismo el método de obtener la plata, sólo que aquí la operación era más sencilla: bastaba calentar fuertemente el mineral para despojarlo del arsénico y del plomo, obteniendo el metal blanco y brillante, inalterable al aire, aunque necesitado de purificarse y refinarse en ulteriores operaciones, si había de servir en sus mejores condiciones.

En las magníficas notas que ha publicado Berthelot en sus investigaciones acerca del origen de los procedimientos de la Alquimia y del más antiguo conocimiento de los metales, refiere, ocupándose en los métodos usados por los egipcios para el beneficio del oro y de la plata, que obtenían ésta calentando simplemente sus minerales, durante largo tiempo, en contacto del aire, resultando un producto sin ley, muy impuro, llamado *asemon*, en el que había oro y otros metales, que si eran oxidables, separábanse en virtud de una especie de refino, consistente en fundirla de nuevo repetidas veces, hasta lograr el metal puro y en condiciones de ser trabajado. El método era ya clásico mucho antes del descubrimiento de América: con buena parte de la cultura egipcia fué llevado á Grecia, y heredado por Roma, practicóse en las minas de España; por Oriente, conservado de los caldeos, gentes muy aptas en todo cuanto á extracción, beneficio y uso de metales se refiere, llegó á los árabes, que lo practicaron y perfeccionaron grandemente, y, cosa extraña, este mismo procedimiento lo encontraron los españoles puesto en práctica por los indios americanos. Cuando los primeros conquistadores llegaron al Potosí, causóles maravilla aquel magnífico incendio que coronaba todas las alturas; soberbio era el espectáculo, y no podían ni siquiera sospechar que de aquellas intensas llamas salía la más grande riqueza del Nuevo Mundo; así es que muy luego que vieron la plata y el medio de obtenerla empleado por los indígenas, diéronse á perfeccionarlo, inventando mejores hornos en los que aprovechaban mas los minerales, usándolos por lo menos desde 1545 hasta 1571; que no eran sólo peritos en el arte de la guerra y en achaques de conquistas, sino gentes cultas, bastantes versadas en la ciencia del tiempo y muy dadas á invenciones, sobre todo si habían de producir abundante y buena plata. Desde aquella data, y de las primeras observaciones de los procedimientos indígenas, comienza esta gran labor, en la que se registran el descubrimiento de la amalgamación de Hernando de Velasco, el empleo del hierro en el mismo procedimiento, muy anterior al de Freiberg, del cual hablan, como cosa suya, en la

información que lleva fecha de 19 de Octubre de 1587, los hermanos Juan Andrea y Carlos Corzo Lleca y su compañero Francisco Ansalelo Sandi, y el gran método del verdadero fundador de la Metalurgia científica, el egregio párroco de San Bernardo, Álvaro Alfonso Barba, y sigue su no interrumpida serie hasta este mismo siglo, en que cierran tan largo trabajo los estudios meritísimos de D. Andrés del Río y la teoría del procedimiento de amalgamación que, mucho antes que Boussingault, expuso D. Fausto Elhuyar.

Por las relaciones hasta nosotros llegadas, que ni fueron pocos ni perezosos los españoles de los siglos XVI y XVII en exponer, con muchos pormenores, sus ideas científicas y sus descubrimientos, sabemos que los indígenas del Perú enseñaron las primeras maneras de explotar la plata, conforme al método que ellos tradicionalmente usaban, ó sea por fundición en *guajiras*, que así llamaban á unos hornos, bien cilíndricos, bien como braseros, siempre de arcilla, en cuyos hornos colocaban el mineral, todo lo posible privado de ganga, mezclado con galena y carbón, en capas alternadas. Llevaban los hornos portátiles á lo alto de las montañas, donde el viento soplaba con fuerza, y allí los encendían; el plomo se oxidaba y el óxido se volatilizaba, pues al decir de una relación, el metal se va derritiendo, consume el fuego la escoria y purifica la plata. Pronto se echa de ver que sólo á minerales ricos y con muy escasa ganga, y esa de metales oxidables fácilmente, aprovechaba este beneficio, y por eso los españoles lo modificaron muy pronto construyendo hornos fijos de reverbero, muy semejantes á los de cocer pan: así aprovechaban mejor el calor y podían fundir minerales menos ricos. Fundido el mineral, hasta tanto que movido con una barra de hierro no se tropezaba con piedra alguna en el fondo del horno, separaban la escoria de la superficie, y luego, valiéndose de una sangría, la plata, que no es de ley y está mezclada con plomo y otras materias; á este primer producto llamaban *crudío* y *endulzar el metal crudío*, objeto de operaciones posteriores, valía tanto como afinar la plata y purificarla, primero fundiendo y luego volviendo á fundir, separando cada vez nueva escoria, repitiendo la operación cuantas veces fuese necesaria.

Si el método permitía beneficiar hasta minerales tan pobres como el *zoroche*, tenía el inconveniente de necesitar mucho combustible, poco abundante y de difícil transporte á los yacimientos de minerales de plata, situados casi siempre en alturas, cuya subida no era gran cosa practicable. De la necesidad en que se encontraban los exploradores, ávidos de riquezas y de explotar cuanto en el suelo americano pudiese darlas, nació aquella serie de magníficos estudios y trabajos que constituyen los procedimientos españoles de amalgamación usados en América. Podemos juzgar de su mérito y bondad por el largo tiempo que llevan aplicándose, por la dificultad de la interpretación de los complicados fenómenos químicos que en ellos se efectúan y también por la economía positiva con ellos conseguida y la facilidad de obtener la plata en lugares á donde pueda subir un mulo cargado de mercurio. A pesar de las múltiples reacciones químicas, cuyo mecanismo es difícil concebir y explicar, el problema de la amalgamación no se ha resuelto de modo caprichoso y merced á casualidades y tanteos sin método; por el contrario, es producto de la constancia y de la experiencia de los mineros españoles que en América ejercían

su arte, tanto, que el gran químico francés Dumas, tratando del asunto, se expresa en estos términos: «no es un método *à priori* el que han imaginado, sino un método empírico, cuya teoría no se ha podido desentrañar hasta estos últimos tiempos con los recursos de la Química más delicada. Pero este método es suficiente en la mayor parte de los casos para una explotación casi irreprochable de los minerales, y si algunas veces parece defectuoso es necesario culpar, más bien á la poca sagacidad de los que lo practican, que al método mismo», palabras que demuestran la bondad de aquel magnífico trabajo proseguido sin descanso durante cincuenta años, labor colectiva en la que se registran notables descubrimientos que dieron lugar al método de beneficio en patios, al empleo del hierro y al tratamiento en caliente, que en feliz hora inventó Álvaro Alfonso Barba.

Á Hernando de Velasco, que en 1561 introdujo la amalgamación en el Perú, ó á Medina, se atribuye de ordinario tan excelente método de beneficio de la plata que describe, con su acostumbrada concisión y galanura, el conspicuo historiador del Nuevo Mundo, P. Bernabé Cobo, quien vió practicar en *Oruro* en 1618, cuando la explotación se hallaba ya en su período álgido.

Antes de indicar los fundamentos del método de amalgamación conviene advertir cómo buena parte de los autores extranjeros que tratan de la materia, omiten los trabajos de los españoles, llegando á llamar al procedimiento sólo americano y como por incidencia recuerdan los nombres gloriosos de Velasco, Medina y Barba. Tan notoria injusticia ha llegado en nuestros tiempos hasta pretender reemplazar aquel procedimiento por los de Freiberg, sin duda excelentes, pero no mejores que los inventados por los españoles; y autor hay como Boussingault que en su teoría de la amalgamación, prescinde en absoluto de los meritísimos estudios de Elhuyar, á los cuales no aventajan de seguro los suyos, con ser notables. Pudiera esto pasar si no hubiese buenas tradiciones científicas formadas y si no se hubiesen escrito y traducido á diversas lenguas obras de raro mérito, consagradas al beneficio de los minerales de América, y no se publicaran minuciosas relaciones é informes de las visitas que periódicamente y de orden del Rey se hacían á todos aquellos lugares del Nuevo Mundo donde se explotaban minerales de oro, plata, cobre, plomo y mercurio. De otra parte, las expediciones numerosas que hasta el presente siglo se enviaron, con el solo objeto de explotar y reconocer las riquezas naturales del suelo americano, dieron á conocer, sino todos, buena parte de sus trabajos y descubrimientos, desde la flora de Hernández hasta las de Chile, el Perú y Méjico. Además, el beneficio de los minerales americanos, especialmente los de plata, produjo uno de los más famosos libros de Metalurgia, que á la originalidad, reúne gran caudal de observaciones y numerosos experimentos, libro que ha creado, ó por lo menos ha formado, una ciencia, aprovechando las prácticas y usos de los buenos amalgamadores; me refiero á la obra de Álvaro Alfonso Barba, que lleva este título: «*Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por azogue. El modo de fundirlos todos y como se han de refinar y apartar unos de otros*», y fué impresa en 1600, habiéndose traducido al alemán y al inglés en el siglo XVII y dos veces al francés en el XVIII. También eran cosas tradicionales la habilidad y el buen



ingenio de los españoles para dar con los criaderos de plata y oro, y saberse aprovechar de ellos por medios muy suyos, todos sencillos y fundados en su larga experiencia y sagaces observaciones.

El beneficio por el azogue, como llamaron los españoles á la amalgamación, tenía por principal objeto aprovechar minerales pobres, todavía menos ricos que los empleados en

lanto cuya invención es española y debemos recabar para aquellos varones insignes, tan hábiles en el manejo de la espada cuanto entendidos en el arte del beneficio de los metales. Es de la mayor importancia la preparación mecánica de los minerales destinados á la amalgamación: no se tuestan, ni se humedecen, pasan secos por el bocarte, y luego en molinos adecuados, á cuya máquina llamaban *arrastre*, se

muelen con agua hasta convertirlos en polvo tan fino, que los amalgamadores le nombraban *harina* del mineral, que así preparada pasaba al *patio*, espacio con pavimento de piedra algo inclinado, á fin de que escurran las aguas de lluvia. Ya la harina en el patio hecha tortas, está dispuesta para recibir *la sal marina*, *el magistral* y *el mercurio*, sucesivamente; las mezclas se hacen triturando con hombres ó con caballos, hasta que sean completas. Cuando el mineral y la sal forman un todo homogéneo, se abandonan durante muchos días, al cabo de los cuales se añaden el magistral y el mercurio, estribando el buen resultado en la elección del magistral, punto importantísimo, muy bien estudiado y relacionado con las condiciones del mineral beneficiado y con su riqueza en plata; la pirita de cobre, que es un sulfuro de este metal, pulverizada y tostada en un horno, ó la pirita de hierro, mezclada con cobre metálico ó alguno de sus minerales, y tratada de la propia suerte, constituye el magistral, cuerpo que contiene, á lo menos, una décima de sulfato de cobre por ciento. Añadiendo este producto á la mezcla íntima de mineral argentífero y sal marina, vuelven los caballos al patio y trituran de nuevo, y luego se incorpora el mercurio, en tres veces, trabajando la mezcla después de añadido cada vez, á fin de mezclarlo, formando una masa bien homogénea, que ha de ser de color gris, sin brillo, y el azo-

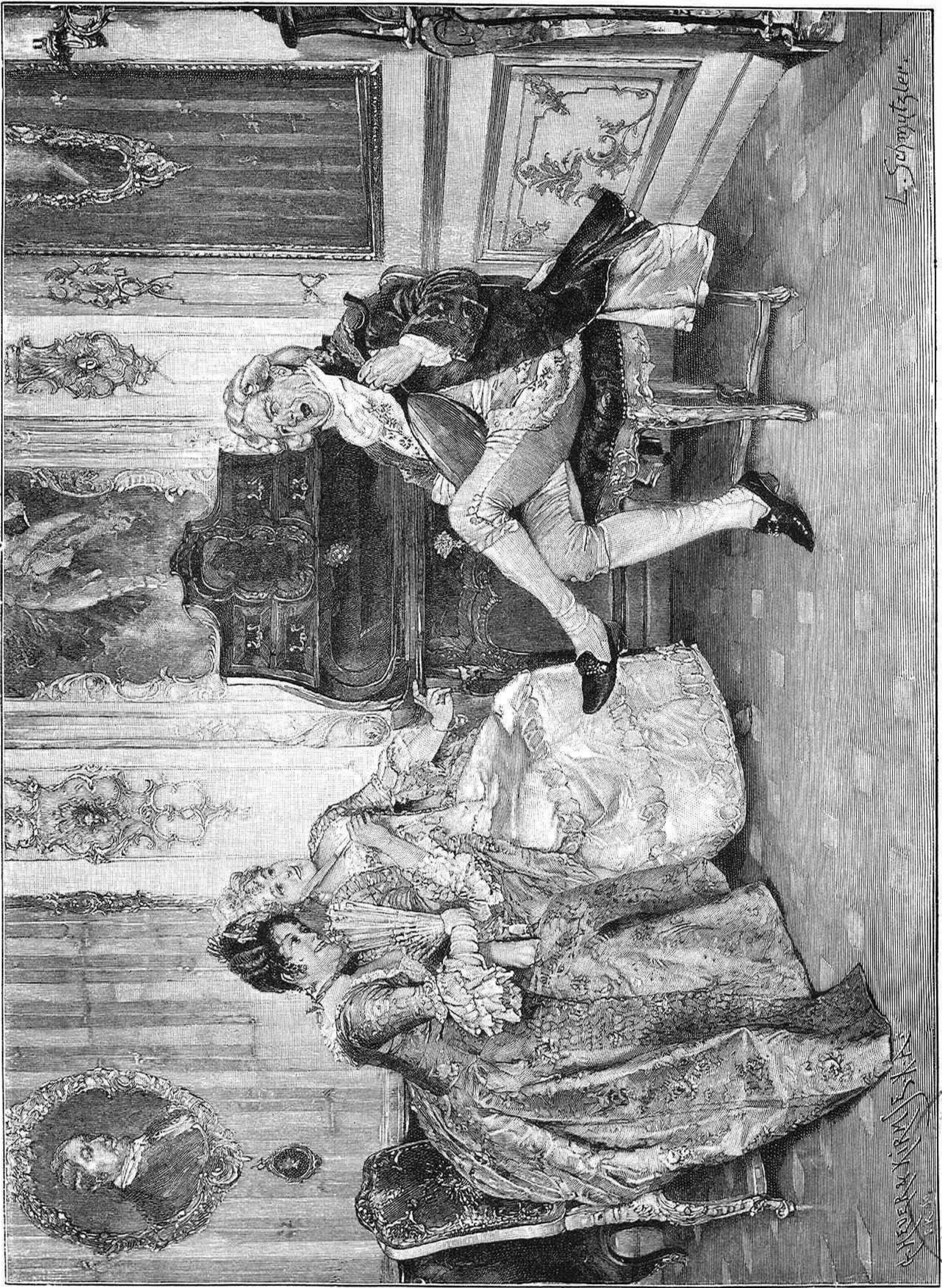
gue puede reunirse en un solo glóbulo, cosa que debe suceder antes de añadir la tercera porción de mercurio, que sirve para liquidar y reunir la amalgama. La obtenida al cabo de algunos días, después de haber añadido el primer tercio de azogue, es sólida, blanca, y como limaduras; las otras, son líquidas, y todas juntas, bien preparadas, se lavan en toneles provistos de molinetes interiores, que, gi-



EL VIOLINISTA.—Cuadro de Rafael.

Freiberg de Alemania, economizando combustible y haciendo la explotación á poco costo, resultando así aquellas fabulosas cantidades de plata que á la casa de contratación de Sevilla llegaban de los dominios del Perú y Nueva España. El descubrimiento de las minas de azogue y la relativa facilidad del transporte de este metal, consintió realizar el adelanto más importante en la industria de la plata, ade-





¡GENIO Y FIGURA.....!—Por L. Schmutzler.





rando con rapidez, hacen que el mercurio puesto en exceso y la amalgama se depositen en el fondo, de donde se extrae, poniéndolo todo en sacos de cutí, que se exprimen para separar el azogue, desti'ando al fin la amalgama sólida que deja la plata pura.

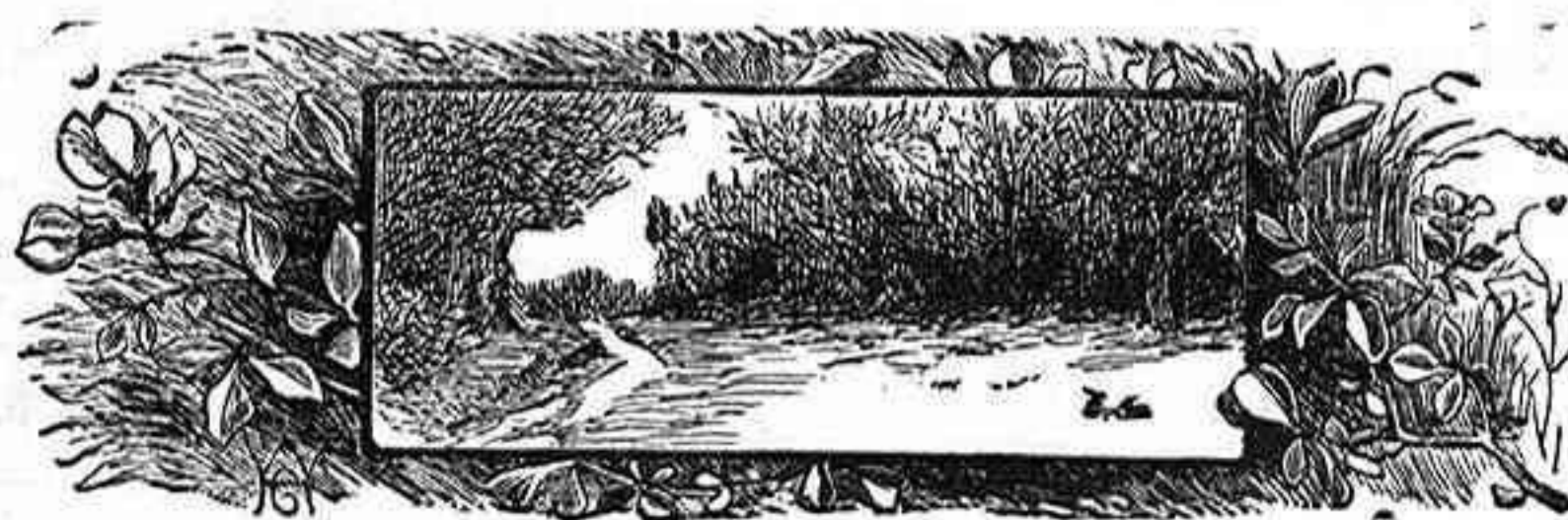
Dos variantes principales introdujeron los españoles en este método que dejó bosquejado, y son el empleo del hierro y el del calor, usando vasijas de cobre. En la relación de los hermanos Corzo, quizá los primeros que usaron el hierro, se prescribe cómo se ha de moler y mezclar con agua, conservándolo en suspensión en el líquido, á fin de ahorrar azogue y obtener la plata con menores gastos. De su parte, Álvaro Alfonso Barba hacía intervenir el calor en su beneficio, llamado *de cazo*, cuyo método es apropiado, no sólo al sulfuro de plata, sino á los otros minerales de ella. Consiste esencialmente en mezclar la harina del mineral con agua, sal marina y mercurio, que se hierve en vasijas de cobre, añadiendo luego más azogue, á fin de que la amalgama sea líquida y fácilmente separable de las sustancias á ella extrañas que pudiera contener. Debo advertir que estas dos modificaciones tienen por objeto, no tanto el aprovechamiento de minerales, como la económica y poca pérdida del azogue, reducida en el sistema de Barba hasta un dos por ciento de la plata obtenida, siendo tan notable la modificación debida al famoso clérigo, que de los residuos de ella ni cantidades inapreciables de metales preciosos han podido obtenerse con los más sutiles y precisos métodos de la Química en nuestro tiempo.

De la eficacia del procedimiento responden sus resultados, que hacen decir al gran Dumas «este método reposa sobre una excelente base, puesto que sin combustible y con el menor trabajo posible se tratan unos minerales tan pobres, que por los otros métodos sería imposible beneficiar con ventaja». Grande y hermosa fué esta obra de los ingenios españoles, cuyo trabajo no tuvo hasta el siglo presente su explicación cabal, ni los fenómenos de la amalgamación pudieron comprenderse de una manera satisfactoria, sino en los momentos actuales, cuando la Química ha alcanzado sus mayores adelantos, cosa que aumenta la gloria de nuestros metalurgistas. De abolengo veniales saber inventar, logrando famosos adelantamientos; procedían observando y experimentando, según habíaulo aprendido en las grandes tradiciones científicas españolas, nada teóricas, eminentemente prácticas, que tenían por único objetivo la aplicación de minerales y plantas á los usos de la vida. Con efecto, la cultura romana señalase en España, de manera muy significativa, en cuanto á las explotaciones mineras atañe, en especial tratándose del oro y de la plata, que beneficiaron con

mucho acierto, ejecutando á veces obras de desviación de ríos y túneles en roca viva, magníficas muestras de su sólido arte de las construcciones. La riqueza del suelo aviva la codicia de los conquistadores, y de ahí su afán de explotar minas y también el carácter de la cultura científica que implantaron; de su parte los árabes, muy maestros en todo linaje de ciencias y artes industriales, dados á la alquimia especulativa, hubieron de unir sus conocimientos á las prácticas que aquí dejaron implantadas los de Roma, y esta doble tradición, los métodos puestos en uso y las doctrinas admitidas es lo que recogen los insignes amalgamadores que en América explotaron la plata y el oro, cuyo beneficio tenía de antiguo en España adquirida carta de naturaleza.

Y no era la amalgamación cosa nueva, aunque jamás se había aplicado en gran escala, que las más antiguas explotaciones auríferas egipcias de que tenemos noticia se hacían valiéndose del mercurio; así es que, queriendo enlazar los métodos americanos con doctrinas anteriores, todavía no desterradas en el siglo XVI, habremos de recordar la famosa teoría del *mercurio de los filósofos* y los primitivos procedimientos de beneficio por el azogue. Geber, el insigne descubridor del ácido nítrico, cuyos estudios han llegado hasta nosotros, sostenía que cada metal tiene su mercurio particular—amalgama se diría ahora—cuyo mercurio, calentado, abandona la substancia á él incorporada; el mercurio del oro podía volatilizarse y dejar el preciado metal; luego si á cada mercurio pudiésemos teñirlo de oro, con azufre ú otros ingredientes, y después eliminar con el calor todas las cualidades del azogue, la transmutación se llevaría á cabo porque resultaría oro, aunque á veces tan blando como el preparado del mercurio del estaño teñido en azufre. De esta doctrina, resumen y compendio de todo el sistema de los alquimistas arábigo-españoles, deriva, á mi ver, el método de amalgamación; sólo que más prácticos y dados al comercio los metalurgistas que fueron al Potosí, no se cuidaron de convertir la plata en oro, sino en obtenerla pura, preparando su mercurio y dando testimonio del carácter tradicional de las ciencias experimentales en España, eminentemente prácticas y cuidadosas, en primer término, de obtener aquellos productos de mayor y más inmediata utilidad. Tal puede ser la filiación de aquella serie continuada de trabajos y descubrimientos, respecto del mejor beneficio de los minerales de plata, en tiempos en los cuales no se habían roto, por fortuna, nuestras tradiciones científicas

José RODRÍGUEZ MOURELO.



## JUNTA DE MÉDICOS

Estaba don Blas García  
 Enfermo de gravedad,  
 Y el Doctor que le asistía  
 Viendo que no conseguía  
 Vencer á la enfermedad,  
 Mandó venir al instante  
 Á un sobrino del paciente  
 Y le dijo:—Francamente;  
 El estado es alarmante  
 Y el peligro es inminente.  
 Luchando con alma y vida  
 Agoté mi formulario  
 Sin ventaja conocida.  
 Juzgo, pues, que es necesario  
 Citar á junta en seguida.  
 —Se citará, sí, señor!  
 —¡Pronto! ¡Cuanto antes mejor!  
 —¡Su salud es lo que quiero!  
 ¿Espera usted?  
 —Aquí espero.  
 —Pues hasta luego, Doctor.

La fiebre al enfermo abrasa.....  
 Son momentos angustiosos ....  
 Pero, al fin, á la hora escasa  
 Llega el sobrino á la casa  
 Con dos médicos famosos.  
 El uno rechoncho y viejo;  
 El otro joven y guapo ;  
 Los dos son de ciencia espejo :  
 El Doctor Pérez Gazapo  
 Y el Doctor Pérez Conejo.  
 Hecha la presentación,  
 Tras las frases de ordenanza  
 Pasan á la habitación  
 De don Blas, con la esperanza  
 De lograr su curación.  
 Ante el peligro evidente  
 Fruncen los sabios el ceño

Significativamente,  
 Y acercándose al paciente  
 Que está lo mismo que un leño,  
 Durante una hora y más,  
 Sin que les rinda el trabajo,  
 Soban al pobre don Blas  
 Por arriba, por abajo,  
 Por delante y por detrás.  
 Formada ya su opinión  
 Con el reconocimiento,  
 Pasan á otra habitación ;  
 Se lavan; toman asiento  
 Y principia la sesión.

El de cabecera, que es  
 Orador de los mejores,  
 Empieza á hablar, y después  
 De saludar muy cortés  
 Á tan dignos profesores,  
 Hace con frase atildada  
 Y voz firme y reposada  
 Y demostrando gran ciencia,  
 Una historia detallada  
 Del curso de la dolencia.  
 Y en un período elocuente  
 Y con palabra elegante,  
 Asegura que es urgente  
 Una sangría abundante  
 Para salvar al paciente.

—Hable usted, señor Conejo.  
 —Antes Gazapo.  
 —Lo dejo  
 Para después.  
 —¡Vamos!  
 —¡No!  
 —Conejo, como más viejo,

Debe hablar antes que yo.

— Pues lo que dice es verdad,  
Y ya que Gazapo insiste,  
Hablaré sin vanidad,  
Usando sólo del triste  
Privilegio de la edad.

Fresca aun en mi memoria  
La historia tan peregrina  
Que hizo el señor—¡una historia  
Digna del que es una gloria  
De la patria medicina!

Nada tengo que objetar;  
Nada tengo que añadir.  
Sólo me resta admirar  
Su manera de decir  
Y su modo de pensar.

Probada la congestión  
Conviene la depleción,  
Y por eso considero  
Muy útil la incidación  
De mi digno compañero.

¡Una sangría ahora mismo  
Ó la plétora le mata!  
Aquí se impone el *Broussismo*  
Ante el *sanguis moderata*  
*Nervorum* del aforismo.

Y respetando prudente  
Á los modernos autores  
Que puedan ponerse enfrente,  
Digo y sostengo, señores,  
Que la sangría es urgente.

Aguardo con impaciencia  
La luz de la inteligencia  
Del digno comprofesor,  
En quien se juntan gran ciencia  
Y talento superior.

— ¡Señores! Anonadado  
Por las galantes mercedes  
Con que ustedes me han honrado,  
Y al mismo tiempo asombrado  
Del gran talento de ustedes,

Voy á emitir mi opinión  
Franca, sincera y leal,  
Como es siempre la expresión  
Que va desde el corazón  
Á mi centro sensorial.

Viendo cómo se presenta  
Ese torrente impetuoso;  
Esa flogosis violenta

Que turba la marcha lenta  
De este proceso morboso,  
Y ante las perturbaciones  
Anímicas, peculiares,  
De éxtasis y exudaciones  
En las ramificaciones  
De los tenues capilares,

Juzgo urgente y decisivo  
El sistema depletivo  
En este caso especial,  
Contra el ciclo evolutivo  
De la hiperemia inicial.

Y opinan igual que yo  
Autores como *Trousó*,  
Brunner, Gay, Serres, Littré,  
Niemeyer, Hofman, Landré,  
Ponsart, Andry y *Brichetó*.

Y por convicción patente,  
Que no por vano capricho,  
Opino aquí, finalmente,  
Que la sangría es urgente  
¡Pero urgentísima!—He dicho!

— Pues los tres estamos ya  
De acuerdo, vamos allá  
Que la gravedad apura.  
¡Su curación es segura!  
—¿No ha de serlo?

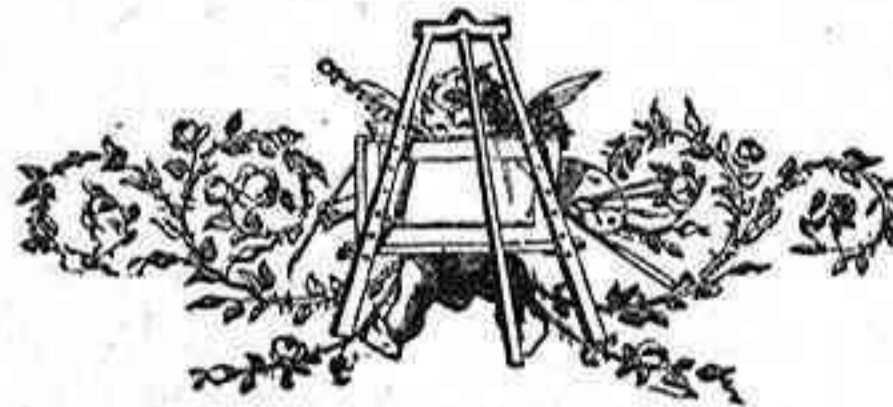
—¡Claro está!  
—¡No perdamos tiempo!  
¡Andando!

(Y con la lanceta abierta  
Van hacia la puerta, cuando  
En esto se abre la puerta  
Y entra el sobrino llorando.)  
—¡Calma! ¡Calma, amigo mío!  
Su tío, yo se lo fío,  
Se curará!

—¡Sí por cierto!  
—¡Qué ha de curarse mi tío  
Si el infeliz ya se ha muerto!  
—¿Que se ha muerto?

—¡Sí, Doctor!  
—¡Qué lástima de don Blas!  
—¡Morirse así! ¡Qué dolor!  
—¡Si aguarda un momento más  
Se salva el pobre señor!.....

VITAL AZA.



# FIDELA.

## I.

La vió por vez primera, como el tenor de *Jugar con fuego* á la hermosa Duquesa de Medina: *al fin de la enramada.*

¿Quién había de decir entonces que aquel amor, de tan alegre y zarzuelesco principio, pudiera llegar á tener final trágico con catástrofe más terrible, por callada, que las catástrofes ruidosas y sangrientas del antiguo teatro griego?

Sí; al fin de la enramada la vió. Gerardo estaba casi decidido á ahorcar los libros de Derecho, defraudando las esperanzas de su padre, para dedicarse con

todo el fervor de su alma á la pintura. Veraneaba á su tante entre el monte y el mar.

Su afición, su devoción pudiera llamarse, le inclinaba al paisaje y á la marina, y sus maestros le tenían por un hijo religiosamente enamorado de la madre naturaleza.

Vagaba con sus tablitas, sus pinceles y su caja de colores sin pararse en linderos; teniendo por suya toda la tierra que pisaba; creyendo suyos los prados y los bosques que alcanzaba su vista penetrante; saltando á veces las cercas que se oponían á su febril deseo de admirar y estudiar encantos. Se parecía, en fin, con su bagaje de artista, á esos furibundos cazadores de buena fe que, con la escopeta preparada, no aciertan á ver propiedad ajena allí donde salta pieza que pueda cobrarse.

Anda, anda, anda, así se encontró Gerardo Miranda cierta tarde de Julio dentro de una hermosa finca, propiedad del padre de Fidela, acaudalado comerciante que había hecho su renombrada fortuna en sus luchas del trabajo en Méjico.

La finca tenía algo de bosque, no poco de huerta, mucho de jardín, y en conjunto representaba un verdadero paraíso

en la tierra, gracias al sacrificio de algunos miles de onzas mejicanas del felz emprendedor de negocios.

En el centro, y coquetamente escondida entre árboles frutales, se levantaba la vivienda del propietario, con un poco de lo rústico de casa de labrador rico y en el fondo con todos los honores de hotel de acaudalado capitalista.

Allí era fácil que asaltase al mortal más prosaico el recuerdo de aquel precioso cantar de Trueba:

Una heredad en un bosque,  
Una casa en la heredad  
Y en la casa paz y amor.....  
¡Jesús, qué felicidad!

Sí; había allí también paz y amor entre los padres y la niña, que era en aquel paraíso la inocente Eva, aunque sin Adán alguno á quien ofrecer las dulzuras de las frutas variadas, y ninguna prohibida, que maduraban ante los hermosos ojos de Fidela.

Ésta se hallaba sentada á la sombra de unos frondosos avellanos, absorta con la lectura de unos preciosos cuentos de Coppée, cuando nuestro cazador furtivo de paisajes, medido en cercado ajeno, tomaba apuntes muy detallados de una corpulenta y vieja encina, cuyas ramas oreaba la fresca brisa del mar vecino.

Del árbol á la mujer no mediaba más que la distracción profunda de ambos personajes de esta verdadera historia. Pero á la distracción del artista sucedió pronto la sorpresa de encontrarse con una mujer tan hermosa en medio de los encantos de la naturaleza; y á los apuntes artísticos de la encina, bajo la impresión viva del momento, sucedió rápida y calladamente el esbozo de aquel busto gentil inclinado sobre el libro y acariciado suavemente por los verdes capulitos que abrumaban las flexibles ramas del avellano.

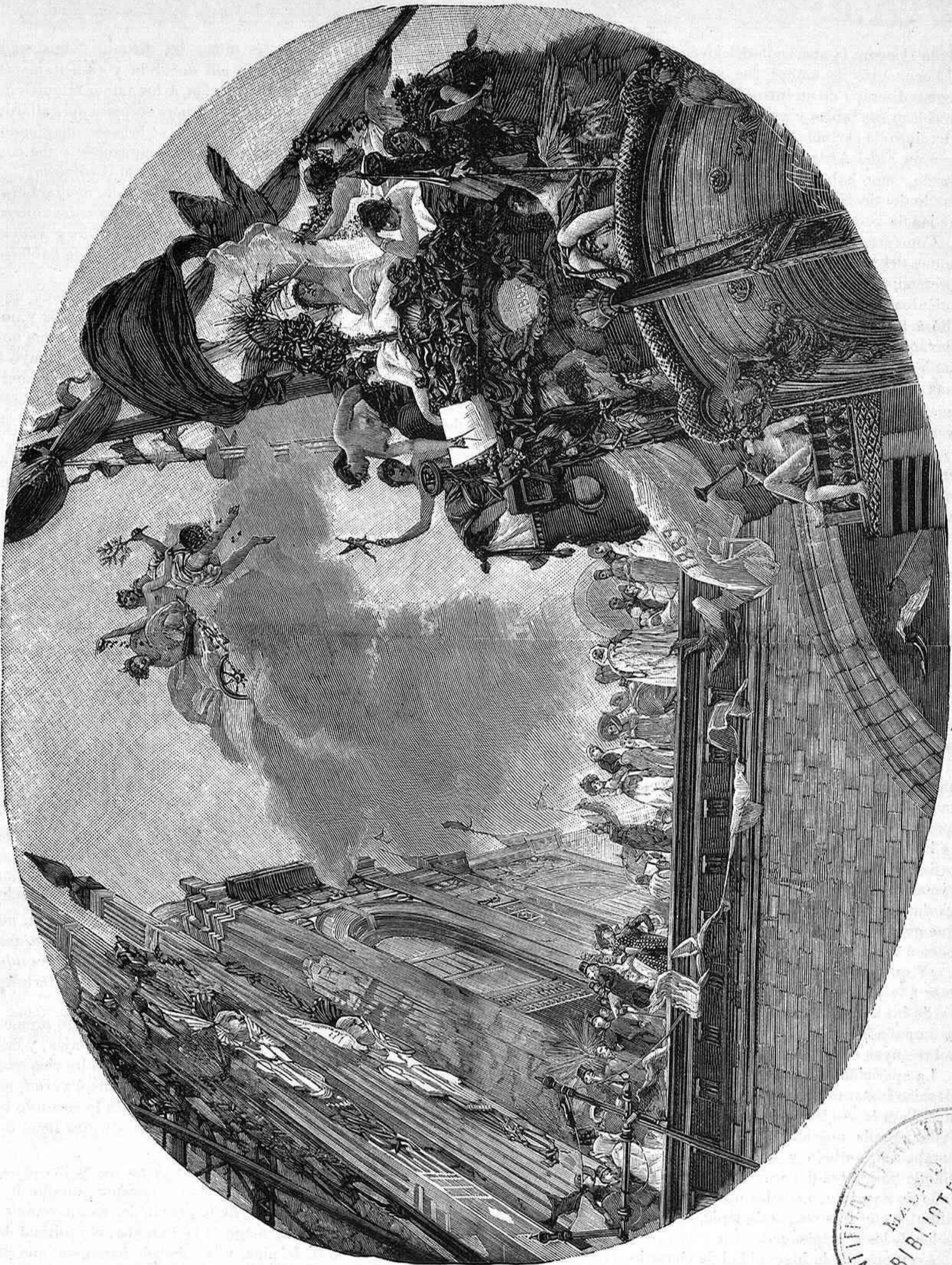
El ruido de las alas de un mirlo en la espesura; un suspiro de Fidela, que suspende su lectura interesante; el saludo tímido y cortés del artista que avanza; el grito de sorpresa y de miedo de la chiquilla que huye como una corza asustada; la tarde que cae; el airecillo salitroso que se levanta desde la playa al monte; todo eso envuelve vaga y temerosamente el recuerdo vivo de aquella extraña introducción poética al destino vilmente prosaico de dos criaturas.

## II.

Sucedió lo que era de esperar. La corza asustada corrió á refugiarse en los brazos de su madre, y en el acto supo tam-



CIENCIA Y TRABAJO, MANANTIAL DE FORTUNA.



TECHO PARA EL MUSEO MONETARIO EN EL HOTEL DE LA MONNAIE, DE PARÍS.—Por S. J. Weerts.



bién el padre la aparición del joven intruso en sus dominios. El encuentro de ambos fué inmediato, y el joven artista, como disculpa de su intrusión inconsciente, mostró al viejo receloso sus tablas y sus apuntes, más disculpables allí que un cinto de cartuchos y una escopeta de dos cañones.

Don Fidel Arriaga conocía de oídas á la familia de Gerardo, como había llegado á su noticia la reputación de letrado del Sr. Miranda, que con su hijo solía pasar las temporadas de verano en la inmediata villa.

Con fórmulas frías, por obligadas, y con la reserva escamona del padre rico á quien hasta los dedos se le antojan pretendientes de su única hija, hizo á Gerardo los ofrecimientos de ordenanza en caso tan imprevisto, y el artista dió á las palabras corteses el valor que les correspondía, llevándose, de vuelta de su excursión memorable de aquella tarde de estío, los apuntes de una encina vieja, el esbozo de una mujer hermosa y casi niña, y el germen romancesco de una de esas pasiones que con la posesión mueren y se avivan con la resistencia.

La casualidad es casi siempre un auxiliar poderoso de los crueles destinos; y, casualmente, cerquita de la playa pasaban entonces una temporada una viuda con dos niñas casaderas que en la capital de la provincia, donde residían habitualmente, eran vecinas y amigas y contertulias de una tía de la virgencita del bosque, como llamó desde aquella tarde á Fidela el forzado *in utroque jure* y voluntario en el arte pictórico.

La viuda lo era de un magistrado, compañero de estudios del señor de Miranda, testamentario éste del difunto, y de aquí sus estrechas relaciones con la familia, y, por ende, el secreto despertar de las esperanzas de los corazones sensibles de las dos huérfanas ante aquel gentil Gerardo, que así podía heredar el bufete de su padre como las glorias mismas del divino Apeles.

Gerardo, que gustaba poco del trato un tanto *cursi* de aquellas sus dos admiradoras, y que apenas las había visitado en su alquilada casita de la playa, en cuanto averiguó que muchas noches las acompañaba Fidela en sus veladas, se hizo el fatigado en una de sus primeras correrías de paisajista, y después de saludar como rondador las venerables ramas del original de su apuntada encina, y allá abajo á las gaviotas que se guarecían somnolientas en un islote ó castro que guardaba también entre sus apuntes, llegó poquito á poco á buscar la querencia de la realidad de su sueño.

¿Y quién duda que estaba allí la querencia? Antes de llamar á la puerta de la casa, se lo decían al corazón de Gerardo las alegres risitas femeniles que llegaban á su oído, acompañadas de las vivas y desacordadas notas de un piano, sobre cuyas teclas jugueteaba alguna mano distraída.

La aparición del pintor de la naturaleza en aquella sala deshizo instantáneamente el alegre grupo de las tres jóvenes. Para la viuda y sus dos niñas era todavía más inesperada aquella aparición que para Fidela y su madre, que estaba allí también y que no pudo observar el rubor que tiñó la pálida tez del agraciado rostro de su hija ante el saludo de aquel que artísticamente la había hecho suya en dos minutos con tres rasgos de lápiz, como á la reina de los árboles de los dominios paternos.

Arranques de la ingenuidad de Gerardo, un tanto fiera é impolítica entonces, hicieron comprender á toda aquella ter-

tulia, con harta pena de las niñas del difunto magistrado, que el pintor se había colado allí decidida y resueltamente á ver y hablar á Fidela, arrepentida á los quince minutos de haber sido tan salvaje ante la primera sorpresa del gallardo artista, que no era tan fiero como ella se lo había imaginado, puesto que penetraba con la voz en los corazones como con el pincel en los secretos más hermosos de la naturaleza.

Puede asegurarse que aquella entrevista de media hora, bien aprovechada, á solas relativamente en el mirador abierto sobre la playa, fué la única que tuvieron Gerardo y Fidela hasta el día, muy lejano entonces, en que habían de hablarse como prometidos y al fin *consentidos* esposos.

El hombre y el artista quedaron satisfechos. La niña, que no había visto más mundo que el pintado en cuentos y novelas, quedó vivamente impresionada. La poesía de una noche serena y de un rumoroso mar en calma, contribuyó á que aquellos treinta minutos fuesen más fecundos en movimientos del corazón y osadía de los labios que largos meses de relaciones en el aturdimiento de la prosaica existencia de la ciudad.

¡Ah! si la pálida *virgencita* aquella, en cuyos hermosos ojos negros y al resplandor de la creciente luna nada de mundanal y satánico brillaba, hubiera podido conservarse crisálida en aquel paraíso de su padre, entre flores que ella misma cultivaba, ¡qué porvenir tan dichoso el de los nacientes amores del artista!

Muy ajeno estaba Gerardo á que su mismo atrevimiento feliz de aquella noche única, había de ser causa de que la crisálida preciosa, trasladada á otra luz y á otro ambiente, se transformase con funesta facilidad en mariposa cuyas alas no habían de ofrecerle un poco siquiera de aquel suave perfume que se respiraba al pie de la encina y entre los verdes avellanos.

### III.

Al mismo tiempo que el severo cuanto amoroso padre de Gerardo hacía notar á éste lo tardío de su regreso á la villa y lo extraño de su larga permanencia en casa de la viuda, que en vano trató el joven pintor de razonar y vestir con falsos colores, la inocentísima y buena esposa de D. Fidel, mientras la chica se disponía á acariciar sus ensueños en un sueño tranquilo, confiaba muy regocijada al ricachón *indiano* todas sus observaciones de madre lince acerca del *atrevido* y simpático caballero de los pinceles en la familiar tertulia de la viuda del magistrado.

Alarmóse el bueno de D. Fidel; juzgó desde luego premeditado el asalto de su finca por el cazador de paisajes, y callándole á su santa esposa sus propósitos de padre rico que se pone en guardia contra *sablazo* de aspirante á yerno, se redujo por entonces á dar por suspendida para lo sucesivo la distracción nocturna de Fidela, determinación que llenó de asombro á la buena señora.

Don Fidel oía como á un oráculo á su única hermana, casada con un consocio de empresas mejicanas, establecido como banquero en la capital de la provincia. Escribió inmediatamente á Barbarita, como él la llamaba, consultándole sobre la situación de la niña, y la soberbia banquera, que no tenía hijos, reclamó á su sobrina Fidela, para ofrecerle—de-



cía ella—«mejor *perspectiva* que pudiera prometerse con el *pintamonas*.»

En tres días quedó todo resuelto por D. Fidel, que antes renunciaba á la compañía de su hija que á las satisfacciones egoístas de su tranquila existencia en el campo.

Aquello fué un repentino escopetazo, cuyo ruido apenas pudieron oír las dos víctimas contusas. Pero Fidela, que no podía declararse verdaderamente enferma de amor, sintió que se tratase de curarla *en salud*, y el amor propio herido dió al fin á sus propios ojos proporciones de pasión á su viva simpatía hacia el artista.

En éste también creció lo romancesco del naciente cariño, al ver en qué poco le estimaba el señorón de las encinas y los avellanos al oponer tan ruda resistencia á sus apuntes artísticos y á sus apenas apuntadas aspiraciones amorosas.

El servicio de comunicaciones de Cupido suele ser más barato y más rápido en el campo que en la ciudad; y así ocurrió que, como por encanto, se cruzaron dos cartitas entre Gerardo y Fidela, antes de que ésta se trasladase á la ciudad con su campestre sueño de la memorable tarde de estío. En aquellas cartas se trazaba todo un plan de guerra sorda á los tiranos.

Y como quedaban en la playa las *ofendidas* huérfanas del magistrado, excusado es decir que el padre de Gerardo y toda la villa y las aldeas adyacentes supieron pronto el cómo y por qué de la desaparición de la virgencita pálida que perfumaba los dominios del indiano.

Si como penetró en el fondo de las dignas y sentidas palabras de su padre, herido como tal en aquel lance, hubiera podido Gerardo penetrar en el fondo del corazón, al fin humano, de Fidela, la fantasía no hubiera tomado vuelo y el desencanto hubiera surgido en sazón y menos doloroso.

Porque la triste verdad es que Fidela, que no sabía de cosas del mundo más que *de leídas*, llevaba á la ciudad la secreta alegría del presentimiento feliz de aquellas cosas, con la seguridad del triunfo de sus propios encantos, entre otras razones, por la *cruel* para el que dejaba detrás, de haber movido con ellos el corazón y el pincel de un artista.

Pero esos fondos, de amarga y negra realidad humana, los ve menos que nadie el que, cante ó pinte á la naturaleza, apenas tiene ojos más que para lo bello, ni se puede asustar con el lejano rugido de la fiera cuando ha ido al bosque á deleitarse con las frases amorosas del ruisenior en la época del celo.

¡Pobre Gerardo, y qué enemiga esperaba á su ilusión con los brazos abiertos, tejiendo ya con seda y oro las alas de mariposa con que había de volar y enloquecer y desvanecerse su virgencita!

#### IV.

La llegada de Fidela á la ciudad—cuyo nombre nada añadiría á la verdad de esta historia—ocurrió precisamente en momentos en que parecía que el diablo se había propuesto ayudar á la estéril cuanto opulenta tía de la niña en la tarea de curar á ésta de achaques de romanticismo bucólico.

Por mar y por tierra ardía aquello en fiestas alegres y vistosas que fomentaban la industria y el comercio, sobre todo para halagar y entretener á los forasteros, que acudían

al reclamo, siendo inútil asegurar que en aquellos días y en todas partes el verdadero reinado era para las mujeres hermosas.

La prensa local, que imitaba á la de la corte en eso de citar nombres en sus revistas, vacilaba en lo de adjudicar el trono, y ya aparecían el nombre y las señas de una rubia, princesa de la ciudad, como los de una morena titulada que tenía ganado el cetro en los madriles.

La inesperada novedad y el penetrante perfume de inocencia campestre que avaloraban la aparición de Fidela, fijaron pronto la atención pública, y los revisteros, que supieron que á lo hermoso de la niña se unía lo millonario del padre, empezaron á ser tibios con la morena y con la rubia, y todo el incienso se fué á envolver en nubes al ángel de los ensueños del misero artista.

Para llegar á tanto en tan pocos días conspiró admirablemente aquella doña Barbarita, cuyo diminutivo ofrecía de más bulto las amplias y fenomenales formas de la hermana de D. Fidel Arriaga, que disponía y gobernaba en su casa á ciencia y paciencia de su marido, el cual era un cero fuera del numerario que representaba el manejo de sus negocios.

Barbarita se parecía por la exhibición de su espléndida persona, y si por sus años y sus carnes estaba fuera de concurso, el mismo diablo vino á encender en ella el ansia de participar *de reflejo* de los triunfos legítimos de su sobrina.

Ella era la tarasca inevitable de todas las funciones. Y en el teatro, en los bailes y jiras campestres y marítimas, en su palco en la plaza de toros, en su carretela en los paseos públicos, en todas partes desafiaba á la vista aquel mundo de carne forrado de seda, á cuyo lado eran más de notar la gentileza y gallardía de la preciosa Fidela.

Si hubiera podido ver Gerardo cómo se jaleaba y removía aquel talle de hada cuyo esbozo conservaba como un talismán venerado; si hubiera visto el abandono con que se entregaba aquel cuerpecito infatigable en las manos profanadoras de los prosaicos bailarines, mil veces hubiera maldecido el crepúsculo de aquella tarde de sus sueños.

Porque aunque las cartas de amor seguían cruzándose, el verdadero amor de Fidela, á pesar de ella misma, era ya aquella adoración pública que la enorgullecía y fascinaba, y en sus frases escritas á Gerardo llegó á haber algo de formulario convencional y fatigoso en que la mentira y el engaño colaboraban maliciosamente con las expresiones sinceras.

La vanidad satisfecha llegó en ella hasta el punto de transigir en ocasiones con las frases duras que solía soltar la tía á propósito de sus relaciones *tontas* con el artista.

—Mira, mira, hijita, la diferencia que hay entre este culto de que á mi lado eres objeto y el cariño de *bermellón* de aquel *pintamonas*.

—¡Dale con *pintamonas*!—replicaba entonces Fidela, en tono ligero pero seriamente ofendida.—Ya le he dicho á usted, tía, que Gerardo me ha pintado *á mí*, y si yo fuera una mona, no me harían tantos la corte.

Por ahí respiraba ya la virgencita de los verdes avellanos, precisamente cuando Gerardo, pensando en que algo más que artista había de ser para conquistar á la familia de Fidela, declaró á su padre que estaba ya resuelto á coronar con la Licenciatura sus años de Derecho. La satisfacción que daba al viejo jurisconsulto hizo que éste transigiese



con unos amores que habían empezado tan á disgusto suyo.

Los padres, cuando al amor entrañable que les es propio unen la serenidad y claridad de juicio y el conocimiento del mundo y del corazón humano que distinguían al bueno de Miranda, pronto ven á dónde pueden llevar á sus hijos las grandes crisis de la juventud y la fuerza de las vivas pasiones.

No se le ocultaba al viejo que el amor propio entraba por mucho en las aspiraciones del muchacho, y que la contrariedad y la resistencia de la familia harían en él, como en Fidela, persistente lo que acaso hubiera pasado como uno de tantos caprichos hijos de las circunstancias.

Las noticias que amigos de la ciudad le comunicaban de vez en cuando, le aseguraban que Fidela nada podía ganar moralmente pasando en edad tan crítica de los brazos de una madre sencillota, modesta y encerrada en su hogar, á los de una tía que hacía ridícula gala de sus talegas, y de su linda sobrina una *mona* pública de aquellas que atribuía al pincel menospreciado del pobre artista.

Pero era inútil que el padre previniese al hijo, cuando la cabeza y el corazón de éste estaban llenos de ideas y sentimientos que rechazaban, como enemigos interesados, todo consejo de la experiencia fría y todo aviso de la razón severa. Y así, en tal situación los ánimos y en tal estado las cosas, volvieron el padre y el hijo á Madrid, el uno á sus tareas del bufete, y el otro resuelto á ganar un título que no apetecía y á conquistar una gloria que ansiaba, todo para honrar á su amor y meter en un puño á los tiranos que le perseguían.

## V

En estas narraciones cortas, el lujo de los detalles es imposible y, por lo tanto, ha de quedar á cuenta del avisado lector el razonar y explicarse la brutalidad de los hechos por la fuerza de los caracteres que ve apuntados y por la influencia del ambiente que los personajes respiran.

Lector y lectora habrá de esta historia breve cuanto lamentable, que la encontrarán verdadera. Para los demás la hará verídica la triste frecuencia con que llegan al matrimonio hombres y mujeres que se engañan á sí mismos al engañar á los que hacen á la vez compañeros y enemigos de toda la vida.

La situación de Fidela y Gerardo puede decirse que fué la misma en el fondo durante tres largos años, sin que faltasen los hábiles recursos de la sobrina para evitar tormentas que interrumpiesen las comunicaciones, y sin que la tía diese á torcer su robusto brazo en lo de cumplir á su hermano rústico la promesa de llevar á su hija á un fin más positivo que el que pudieran ofrecerle togas pobres ó pinceles á salto de mata.

La buena señora se reía mefistofélicamente del p'atonismo amoroso de niña tan susceptible á las seducciones del lujo y á los halagos de la admiración pública, y se dió á conspirar con amigos y parientes para que el oro y la conveniencia triunfasen de un infantil capricho nacido *entre zarzas*.

Á Fidela no dejaban de divertirle aquellas estrategias que se urdían contra su fatal empeño, y gozaba mucho

cuando oía á sus amigas *implacables*, las huérfanas del magistrado:

—¿Conque te casas con D. Feliciano, el de *los trigos*?

—¿Conque triunfa D. Casimiro, el de *los caldos*?

—¿Es un hecho lo del rubio hijo del *indiano*?

—No seas tonta y déjate del pintorcillo madrileño. Mira que tu tía tiene razón, y te quiere bien, como á una hija mimada. Y el amor pasa pronto, y las necesidades tuyas son muchas, y....

Y las huérfanas.... de novio se libraban en su charla de decirle á Fidela que se ocultaba una regular fortuna bajo la ancha capa de modestia del padre de Gerardo.

Este recibía noticias de aquellas conspiraciones en la parte festiva de las cartas de Fidela, que, en cambio, procuró siempre ocultarle cuánto lujo de trajes, cuánto movimiento, cuánta satisfacción de amor propio, cuánto trasteo de bailarines, cuánto sudor de máquina de imprenta le había valido aquella emigración forzosa del campo á la ciudad, que ella lamentaba por escrito y bendecía en su tocador entre trapos y perfumes.

En las cartas, monótonamente *iguales*, de Fidela, no podría advertir amante menos preocupado que Gerardo ni el más inocente giro de los vuelos de aquella loca mariposa, cuyas alas negras cubría el polvillo de oro falso de la vanidad y alardeaba todavía de su amor á la violeta.

Sólo una preciosa fotografía pudo despertar alarmas en Gerardo, más por el instinto del pintor que por dudas del amante. «No—le decía á Fidela, al acusar el recibo del solicitado recuerdo:—esta que veo aquí no es del todo aquella Fidela que sorprendí con mi lápiz en aquel paseo de artista; no es aquella sencilla y tímida hermosura que, pendiente de mis labios, bajaba la frente y cerraba los ojos al resplandor de la luna y á orillas del mar en calma. Al hacerte mujer, se ha desvanecido no sé qué vago y dulce espíritu de *Madonna* que atraía religiosamente.... Pero estas serán preocupaciones de artista: te amo como entonces....»—Y aquí empezaba y seguía esa prosa estúpida y convencional de los amantes largo tiempo ausentes.

Si el que habló ante el retrato hubiera podido ver al original en su terrible y rápido desenvolvimiento de aquellos tres años, hubiera dicho á Fidela: «No, no eres tú. Tú te quedaste al lado de tu sencilla madre, entre avellanos silvestres y encinas seculares. La locura de la vanidad te ha transfigurado; al llevarte al mundo, no sé qué demonio ha dado nuevo movimiento á tu ser y atrevidas líneas á tu cuerpo, prostituyendo alegremente tu espíritu. No, Fidela; yo vuelvo al monte, vuelvo á la playa; y si allí no recobro la realidad de mi sueño, perderé contigo mi mejor esperanza, pero no he de buscar en ti mi posible infortunio.»

## VI.

Pero al fin triunfó el amor propio, asesino unas veces y falsificador otras de los más puros afectos de la tierra.

La promesa furtiva iba á cumplirse públicamente en la ciudad en el tercer aniversario de la poética sorpresa en el bosque. La voluntad de la hija única se acataba al fin, fracasados todos los planes maquiavélicos de la tía opulenta



¿LA DEL JUICIO?—Cuadro de L. Vezzo.





que se contentaba con haber hecho de su sobrina el instrumento de sus vanidades seniles.

D. Fidel y su paciente esposa, ésta inocentemente satisfecha y aquél casi pasivo en el supremo trance, se trasladaron *por días* á la casa donde reinaba la niña, y donde ya estaba citado *oficialmente* el Sr. Miranda, que realizaba con su hijo aquel viaje, disimulando sus sobresaltos y recelos paternales, que subieron de punto cuando se convenció de que la atmósfera en que respiraba Fidela no correspondía á aquella otra en que él había educado á su hijo.

Los dos padres, cada uno por sus razones, de bien distinta índole, estaban allí violentos, y casi era una fortuna para los dos que todo estuviera concluído en pocos días, aunque, á durar mucho los preliminares, arranques del carácter orgulloso y dominante de Fidela, hasta para su propia madre, hubieran dejado en el camino del horno el pan de la boda y al novio poco dispuesto ya á oír las amonestaciones de la epístola de San Pablo.

Pero el novio apenas *veía* ya más que la hora de la posesión de aquella espléndida hermosura, con menoscabo pérdidas y todo del ideal primitivo. Tuvo, después de la ceremonia religiosa, hasta el valor de abrazar á su feroz detractora, aquella montaña de carne y raso que se había declarado al fin *madrina de solemnidad*.

Y ¡qué regalos los de la madrina! ¡Qué tirar la casa por la ventana en aquel baile extraordinario y *fuera de abono*, de que disfrutó toda la *crema* de la sociedad mercantil y burocrática, incluyendo á los derrotados candidatos á la mano de Fidela, que apenas veían ya más que la millonada que el artista metía en su caja de colores!

Y ¿cómo habían de faltar allí las dos huerfanitas pizpiretas, á soltar la baba de su despecho, fomentando las murmuraciones entre vals y dancita y entre sabroso emparejado y fino sorbete?

Y el bueno de Gerardo se consoló con atribuir á exigencias sociales la solicitud y el fiero orgullo con que la reina de la fiesta—olvidada del rey consorte—recibía los homenajes, las lisonjas y hasta los apretones de aquellos *gomosos* cortesanos.....

.....

Y *consumatum est!*

Viaje de novios, breve pero bien aprovechado, terminando en el otoño entre Francia y Suiza, con estancia en París, á despecho de Gerardo, para lucir sus galas Fidela, con visitas á bosques y cascadas, con cansancio de Fidela; para recreo del alma del artista.

¿Y después?..... Un año más de paz relativa y de dicha discutible, y eso gracias á que aquellos amores habían traído fruto de bendición, sin que en la bendición del cura hubiera intervenido para nada el cielo.

Pero Fidela no había nacido para sentir entrañablemente la maternidad, como la sentía aquella pobrecita é inocentona de su madre, que tuvo la dicha de morir antes de que pudiera ver los horrores íntimos de aquellos dos seres tan inconscientemente encadenados.

Aquel fruto de bendición; aquella niña, encantadora por

herencia, bebía la vida y se dormía en regazo mercenario, mientras la madre invocaba los títulos de su pingüe dote para ir, á despecho del esposo, á brillar en teatros y salones, reverdeciendo en Madrid, dorando más bien con su cada vez más provocativa hermosura aquellos sus inolvidables laureles provincianos.

En vano trataba Gerardo de persuadirla y atraerla á la vida del hogar, hasta con el ejemplo, con su propio sacrificio en el estudio de asuntos del bufete, y á sus horas con trabajos de artista que pudieran renovar la feliz memoria de la cuna de sus amores.

Para hacer más peligrosos los vuelos de aquella vanidad impenitente, la tía que había despertado á la fiera se había instalado en Madrid, aun con lutos de viuda, dispuesta á que brillasen al sol de la corte los millones amasados con el sudor del trabajo del difunto marido.

En la voz de aquella tía oyó Gerardo el silbido de la serpiente que había de ayudar á arrebatarse lo que él había soñado paraíso. Y cuando llegó una crisis tremenda en que el esposo invocó su autoridad y prohibió á su madrina de boda la menor intervención en su vida doméstica, la tía se tornó suegra enfurecida, y en sus garras se atrevió á presentarle títulos conquistados de madre de Fidela.

Y aquello fué *el acabóse* cuando, apenas pasado el año de luto, abrió la opulenta y corpulenta Barbarita *sus salones*, y empezó la serie de opíparas comidas y magníficos conciertos y bailes, en que tuvo formal empeño de restaurar el antiguo trono de *su Fidela*, cosa fácil con los elementos de la tía y con los crecientes encantos de la sobrina y la tenaz resistencia que ésta tenía declarada á la autoridad de su marido.

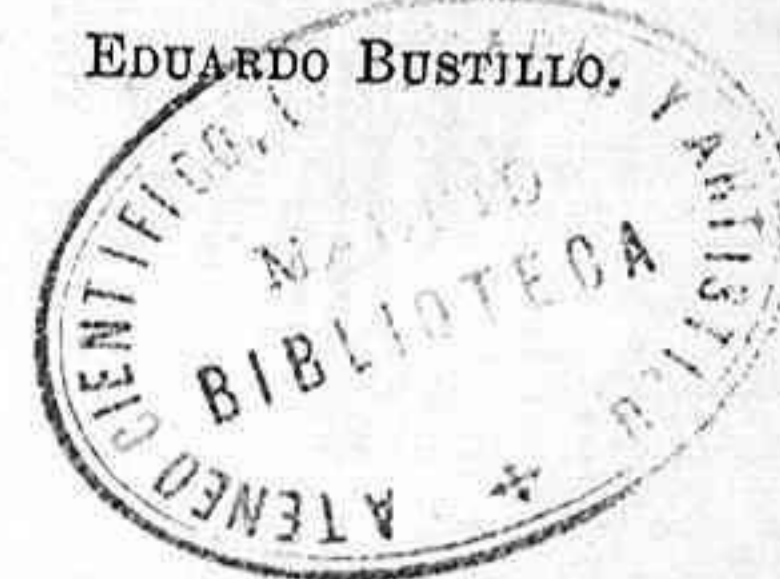
El viejo letrado, el bueno de Miranda, vió antes que su hijo irremediable aquella rebelión, y quizás las posibles consecuencias deshonorosas, y tras una visita solemne al hotel de la gran fiera, á cuyo pabellón se acogió antes Fidela con su niña, aquel hombre, gastado en el bufete, tuvo que transigir por evitar el escándalo y mayores dolores á su hijo, y la separación de éste y de Fidela quedó mutuamente *convenida*.

Pero en aquel divorcio sin campanada pública ante los tribunales, un derecho mal reconocido dejaba en brazos de la madre un ángel que tan fuera de ellos había crecido. Y ¿qué iba á ser de aquel ángel, único fruto sano de tantos sueños acariciados y ya desvanecidos?.....

¡Ah! tres años de tenaz y temerario empeño en formar un dulce lazo con lo que, en otros tres, había de ser cadena que no puede unir dos cuerpos y martiriza dos almas.

¡Qué soledad tan horrible la de aquel pobre artista, que todavía goza dolorosamente en su estudio contemplando aquel esbozo de niña que lee y sueña, y aquel fresco apunte de la vieja encina que aun tiene savia bastante para vestir de gala muchas primaveras!

Allí, en aquel hogar sin calor y sin ruido, se encierra uno de esos dramas callados, sin sangre, sin aparente catástrofe. Pero ¡qué drama tan ejemplar y tan triste!.....



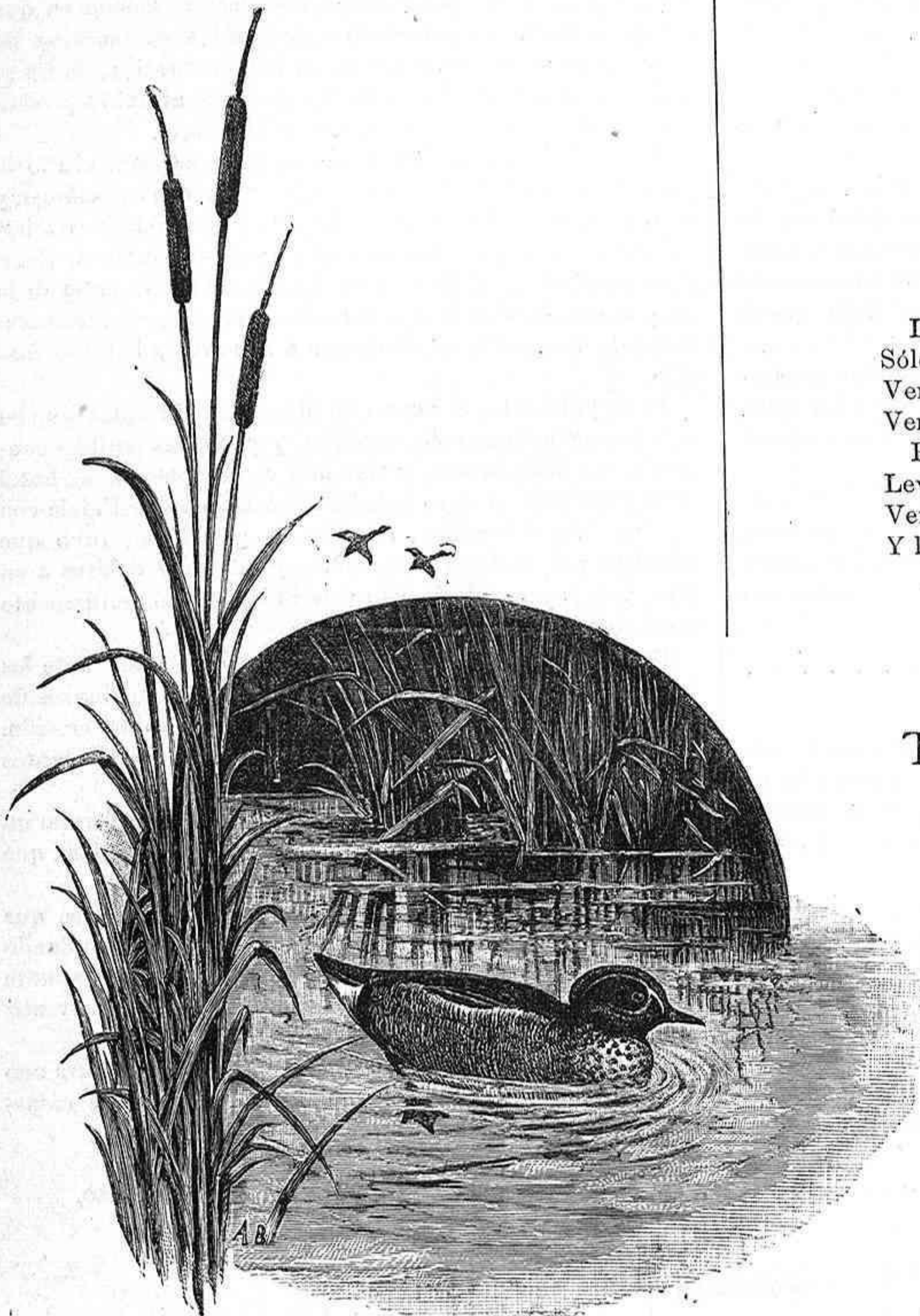
## AL ABANICO

DE LA BELLÍSIMA SRTA. A. F.

Abanico de gracia y donaire,  
Tus varillas no agites preciosas,  
Porque llegan los besos del aire  
Á tocar de su cara las rosas.

Mas si tocas audaz esas flores,  
Besa, y calla tan dulce perfidia,  
Porque alguno que muere de amores,  
Al saberlo no muera de envidia.

M. GUTIÉRREZ.



## RIMA

Nube que pasa;  
Ola que nace y muere junto á la orilla;  
Luz de un relámpago, ruido de un eco;  
De triste otoño brevísimo día;  
Flor que brota esplendente por la mañana,  
Y ya á la tarde se ve marchita;  
Crepúsculo que anuncia la negra noche;  
Vaporosa, ondulante, fugaz neblina;  
Surco en el agua de rauda esquife;  
Sol de invierno, entre nubes, que apenas brilla;  
Ensueño de una noche, pronto olvidado;  
Humo de incienso que se disipa;  
Huella en el viento de ave que cruza.....  
..... ¡Tal fué su vida!

RICARDO SEPÚLVEDA.

## CANTAR

Los que, desde el mundo, al cielo  
Sólo sus ojos levanten,  
Verán los astros muy chicos,  
Verán los hombres muy grandes.  
Pero los que, con los ojos,  
Levanten el pensamiento,  
Verán muy grandes los astros  
Y los hombres muy pequeños.

RICARDO J. CATARINEU.

## TRINITARIA

Era una paloma blanca  
Reina de mi palomar;  
Le dí un nombre, que fué el tuyo,  
Y un amor, que vivo está.

La cuidé con gran esmero,  
La preferí á las demás,  
Y huyó mi paloma blanca.....  
¡Y no ha vuelto al palomar!

Tu cariño y mi paloma  
Me ofrecen un pago igual:  
Dejan el nido vacío.....  
Y se alejan..... y se ván.....

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

## DEL DICHO AL HECHO.....

..... *hay gran trecho*, dice el refrán; y aunque no lo dijese.

Todos los días, y casi á todas horas, presenciamos hechos ó sabemos de actos que confirman esa regla general; una de las que menos excepciones padecen. Recuerdo ahora — y en verdad que no me expreso con exactitud al decir que lo recuerdo ahora, cuando la verdad del caso es que no lo olvido nunca — el caso de mi amigo de la infancia Pelegrín del Olmo; excelente muchacho, camarada alegre, compañero servicial, hombre, en fin, de muy buenas prendas morales..... y de ropa. Pelegrín era rico por su casa, y esperaba serlo más por la de un tío suyo, ya muy viejo cuando Pelegrín le conoció, y más millonario que viejo. Todo hacía presumir que aquel tío solterón, y que por añadidura quería mucho á Pelegrín, se moriría pronto y dejaría sus millones al sobrino predilecto; como se verificó punto por punto.

Pelegrín heredó á su tío y fué casi poderoso; había estudiado mucho, y era casi sabio; respetaba mucho á su madre, santa y noble señora, y casi era bueno; de modo que pocos hombres reúnen las dotes, por envidiable privilegio, reunidas en Pelegrín.

Una sola cosa, digamos si se quiere un defecto sólo, censuraban en él sus amigos: la frialdad con que hablaba de todo; solían llamarlo hombre de nieve; decían que por sus venas circulaba horchata de chufas en vez de sangre: para los unos, aquello era supremo desdén, inspirado en extraordinaria soberbia; para los otros grandeza de alma y elevación de pensamiento; quién atribuía aquel estoicismo á la mucha práctica de la vida; quién lo achacaba al desconocimiento absoluto de la desgracia. «Es un hombre incompleto, decían algunos; discurre mucho y siente poco; tiene cabeza, pero carece de corazón.» Y Pelegrín, que no ignoraba lo que de él se decía, porque no faltan nunca buenos amigos que le cuenten á uno esas cosas, sonreía tranquilamente y continuaba sereno, como si nada hubiese oído, tratando con la misma cordialidad, nunca alterada, á los maldicientes.

—¿Que hablan mal de mí? ¿Qué importa eso? En algo han de entretenerse los amigos: si merezco lo que dicen, hacen muy bien en decirlo; si no lo merezco, eso voy ganando; los que ya me conozcan, no los creerán, y los que

no me conozcan, *suspenderán su juicio*, como se dice en los periódicos, hasta conocerme. Los que no procedan de ese modo y, prescindiendo de su inteligencia propia, se dejen influir decisivamente por la ajena, probarán evidentemente que son majaderos, y de la opinión de los tontos no hay que hacer gran caso. ¡Existen por el mundo tantas cosas interesantes en qué pensar, que es verdadero crimen prestar atención á esas boberías!

Así se expresaba Pelegrín cuando, ya de sobremesa, rodeado por su familia y dos ó tres antiguos condiscípulos, á quienes consideraba como hermanos, tomaba café, fumaba y discurría sobre asuntos del momento; políticos unas veces, literarios otras, antes de retirarse á su despacho, en el que leía ó escribía, hasta las primeras horas de la madrugada; pues la de trabajar de noche era costumbre que conservaba el potentado desde sus tiempos de estudiante.

Algunas veces, sobre todo cuando su esposa abandonaba pronto el comedor, porque tenía que vestirse para ir al teatro, entablábanse entre Pelegrín y sus amigos discusiones de esas que los hombres no acostumbran, por lo general, á sostener delante de señoras, temerosos de aburrirlas, ó acaso también de faltarles un poco al respeto si, como acontece en muchas ocasiones, al calor de la controversia se enardecen un poco los ánimos. Los temas de tales conversaciones, porque con Pelegrín pocas veces se discutía, y desde luego no se disputaba nunca, eran, ordinariamente, la *nota del día*, como ahora se dice: la votación última en el Senado; el discurso del Presidente del Consejo; la tesis del drama representado, con buen éxito, pocos días antes. De eso justamente se hablaba cierta noche, en que nos hallábamos solos, en el espacioso y monumental comedor de aquel palacio, Pelegrín, un hermano suyo y yo. Habíase representado por entonces, y lograba unánimes alabanzas de la crítica y aplausos ruidosos del público — resultados que rara vez andan juntos — una comedia, así la nombraba el autor, en la que aparecía planteado el problema (siempre nuevo y siempre interesante) de la infidelidad conyugal, y en que dicho problema quedaba resuelto con la muerte de la esposa infiel por el esposo ofendido, el cual, á su vez, condenado á presidio por los tribunales, se suicidaba al oír la notificación de la sentencia.





LAS HERMANAS.—Por T. Lumam.



La solución del problema parecía á unos natural; á otros, inverosímil; teníanla estos por *convencional*; diputábanla aquellos por completamente humana; la venganza del marido ultrajado, la desaparición de un hogar, la ruina de una familia, la infamia de un nombre hasta entonces honrado y acaso ilustre, todo esto parecía á muchos consecuencia indeclinable de la falta cometida por una mujer sin decoro; y juzgábanlo otros como exageraciones de romanticismos extraviados ó delirios de poetas que viven siempre allá en sus regiones elevadas de los grandes ideales, pero muy lejos del mundo real. Para los que así pensaban, si el drama había logrado tan envidiable acogida, debíalo á que, juzgado como trabajo literario, como obra del artista, tenía primores de forma que seducían; «porque, solían decir, eso de que al teatro vaya el público á presenciar la vida tal cual ella es, no pasa de ser una equivocación de los llamados naturalistas; en el arte, y muy principalmente en el arte escénico, busca el espíritu algo que no sea la realidad, algo que valga más que ella; la verdad del arte no es, no ha sido jamás, no será nunca la verdad de la naturaleza; no hay mujeres como la Venus de Milo.....»; y así, por el estilo, continuaban discurrendo, y naturalmente apasionándose á medida que hablaban en defensa de su opinión.

Entre los que pensaban de esta manera estaba el hermano de Pelegrín, que, sobrecitado por mis réplicas, y más exaltado aún por el silencio pertinaz de su hermano, que nos miraba al uno y al otro, sonriendo siempre y fumando con mucha tranquilidad, dijo al cabo, dirigiéndose á Pelegrín:

—Y tú ¿qué dices? ¿Qué piensas en esto? Que estás ahí mortificándonos con esa sonrisita burlona, como si nos mirases con soberano desprecio, ó como si pretendieses representar una estatua del escepticismo.

—No — contestó, sin abandonar su sonrisita, ni su aspecto reposado, mi amigo; — no me burlo de vosotros, ni trato de representar estatuas; lo que sucede es que esas cosas me impresionan muy poco. Porque me parece que discutís inútilmente. Decís que el esposo engañado, dando muerte á la esposa perjura, es un carácter humano, es real, y creo que tenéis razón; decís que sería real y humano perdonando á la mujer pecadora, y me parece que también la tenéis. ¿Á qué disputar? Todo es humano, todo es verosímil, todo es real; el esposo que mata y el marido que perdona; la hembra que ama y la mujer que aborrece..... Discutid lo que más absurdo, lo que más inverosímil, lo que más monstruoso os parezca, pues algo más monstruoso, y más inverosímil, y más absurdo, que eso discurrendo por vosotros, habrá pasado en la vida. Censurar las situaciones y los caracteres poco inverosímiles, ó celebrarlos por reales y verdaderos, me parece una niñería; por eso no discuto; por eso me río de los que discuten.

—Pero vamos á cuentas; dejemos por un momento el teatro y volvamos la vista á la realidad: figúrate que te en-

contrases de pronto en la situación en que se encontraba el protagonista del drama. ¿Qué harías?

—¿Y á eso llamas volver la vista á la realidad?..... No seas loco; afortunadamente no estamos en ese caso; en buena hora lo diga.

—Ya lo sé; pero ¿qué harías si.....?

—Si lo estuviésemos..... ¿Y qué sé yo de eso? Ahora, muy tranquilo, muy sosegado, charlando con dos personas á quienes quiero mucho, fumando exquisito tabaco, saboreando buen café, esperando, para ir al teatro, á mi mujer, de cuya virtud no duda nadie..... me parece que no haría nada; que me contentaría con encogerme tranquilamente de hombros, calculando que, después de todo, la infidelidad de mi esposa era asunto de escasa importancia; pasajero como todos los hechos mundanos, y sin interés alguno para la marcha ordenada del universo. Perdonaría su desliz y me quedaría tan tranquilo como estoy ahora..... ¡Hay tantas cosas grandes en qué pensar! ¿á qué perder el tiempo pensando en cosas pequeñas? Así pienso ahora; ahora en que nada de esto sucede..... ¿Cómo pensaría si sucediese? Eso es lo que no puedo decirte..... Porque no hay posibilidad de colocarse mentalmente en ciertas situaciones.

La llegada de la mujer de Pelegrín, elegantemente vestida, puso término á la discusión.

Pasaron tres años; había yo dejado de ver á Pelegrín, que á la sazón viajaba por Europa. De pronto, recibí la noticia de su llegada á Madrid, y con ésta la de haberse fugado su esposa con un joven, hijo de un criado muy antiguo; joven á quien Pelegrín protegía y había dado carrera, y pensaba lanzar á la política. Pocos días después, los amigos de aquella casa leímos con profunda pena, en los periódicos de París, que en uno de los más fastuosos *hoteles* de aquella capital había ocurrido un *drama sangriento*, un *doble asesinato*; así, *doble* y todo dijeron los periódicos; el asesino, que había logrado, hasta entonces, burlar la acción de la justicia, era, según declaración de una de las víctimas, mi amigo Pelegrín; las víctimas á quienes hallaron en el cuarto que, como marido y mujer, habían tomado, eran la esposa y el protegido de Pelegrín, que estaban materialmente acribillados de heridas que el esposo ultrajado había inferido con evidente ensañamiento.

De Pelegrín no he vuelto á saber una palabra..... Ahora fiense ustedes de frialdades de hombres de nieve y de filósofos estoicos..... ¡Ah! ¡Cuando se hiere cierta fibra del alma, que á veces está muy honda, muy honda..... acaso se advierte que existe en todo hombre, por filósofo que sea, la levadura de Otelo!

Lo cual no significa, en manera alguna, que no pueda suceder lo contrario, porque en esto soy de la opinión de Pelegrín: «todo es verosímil, todo puede creerse; hasta lo que más monstruoso parezca».

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



# FRASES HECHAS

## (TONTERIAS USUALES)

Cuando algún amigo se ausenta, nos ofrecemos á bajar hasta la estación para despedirle.

—No se moleste usted, dice él.

—No es molestia, replicamos nosotros, *¡si lo hacemos con muchísimo gusto!*

Que es como decirle:

—Tenemos un verdadero placer en que se vaya usted y nos libre de su presencia.

Al abandonar una casa donde hemos estado de visita, el dueño quiere acompañarnos hasta la puerta, y muy cortemente nos oponemos á que salga al recibimiento, diciéndole:

—No salga usted, no, que *esto está muy frío*.

Con lo cual le indicamos que su casa se halla perfectamente acondicionada para cojer una pulmonía.

Una jovencita que desea ser galanteada por un mozalvete, se queja con amargura diciendo á solas:

—¡Válgame Dios! Tres horas estuvo á mi lado y ni siquiera me dijo: *malos ojos tienes*.

La infeliz ignora que su tímido pretendiente se ha quedado también disgustadísimo porque ni siquiera le ha dicho ella:

—*¡Por ahí te pudras!*

D. Facundo, en medio de la animada conversación de la tertulia, se pasa la noche dando cabezadas.

—Facundo, le dice su esposa, que te estás durmiendo.

—No tiene nada de particular, contesta él, porque ya sabes que hace días estoy falto *de sueño*.

Que es precisamente lo que le sobra.

—Dicen que á González le han nombrado gobernador.

—¿Gobernador? ¡Qué disparate! Si le nombraran siquiera secretario ya *se daría con un canto en los pechos*.

Yo supongo que el pobre hombre no haría semejante barbaridad.

—Rodríguez es muy rico.

—¡Riquísimo!

—¿Tendrá más de un millón de pesetas, eh?

—¡Mucho más! Ese *no se deja ahorcar* ni por dos millones.

¡Ya lo creo! Ni Rodríguez ni nadie.

## EPIGRAMA

Dice el crítico Cardona:

—En siendo obra de autor bueno,

Yo no perdono el estreno.

Y es verdad, no lo perdona.

## FÁBULA

En un tomo de fábulas morales

Introdujose artera cierto día,

Yo no sé por qué medios infernales,

Una máxima atroz, horrible, impía.

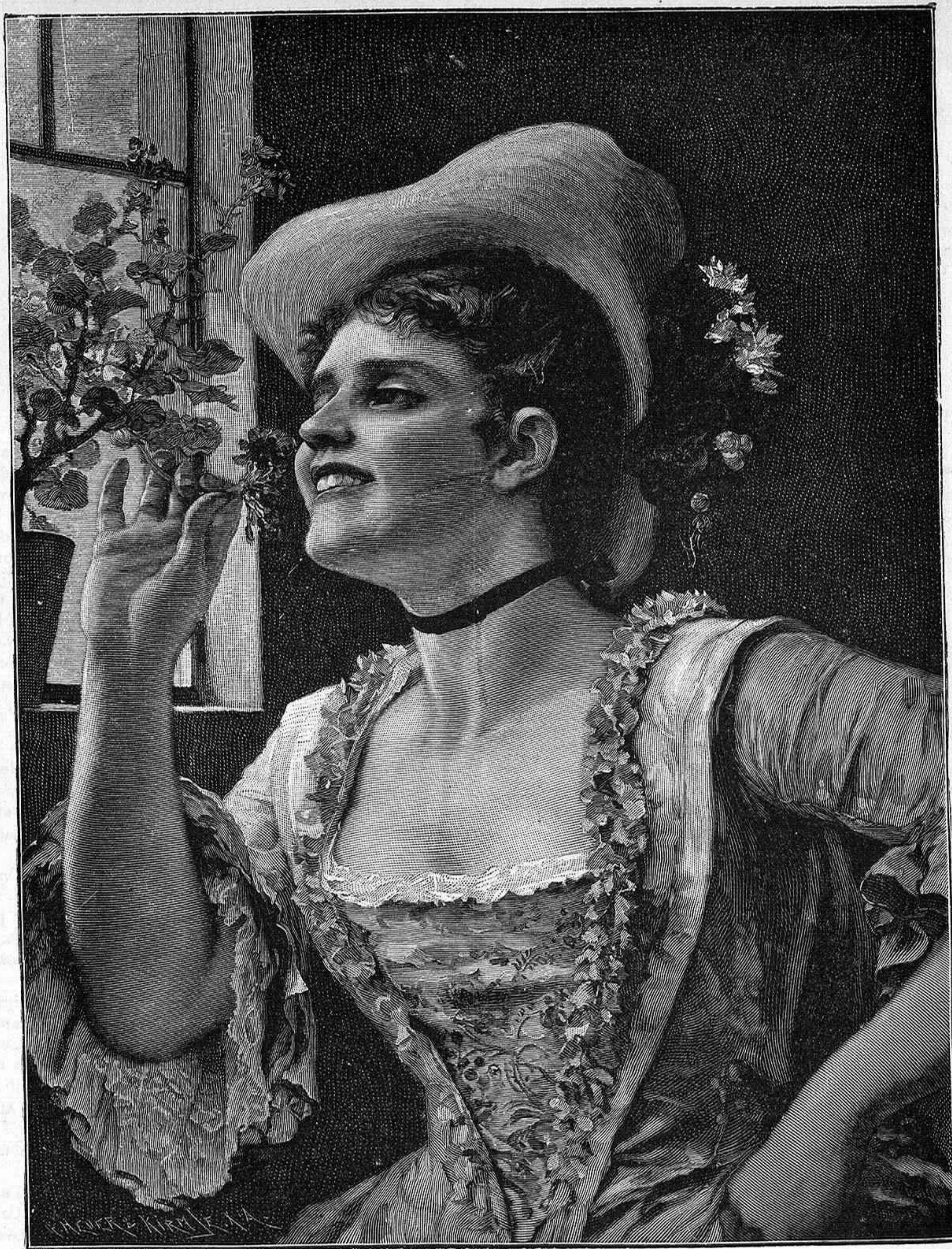
Las fábulas los niños aprendieron,

Y cuando hombres después á ser llegaron,

Las buenas al olvido al cabo dieron;

Pero la impía..... nunca la olvidaron.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



LA AMIGA DE LAS FLORES.—Cuadro de Gito Conti.

# DICCIONARIO DE ANDALUCISMOS



**E**L continuo clamoreo de unos cuantos buenos amigos por una parte, y la convicción por otra, de que comunmente por ir en alcance de la perfección se expone uno á no llegar siquiera á la meta de lo bueno, son los motivos que me han decidido por fin, después de andarlo pensando y repensando mucho, á dar á la estampa mi DICCIONARIO DE ANDALUCISMOS, en el que se intercalan algunas curiosidades comunes á la lengua españo-

la: obra con la que hace muchos años estoy encariñado, y que, en la disposición en que saldrá á luz, podrá servir de base para que persona más competente, desocupada de trabajos y desahogada de intereses que el que esto escribe, acabe de dar los infinitos toques de luz y sombra que faltan al bosquejo que nos ocupa.

No voy á encarecer aquí la importancia del lenguaje andaluz ni la influencia tan omnimoda que sobre el habla de Castilla ejerciera de todo tiempo, con sus ocho actuales provincias, pues esto daría por resultado tener que copiar una parte no pequeña de la *Introducción* que abre paso á la redacción de mi DICCIONARIO; contentaréme ahora solamente con hacer observar que la razón de darse la preferencia por los eruditos entre todas las ediciones antiguas del Diccionario de la Academia á la 5.<sup>a</sup> (1817), obedece á la circunstancia de haberse incluido en ésta muchas frases y locuciones que nuestros prohombres, juntamente políticos y literatos, hubieron de aprender, ó recordar, al trasladarse á Sevilla y Cádiz, con motivo de refugiarse allí de la persecución suscitada por las huestes napoleónicas: trabajo que cualquiera persona curiosa ó cachazuda puede comprobar por sí misma, como yo lo he hecho, cotejando dicha 5.<sup>a</sup> edición con la 4.<sup>a</sup>, que había salido á luz en 1803.

Sea como quiera, no me cansaré de repetirlo: hasta el día en que cada provincia de España en que es dominante el habla de Castilla no apronte á ésta su respectivo contingente de voces, acepciones y frases que le son peculiares, no podremos levantar el gran monumento del *Diccionario de la len-*

*gua española*. Y esto urge por momentos, dado que con la multitud de vías férreas desaparecen los límites y las distancias, así como los trajes, usos y costumbres distintos de cada comarca. Comprendo que esto es obra superior á las fuerzas de un hombre solo; pero ¿qué hacer cuando quien pudiera y debiera poner remedio, se desentiende por completo del asunto?..... ¿Cruzarse de brazos?..... No; yo traigo mi óbolo al Templo de la Ciencia, agrádzcaseme ó no se me agradezca: al obrar así no he hecho más que dar oídos á los impulsos de mi afición hacia este linaje de estudios. Comprendo que no será tan útil ni civilizador mi proyecto como el levantar hipódromos, plazas de toros, frontones, etc., etc.; pero, ¿quid faciendum?..... en el mundo tiene que haber de todo, porque, si no, dejaría de ser mundo.

A los aficionados, pues, á la filología, brindo con los siguientes bocadillos que, á la aventura, he entresacado de la friolera de unos 6.000 que me quedan en la despensa (y no *dispensa*, como dicen muchos madrileños muy cultos y ataviados), por si les pueden servir para hacer boca á manjares más sólidos y nutritivos.

**ABRIGADO, DA.**—Lo que abriga; y así se dice: *Como tenía mucho frío, me envolví en mi abrigada manta.*

Este es uno de los muchos adjetivos de terminación pasiva y significación activa como hay en nuestra lengua, al tenor de *persona MAL HABLADA*, *niño BIEN COMIDO*, *FAVORECIDA carta*, *carácter PORFIADO*, *función DIVERTIDA*, etc.

En cambio tenemos otros de terminación activa y significación pasiva, v. g.: *Mi AMANTÍSIMO padre*, *CONGREGANTE de una hermandad*, *dúo CONCERTANTE*, *dinero CONTANTE*, etc.

Por último, tenemos otros que, sin revestir la forma activa ni la pasiva, entrañan al propio tiempo ambas significaciones, como: *persona DEVOTA*, é *imagen DEVOTA*; *niño ALEGRE*, y *casa ALEGRE*, etc.

**BORLERO.**—El que en las procesiones lleva asida una borla de algún estandarte ó pendón.

«..... iba D. Lope de Mendoza, teniente de alguacil mayor por el Duque de Alcalá, y caballero del hábito de Calatrava, con el estandarte de San Fernando, que entró triunfando en Sevilla, y lo acompañaban á sus lados, como á título de BORLEROS, D. Juan de Mendoza su hijo, y D. José de Greña, su yerno.»



LUISELLA . — Cuadro de L. Knauss.



(*Anales de Sevilla*, por Ortiz de Zúñiga, tomo v, página 245.)

**CASILLA.**—Oficina baja ó cuerpo de guardia donde se reúnen los municipales ó celadores del orden público, y se detiene á los alborotadores ó criminales. En el siglo pasado se llamaban en Cádiz *casillas de los disfrazados*, por usar efectivamente de disfraz los tales agentes, y no ir uniformados como hoy en día. Equivale á lo que se llama *prevención* en la generalidad de España, de donde familiarmente se le suele llamar en Andalucía también la *preve*.

**CHAMUSCADO, DA.**—Mote que se dan recíprocamente los naturales de Fuentes de Andalucía y La Campana, villas de la provincia de Sevilla, distantes respectivamente de su capital 11 y 10 leguas. Aquéllos lo rechazan, diciendo que sólo compete á éstos, por cuanto celebran su feria por San Lorenzo, en atención á haber sido los verdugos que quemaron en las parrillas al Santo diácono.

**DERRAMEN.**—Barbarismo, por *Derrame*.

«Este último (riachuelo) tiene origen en el puerto de Villaluenga del Rosario y vertientes de la cordillera del Endrinar, continuando por Campo de Buche, donde recibe los *derrámenes* de algunas fuentejillas, etc.»

(MADOZ, artículo *Ronda*.)

El oír decir, y mucho más el ver escrito semejante despropósito, me hace tanto daño como los *perfúmenes* de las flores, que asimismo se oye en boca del pueblo español, y singularmente del de Andalucía.

**ENCONARSE.**—Interesarse en alguna cantidad mezquina ó cosa de menos consideración, especialmente siendo hurtada; pringarse, ensuciarse.

Semejante acepción, que no encuentro en ningún diccionario de nuestra lengua, y de que ya di cuenta en mi *Intraducibilidad del Quijote* (pág. 61), debió de mamarla Cervantes en Andalucía, cuando la empleó, y con la salvedad de «como suele decirse», en la primera parte de su *Ingenioso Hidalgo* (cap. xxvii) de esta manera: «¿Quién pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiera donde quiera que le ocupase, se había de ENCONAR, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía?»

Á este propósito he oído igualmente decir á varias personas *ensañarse*, acepción que, como la de *ensuciarse*, tampoco encuentro en ninguno de nuestros diccionarios.

**FALSO.**—En los vestidos, equivale á lo que en Madrid se llama *bajo*.

Como quiera que las personas bien habladas en Andalucía se quiebran á veces de puro sutiles, pagan en esta ocasión forzoso tributo á su extremada finura al decir impropriamente *falso*, por *farso*, á este propósito, por pensar que, no debiéndose decir *un amigo FARSO*, tampoco se ha de decir el *FARSO* del vestido. ¡Á tales extravagancias arrastra la nimia filigrana en el arte de bien hablar!

Con efecto, el *farso*, esa tira de tela que se cose á la parte interior é inferior de ciertas prendas de vestir tales, nada tiene de *falso*, ni por su etimología, ni en cuanto á su destino: su etimología proviene del *farsus* latino, relleno, henchido, así como nuestros vocablos *farsa*, *farseto*, etc., y el francés *farci*; y su destino ó aplicación es cabalmente todo lo con-

trario á *falsedad*, dado que se endereza á reforzar aquella parte del vestido por donde primeramente *falsea*, cual lo es la orilla. Téngase presente, á mayor abundamiento, que los *farsos* que usaban antiguamente las mujeres en el remate de sus faldas, con especialidad en los trajes que llamaban *de medio paso*, iban rellenos de tiritas de plomo ó de perdigones con el objeto de que, haciendo peso, no se les levantara el vestido.

La Academia viene haciéndose eco de semejante *falsedad* en cuanto á la manera de escribir este vocablo, con lo que contribuye á que se propague y afiance dicho error de escritura.

**GAYUMBO.**—«Fiesta popular que consiste en correr un toro de cuerda por las calles. Úsase en algunos pueblos de la provincia. Un autor dice que trae origen de la voz *gayomba*, retama olorosa con flores de color pajizo, porque con ella se adornaban los cuernos de los toros que así se corrían. Creo que es error. *Gayumbo* debe venir de la voz *gayo* (*gay* en francés y en castellano antiguo), que significa *alegre, divertido*, por lo cual *gayumbo* deberá significar regocijo, alegría, festejo.»

(*Nombres antiguos de las calles y plazas de Cádiz*.)

Con perdon de tan respetables autoridades, opino que *gallumbo*, y nó *gayumbo*) viene de *gallo*, por cuanto semejante festejo suele verificarse á media noche, hora propia de cantar el *gallo*, á la manera que en otras provincias dicen *el toro del aguardiente*, por correrlos en iguales terminos á la madrugada; y como mis paisanos al *gallo* le llaman *gayo*, de ahí seguramente *gayumbo* por *gallumbo*.

**HACERSE DE (1).**—Hacerse con; y así se dice: ¿Cuándo TE HACES de esa obra que tanto necesitas?—Ya ME HARÉ DE ella cuando tenga dinero.

En honor á la verdad (si es que no me equivoco, después de haber andado devanándome los sesos para averiguar la presente cuestión), no puede ser más ridículo ni estúpido el origen de esta acepción atribuida al verbo *hacer*. ¿Qué tiene que ver, en efecto, el adquirir ó proporcionarse una cosa con el *hacerse de* ella, como se dice en Andalucía, ó *con* ella, como en Castilla? Más bien tiene que ver, y esto no me lo podrá negar nadie, el *asirse de* ella. Pues he ahí descubierto ya el trocatinte: *hacerse*, por *asirse*.

Y esto se observa aún mucho mejor en el sentido contrario, esto es, en el de enajenación ó desposeimiento, v. g.: «El día en que tenga precisión de *deshacerme* (desprenderme, desasirme), de esa alhaja, será para mí un día de luto.»

Á tales arbitrariedades, caprichos y malas inteligencias deben las lenguas no pequeña porción del contingente de sus voces y acepciones.

**IGUAL DE (AL, ó EN).**—En lugar, ó En vez de. En Andalucía pertenece esta locución al lenguaje vulgar. La Academia se abstiene de adjudicarle tal calificación, por lo cual he creído del caso hacer aquí semejante advertencia. Y esto es tan cierto, que, tomando el vulgo la *a* de *al* y la *e* de *en* que entran á formar parte del modo adverbial que nos ocupa, ha creado la preposición bárbara *an* para esta sola locución, y así dice, v. g.: ¡Qué torpe es usted! — AN IGUAL USTED; esto es: AL CONTRARIO, usted será el torpe.

(1) De las varias acepciones que apunto del verbo *hacer* en mi DICCIONARIO transcribo aquí tan sólo la presente.

**JUZGAR.**—Echar, tener, atribuir alguna acción á cierto fin; v. g.: *Cuando vi que me llamaron á media noche, no pude menos de JUZGARLO á mala intencion; Todo lo JUZGA á mala parte.*

Cervantes ha dicho (parte primera, cap. XXIII del *Quijote*): «Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía; cosa que la juzgó á milagro, según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.»

Comentando Clemencín este pasaje, lo critica según su costumbre, por estar rapado á navaja en el conocimiento del dialecto andaluz.

**LÁSTIMA.**—En el tecnicismo del lenguaje afectivo de Andalucía, tiene esta palabra mucho mayor latitud que en el de Castilla. Y á la verdad, en éste sólo significa la compasión, pena ó dolor que causa la persona, ó cosa, que es acreedora á excitar tal sentimiento; pero en Andalucía se extiende á representar la idea de cualquier emoción suscitada, no solamente por la pena, sino también por la indignación, gozo, etc. Así se dice á una persona desarrapada, por efecto de su incuria y desaliño dominante en ella: *¡Lástima me da verte hecho un pordiosero!* palabras que son dictadas por un afecto muy distinto al que nos inspiraría el tener que dirigírselas á un verdadero pobre, pues en este caso nos las excitaría la compasión, mientras en el anterior son hijas del asco ó la repugnancia.

Á mayor abundamiento de mi tesis, recuérdese aquel cantar que dice:

¡Qué lástima me ha dado  
De ver á Hillo  
Rezando en la capilla  
Del Baratillo!

Como se comprenderá fácilmente, el ver rezar á un torero en la casa de Dios, no es motivo, que yo sepa, para excitar la compasión, pena ó dolor, por parte de nadie; antes sí, su gozo y satisfacción.

Por último, al oír ó ver alguna cosa que causa enojo ó indignación, se suele prorrumpir en este desahogo: *¡Qué lástima!* proposición que, por cierto, no implica la idea de sentimiento ó pena, sino *las de Caín*.

**LLOROSO, SA.**—Se aplica á cualquier vasija de cristal que, por no estar fregada, ó por estarlo mal, tiene salpicadas algunas gotas á manera de lágrimas.

**MÍRAMELINDO.**—Planta y flor conocidas en Castilla con el nombre de *nicaragua*; en Cataluña, con el de *naño*; y en Cuba, con el de *madama*. En algunos puntos de Andalucía se le llama también *gala*, y *gala de Francia*; en Cádiz se le conoce con el nombre de *capuchina*; en Jerez, con el de *catalineta*.

**NAVAZO.**—Jardín ó huerto que se abre en paraje bastante hondo á orillas del mar, y que sin necesidad de riego produce en abundancia vistosas flores y exquisitos frutos, dado que las aguas, al filtrarse por espesas capas de arena, llegan á los plantíos despojadas de su carácter salino.

**OCCEANO.**—**OCÉANO.**—**OCEANO.**—Formas erróneas de *Océano*, que no sólo en Andalucía, sino en toda España, se oyen á cada paso en boca de personas *leídas y escribidas*, así en el parlamento como en el foro, en el púlpito, en la cátedra, etc., y, lo que es peor se ven tal cual vez en etras de molde.

**PLEGAR.**—ant. Llorar, clamorear, gimotear.

Como *plegar* (de *pliegue*) y *doblar* (de *doblez*) son sinónimos rigurosos, el pueblo antiguo español confundió el *plegar* las campanas á muerto (del latín *precari*, de donde nuestra *plegaria*) con el *doblar* (del latín *plicare*, dar dobleces).

Y no se me arguya con que el tañer á difunto se llama *doblar*, á causa de que semejante toque se hace con dos campanas; porque á eso objetaré: 1.º, que en las iglesias donde no hay más que una, mal se puede *doblar* con dos; y 2.º, que en los entierros de personas calificadas, se dobla con cuatro, ó seis ú ocho campanas, ó todas las que haya, á la par, y, sin embargo, no hay término especial para *doblar* con tantas campanas á la vez, que resultan *triplicadas*, *cuadruplicadas* ó *quintuplicadas*. ¡Caprichos de las lenguas, contra los cuales no se puede ir!

**QUEBRACÍA.**—Quebradura ó hernia, según se colige del siguiente testimonio de García de la Leña (*Conversaciones históricas malagueñas*, t. I, pág. 180): «En el mismo Borge se cría la planta que llaman de *quebrados*, la que, tomada en polvos con cualquier licor, reúne perfectamente la rotura ó QUEBRACÍA hasta en las bestias.»

**RESUMIRSE.**—No pocas personas confunden este verbo con *rezumarse*, y así, dicen: *Esta vasija se RESUME*, por *se REZUMA*. Evítese tal despropósito, si es que no se quiere confundir lo blanco con lo negro.

**SÁRGENAS.**—Árguenas, alforjas. Así escrito, sólo lo he hallado en el siguiente cuento referido por Fernán Caballero:

«Había un viejo que tenía un peral, y todos los años le quitaban las peras, sin que pudiese averiguar quiénes eran los ladrones. Desesperado, determinó quedarse una noche de luna en acecho, asomado á la ventana de una buhardilla. A eso de media noche vinieron unos estudiantes disfrazados de fantasmas, con velas en las manos y *sárgenas* en los hombros, y se encaminaron en procesión hacia el peral, cantando en tono de prefacio:

Andar, andar,  
Hasta llegar al peral.  
Cuando éramos vivos  
Andábamos por estos caminos;  
Y ahora que estamos muertos,  
Andamos por estos desiertos.  
¿Hasta cuándo durarán nuestras penas?  
Hasta que las *sárgenas* estén llenas.

«—¡Ay!—dijo el viejo;—éstas son las almas de los que me han robado las peras, que están penando su delito. R. I. P. A.,—y se fué á acostar.»

*Arguenas*, por *alforjas*; y *Arganas* y *Argueñas*, por *angarillas*, son palabras que constan en nuestros diccionarios. De todos modos, creo que no debe escribirse *sárgenas* ni *arguenas*, sino **ÁRGUENAS**, que es como lo he oído pronunciar constantemente en Andalucía, hasta á la gente del pueblo. La Academia, sobre no hacer esdrújulo á **ÁRGUENAS**, dice que es vocablo anticuado.

*Árguenas* se lee también en el *Filósofo rancio*, t. II, página 431, en el siguiente pasaje: «.... á quien (al V. Fray Diego José de Cádiz, cuya causa de beatificación anda muy adelantada en nuestros días).... cualquier abogadillo miraba con desprecio, no pocos de nuestros filósofos trataron de



desacreditar, y cuyo caudal todo consistió siempre en un garrote y unas *árguenas*.»

**TUERTO, TA.**—Mófanse de los andaluces los naturales de otras provincias, al oírles decir: *ese banco está TUERTO; llevas la corbata TUERTA*, alegando que debe decirse en tales casos, y otros á ellos análogos, *torcido, torcida*, supuesto que *tuerto* sólo significa *el que está falto de la vista en un ojo*. Leyeran los tales la *Breve declaración de las sentencias*, etc., que al final de su AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE puso el maestro Alejo Vanegas, natural de Toledo, célebre humanista él en el siglo XVI, y reputada ella en su época por escuela del buen lenguaje castellano, y verían como, al capítulo v, estampa lo que sigue:

«Húbose allí San Agustín como el que quiere enderezar una vara muy *tuerta*; que no solamente llega lo *tuerto* al derecho, mas aun pasa dél hacia la parte contraria porque en fin venga á quedar en su cabal y derecho.»

**UBRIQUE** (*Acabarse á capazos, como la comedia de*).—Frase proverbial con que se da á entender que algún negocio, diversión, etc., ha tenido un fin desagradable y turbulento. Su origen, según la versión más corriente, es como sigue:

Representábase en aquella villa de la provincia de Cádiz, distante quince leguas de su capital, la comedia de Luis Vélez de Guevara, intitulada *Reinar después de morir, ó Doña Inés de Castro*. Indignado el público al ver que mandaba el Rey matar sin compasión alguna á Doña Inés, á consecuencia de los amores que tenía ésta con el Príncipe su hijo, fué tanto lo que llegó á entusiasmarse, que, creyendo ser todo verdad, acudió ciego á la defensa de la enamorada dama, golpeando con sus capas al monarca y á los caballeros que estaban de su parte, con lo cual terminó la función de una manera borrascosa.

**VER.**—Se abusa comúnmente de la significación de este verbo en frases como éstas: *VEAMOS á ver; VERÉMOS á ver*. Semejante impropiedad dimana, seguramente, de que, tanto el verbo *ir*, como el verbo *ver*, hacen en la segunda persona

del modo imperativo *vé*. Y digo *seguramente*, porque, á mayor abundamiento, no falta quien diga, v. g., *MIRA Á VER si viene el médico*.

**YERMO SOLITARIO.**—Redundancia en que incurren no pocas personas cuando hablan, y aun muchos escritores de fama, como se nota, v. g., en el académico D. Eugenio de Tapia, avilés (romance que lleva por título *El Solitario*), y en Fernán Caballero (artículo religioso y moral intitulado *La mediación de la Virgen*).

**ZÁMPALOPRESTO.**—Salsa que se aplica á la carne cocida ó al pescado frito, generalmente secos por atrasados. Consiste en poner á freir aceite, harina, cebolla y perejil, agregándole después agua ó caldo del puchero, una hoja de laurel y unos cuantos granos de pimienta. Algunos gustan de añadirle unas gotas de vinagre ó de limón. Llámase también *Zámpalopronto*.

«Yo conozco muchas damas  
Que llevan en las mantillas  
Encajes de media vara,  
Y sólo comen tres cuartos  
De pescado, en una salsa  
Que llaman *zámpalopresto*.»

(GONZÁLEZ DEL CASTILLO, sainete intitulado *El día de toros en Cádiz*.)

Como se deja entrever por las pruebas que acabo de aducir, mi objeto ha sido redactar un libro que, aun cuando en forma de DICCIONARIO, carezca de la aridez propia de este linaje de trabajos, haciendo, por el contrario, que predomine en él el espíritu de recreo honesto al par de instrucción útil, valiéndome al intento de cuantos medios he hallado á mi alcance, á fin de que, al propio tiempo que de consulta en su clase, pueda servir de *quitapesares*, ó ya de alejar las impertinencias de Morfeo en las *dilatadas* noches de invierno, impertinencias no pocas veces fomentadas por el carbón del brasero ó por los leños que abriga en su seno la chimenea. No sé si lo habré conseguido.

JOSÉ MARÍA SBARBI.

